REBECCA RUGER



MÁS ALLÁ DE LOS SUEÑOS

LEJOS DE CASA: UN ROMANCE ESCOCÉS DE VIAJE EN EL TIEMPO, LIBRO 4

MÁS ALLÁ DE LOS SUEÑOS

Lejos de casa: Un romance escocés de viaje en el tiempo

Libro 4

Rebecca Ruger

CONTENIDO

Página del título
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

PRÓLOGO

La cabaña de la vidente se encontraba al pie de la montaña, justo donde se unía con el lago. Vinieras desde lo alto de la montaña o miraras desde el lago al frente, era lo único hecho por el hombre que la vista podía encontrar. No había nada más alrededor. Hugh MacHeth estaba bastante seguro de que Sidheag, la vidente, tanto lo había planeado como lo prefería de esa manera. Y por muy silencioso que él u otro cualquiera llegara, la mujer nunca se sorprendía; tan solo atravesaba a la persona con sus agudos ojos negros, dando siempre la impresión de que había previsto su llegada horas, si no días antes, quizá incluso había sabido de su deseo antes de que ellos mismos lo tuvieran.

Hugh refunfuñaba para sus adentros mientras descendía la ladera, viniendo del otro lado de la cima, donde se hallaba Hewgill House, el bastión de los MacHeth. Raras eran las ocasiones en que disfrutaba visitar a la vidente. Más a menudo que no, se marchaba apenas concluido el asunto, con un vivo deseo de restregarse la piel a la fuerza para limpiar de sí la presencia de la mujer. Como los dedos sigilosos de una niebla que avanza sobre la cresta del beinn, así también la siniestra compañía de Sidheag parecía aferrarse y empapar a la persona. Estaba seguro de que nunca salía de su compañía tan entero como había entrado.

Bufando, Hugh se preguntó si ella también leería *eso* en él.

Sí, y de no ser porque su problemática hermana, Ceri, estaba desaparecida, desde hacía varios días ya, no habría tenido motivo alguno para buscar a la anciana. Francamente, poco le habría importado qué fuera de su hermana, salvo por el hecho de que la necesitaba, pues la había prometido en matrimonio a los MacQuillan a comienzos de año y la fecha se acercaba.

Ese contrato ya estaba bajo presión, ya que Ceri, en el tiempo transcurrido entre que él, como jefe, había estampado su nombre en el pergamino junto a la firma burda del MacQuillan y el presente, había conseguido quedarse encinta. Otra vez. Aun así, era lo bastante temprano y los votos se celebrarían pronto, de modo que Hugh tenía la esperanza de poder ocultar ese pequeño y condenatorio hecho hasta que los votos fueran dichos y el matrimonio una realidad, no solo una esperanza.

Antaño, los MacHeth no habrían considerado semejante pacto. Se habrían impuesto sobre los MacQuillan, más débiles, con su propio poder. Habrían seguido como siempre, haciendo lo que quisieran en aquella vasta franja del noroeste de Escocia. Si se cruzaban con ovejas o ganado y los deseaban, los habrían tomado. Si querían mujeres del poblado MacQuillan para calentar sus camas o niños para servir a los MacHeth, simplemente los habrían raptado. Och, pero esos días habían quedado atrás, con el poder y la influencia de los MacHeth en decadencia, los años de gloria siglos atrás, mientras los MacQuillan solo crecían más fuertes.

Acorralado por una situación creada por él y por sus predecesores, Hugh no tuvo más remedio que abordar el asunto con Duncan MacQuillan: un pacto de bodas y paz. El hombre no necesitaba tal contrato; podría haber arrasado con su formidable ejército sobre los MacHeth y tomar lo que quisiera, podría haberlos subyugado violentamente hasta hacerlos obedecer. Pero nunca había Hugh conocido a un hombre de guerra que no se aferrara a cualquier paz que pudiera conseguir. Probablemente, el MacQuillan había aceptado la idea solo para concentrarse en lo que, según todos decían, más le importaba: la libertad de Escocia.

Por su parte, *la poca elección de Hugh en el asunto* se debía a que había sido coaccionado, advertido, por el mormaer, el MacHeth de Skye, Red Dougal, para hacer la paz con los MacQuillan, que se había convertido en un caballero formidable, de cierto renombre e importancia para Robert Bruce.

A Hugh le importaban tanto esas razones como las de Duncan MacQuillan. Una vez firmado el contrato y enviada la propuesta al obispo para su aprobación, Hugh había hecho regresar

a su hermana del convento en las tierras fronterizas, donde había pasado los últimos siete años de su vida por orden de su padre. Tan sorprendido y consternado como cualquiera había quedado al verla volver. Ya no era la niña indómita enviada con las monjas tanto tiempo atrás, y desde luego no era una lass de convento la que había regresado. Ceri era más salvaje, ahora maliciosa y demasiado hermosa para ser solo una pieza en el tablero de los hombres. Hugh lo había percibido desde el principio. Ella lo sabía también. No obedecía a nadie, ni a él ni a sus hermanos; hacía lo que le placía, con cierta intención, él nunca creería que no, de frustrar cada plan y propósito suyo, como si buscara vengarse solo de él por haberla desterrado su padre, ya muerto.

Así que no se sorprendió del todo cuando Ceri anunció, con la maliciosa alegría que aún recordaba, que esperaba un hijo. Solo era una artimaña, pensada para escapar de su destino, aunque no surtió efecto, ya que poco después abortó, tras lanzar la noticia en su cara. Era solo una treta, lo sabía, pues ella no derramó lágrima alguna por el pequeño perdido. Y ahora estaba otra vez encinta, feliz de informarle que no podía nombrar al padre, aunque tal vez pudiera reducir las posibilidades a cinco o seis.

Pero ahora… desaparecida.

Sabiendo que su humor no mejoraría a menos que la bruja le diera buenas noticias, Hugh llegó a la puerta de la cabaña y llamó con fuerza. Un escalofrío le recorrió la espalda al escuchar de inmediato la respuesta:

—Entra, Hugh MacHeth.

Empujó la puerta desvencijada y agachó la cabeza al entrar. Como siempre, lo primero que le atacó fue el olor de la sofocante choza, que nunca dejaba de arrugarle la nariz. Nadie sabía lo que hervía en ese caldero colgado sobre el fuego, encendido en el suelo de la única habitación. Allí estaba la bruja, agazapada cerca del fuego, con la barbilla puntiaguda apoyada en una de sus nudosas rodillas. Era como siempre: vieja, intemporal, pero envejecida poco en veinte años, con la piel y el cabello grises y no más grande, según él, que una niña de doce. Echó una ojeada alrededor, medio esperando que duendes o espectros vivieran también allí, escondidos

en las sombras, y que solo estuviera a una palabra equivocada de ser devorado, destrozado o atormentado, lo que sea que esas criaturas hicieran con los humanos.

No habían pasado ni dos minutos en la choza y, confundido como siempre por aquel entorno extraño, Hugh se vio obligado a reaccionar. Lo habían dejado absorto los objetos del lugar: garras y picos de aves colgando de cuerdas, muñecos de paja del tamaño de su mano con harapos por ropa en un cesto, una jaula cubierta a medias por una tela, de donde salían ruidos, y junto a su pie la piel reseca y rota de una serpiente.

Clavó la vista en la anciana, que tenía los ojos fijos en el líquido hirviente del caldero, intentando procesar lo que acababa de oír, sin creer sus palabras exactas.

—¿Y qué es lo que quieres decir con eso? —preguntó ásperamente, con las cejas fruncidas en ángulos descendentes hacia los ojos.

—No hay muchos significados que puedas darle a *"muerta"* —dijo Sidheag.

—Pero no puede estar muerta, ¿y cómo se supone que ha de casarse?

—No puede casarse. He dicho que está muerta, ¿no?

—¿No puede casarse? —repitió lentamente, masticando la idea, el rostro contraído de perplejidad mientras intentaba contener el pánico que arañaba por salir a la superficie.

Aun así, la bruja no lo miró directamente.

—No, está muerta.

—Pero yo vi a Ceri hace…

—Sí la viste —replicó—, pero ya no la verás más. Está muerta.

Saliendo del estupor provocado por la noticia, su expresión pasó rápidamente a la exasperación.

—Sí, ¿y puedes dejarlo ya? ¿Cuántas veces dirás *"muerta"*?

—Las suficientes para que lo entiendas.

Solo entonces se preguntó:

—¿El niño se la llevó entonces, el hijo del diablo? ¿El parto vino temprano y la acabó?

La anciana sacudió la cabeza.

—Seguro que eso habría sido amable, ¿eh? —Lanzó unas hierbas al fuego, no al caldero. Las llamas siseaban y chillaban, el naranja volviéndose blanco por un instante—. Fue arrojada de su yegua, no al suelo, sino por los acantilados. El mar la escupió esta mañana. —Trabajaba un dedo torcido contra algo atascado entre sus dientes—. O tal vez el diablo volvió y la trajo a casa —aventuró, observando con un ceño fruncido lo que había recuperado de sus muelas—. El alma se ha ido de todos modos, y todos estamos mejor así. Pero el cuerpo volverá a ti hoy.

Desconcertado y más que un poco alarmado, Hugh se volvió y miró fijamente por la puerta abierta, que ofrecía una vista rectangular de esos mismos páramos a lo lejos, más allá del agua clara y azul del lochan.

—Muerta, dices —murmuró otra vez.

—Sí, eterna como tal.

—Pero necesito una esposa para entregarle a los McQuillan.

La mujer resopló con fino humor.

—Sí, y podrías haber hecho pasar al hijo del diablo por suyo, pero no vas a engañar a ese con un cadáver por esposa.

Tras un momento, mientras él permanecía inmóvil, paralizado por aquella noticia y todas las posibles consecuencias, Sidheag habló de nuevo, con un tono más ominoso que nunca antes le había oído.

—No temas. Otra viene a ocupar su lugar.

CAPÍTULO UNO

Holly Wright apretó los labios y parpadeó varias veces para expulsar de su mente la imagen de aquel hombre brutalmente apuesto. No tenía derecho a ocupar sus pensamientos diurnos, eso simplemente no era justo. Ya le había robado demasiado tiempo y demasiado sueño, viniendo a ella en sus sueños. Y sinceramente, si no dejaba de aparecer con su furia, iba a empezar a tomar un somnífero para poder pasar una noche sin interrupciones provocadas por él.

Había estado enojado otra vez la noche anterior y, por lo tanto, no merecía ni un minuto de sus pensamientos o de su tiempo despierta.

Pero claro, siempre estaba enojado, con ella o por ella, nunca lograba descifrarlo.

Y aunque en privado había empezado a llamarlo *el hombre de sus sueños*, ciertamente no lo era. Bueno, lo era, porque sí aparecía en sus sueños, pero la *idea* que *el hombre de sus sueños* evocaba no encajaba con aquel sujeto, y eso tenía que ver sobre todo con la mencionada ira, difícil de ignorar porque era tan evidente, aunque Holly lo intentaba.

Al principio, cuando lo soñó por primera vez, la ira era más fácil de pasar por alto; su mente adormecida se aferraba felizmente a la imagen del hombre: masculino, divino, sobrecogedor. En aquella primera ocasión había cruzado los dedos dentro del sueño, deseando que fuera uno de esos escasos pero satisfactorios sueños eróticos. El último de ese tipo había tenido como protagonista a su profesor de historia del instituto, puaj, aunque sí era guapo, más o menos, y aunque el sueño había funcionado como sueño erótico, al día siguiente la había dejado con ganas de darse un baño… o de visitar la oficina del director.

Pronto se hizo evidente que aquel primer sueño con él, por desgracia, no era del tipo erótico. Mala suerte, pensó entonces, con un toque de fantasía: *Ese es un templo en el que adoraría gustosa.*

Él vestía de forma sencilla, casi extraña, y al principio ella lo había relacionado con una serie fantástica que había visto compulsivamente la semana anterior. Pero aquellos personajes de la tele, aunque ambientados en un mundo antiguo, llevaban atuendos con tintes futuristas, mucho negro ajustado, múltiples bolsillos y cinturones con armas de otro mundo. En cambio, el hombre de sus sueños vestía como un campesino que podría ver en las ferias medievales a las que había asistido a lo largo de los años: con pantalones rústicos y una camisa de lino ceñida con un cinturón.

También resultaba extraño que, por más veces que lo soñara, la imagen de él nunca fuera nítida. Sabía que era grande y musculoso y que su labio se curvaba con frecuencia, pero no conocía el color de sus ojos ni cómo eran sus manos: limpias o sucias, suaves o ásperas. Tenía la impresión de cabello oscuro y ojos oscuros, nada más. Veía mover sus labios y, a veces, parecía que le hablaba, o más bien le gritaba, pero no sabía cómo sonaba su voz. Sospechaba que el sonido que había asociado a sus palabras era inventado, cómo ella pensaba que debía sonar. Le había dado una voz profunda, un poco rasposa, que encajaba bien con su imagen: rudo, impaciente, deseoso de acción, con ganas de pelea, pensaba a menudo.

Llevaba años soñando con él. Eso ya era extraño de por sí. Salvo un sueño recurrente en la infancia sobre una bruja que vivía en el sótano de su casa, Holly no recordaba haber soñado con la misma persona una y otra vez, y mucho menos hasta ese grado. Después de casi tres años siendo visitada por él de manera intermitente pero continua, calculaba que habría soñado con él unas cincuenta veces o más.

Al principio adoraba esos sueños, estaba fascinada con aquel hombre, con su rostro, su figura y todo lo tan… dinámico de él. Se sentía tan real, tan potente, tan vivo. Pero aquellos primeros sueños, que ella ya clasificaba como su flechazo accidental, porque era una

romántica empedernida, habían dado un giro oscuro, parecían ahora más desesperados.

O más bien *él* parecía más desesperado, como si tratara de decirle algo. Lo que había sido un agradable interludio nocturno ahora estaba teñido de algo siniestro, y últimamente la ira del hombre era demasiado intensa y perturbadora. Ella sabía que estaba soñando, incluso dentro del sueño, pero se *sentía* tan real, y el peligro tan cercano e inevitable, que ya no resultaban placenteros.

—No sé qué intentas decirme —le dijo la noche anterior cuando él le gritó, con los puños cerrados frente a sí.

—No estás escuchando —estaba bastante segura de que había dicho él entonces.

Ella estaba muy alterada en ese punto, su comunicación tan inútil como siempre.

—Lo intento. De verdad que lo intento. ¡Pero, deja de gritarme!

Rara vez había pistas a su alrededor que explicaran el porqué o el dónde de sus sueños. A veces pensaba que estaban en un bosque, y una vez supo con certeza que estaban en una playa gris y brumosa, pero nada más. En más de una ocasión tuvo la impresión de hallarse en una casa antigua, rodeada de piedra oscura y humedad. La noche anterior, en cambio, no había nada más que negrura absoluta, y una niebla amenazante y cambiante flotaba entre ellos.

Ya el sueño no la tentaba; el miedo la mantenía despierta cada noche demasiado tiempo.

Estaba segura de que al viajar a Escocia, con el cansancio del vuelo, la descompensación horaria, las noches en hoteles y entornos nuevos, se libraría de los sueños. En realidad, solo se habían intensificado, y Holly estaba casi convencida de que tendría que buscar ayuda profesional al regresar a Estados Unidos. Por ahora, tan agotada como estaba, no le quedaba otra que sobrellevarlo.

Ese era su tercer viaje a Escocia en tres años. El primero se lo regaló a sí misma al terminar la universidad y obtener el título. Las vacaciones del año pasado y este viaje eran simplemente para alimentar su gran amor por Escocia, cada bendito rincón de ella.

Afortunadamente, su trabajo como coordinadora de voluntariado en una casa histórica cerca de Erie, Pensilvania, le daba un horario bastante flexible y, como llevaba años trabajando allí, había empezado como voluntaria en la secundaria, ahora tenía suficientes días de vacaciones para permitirle tanto el tour anual por Escocia como la visita obligada de Navidad a Green Valley, Arizona, donde sus padres se habían jubilado.

Habiendo vivido toda su vida en un pequeño pueblo del noroeste de Pensilvania, estaba acostumbrada a extensas llanuras agrícolas poco inspiradoras y a los paisajes industriales abandonados o simplemente antiestéticos: minas, patios de trenes, acerías. Antes de viajar a Escocia, nunca había conocido una tierra tan vasta, nunca se había parado en una montaña y sentido la mano del Señor a su alrededor, en todas direcciones; nunca había recorrido kilómetros y kilómetros por un camino angosto y lleno de baches encontrando más animales que personas; nunca se había sentido a la vez tan brillantemente aislada en aquel paisaje majestuoso y, al mismo tiempo, tan acompañada. La nerd sensible en ella atribuía eso a una especie de comunión con la naturaleza, pero Holly sospechaba que era algo más: que era Escocia misma. No estaba indómita, no estaba despoblada, pero ciertamente lo parecía. Si alguien podía sentirse en casa en un lugar que no era suyo, donde no había nacido y no conocía a nadie, así se había sentido ella casi desde el primer minuto en Escocia.

Lamentablemente, el hombre de sus sueños le estaba arruinando el viaje. Incluso el del año pasado, y el anterior, no habían sido interrumpidos a tal grado por él ni por los sueños.

Ayer había hecho una excursión por Fort William e Inverlochy y no recordaba la mitad de lo que había visto por haber dormido tan poco. Hoy estaba en otro autobús turístico rumbo a Skye. Habían tomado la A87 hasta la punta sureste del Loch Duich y luego girado por una antigua carretera militar, según su guía, un escocés a veces difícil de entender y curiosamente llamado Arnold. Arnold no paraba de hablar, maravillosamente, compartiendo anécdotas y detalles de todo lo que veían. Holly estaba segura de que amaba su trabajo, poniendo tanta emoción incluso en lo más mundano. Ella lo

calculaba de unos setenta años; él había contado que llevaba más de un cuarto de siglo guiando ese tour. No era más alto que Holly con su metro sesenta y cinco, muy delgado salvo por la barriga, que parecía un balón de baloncesto bajo su arrugada camisa de botones, o como si estuviera a punto de dar a luz.

—Y allí tienen las Cinco Hermanas, amigos —dijo Arnold cuando pararon en un mirador del paso Ratagan, señalando la cordillera cubierta de niebla al otro lado del Loch Duich—. Cinco picos… aunque solo veo tres ahora. Cosas de la niebla, ¿eh? Las doncellas son tímidas, sin duda. —Arnold estaba al frente del autobús, contando la leyenda antes de que los pasajeros bajaran a tomar fotos—. ¿Cinco hermanas, se preguntan? Pues ninguna leyenda encierra más pena que esta. Las cinco hermanas fueron originalmente siete, ¿ven?, hasta que dos hermanos llegaron navegando desde Irlanda a Loch Duich, en busca de esposas hermosas. Se enamoraron de las dos hermanas más jóvenes, las más bellas de todas, pero el padre no permitió que se casaran hasta que las mayores estuvieran prometidas. —Arnold hizo una pausa tras presentar el conflicto, alzando sus espesas cejas blancas hasta la mitad de la frente—. "Och, no hay problema, amigo", dicen los dos irlandeses. "Tenemos cinco hermanos en casa. Los enviaremos de inmediato, ¿verdad?" El padre acepta, y los dos hermanos se marchan con sus nuevas esposas y, como imaginarán, nunca volvieron a ser vistos. Las cinco hermanas esperaron… y esperaron… y esperaron. Esperaron y suspiraron tanto que se convirtieron en piedra, con los pies en el lago y la cabeza en las nubes, aguardando maridos que jamás llegaron. —Soltó una sonora carcajada, enrojeciendo—. Así son los hombres, ¿no?

Diez minutos después, cuando el minibús volvió a llenarse con las dieciséis personas del tour, Arnold anunció que la siguiente parada serían los brochs de Glenelg, estructuras de la Edad de Hierro que, de forma asombrosa, seguían en pie.

—Y eso es lo que se llama un palíndromo, ¿eh? —preguntó—. Glenelg, es igual hacia adelante que hacia atrás.

El autobús serpenteaba subiendo y bajando colinas por la antigua carretera de un solo carril, y sorteaba unas cuantas curvas

cerradas durante casi diez millas desde donde se habían detenido en el Paso Ratagan. Holly miraba por la ventana, encantada con la vieja carretera alpina, con los ocasionales muros de piedra a los lados del camino y una vista espectacular en casi cualquier dirección: colinas verdes y marrones, innumerables pinos y narcisos. Toda esa belleza intacta hacía que Escocia se sintiera y pareciera tan benditamente antigua. No conocía ningún lugar en Estados Unidos, todavía no había viajado al Oeste, que se sintiera o se viera tan atemporal.

Pronto, el autobús se detuvo de nuevo, saliendo de la estrecha carretera hacia un breve arcén pavimentado que quizá se había agregado para acomodar a turistas y excursiones, para evitar que los vehículos obstruyeran la vía, aunque esto le parecía poco probable a Holly, que no recordaba haber visto siquiera un coche más durante toda la mañana. Esta zona de Escocia, había dicho Arnold, estaba "escasamente poblada".

Una vez más, Arnold se situó al frente del autobús, dando su pequeña charla antes de permitirles bajar para investigar por su cuenta.

—Aquí, en Glenelg, tenemos tres brochs, cada uno con al menos 3.000 años de antigüedad. Nadie se pone de acuerdo si eran fuertes, casas fortificadas o incluso símbolos de estatus —dijo—. El más cercano es Dun Telve y un poco más allá está Dun Troddan. Aparte de su excelente estado de conservación, son notables por su diseño, parece una casa redonda, ¿no?, su escala y la calidad de su construcción. Por todas partes se puede ver la tierra fértil, donde seguramente los agricultores trabajaron largo y duro. Por supuesto, ovejas pueblan la zona, y debemos imaginar que alguna vez esta tierra estuvo cubierta de lanudas ovejas y sus pares.

Con eso, bajó del autobús y los turistas lo siguieron en fila india, prestando atención a sus advertencias mientras avanzaban hacia el edificio impresionante.

—No suban las escaleras por dentro, amigos. Eran sólidas en su momento, pero hoy no lo sabemos —advirtió.

Holly bajó del autobús y miró hacia arriba con cierto reproche al cielo gris, que ahora rociaba una fina llovizna sobre todo

y todos. Cuando había subido al autobús más de una hora antes, el cielo estaba azul.

Eso probablemente también era culpa de *él*. Aparte de su enorme cansancio, también culparía al hombre de sus sueños por el cambio de clima, simplemente porque le convenía.

—No puedo controlar el clima —dijo él en respuesta.

En realidad, no lo dijo, pero como se había convertido en una figura tan real para ella, ocasionalmente tenía conversaciones con él. Por supuesto, tenía que inventar sus respuestas, pero eso era fácil. Holly simplemente discrepaba o contradecía sus propias palabras, suponiendo que su hábito de constante ira significaba que podría hacerlo en la realidad… si él fuera, en realidad, no solo un producto de su imaginación.

—Y si me dejaras en paz, solo dime qué quieres y sal de mi cabeza —murmuró mientras atravesaba la pequeña puerta que probablemente se había construido más recientemente—. Quizá entonces podría disfrutar de mis vacaciones.

—¿Perdón? —preguntó la anciana que caminaba junto a ella, sosteniendo su itinerario de viaje sobre la cabeza para protegerse de la llovizna.

—Perdón —murmuró Holly con un gesto apenado—. Solo… eh, hablaba conmigo misma.

—¿Jetlag, querida? —adivinó la mujer con una sonrisa comprensiva.

—Sí —aceptó Holly de inmediato—. Debe ser.

Arnold los siguió alrededor del broch. La parte delantera estaba casi completamente intacta, con más de diez metros de altura. La parte trasera estaba más arruinada, y pudieron entrar al interior redondo y hundido. Arnold permaneció afuera y les pidió que observaran las paredes dobles, que estaban expuestas debido al estado devastado por el tiempo.

—Se puede ver claramente cómo se colocaron las piedras, y esas son losas planas que usaron para la escalera que divide las paredes dobles —dijo—. Reforzada con barras de acero, según dicen.

Holly no pudo distinguir ningún acero, solo vio piedra, miles de piedras apiladas y apiladas formando una torre.

Se volvió hacia Arnold y quiso preguntar si este espacio abierto en el centro alguna vez habría tenido varios pisos y si las escaleras exteriores llegaban a cada nivel. Antes de que pudiera hacerlo, Arnold la miró directamente, con más seriedad y severidad que nunca, sobresaltándola brevemente por la intensidad de su mirada.

—Y aquí comenzará tu historia, Holly Wright —dijo.

Impactada por esto, no se había dado cuenta de que él conociera sus nombres, su boca quedó abierta.

—¿Mi historia? —repitió, justo cuando un escalofrío recorrió su espalda.

Arnold asintió, con semblante grave, sin mirar ni hablar con nadie más.

—Así es.

Jadeó abiertamente ahora, ya que la voz del guía turístico de repente no era la suya.

—¿Q...qué? —dijo, necesitando que hablara de nuevo, con su propia voz, para saber que no estaba perdiendo la razón.

—Tu viaje comienza ahora, Holly Wright —dijo a continuación.

Y ella estaba claramente más que agotada, o realmente estaba perdiendo la cabeza. Arnold, con su cabello blanco delgado y peinado hacia atrás, su panza y sus manos suaves, estaba hablando con la misma voz que Holly le había dado al hombre de sus sueños. Confundida y más que un poco alarmada, se volvió y se preguntó si alguien más escuchó el cambio de voz. No fue así. Mientras estaba rodeada por quince personas más del grupo dentro de las ruinas de este antiguo broch, nadie prestaba atención a Arnold.

—Te quedarás aquí cuando nos vayamos —dijo a continuación.

—No —dijo automáticamente, frunciendo el ceño—. No. Vamos a Skye. ¿Por qué iba a...?

—Debes —dijo, aun usando su profunda voz, no la de Arnold.

—No entiendo —dijo y se rio nerviosamente, mirando a sus compañeros de tour nuevamente—. ¿Es una broma?

—Siéntate justo aquí, en el centro de la ruina —dijo—, y espera a que vengan por ti.

—¿Esperar? ¿Por quién? —Un escalofrío de alarma golpeó su corazón. Y solo se multiplicó cuando un par de recién casados del grupo se acercaron a Arnold y le preguntaron algo, y él les respondió, entonces escuchó la voz verdadera de Arnold, pero lo hizo mientras la miraba directamente, manteniendo su mirada aterrorizada, sin mover los labios. Su propio labio comenzó a temblar. Se volvió hacia la joven pareja.

—¿Qué les dijo? —preguntó, con tono frenético—. ¿También deben quedarse aquí?

Aunque pasaron a un metro de Holly, regresando a su examen de las ruinas, no la reconocieron en absoluto. Era como si no pudieran verla ni oírla. Holly extendió la mano hacia el brazo de la joven.

—¡Esperen! —gritó cuando su mano atravesó el brazo de la mujer como si uno de ellos no fuera humano.

Jadeó de nuevo y miró su mano, que lucía sólida y real como siempre. Se giró hacia Arnold, su asombro crecía aún más, pues allí estaba el hombre de sus sueños y no Arnold en absoluto. En carne y hueso, con su ropa campesina y mirándola con una mirada penetrante y mordaz.

—Vamos entonces, lass—dijo rígidamente, moviendo la mano con cierta impaciencia hacia ella—. No tienes elección.

—No —gimió, negando con la cabeza—. Esto no está pasando. Yo… solo estoy agotada. Necesito...

—Te necesito, lass —gruñó.

—Pero tú… no eres real —replicó—. No puedes serlo.

—Carne y hueso, lass—respondió él—, como tú. Ven a casa conmigo.

—Oh —exhaló horrorizada. Girando sobre sí misma, se encontró sola. Ninguno de los turistas del grupo estaba dentro del círculo del broch con ella. Corrió fuera de las ruinas, lejos del espectro del hombre de sus sueños, y corrió alrededor del broch

circular, encontrándose sola. Cuando recorrió todo el exterior, ya no podía encontrar el lugar donde faltaba la muralla: el antiguo broch arruinado ahora estaba casi completamente intacto. Giró de nuevo, mirando hacia la carretera. El pequeño autobús había desaparecido. La estrecha carretera pavimentada también; solo quedaba un sendero de tierra marcada que indicaba que alguna vez hubo un camino. Fue en busca del hombre y ahora lo había perdido. A menos que estuviera corriendo delante de ella, siempre justo fuera de su vista alrededor del broch, o si ahora estaba dentro del broch casi intacto, no había forma de encontrarlo.

Temblando de miedo y confusión, dejó de moverse y cerró los ojos.

Estoy soñando. Eso es todo.

Cuando abrió los ojos, vio a una anciana caminando hacia ella desde la casa redonda de paredes huecas. No hubo alivio, ya que la mujer estaba vestida como el hombre, con ropa sencilla de algún tiempo antiguo. Su largo cabello gris flotaba alrededor de sus hombros, y llevaba un bastón, que sostenía con sus dedos nudosos.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó Holly mientras la mujer sonreía.

—Es hora de irnos —dijo la extraña mujer.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Más allá de tus sueños —vino la respuesta, de nuevo con la voz del hombre de ojos verdes.

Su estómago se contrajo por el susto mientras luchaba valientemente por mantener el control de… cualquier cosa. Y entonces un miedo helado se apoderó de su corazón cuando un resplandor blanco brilló ante sus ojos.

La mujer extendió la mano hacia Holly.

—Ven —la instó.

Una oscuridad deslumbrante siguió a esa luz blanca. Lo último que recordó fue la sensación de ingravidez, como si su cuerpo no tuviera sustancia, mientras caía al suelo.

CAPÍTULO DOS

—Quiero que escuches mis palabras con atención, mujer —dijo Duncan MacQuillan a Doirin, la segunda esposa de su padre—. No te corresponde cuestionar ni mis planes ni mis motivos.

Sin inmutarse ante la frialdad de su mirada y la dureza de su voz, Doirin abrió los labios y continuó suplicándole.

—Pero ella no tiene más que diecisiete años, Duncan. Ya enviaste a Evir y Flora lejos. ¿No vas a…?

—No las envié lejos —replicó él con brusquedad—. Les arreglé matrimonios, las vi casarse con hombres de honor, tal como lo habría hecho mi padre si hubiera vivido. Y, de paso, como un favor hacia ti —le recordó—, retrasé demasiado sus bodas y las escaloné para que no te quedaras sin todas ellas a la vez.

Doirin no se rindió tan fácilmente.

—Pero seguramente puedes ver que Moire es… diferente, que no es tan mundana como lo eran sus hermanas a esta edad.

Duncan puso los ojos en blanco.

—Ninguna de ellas es mundana, Doirin —la reprendió sin remordimiento—, y no te engañes al respecto. Son producto de su educación. —No había conocido nunca un trío de muchachas más egoístas, inútiles y poco sofisticadas. Ornamentos, habían sido criadas como tales, no muy distintas de su madre, que había servido de no mucho más para mi padre.

No se podía negar que Doirin era hermosa, o lo había sido en su juventud, cuando su padre se había fijado en ella, elevándola de lechera a señora del fuerte MacQuillan, Thallane, relación que comenzó mucho antes de que la madre de Duncan fuera enterrada. Pero no era mucho más que eso: a menudo perezosa, sin interés en la administración del hogar, más preocupada por su guardarropa y los tesoros que había acumulado con los años. Tesoro, pensaba

Duncan siempre, joyas, sedas y muebles costosos, *el botín de guerra*, lo llamaba su propio padre, quien pronto se arrepintió de haberse casado con ella veinte años atrás y no haberla mantenido simplemente como amante.

No muy distinto de su padre, Duncan tenía tanto uso para Doirin y sus tres hijas, sus medias hermanas, como a menudo recordaba, como para cualquier caballo cojo.

Pensó recordarle a Doirin su otra propuesta, y dado que ella se había mostrado horrorizada cuando se la planteó por primera vez, esta vez lo expresó como afirmación y no solo como sugerencia para su consideración y eventual consentimiento.

—Recuerda también que el esposo de Evir o el prometido de Moire te ha ofrecido refugio en su hogar, para que tengas al menos la compañía de una de tus hijas. Debes decidir a dónde irás.

—¿Me… me enviarías lejos? ¿Alejarme del único hogar que he conocido? ¿Donde todos mis recuerdos están tan entrañablemente ligados a cada piedra de esta casa, a tu padre?

Con los años, Doirin había perfeccionado el gesto de labio tembloroso que había funcionado con su padre por un tiempo. Duncan se alegraba de haber sido siempre inmune a tan evidente manipulación.

—¿El único hogar que has conocido? —repitió secamente—. ¿No recuerdas la choza en la que naciste y viviste durante dieciocho años antes de convertirte en amante de mi padre?

—Soy su esposa —gruñó ella, olvidando la falsa inocencia.

—Eras —le recordó Duncan, volviendo luego a los asuntos de negocio, deseando zanjar el tema y apartarlo de sus deberes—. Ronan de Haddo llegará con su séquito a fin de mes. Organiza su visita y estancia y que aquí se celebren las nupcias. Y luego —dijo, más incisivo, encontrando su mirada azul consternada—, organiza su partida y tu propio viaje. Ronan probablemente tendrá un carruaje para su esposa. Podrás usar el carruaje MacQuillan si decides mudarte lejos de Moire.

Demostrando un poco de esa mujer malhumorada que aparecía cuando no conseguía lo que quería, Doirin replicó:

—Qué egoísta de tu parte. Te deshaces tan rápido de tus dulces hermanas, negociándolas para tu beneficio y el de Thallane, pero no para ellas. Y de algún modo tú, lo suficientemente mayor como para tener hijas casi de la edad de Moire, logras escapar de los lazos del matrimonio. ¿Cómo es eso, Duncan? ¿Acaso nadie quiere al laird de Thallane? ¿Te crees por encima de todos que ninguna doncella…?

Duncan permaneció en la mesa alta del salón, donde dirigía la mayor parte del día. No se levantó de un salto, no volcó la silla con prisa, ni golpeó el tablero con el puño para callarla. Pero ella se silenció, y a él, miserable como era, le gustaba ver la sangre abandonar sus mejillas de porcelana ante la amenaza de su postura.

—Todos tenemos responsabilidades, Doirin, y yo no estoy excluido del deber —dijo despacio y con peligro—. Antes de que Moire se case, parece que debo hacerlo —enfatizó con los dientes apretados— porque es mi *deber*.

—¿Tú te casarás? —preguntó Doirin, con las cejas arqueadas —. ¿De bajo de qué roca sacaste a tu novia?

Ah, le encantaba cuando ella fingía en vano, pero mostraba su verdadero yo. Eso le permitía a Duncan hacer lo mismo.

—No muy lejos de donde mi padre te encontró —replicó sin remordimiento.

Doirin frunció los labios con respeto por el contraataque, luciendo menos atractiva cuanto más cruel se volvía.

—Podría llevarte conmigo, a ti y a Moire —dijo—, si el momento lo permite. Quizá encuentres entre los MacHeths a tu próximo esposo.

—¿Te alías con los MacHeths? —Su sorpresa era real.

—Busco la paz con mis vecinos mediante la unión —aclaró—. Y sé agradecida, Doirin, de que asumí esta desagradable necesidad yo mismo y no sacrifiqué ni a ti ni a una de tus preciosas hijas a los hermanos MacHeth para negociar la paz.

Él esperaba acabar con una esposa similar a la de su padre, ya que, según todos los informes recientes, Ceri MacHeth era famosa por su belleza. Como con cualquier mujer hermosa que había conocido, un rostro exquisito usualmente iba acompañado de

un corazón oscuro y mezquino. Pero no viviría como su padre lo había hecho, acobardado y sumiso, a merced de una esposa que le negaría justamente aquello que había motivado el matrimonio: tiempo en su lecho. Maldito fuera si algún día se permitiera ser guiado por su deseo como su padre lo había sido tan fácilmente por un tiempo. No, él comenzaría como pensaba proceder, como laird y señor, no responsable ni obligado a rendir cuentas ante su esposa. Su esposa administraría la casa como Doirin nunca lo había hecho adecuadamente y le daría hijos varones, otra de las fallas de la segunda esposa de su padre. Fuera del dormitorio, tendría poco uso para una esposa, y mucho menos una vez que nacieran sus hijos.

Y al hacerlo, tomando a una esposa MacHeth, podría poner fin a la antigua disputa con los MacHeths que, mientras él había estado en la guerra durante el invierno, había vuelto a escalar. Con la guerra en curso y otros problemas que habían afectado a Thallane durante el último año, Duncan no tenía tiempo para involucrarse en la disputa persistente cuyos orígenes nadie vivo podía nombrar. Los MacHeths no eran tan poderosos ni tan bien conectados como para que temiera una gran batalla en las Tierras Altas si no se hacía nada, pero eran lo suficientemente molestos y distractores como para que Duncan se sintiera complacido de casarse, como ya debería haber hecho, y enterrar de una vez toda la antigua querella.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Doirin, con el rostro iluminado por una hilaridad excepcional que apenas intentaba ocultar—. El poderoso Duncan MacQuillan —proclamó—, mantenido firme por los MacHeth, cada uno atado por una mujer entre ellos. Esto, no puedo esperar a verlo.

Duncan la dejó regocijarse, despidiéndola con un gesto de la mano mientras volvía a lo que ella había interrumpido momentos antes, la revisión del libro de cuentas.

Apenas registró las cifras en el pergamino, Doirin había despertado su ira.

El asunto no era tan fácilmente descartable como Doirin. Aun así, incluiría tanto a Doirin como a Moire en el grupo que viajaría a Hewgill House para su matrimonio. Los MacHeths los recibirían con más facilidad si había mujeres entre ellos, como Duncan mismo

recibiría a cualquier grupo que llegara a Thallane. No tenía planes de eludir el contrato ni de evitar la boda, ni de urdir algún plan para golpear a los MacHeths en su propia casa, pero viajar solo con hombres a caballo podría dar a algunos la impresión de que esa era efectivamente su intención. La presencia del carruaje con su madrastra y su media hermana dentro daría credibilidad a su verdadero propósito: unir a los clanes mediante el matrimonio y evitar que la acritud entre ellos creciera.

Duncan cerró de un golpe el libro de cuentas, sabiendo que hoy no conseguiría nada con esas cifras. Irritado y enfadado, tomó un largo trago de la jarra de cerveza frente a él. Sí, todavía estaba enojado. Pero siempre estaba enojado, y a su juicio, con mucha razón. El último año había sido exasperante, una calamidad tras otra. La guerra ya era suficiente y consumía gran parte de su tiempo y recursos, diecisiete hombres del ejército MacQuillan se perdieron solo este año; el doble el año pasado, pero además tuvo que lidiar con el robo de ganado y ovejas por parte de los MacHeths, con el crudo invierno y la húmeda primavera, y ahora con la probabilidad de un año de cosecha escasa e incapacidad de alimentar a su gente cuando llegara el próximo invierno. Así, a pesar de la triste necesidad de una esposa y de que el día se acercaba, en general esperaba con bastante anticipación las nupcias y la posibilidad de sacar a los MacHeths de la lista de cosas que le causaban sufrimiento.

***

No estaba segura de qué la había despertado, pero su inmediata comprensión de que no reconocía su entorno hizo que su corazón se acelerara casi de inmediato. Ese miedo de no saber dónde estaba pronto palideció, superado por un nuevo temor mientras examinaba la habitación. Recordando con relativa rapidez lo último que había vivido, todo ese extraño asunto en el broch que había estado visitando, por un momento Holly tuvo la absurda idea de que realmente estaba dentro de una de esas antiguas casas

redondas. Pero no, eso no podía ser. Esas estructuras habían sido ruinas, abiertas al cielo, sin chimenea ni muebles.

Curvando los dedos sobre algo suave a su lado, comprendió, incluso con la habitación apenas iluminada, que estaba en una cama, cubierta hasta el pecho con una manta de lana. Boca arriba, con una almohada irregular bajo su cabeza, Holly estaba completamente inmóvil salvo por sus ojos, que recorrían la habitación, espiando todos los rincones oscuros. La habitación tenía un techo abovedado y revestido de madera, y había una chimenea al fondo, encendida alguna vez pero que ahora solo mostraba brasas incandescentes. Contra una pared exterior había un mueble alto que parecía un armario, entre dos ventanas largas y estrechas; un lavabo seco, completo con palangana y jarra, estaba junto al mueble, bajo una de las ventanas. Una mesita se encontraba justo al lado de su cama, con una vela corta sin encender y lo que parecía un mortero y su mano. Migas secas de hierbas estaban esparcidas a su alrededor y también había una copa muy rudimentaria de madera.

Holly tragó saliva, conteniendo el pánico que amenazaba con surgir. Levantó la mano y arrugó la tela de su cuello, un hábito que tenía desde hacía años y que solo aumentaba su alarma. Sus dedos deberían haber tocado el nylon del liviano rompevientos que había llevado o el suave algodón de su delgado suéter con escote barco. Miró hacia abajo y vio que su mano tocaba lo que parecía y se sentía como un frente de camisa de lino. Horrorizada, creyendo que alguien habría tenido que desvestirla, Holly deslizó la mano hacia abajo, bajo la manta de lana, encontrando solo más lino. Incluso a la altura de la cintura, donde debería haber sentido el denim de sus jeans tobilleros, solo había más lino. Temblorosa, levantó la manta y miró su cuerpo, descubriendo que todo estaba vestido con ese lino, un camisón de una pieza y sin mangas. Chilló con más horror al golpear su mano contra su pecho, constatando que ya no llevaba su sujetador.

—¿Qué diablos…?

La puerta, un arco de madera gruesa, se abrió y Holly, demasiado asustada para ver quién entraba, automáticamente cerró

los ojos. Solo tardíamente pensó en aflojar el puño. Una persona dormida no estaría tan tensa.

Se dio cuenta de que al menos dos personas habían entrado en la habitación por el susurro, lo suficientemente bajo como para distinguir voces femeninas, pero no lo que decían. Pensó que ellas, o al menos una de ellas, estaban haciendo algo en la chimenea. Se oyó un golpe, seguido por un siseo y crepitar de llamas. Holly no se atrevió a mirar, ya que no podía ubicar con precisión a ambas y temía que una se acercara a la cama.

Permanecer completamente quieta, mientras sabía con certeza que las dos mujeres, ¿o eran tres ahora?, estaban de pie junto a la cama, fue posiblemente lo más difícil que había hecho en su vida. Se concentró en no mover los ojos detrás de los párpados, imaginando que parpadear podría ser interpretado como señal de que no estaba dormida.

Comenzaron a hablar de nuevo, lo suficientemente cerca como para que todo lo que dijeran fuera claro, pero definitivamente no hablaban inglés y Holly no tenía idea de lo que decían sobre ella. Una de ellas recolocó las mantas que Holly misma había alterado. Holly casi abandonó su fingido sueño cuando su mano fue levantada y metida bajo las mantas. De algún modo, logró dejar que el miembro cayera como si estuviera muerta mientras luchaba por no tragar la saliva nerviosa que se acumulaba en su boca.

En el momento siguiente, mientras esas mujeres flotaban y hablaban a su alrededor como si realmente estuviera dormida, la puerta se abrió de golpe y Holly no pudo evitar que su cuerpo se sacudiera, obligándola a abandonar el juego del sueño, abriendo los ojos de golpe ante el estruendo de la puerta, seguido por un gruñido fuerte y áspero de un hombre.

Él también dijo algo que no era inglés, marchando directamente hacia la cama.

Ni siquiera podría haber hablado, aunque supiera lo que decían. Estaba demasiado ocupada mirando a las cuatro personas que se encontraban alrededor de la cama. Nerviosa, se encogió sobre el delgado colchón, subiendo la manta hasta el cuello.

Todos estaban vestidos de manera extraña: dos mujeres con largos vestidos marrón apagado, con delantales que cubrían a una de la cintura hacia abajo. La más joven, que podría tener unos treinta años, tenía un rostro alargado y llevaba un extraño gorro blanco con puntas. No llevaba delantal, lo que dejaba ver lo informe del vestido, y Holly decidió, de manera breve y honesta, que parecía como si hubiera aparecido de repente en algún torneo medieval.

Dos hombres habían entrado: el primero, ansioso y más rápido en llegar, un hombre fornido de al menos cuarenta años, quizá más. Su cabello era gris y marrón, y Holly hizo una mueca al ver que lo mismo se podía decir de sus dientes. Seguía hablando, con ella se dio cuenta, encogiéndose de hombros y haciendo una mueca creciente.

—No entiendo lo que estás diciendo —dijo, con la voz temblorosa, sus palabras causaron un enorme choque y evidente disgusto en su rostro.

Se giró y gritó algo al hombre más joven, que podría ser su hijo, pues parecía tener la mitad de su edad, más cercano a la de Holly, y porque su línea de cabello era idéntica a la del hombre mayor, formando una "W" alta en la frente. El viejo agitó la mano hacia la puerta mientras ladraba algo, y el joven asintió tensamente antes de salir corriendo de la habitación.

La mujer con cofia se inclinó hacia adelante, diciendo algo a Holly.

Sintiendo una vulnerabilidad increíble en su posición recostada, Holly luchó por incorporarse, rechazando las manos que querían ayudarla. Recordando que no llevaba sostén, se aferró a la manta sobre su pecho y se dirigió a la mujer que le hablaba.

—Lo siento —dijo Holly, y realmente lo sentía—. Puedes levantar la voz y hablar muy despacio, pero aun así no sé lo que estás diciendo. ¿Inglés? —preguntó, aunque con poca esperanza.

El hombre ahora estaba al pie de la cama, con las manos en las caderas, y sus dedos perdidos entre los pliegues de su barriga y la larga camisa con cinturón. Holly controló su expresión, intentando ocultar su confusión y su desdicha ante su mirada repentinamente inquisitiva.

Levantó una mano y la golpeó ligeramente contra el brazo de la mujer mayor para llamar su atención. Con firmeza, le hizo una pregunta, arqueando las cejas mientras esperaba su respuesta. Lo repitió y Holly comenzó a reconocer los sonidos del gaélico escocés, que apenas había escuchado, principalmente en las Highlands. No lo había estudiado, aunque amaba tanto Escocia, y no podía esperar siquiera repetir lo que había dicho, mucho menos entenderlo.

La mujer sí entendió, girando hacia Holly y sometiéndola a otra mirada aguda. Inclinó la cabeza y torció los labios, recorriendo con la mirada su cabello desordenado y su rostro pálido.

Un encogimiento de hombros fue su respuesta a lo que el hombre había preguntado, lo que lo disgustó. Ladró algo más, a lo que la mujer respondió murmurando, Holly claramente oyó la palabra "inglés", antes de que el hombre la apartara, tomando su lugar al lado de la cama. No pudo evitar encogerse aún más, con su pecho subiendo y bajando mientras él la examinaba nuevamente de forma crítica, como si nunca hubiera visto algo así.

—¿Alguien me va a decir qué está pasando? —preguntó con algo de enfado, mezclando miedo e impaciencia ante estas personas que actuaban como si ella fuera solo un objeto y no una persona, confundida y aterrorizada—. ¿Dónde estoy y dónde está mi ropa y mi bolso?

No lo hicieron; más bien estaban distraídos por el regreso del joven. Y aunque parecían complacidos de ver quién lo acompañaba, Holly no sabía si sentirse aliviada o más aterrorizada ante la llegada de la misma anciana que había aparecido en el broch.

¿Qué demonios está pasando aquí?

—¡Tú! —acusó, realmente asustada ahora—. ¿Qué me hiciste? ¿Y dónde estoy…?

El hombre mayor comenzó a hablar a la mujer anciana al mismo tiempo. Tanto Holly como él dejaron de hablar cuando la mujer expresó su desagrado por haber sido casi atacada al entrar en la habitación, agitando los brazos pidiendo calma. Afortunadamente, se volvió de espaldas al hombre canoso y se acercó a Holly.

Bien. Quizá ahora obtendría respuestas.

Se imaginó sonando bastante lamentable cuando suplicó a la mujer:

—Por favor, dime qué está pasando.

—Sí, niña —dijo, con voz suave, casi tranquilizadora, aunque un poco ronca—. Descubriremos todo por ti. Soy Sidheag —se presentó—, y los MacHeth me pidieron que…

—¿Pero dónde estoy? —Holly no quería una historia de fondo; quería los hechos más importantes.

—Cerca de donde estabas.

—Lo siento, pero no es momento de jugar —dijo Holly cortante—, ni de ser tan vaga. ¿Qué pasó? ¿Y dónde está mi ropa?

De pie junto a la cama, más cerca de la cabecera que del pie, la anciana hizo un gesto con la mano pidiendo calma nuevamente.

—El broch no se ha movido, y tú no estás tan lejos. Puedes ver las piedras antiguas desde el muro en un día despejado, está así de cerca. Has viajado más a través del tiempo, niña, que en distancia.

—Ah —dijo solo, hasta que entendió—. ¿Me golpeé la cabeza? ¿Estuve inconsciente un rato?

—No más de unas horas.

—Entonces no entiendo lo de "viajar más a través del tiempo".

—No es el mismo tiempo aquí ahora, que allí entonces.

Su vaguedad era sumamente molesta.

Con los dientes apretados, Holly preguntó:

—¿Podrías explicarlo mejor? ¿De qué estás hablando?

—¿Cuándo naciste, lass?

—¿Qué tiene que ver…? —se detuvo, queriendo respuestas a las preguntas ya formuladas, sin añadir más confusión—. Febrero de 1996 —le dijo a Sidheag, consciente de los demás en la habitación, cerca pero un poco detrás de la anciana, salvo por el hombre mayor, que estaba nuevamente al pie de la cama y parecía muy concentrado en la conversación, aunque Holly no estaba segura de que él la entendiera más que ella a él antes.

La anciana se volvió y señaló al joven.

—Ese es Wedast, nacido casi setecientos años antes que tú. Su hermano aquí, Hugh MacHeth —dijo señalando al hombre mayor —, nació *más* de setecientos años antes que tú.

Holly no dijo nada; ¿cómo se responde a semejante absurdo? Era increíble. Un engaño. Una broma estúpida practicada con turistas desprevenidos. La mayor parte de su cerebro creía eso: todo era solo una broma terrible, nada divertida.

Pero una parte más pequeña recordó exactamente lo que había visto en el broch: Arnold siendo… primero alcanzado por el hombre de sus sueños y luego por esta anciana… bruja, supuso. Y los demás en el autobús con ella, el autobús mismo, habían desaparecido. Y esa luz blanca que la había cegado pero que se sentía desde dentro.

—Moverse a través del tiempo —dijo la anciana encogiéndose de hombros—, no es más difícil que sacar peces de la red.

—¿Fuiste tú? —le recriminó Holly—. Sí, lo fuiste —decidió, con tono acusador—. Te vi allí. Estabas en el broch, en el siglo XXI. ¿Qué hacías allí? Además de cambiar de forma o como sea que llames a eso. Primero Arnold, luego el hombre de mis sueños, luego tú, todos en el mismo cuerpo.

—Sabía que vendrías —dijo la mujer—. Los MacHeth te necesitan. Los MacQuillan vienen por ti.

Holly resopló.

—No me importa quién venga ni qué necesiten. No quiero estar aquí. No acepté esto. Quiero ir a casa.

—No puedes ir a casa, Ceri...

—¿Ceri?

—Eres Ceri...

—Holly —interrumpió con voz alta, perdiendo la paciencia—. Me llamo Holly. No soy Ceri, te equivocaste de persona. Menos mal. ¿Puedo irme ahora?

—Ese era tu nombre, pero ya no. Ceri eres ahora, la otra ya no.

—No puedes quitarme mi identidad —gritó Holly.

—¿Quieres ir a casa?

—Sí. Por favor. Gracias.

¡Por fin!

—Entonces debes ser Ceri por un tiempo. Sabes que todos tenemos un propósito. El tuyo es traer paz. Y cuando se logre, solo entonces podrás irte.

—¡Esto no es justo! —lloró Holly—. ¡No me inscribí en esto! No quiero traer paz. No sé cómo. Quiero ir a casa.

—Casarte con el MacQuillan, eso es lo único necesario. Paz y luego podrás regresar.

—¿Casarme? ¿Estás loca? Claro que sí. Dijiste que me movieron en el tiempo. Espera, ¿ese es el MacQuillan? —preguntó, señalando al hombre mayor al pie de la cama.

—No, dije que ese es Hugh MacHeth, tu hermano.

—¡Oh! No, no lo es —Nunca en su vida se había sentido tan confundida y frustrada, intentando entender algo que parecía incomprensible—. Esto es una locura y, sinceramente, es demasiado. Ya tuve suficiente. Detengan a los perros o lo que sea. Alto. Terminen con esta broma. Ya no es divertido. —De hecho, nunca lo fue. Realmente quería conocer al cerebro detrás de este engaño, que estaba fuera de control y, a estas alturas, había durado demasiado.

—No es broma, Ceri MacHeth.

Obviamente, iban a seguir adelante. Lo que sea. Holly cruzó los brazos sobre el pecho.

—Está bien. Continuemos. ¿Cuánto va a durar esto?

Sidheag se encogió de hombros.

—Eso depende de ti. Pero ten cuidado: no te enamores. Los que lo hacen nunca regresan de donde vinieron.

Holly apenas contuvo otro resoplido, mirando los rostros que la observaban.

—Créeme, eso no será un problema. —Entonces comprendió por completo las palabras de la mujer—. Espera… *¿los que lo hacen?* ¿Hay otros que vienen de otro tiempo? —Incluso al formular la pregunta, se dio cuenta de lo ridículo que sonaba, jugando junto a su perturbador juego.

—Varios vienen de cuando tú lo haces —dijo la mujer—. Podrías encontrarlos, si sabes dónde buscar.

Holly puso los ojos en blanco. El sarcasmo acudió en su ayuda, como solía suceder cuando el miedo y la vulnerabilidad la provocaban.

—¿Qué? ¿Hay una reunión mensual en algún castillo espeluznante?

Ignorándola, la mujer añadió a su declaración:

—Otros fueron trasladados de siglos que no tienen relación con el tuyo.

Con la intención de expresar una última duda, para no parecer tonta si esto resultaba ser una broma y había caído en toda esta tontería, Holly dijo:

—Los viajes en el tiempo no son reales.

—Y sin embargo, aquí estás.

—Está bien, ¿y exactamente dónde estoy?

—Justo donde estabas, encontrada en el broch que visitaste y traída aquí a Hewgill House. Pero has retrocedido.

—La historia de mi vida —se burló Holly, queriendo con todas sus fuerzas no convencerse en absoluto—. ¿Qué tan atrás? ¿En qué año estamos pretendiendo estar?

—Es el día de Santa Margarita, en el año de Gracia 1303.

CAPÍTULO TRES

La mujer con aire de bruja, no había otra forma de verla, apenas se separaba de Holly. Esto era a la vez una bendición y luego no tanto. Hablaba inglés y le resultaba familiar, aunque fuera por la propia pesadilla totalmente improbable y bizarra de Holly, ya que Sidheag estaba ligada al inicio de todo aquello. Pero también ponía a Holly bastante nerviosa, quien temía que la mujer realmente tuviera el poder de convertirla en un sapo o algo así.

Y era la persona más exasperante, parecía saber más que cualquiera, pero se negaba a compartir suficiente información con Holly, a pesar de las lágrimas, las amenazas y los ruegos para que le dijera qué estaba pasando realmente.

Ayer, Holly había explotado contra ella después de que Sidheag mostrara una irritante falta de preocupación por los detalles que Holly necesitaba conocer sobre esta supuesta boda con algún hombre medieval, ¡su propia boda!

—Está bien. Guarda tus estúpidos secretos y sigue con este estúpido juego —le había gritado infantilmente a la anciana, quien permanecía desconcertantemente impasible—. No me caso con nadie hasta que me devuelvas mis cosas, mi ropa, mi bolso y mi teléfono. Y necesito un enchufe y uno de esos adaptadores, el mío está en la posada donde me estaba quedando, no pongas esa cara. Y deja de fingir que realmente estamos en el siglo XIV. Esto ya empieza a ser molesto, esta farsa ha durado demasiado.

Lo decía con más valentía esperanzada que con una verdadera creencia en sus duras palabras. O esto era el sueño más largo jamás registrado en la historia o debía ser cierto lo que decía la loca bruja. Cualquier otra esperanza, como que todo esto fuera una broma elaborada y bien ejecutada a turistas desprevenidos, hacía tiempo que había dejado de ser plausible.

Así que, aunque era una locura, la idea misma, y aunque parecía algo que solo Hollywood podría inventar y lograr, Holly tenía la seria y horrible sospecha de que en realidad era verdad, que había sido transportada en el tiempo. Pero luego, dado que eso era tan irreal, regularmente vacilaba entre varias explicaciones diferentes sobre lo que realmente le estaba pasando.

La creencia parcial y cautelosa de Holly de que realmente podría haber viajado en el tiempo, secuestrada a través del tiempo parecía más exacto si se quería creer, era la posibilidad más aterradora, pero también, tristemente, la que de algún modo parecía tener más sentido, considerando todo. Otro miedo era que Sidheag fuera la única que podría devolverla al siglo XXI. Pero no lo haría.

No podía, había dicho Sidheag, explicándolo crípticamente:

—Si todavía estuviera ligada y dedicada a las hijas de la sombra, pensaría que podría devolverte, pero, ay —dijo, dejándolo ahí, encogiéndose de hombros como diciendo que estaba fuera de su alcance.

Por supuesto, Holly había preguntado sobre esas llamadas hijas de la sombra, apenas pudiendo creer algunas de las cosas que habían salido de su boca desde que llegó a este lugar. *Esta vez,* se vio obligada a corregirse, lo cual en sí mismo era absurdo. Sidheag solo permitió otra abstracción exasperante, diciéndole:

—Claro, y esa es otra historia para otro día.

Este lugar, le habían dicho, era Hewgill House, hogar de los MacHeth. Hugh era el jefe de su clan, había explicado Sidheag.

—No es el más sabio ni el más fuerte, pero tiene el apellido, hijo de muchos hijos antes de él del Heth original. Desearía no ser el laird, preferiría ser uno de los plebeyos, de la multitud de soldados marchando.

Ante la reacción agitada de Holly, encontrando casi todo lo dicho increíble o surrealista, Sidheag la miró extrañamente, un poco a la defensiva.

—No leo mentes —se defendió, como si Holly la hubiera acusado de tal cosa—. Él lo dijo, y más de una vez. Inspira gran confianza, como puedes imaginar.

El resto de los MacHeth, todos hombres con hábitos de higiene similares, ya fuera descuidados o desconocidos, eran extraños según Holly. El jefe, Hugh, estaba obviamente chalado, queriendo que Holly fingiera ser su hermana muerta y se casara con un jefe de clan vecino para evitar la guerra, lo cual era tan fantástico que ella podía aferrarse a la esperanza de que debía estar soñando. Si no, simplemente se había vuelto loca y estaba condenada a vivir dentro de esta miserable fantasía que su cerebro defectuoso había imaginado. Otros hombres, todos vestidos con sus ropas medievales, tendían a mirar a Holly como si *ella* fuera la bruja.

Como tantas otras preocupaciones de Holly, Sidheag lo había desestimado cuando Holly cuestionó las abundantes y desconfiadas miradas que le dirigían.

—Es tu pronunciado parecido con la hermana del jefe, eso es todo —dijo.

Ah, sí. Aquella que se esperaba que fingiera ser.

Habían pasado dos días desde que se había despertado en esa habitación del piso de arriba, que luego descubrió que tenía un cerrojo bastante bueno en la puerta, del lado equivocado por supuesto, y que habían usado cada noche desde que ella había llegado. En esencia, era una prisionera. Pero, honestamente, lo que había encontrado en la casa, una siniestra ciudadela de época, eso era lo que era, era lo suficientemente aterrador como para mantenerla sin ganas de escapar. Holly estaba aterrada de que el césped afuera no fuera realmente más verde.

En realidad, se le había permitido salir. Sidheag lo había arreglado después de que Holly se lo rogara. Habían caminado un poco, seguidas por dos hombres con cascos de metal mate y espadas en la cadera, lo cual coincidía con la declaración de Sidheag de que actualmente vivían y respiraban al comienzo del siglo XIV. Nada tenía sentido. Mientras Holly miraba alrededor, frenética y constantemente, buscando alguna pista que revelara que todo era una farsa, solo encontraba más evidencia que apoyaba la improbable e irracional posibilidad de que Sidheag no había mentido. No podía concebir una farsa tan grandiosa y detallada; no podía imaginar que, a menos que estuviera en un set de cine con gran presupuesto, con

extras disfrazados y un castillo de piedra construido desde cero con muros de un metro ochenta de grosor, incluyendo caballos y bueyes más grandes de lo normal, realmente no estuviera viviendo en el pasado.

La Casa Hewgill se encontraba sobre una planicie en la ladera de una montaña, rodeada por una pendiente bastante suave y más pinos de los que podía contar. La montaña se elevaba unos treinta metros más sobre el nivel donde se encontraba la casa. La fortaleza, le habían recordado más de una vez. Aquí no se llamaba casa.

—O fortaleza —sugirió Sidheag como alternativa para el rectángulo muy simple pero bien ubicado del castillo, completo con la esperada variedad de personas de rostro inexpresivo en el fondo, sirvientes dentro y fuera, destinados a ser vistos y no particularmente escuchados o conocidos.

Creo que "esperaba" como si yo hubiera imaginado tal escenario tan extraño, se dio cuenta Holly, o como si esto fuera efectivamente un set de cine y esos extras estuvieran destinados a ser discretos, apenas perceptibles, dejando el protagonismo para la estrella del espectáculo.

Lo que más la desconcertaba era la mirada de las personas que la observaban de reojo, no por ninguna malevolencia detectada ni amenaza asumida, sino por la propia mirada, cautelosa e inquieta —y porque no había cámaras alrededor que dijeran que realmente se trataba de un set de cine— sus miradas le parecían genuinas, como si supieran que ella no era de por aquí, no de esta época.

—¿Por qué me miran con tanto recelo? —susurró a Sidheag mientras paseaban brevemente por ese estrecho patio amurallado de la Casa Hewgill—. ¿Saben que vengo… de donde vengo?

—Entienden poco —se burló Sidheag—, y no quieren entender mucho más que eso. Ya te lo dije, te observan por el parecido que tienes con Ceri.

—¿Es por eso… que me eligieron para moverme en el tiempo? —Odiaba hacer preguntas así, donde parecía haber aceptado ese escenario como realidad.

—Yo no te elegí. El destino lo hizo.

Molesta por otra respuesta críptica y nada útil, Holly suspiró y pensó en preguntar:

—¿Qué le pasó a Ceri?

—La semana pasada fue engullida por el mar y luego regresó sin vida, más cerca de donde irás. No muy lejos de Thallane.

—¿Ahogada? ¿La semana pasada? —repitió Holly, con una alarma salvaje creciendo rápidamente—. ¿Solo murió la semana pasada? ¿Y aquí estoy usando su ropa? —La habían metido sin ceremonias en un vestido de terciopelo azul con adornos dorados, demasiado largo para ella y demasiado ajustado en el pecho—. Oh. Esto se vuelve cada vez más extraño, y francamente parece muy cruel. Su hermano y su familia ni siquiera han tenido tiempo de llorarla…

—No hay mucho que llorar —dijo Sidheag—. Ceri vivió y murió de la misma manera, imprudentemente. Nadie esperaba que tuviera un buen final.

Sidheag cambió de tema de inmediato, señalando el pueblo abajo, al pie de la montaña, donde vivían todos esos extras, inquilinos, sirvientes y trabajadores de los MacHeth, y donde residían algunos de los soldados de su ejército.

—A veces verás ovejas en las colinas —dijo Sidheag—, pero la mayoría permanece abajo. Y toda la agricultura se hace allí también, tal como es. Los MacHeth nunca supieron distinguir un trasero de una pala.

Al pie de la pequeña montaña había campos de cultivo, pero nada a una escala que pudiera rivalizar con las tierras de cultivo de Pensilvania. Pero sí, todas las personas trabajando esos campos y todas las herramientas y maquinaria utilizadas parecían arcaicas.

Aparte de ese único paseo al exterior, si a Holly se le permitía salir de su habitación-prisión, la mayor parte de su tiempo lo pasaba en el gran salón. Esa larga sala se veía como cualquier visita a un castillo del siglo XXI podría haber sugerido: grande y cavernosa, pero luego débilmente iluminada y oliendo vagamente a muchas cosas desagradables, ninguna de las cuales deseaba identificar con precisión.

Cuando expresó la necesidad, en su primer día allí, de usar el baño, Sidheag misma la llevó al retrete. Habiendo hecho numerosos recorridos por castillos y ruinas en Escocia, la idea de un inodoro incorporado en una pared exterior no le resultaba del todo extraña; sin embargo, las ruinas de retretes que había visitado eran lo suficientemente antiguas y pocas de ellas intactas como para que nunca pensara en cómo olería uno existente. Holly casi se ahoga dentro de ese estrecho espacio, nauseabunda por la… frescura de este, que la ventilación hacia el montón de lodo debajo no alivió. Nunca antes había estado tan agradecida de haber incorporado sentadillas a su entrenamiento más de un año atrás. Pudo cumplir con su cometido sin tocar una sola piedra en ese cubículo. Desde entonces insistió en un orinal, que resultó solo marginalmente mejor.

Hoy estaba dentro de su prisión de dormitorio, siendo arreglada y preparada para su boda, actualmente sumergida en un baño sorprendentemente glorioso. La bañera de madera era redonda y no demasiado cómoda, no podía relajarse como le hubiera gustado, pero sus asistentes de baño habían añadido aceite aromático al agua caliente, y esto era ahora el primer placer que Holly había conocido desde que llegó a este tiempo. Al menos, un placer relativo, ya que no estaba acostumbrada a que otras mujeres la asistieran en su baño y la desvistieran. Menos mal, no tenía problemas con su cuerpo, y por eso su aprensión provenía principalmente de recibir ayuda en algo que podría hacer fácilmente por sí misma.

Su boda.

Todavía no podía asimilarlo. De hecho, estaba convencida de que solo podía mantenerse cuerda, capaz de pensar, respirar y hablar, simplemente porque no lo había procesado por completo, o más precisamente, aún creía parcialmente que nada era real. Simplemente no podía ser. Nada tenía sentido.

Pero si casarse con algún jefe medieval era lo que tenía que hacer para volver a su vida en su propio tiempo, entonces se casaría.

No era real, la boda, ninguna parte de esto, pensaba ella a veces. Solo tenía que dejarse llevar hasta que la sacaran de este

sueño. O de esta realidad alternativa, lo que demonios fuera. Obviamente, no estaría atrapada aquí para siempre.

¿O sí?

Apartando el temor, Holly se dirigió a la siempre presente Sidheag desde su baño.

—Dime otra vez por qué tengo que casarme con este tipo y cómo eso me ayuda.

Posiblemente, la anciana ponía los ojos en blanco con más frecuencia que la propia Holly en estos días.

—Te lo he dicho, ¿no? Para lograr la paz entre los MacHeth y los MacQuillan. Ceri había sido prometida al jefe MacQuillan, pero ahora está muerta. Pero Hugh había sido advertido por el mormaer del norte de no… oh, ¿cuál es la frase que usa tu gente? Ah, ahí está...de no cagarla.

Ignorando el sorprendente uso de lenguaje vulgar de la anciana, Holly preguntó:

—Pero, ¿cómo me ayuda eso?

—No puedes volver a casa desde aquí, eso es todo lo que sé —dijo Sidheag, otra respuesta irritante, ya que no explicaba nada.

—Honestamente, Sidheag, tengo la sensación de que no solo me estás ocultando cosas a propósito —acusó Holly—, sino que la mitad de lo que dices podría no ser realmente cierto.

—Así lo has dicho —comentó Sidheag con sequedad. Holly la había reprendido de manera similar muchas veces en estos dos días —. Pero esa es la verdad: si no haces nada o permaneces aquí acobardada, no volverás a casa.

—¿Cómo es este tal MacQuillan?

Un encogimiento de hombros fue la respuesta. Luego Sidheag cambió de tema.

—Han empacado un baúl con tus léines y...

—Te refieres a las cosas de Ceri —intervino Holly.

La bruja continuó como si Holly no hubiera interrumpido.

—Hicieron los cambios que pudieron en tan poco tiempo. Debes recordar que eres Ceri. Naciste aquí, pero te enviaron al convento hace varios...

La puerta se abrió de golpe. Holly jadeó y se incorporó, cruzando los brazos sobre el pecho al ver entrar al hermano de Ceri, Wedast.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Fuera! ¡No puedes entrar así de golpe!

Él no entendía o no le importaba, probablemente lo segundo más cierto, ya que no podía haber duda sobre la indignación en su expresión o tono.

Sidheag se movió con más rapidez de lo que Holly había notado antes, cruzando la habitación desde donde estaba junto a las ventanas para colocarse entre Wedast y Holly, en la bañera cerca del fuego. Le gritó algo a Wedast mientras extendía su frágil brazo hacia la puerta. Wedast habló por encima de ella, rápidamente y señalando con un dedo en dirección general a Holly. Al principio parecía creer que no había nada malo en irrumpir en el baño de su hermana, lo cual hizo que Holly se estremeciera, pero luego su mirada se posó en su hombro desnudo y dejó de hablar. Parpadeó dos veces, sus ojos apagados mostraron un poco de atención repentina mientras los dejaba deslizar hacia abajo, obligando a Holly a cubrirse los pechos con brazos y manos.

Holly sintió su mirada penetrante y lasciva como si la hubiera tocado. La ira y un nuevo miedo se enredaron en su estómago.

—¡Fuera! —gritó Holly de nuevo, disgustada por la forma en que la hacía sentir su mirada.

Cuando él no se movió, excepto para mostrar una sonrisa que coincidía con su mirada lasciva, Sidheag sorprendió a más de uno al golpearle con destreza en la cara con los dedos doblados.

Holly jadeó. Wedast se sobresaltó, retirando su mirada lujuriosa de Holly para enfrentar a la bruja con una mirada amenazante. Su labio se curvó y apretó el puño, pero después de que Sidheag le dijera algo más en su idioma, pareció encogerse un poco, abandonando cualquier intención de devolverle el golpe.

Holly supuso que golpear a una bruja no era algo que una persona con medio cerebro considerara por más de un segundo o dos.

Instado por una Sidheag indignada, y sin volver a mirar a Holly, Wedast pronto salió de la habitación.

Holly permaneció con un escalofrío prolongado, esa mirada en sus ojos inconfundible y alarmante.

—¿Qué quería, de todos modos? —exhaló después de un momento.

—Recordarte lo que te estaba diciendo —respondió Sidheag, volviéndose hacia Holly. Como si se hubiera alterado por esa ligera provocación y reacción, apoyó una mano en el poste del pie de la cama—. Necesitas recordar lo que te he martillado desde ayer. Eres Ceri MacHeth. Tus hermanos son Black Hugh, el muerto Walter y ese idiota, Wedast. Tu padre fue Fearchar MacHeth, un hombre mejor que cualquier MacHeth vivo, aunque eso no diga mucho. No era un santo, te lo aseguro.

Holly suspiró.

—Sí, recuerdo todo eso. Mi madre murió al darme a luz. Estuve en el convento de Dryburgh durante muchos años. Excepto para responder los votos, no debo hablar hasta después de la boda. Los MacHeth vinieron a...espera. ¿Por qué enviaron a Ceri al convento?

—Era salvaje —respondió Sidheag con crítica y sin vacilar—. Pero ahora no lo eres. Una Ceri dócil y agradable tienen ahora, ¿no es así?

Entre dientes apretados, Holly volvió a recordarle a la anciana:

—No soy Ceri.

—Pero lo serás, ¿verdad? —preguntó Sidheag, inclinando la cabeza de modo que su cabello fino se levantara de un hombro y se conectara rígidamente con el otro—. Te lo he dicho, casarte con el MacQuillan es la única salida. Te irás de aquí y estos MacHeths y estarás más cerca de volver a casa. —Levantó la mano, siempre capaz de enderezar el dedo índice de todos sus dedos torcidos cuando necesitaba enfatizar un punto—. Recuerda, sin embargo: no te enamores o no podrás regresar.

—Sí, lo sé —gruñó Holly—. Ya lo has dicho un millón de veces. Y te he dicho, por lo poco que he visto, las posibilidades de que eso suceda son… lo que sea que sea menos que inconcebible. Cero, nada, nada en absoluto.

Media hora más tarde, vestida con una camisa larga de algodón, Holly estaba sentada en un pequeño taburete cerca del fuego mientras le peinaban el cabello. A esto, definitivamente, podría acostumbrarse. Las dos mujeres del baño llevaban diez minutos trabajando, sin hablar, y Holly no podía entablar conversación con ellas. Cerró los ojos y se deleitó en ese lujo único en la vida. No le preocupaba el escote indecente de esta camisa, ya que sabía que no sería visible bajo el vestido exterior que seguramente usaría.

Eran pequeñas cosas como esta las que hacían que todo pareciera real. Su cabeza se movía suavemente a la izquierda mientras una mujer pasaba un peine, que parecía hecho de hueso, por su largo cabello y luego tiraba ligeramente hacia la derecha cuando la otra mujer peinaba. Un tirón cerca de la nuca, desenredando un nudo, le provocó escalofríos. Bajo sus pies desnudos, sentía casi cada mota de polvo o resto en el viejo suelo de madera. Todavía percibía el aroma a lavanda del jabón y del aceite del baño, el calor del fuego, y era consciente de varios sonidos del exterior a través de las ventanas: el relincho de un caballo, el crujido de la puerta del castillo, el lejano retumbar del trueno. Esta pequeña escena era tan detallada, tan real.

Dos mujeres más entraron a la habitación, una de ellas cargando una prenda larga, pero con tanta reverencia y cuidado que Holly supuso que podría ser el vestido de novia de Ceri. Ahora suyo. La mujer, más joven y de rostro largo, que había estado con ella cuando despertó hace dos días, sonrió a Holly, como si debiera sentir cierta emoción. Por más que lo intentara, y a pesar de la esperanza reflejada en el rostro de la mujer, Holly no logró devolver la sonrisa.

Ay, ¿realmente está pasando esto?

Tragó el miedo y dirigió su mirada frenética hacia Sidheag. *Oh, esto superaba toda esperanza*. Y estaba buscando consuelo y seguridad en una bruja, la misma que quizá fuera responsable de catapultarla siete siglos atrás en el tiempo.

Su pánico se intensificó mientras su cerebro la bombardeaba con una docena de cosas que no había considerado por completo hasta ese momento. Lamentablemente, desde su posición en el

taburete y con lágrimas acumulándose en los ojos, Holly volcó sus temores a Sidheag.

—¿Y si es un maltratador? ¿Y si me matan aquí? Oh, mierda… ¿voy a tener que dormir con él, consumar el matrimonio o lo que sea? ¿Y si…? —se interrumpió al ver que Sidheag se inclinaba sobre ella, medio esperándola para darle un golpe como había hecho con Wedast.

No la golpeó, pero sí la reprendió firmemente para que se rehiciera.

—Cálmate, niña —dijo, con sus delgadas cejas blancas, nunca antes notadas, arqueándose sobre sus ojos estrechos—. Toma control de esa mierda y písala fuerte. —Cuando Holly asintió vigorosamente, con los labios apretados y el pecho agitado, Sidheag preguntó—. ¿Crees que puedes escapar de cualquier hombre, caballo o flecha disparada desde un arco? No, no puedes. Así que no hay forma de evitarlo. ¿Crees que puedes encontrar el camino de regreso por tu cuenta? No, tampoco eso. —Con un tono más suave añadió—. El destino no elige a los pusilánimes, ni a los tímidos o débiles de voluntad. Estás aquí por una razón y has sido elegida porque puedes hacerlo.

—Yo… en realidad no tengo elección en este punto, ¿verdad?

—Siempre hay elecciones, Ceri —aconsejó Sidheag—. Sé lo suficientemente sabia para tomar la correcta.

Esto solo aumentó su relación de amor/odio con la anciana. Era consejera y torturadora, amiga y enemiga, confiable y luego no. Podría ser responsable de la difícil situación de Holly, pero también podría ser la única que previera una salida.

—Odio todo esto —dijo Holly, refiriéndose a mucho más que su situación peligrosa e increíble.

—Sí, siempre la mejor medicina sabe más amarga —dijo Sidheag, retrocediendo y haciendo un gesto para que Holly se levantara—. Vamos. Es hora de vestirse.

Con un profundo suspiro, con el corazón encogido, Holly se puso de pie y permitió que las mujeres la vistieran. Las cuatro doncellas ayudaron de alguna manera, cubriendo sus piernas con medias de lino cremoso y asegurándolas sobre las rodillas con ligas

de seda. Se deslizaron en sus pies zapatillas de seda con suela de cuero. Sobre la camisa que ya llevaba se añadió otro vestido, esta vez de lana azul cobalto suave, ajustado al cuerpo, con escote bajo y largo y mangas que abrazaban sus brazos hasta las muñecas, donde se ensanchaban en un delicado volante sobre la parte superior de las manos. Y luego vino otro vestido, el que la mujer de rostro largo había traído, una creación de seda color marfil sin mangas. En la estrecha cintura y luego nuevamente en la mitad de la falda larga y otra vez en el dobladillo se cosió una hilera de hilos dorados, el bordado formando una cadena de rosas y hojas.

Holly miró hacia abajo y frunció el ceño al instante, horrorizada al descubrir que el escote era tan bajo y revelador como los dos primeros. Y el vestido azul ajustado en el pecho hacía que sus senos sobresalieran por encima de él.

—Oh, ni hablar —murmuró, tratando de jalar la tela delgada hacia arriba. Cuando eso no funcionó, intentó empujar el abundante pecho hacia dentro del corpiño. Poco se logró. Holly levantó la vista hacia Sidheag. —No me voy a poner esto. Parezco una prostituta, una barata.

—No te pintarás la cara —replicó Sidheag, como si eso la calmara.

Nada es real. Me iré pronto, se repitió una y otra vez, tratando de calmarse de nuevo.

Fue dirigida de nuevo al taburete y dos mujeres comenzaron a trabajar en su cabello, ahora casi seco. No había espejo para ver qué estilo intentaban, pero cuando empezaron a girar secciones de los lados en nudos apretados, Holly las apartó abruptamente e impaciente. Peinó su cabello con los dedos de nuevo.

—No. Déjenlo. No me voy a casar pareciendo una Leia de película barata. —Más importante, estaba bastante segura de que su cabello suelto, cayendo sobre los hombros, ocultaría adecuadamente lo indecente del corpiño de este vestido.

Cerrando los ojos, se concentró en su respiración, intentando reunir calma en medio de esta tormenta de estrés.

Después de un momento, se puso de pie y enfrentó a Sidheag.

—Vamos, terminemos con esto.

CAPÍTULO CUATRO

Montado en un caballo negro como el carbón, Duncan MacQuillan lideraba al grupo por el estrecho valle, alejándose del mar y su aire salado, lejos de Thallane. El verano estaba en pleno esplendor a su alrededor, en campos y flores, aunque la abundancia verde de la temporada estaba algo cubierta por el gris del cielo sombrío del día. Un pesado manto de nubes cubría los picos de las colinas que flanqueaban el valle, pero Duncan seguía optimista, confiando en que la lluvia podría esperar hasta que llegaran a Hewgill House. Mientras Thallane se erguía orgullosa al borde del mar, la fortaleza MacHeth había sido construida más o menos en la misma época, varias leguas tierra adentro.

Había un folclore repetido a menudo, pero poco fiable relacionado con el primer MacHeth y el primer MacQuillan, quienes levantaron sus fortalezas el mismo año, hace más de dos siglos. Las historias decían que aquellos hombres habían sido hermanos de armas que acudieron en ayuda del entonces rey Alexander después de que fuera atacado por hombres de Moray y Mearns mientras presidía la corte en Invergowie. Tras ayudar Eadmer MacHeth y Malcolm MacQuillan al rey a buscar venganza, persiguiendo a los infieles hasta Beauly donde fueron derrotados, el rey les otorgó generosas extensiones de tierra en Gairloch, a orillas del Mar del Norte, miles de acres para cada uno. Si las historias eran ciertas, Eadmer se había quejado de la generosidad, creyendo que les habían dado tierras infértiles, demasiado cerca del mar, un menosprecio que él pensó, imaginando que el rey había reducido su mérito al de pastores, ya que criar ovejas era lo único que la tierra podía ofrecer. Malcolm MacQuillan no había objetado la donación, pero ofreció a Eadmer MacHeth las tierras interiores más productivas, quedándose él con la franja mayor junto al mar.

Satisfechos con ello, comenzaron a construir sus hogares, Malcolm iniciando la torre original de Thallane, que aún se mantenía en pie. Y descubrió que sus tierras eran aptas para cultivos, mientras que los MacHeth descubrieron que las suyas no lo eran. El mito, ciertamente el que los MacHeth mantenían, insistía en que Malcolm había engañado deliberadamente a Eadmer para quedarse con la tierra más fértil. La verdad, según los MacQuillan durante generaciones, era que Eadmer sabía muy poco de agricultura y no tenía interés en aprender más. Y, aún más importante, era perezoso por naturaleza, lento para actuar y reaccionar ante ideas y mejoras, incluso aquellas que merecían su consideración.

Y así comenzó la enemistad, si se creían las crónicas. Antes de que Malcolm y Eadmer murieran muchos años después, se habían encontrado y luchado como enemigos más de una vez. Nada había cambiado desde entonces, durante casi doscientos años.

Se esperaba que el matrimonio de la hermana MacHeth y la unión de las dos familias pusieran finalmente fin a la antigua disputa.

Duncan bajó la vista y pasó la mano sobre su tartán en el pecho, donde los pliegues se marcaban ligeramente. Vestía una túnica limpia y fina de lino color cervatillo sobre la que llevaba su tartán MacQuillan. Un broche de cardo de peltre pulido sostenía el tartán sobre su corazón. En su cadera colgaba la espada decorativa que había pertenecido a su padre, y que había sido entregada primero al abuelo de Duncan en su boda por el rey Alexander III tras la Batalla de Largs. Otro punto de disputa: la constante buena relación de los MacQuillan con los reyes de Escocia. De hecho, la última queja de los MacHeth había surgido en años recientes. A pesar de sus propios saqueos y robos regulares y del robo habitual de ovejas y ganado MacQuillan, Hugh MacHeth se había molestado con Duncan y su ejército MacQuillan por ocupar el flanco derecho en el ejército de William Wallace, una posición de gran honor, asignada por Wallace mismo, pero que MacHeth alegaba había sido obtenida por coacción. Como si Wallace no reconociera a un impostor, o a uno que no estuviera comprometido con la causa, como si asignara la posición a un hombre y un ejército no aptos para el rol. Ese tipo de

desprecio y tonterías insignificantes eran lo que más irritaba a Duncan. ¿No tenían algún enemigo común contra el cual unirse y luchar? Sí, lo tenían, pero a los MacHeth no les importaba, felices de enfurecerse en su retiro montañoso, tramando venganzas menores.

Duncan estaría complacido de poner fin a todo esto. Si realmente era posible. Solo tenía esperanza, y poco más, de que la palabra de Hugh MacHeth fuera sincera. Tras Falkirk, en la que tanto Hugh como su hermano resultaron heridos, no habían vuelto a aparecer en ningún campo de batalla junto a Wallace ni frente a otro gran ejército luchando por una causa justa. Las fechorías y robos, que eran todo lo que hacía Hugh últimamente, Duncan casi podía soportarlo; eso por sí solo no justificaba una maldita boda. Salvo que Wallace y el Guardián de Escocia habían aconsejado que se necesitaba paz en todas partes de su tierra. Fue el estimado Sir John de Soules quien sugirió que, además de los términos de paz entre MacHeth y MacQuillan con el matrimonio, los MacHeth debían asignar cincuenta de sus hombres de armas a los MacQuillan durante la guerra. Duncan acogió esta idea con agrado, satisfecho de fortalecer su propio ejército y también complacido de que cincuenta hombres menos estarían a las órdenes de Hugh para ejecutar todos sus pequeños planes vengativos contra los MacQuillan en las Highlands.

Pero, ¿cumpliría Hugh MacHeth los términos establecidos en el contrato de compromiso?

Agitado por sus propios pensamientos irritantes, acosado por más preguntas y "qué pasaría si" que certezas, Duncan ralentizó su destrier, dejando que Graeme, su capitán, lo alcanzara.

Él y Graeme habían crecido juntos, sus madres eran hermanas. Compartían no solo el mismo color de cabello oscuro y ojos verdes, sino también una estatura y complexión similares. Graeme, sin embargo, tenía un temperamento más controlado que el de Duncan, salvo cuando se irritaba, momento en el que su temperamento podía ser igual de feroz que el de su primo. Duncan lo contaba entre los pocos hombres en los que confiaba incondicionalmente, con su vida, sus planes y los pocos secretos que guardaba.

Cuando Graeme y su corcel castaño se pusieron a la altura de Duncan y su caballo negro, Duncan dijo:

—No sé si creo que los MacHeth sean sinceros.

—Aye, ya lo has dicho —respondió Graeme—. Pero dado que Wallace mismo y de Soules, el Guardián, han ordenado esta alianza, no hay mucho que hacer al respecto. —Se pasó la mano por el cabello largo, apartándolo de la frente—. Hay dos maneras de verlo —propuso—. Una, que tu desconfianza sea justificada y entonces no avanzamos ni retrocedemos, los MacHeth siguen siendo espinas en nuestros costados. Quizá tengamos que enfrentarlos algún día, no solo para responder a sus molestias insignificantes pero obstinadas, sino con mayor fuerza y poder, para que sea definitivo. —Se encogió de hombros, rascándose la mandíbula con barba incipiente—. O puede que se mantenga fiel a su palabra, al contrato al menos, impulsado por el mormaer de Skye, y todo esté bien, un asunto menos de qué preocuparse. —Sonrió ladeando un poco la boca—. Deberías preocuparte más por qué harás con la novia, aparte de lo obvio. Me gusta verte frustrado aquí y allá, todo en buen humor, pero rezo porque Ceri MacHeth no esté formada igual que sus hermanos. Te desearía una novia más bonita que esa.

Duncan resopló, agradeciendo la preocupación. Hugh MacHeth no era alguien a quien quisieras mirar por mucho tiempo si no fuera necesario.

—Aye, pero por todo lo que sé, la hermana MacHeth escapó de la horrible maldición.

—Eso escuché —admitió Graeme—. Espero que no se diga solo porque buscaban un novio en ese momento. —Alcanzó a Duncan y le dio una palmada en la espalda—. Para eso está la oscuridad, Dunc, para que los niños pequeños se hagan con los feos. No serás el primero que cierre los ojos solo para cumplir con la tarea.

Genial. Mucho que esperar.

Volviendo al tema inicial de Duncan, Graeme comentó:

—Tengo fe en que podamos salir de tus nupcias con algo más que una novia horrible, quizá con más de los cincuenta prometidos. He encargado a los chicos hacer indagaciones discretas.

Acogeremos a quien quiera luchar por la justicia bajo el estandarte MacQuillan.

Duncan asintió, complacido, considerando que no era solo una posibilidad remota.

Entre campesinos y siervos, y hasta cierto punto en todas las regiones menos prósperas de Escocia, la guerra, un invierno duro y una primavera lluviosa habían hecho estragos; había muchos hombres desilusionados y desesperados, propensos al tumulto y la rebelión, listos para cambiar de lealtad, y estos eran tiempos difíciles en toda Escocia.

Cualquier hombre de armas dentro del dominio MacHeth podría ser persuadido, pues se sabía en las Highlands que el ejército MacQuillan trataba bien a sus hombres y los proveía generosamente, manteniendo la gratitud y estima de las autoridades superiores. Seguramente, algunos solo buscaban gloria, en propósito y estatus, algo que no se encontraría en la fuerza MacHeth.

—No me importaría llevar más hombres a casa —dijo Duncan —, o enviar cien a Wallace de inmediato.

Graeme sonrió de nuevo:

—Una cosa a la vez, amigo. —Señaló la montaña delante de ellos, donde se encontraba Hewgill House—. Primero veamos que te unas a tu dulce novia.

Duncan frunció el labio. Durante el último año había escuchado muchas historias sobre Ceri MacHeth, y la mayoría eran tan contradictorias que era imposible saber la verdad: alta o baja, gruesa o delgada como espada, hermosa más allá de la imaginación o lo suficientemente fea como para provocar jadeos, según el mensajero. Solo había una constante: nada dulce había en Ceri MacHeth.

Diez minutos después, Duncan y Graeme llevaron al grupo de los MacQuillan hasta las puertas de la fortaleza MacHeth. Aparte de Graeme y su madrastra y hermanastra, Duncan solo había traído una unidad de veinte hombres de armas. Su abanderado se acercó primero, deteniéndose en la puerta y el bajo muro cortina, este último nunca había sido elevado más allá de sus tres metros originales, la posición del castillo en la ladera de la montaña era ya

un enorme impedimento para cualquier ataque. La rastra del portón crujió y gimió al levantarse. Un segundo después, la puerta interior, apenas más alta que Duncan sobre su caballo, se abrió y el grupo ingresó al pequeño patio.

Sabía que la lejanía tanto de Thallane como de Hewgill House significaba que ninguno recibía muchos visitantes, pero aun así esperaba ser recibido al llegar, más aun tratándose de lo que debía contar como una celebración.

Desmontando, se acercó al carruaje que los seguía, un vehículo demasiado fino para el áspero paisaje de las Highlands, pero que Doirin había hecho comprar al padre de Duncan años atrás. Casi esperaba ser sometido a los quejidos y lamentos de esa mujer y de su hermana, Moire, por el traicionero ascenso por la ladera.

En innumerables ocasiones de su vida, su madrastra o su hermanastra, o ambas, lo habían decepcionado. Lamentablemente, esta no era una de esas ocasiones.

—Podríamos haber sido advertidos —comenzó Doirin en cuanto se abrió la puerta del carruaje— sobre la pendiente precaria o el estado ruinoso de los caminos. Esto es una desgracia, Duncan, y exijo que primero reprendas a los MacHeth por esta molestia.

—Duncan —gimió Moire mientras seguía a su madre fuera del carruaje—, mira mis manos, todas blancas y azules, de tanto tiempo que estuvieron apretadas por el aterrador trayecto.

—Aye —dijo él, como llevaba haciendo años. Nunca respondía, comentaba o rebatía ninguna de las quejas; había aprendido que solo provocaba más lamentos. Pero si no reconocía sus quejas, esa falta solo invitaba a otro motivo de descontento. Un simple "aye" solía bastar. Unas semanas más y estaría libre de ellas por completo.

Mientras tanto, no despreciaba la utilidad de Doirin. Aparte de necesitarla a ella y a su hija para dar autenticidad a la visita diplomática de los MacQuillan, Duncan no podía ignorar el otro papel que Doirin desempeñaría. Era habladora, lo cual aliviaba gran parte de la presión sobre él. Aunque a menudo aburrida o egoísta, le gustaba atraer atención pretendiendo ser una dama superior a lo

que la vida o el Señor le habían otorgado, su parloteo generalmente no era ofensivo y dejaba poco espacio para silencios incómodos o vacíos de comunicación. Duncan quedaba así libre de cualquier responsabilidad, sin necesidad de forzarse a ser sociable o participar en charlas inútiles. Podía dejar que su madrastra se encargara de toda esa tontería.

Echó un vistazo a la fachada de Hewgill House, una fortaleza en la cima de la colina, como siempre la había llamado despectivamente su padre, que nunca había parecido distinta a su habitual aspecto sombrío, ya que la madera utilizada en la construcción había sido quemada para crear un núcleo semejante a la escoria en las paredes.

La puerta se abrió justo cuando Duncan llevaba a las dos mujeres hacia ella, y salió Black Hugh, a quien Duncan había visto hacía solo seis meses, cuando se firmaron los contratos de compromiso, pero que parecía haber envejecido una década desde entonces. La expresión del hombre sugería que coincidía con Duncan en al menos un aspecto: simplemente hagámoslo.

Duncan podría y debería haber saludado primero a su anfitrión, pero Doirin estaba presente, así que eso no sucedería.

—Hugh MacHeth —murmuró ella, con voz empalagosa de cortesía pero con poca sinceridad—. Ha pasado demasiado tiempo sin mantenernos en compañía amistosa. Qué placer poner fin a la daga del conflicto, tan infructuosa y peligrosa.

Al lado de Duncan, Graeme hizo un ruido que era una mezcla de resoplido sin humor y respuesta desdeñosa ante la mención de la "daga del conflicto".

Hugh tampoco estaba impresionado, murmurando algo ininteligible antes de hacer un gesto para que entraran sin ceremonia alguna. Duncan no se ofendió, pero intercambió una mirada con Graeme antes de seguirlo, notando que los ojos de su primo también se habían entrecerrado. Graeme había percibido que Black Hugh no había mirado una sola vez a Duncan. Asintió con la cabeza y se retrasó un momento. Duncan se sintió seguro de que estaba dando instrucciones a sus pocos hombres para que permanecieran atentos ante cualquier indicio de problema.

La puerta se abría directamente al salón, donde parecía que poco se había hecho para indicar que allí tendría lugar una boda, aunque decenas de personas estaban reunidas en la cámara. Aparte de la obvia falta de decoración, el salón estaba desordenado; el suelo no había sido barrido más que por las colas de los vestidos y los pies de suela blanda, mientras las telarañas brillaban y danzaban alrededor del candelabro. Solo unas pocas velas estaban encendidas, iluminando tenuemente la cámara abovedada, y todo y todos aparecían como sombras destacadas por los tonos oscuros.

—Lo suponía —murmuró Doirin mientras Hugh avanzaba—. Debería haberte dicho, Duncan, que el banquete podría haberse celebrado en Thallane. Parece que he venido a la boda de un campesino.

Incluso Moire notó la falta de protocolo.

—Siento haber desperdiciado este precioso vestido de seda, madre —dijo, encogiendo los hombros—. Me pregunto si siquiera servirán la comida de boda.

Mejor aún si no han hecho planes para eso, pensó Duncan, considerando que sería una gran idea decir los votos y marcharse con su novia, sin pasar un minuto más bajo el techo MacHeth.

Aun así, se sintió algo tranquilo, pues entre los "invitados" había varias mujeres y niños, todos habitantes locales a juzgar por su vestimenta sencilla, pero que no habrían estado presentes si Black Hugh hubiera tenido algún plan para convertir esta boda en un funeral.

Duncan dirigió nuevamente la mirada a Black Hugh, menos preocupado pero aún curioso por su completa falta de saludo, quien ahora estaba junto a su hermano, el flaco e impredecible Wedast, y varios otros parientes y sirvientes de la casa. Duncan se sorprendió de ver a un clérigo entre ellos, aunque lo consideró otra señal de que, pese a la falta de bienvenida, parecía que tenían intención de honrar el compromiso. Esperaba que lo mismo se cumpliera con todos los detalles del contrato, específicamente que MacQuillan y MacHeth debían convivir en paz con esta unión.

Mientras Black Hugh permanecía con las manos al frente, con su mirada fija en las escaleras que llevaban a los pisos superiores,

Duncan suspiró y avanzó al frente de su grupo, a la par de Hugh y el clérigo, un hombre más ancho que alto, a quien Duncan no le daba más de dieciocho años, aunque seguramente era mayor, dado el majestuoso hábito, túnica y gorro que llevaba.

El clérigo inclinó la cabeza para mirarlo, y Duncan no creyó por un instante que el trago de aprehensión que vio en el hombre tuviera que ver con su tamaño en comparación con Duncan. Algo extraño estaba ocurriendo. Pocos se atrevían a mirarlo a los ojos, y los que lo hacían no sostenían la mirada mucho tiempo. Wedast masticaba febrilmente el interior de su mejilla, según delataba su boca y mandíbula. Los nudillos de Black Hugh estaban blancos mientras mantenía las manos juntas al frente.

Duncan volvió la mirada a Doirin y Moire, y luego a Graeme a su lado. Una vez más, el semblante de Graeme coincidía con el de Duncan. También lo sentía: algo estaba mal. Sigilosamente, Graeme se movió detrás de los MacHeth, posicionándose cerca de Hugh, listo para actuar.

Y entonces, el poco bullicio que había se silenció de repente al moverse algo en las sombras en lo alto de las escaleras. Esto fue seguido por un bajón colectivo de hombros y miradas, y más de un sonido de desaprobación cuando la figura avanzó: una anciana, otra campesina, vestida con lana raída y harapienta.

Duncan suspiró con su propia decepción; esperaba poder ver finalmente a su novia. Podría haber ignorado a la anciana de inmediato, y había pensado hacerlo, pero ella se detuvo allí en lo alto de las escaleras y, a más de veinte metros de distancia, lo miró directamente a él. Su mirada deliberada lo sorprendió, no porque buscara al novio, sino porque lo miraba solo a él. No era algo que lo alarmara demasiado, pero esos astutos ojos oscuros lo inquietaron brevemente.

La bruja se agarró al desgastado pasamanos y bajó lentamente las escaleras. La pequeña multitud, apenas más de la mitad MacHeth según Duncan, se apartó mientras ella cruzaba el salón. Lanzó una mirada astuta más hacia Duncan antes de colocarse al lado opuesto de Hugh, cerca de Graeme. El jefe MacHeth intercambió una mirada con ella, y la anciana asintió

apenas perceptiblemente, como respondiendo a la pregunta que se había formulado sin palabras.

Un minuto después apareció otra figura en el rellano del segundo piso.

Y Duncan casi cayó al ver lo que encontró. Separó las piernas para mantener el equilibrio. Aunque nunca se dejaba impresionar solo por un rostro bonito, solo un hombre de piedra no apreciaría la belleza de aquella mujer.

Su novia.

Oh, pero era extraordinariamente hermosa. Esbelta y delgada, vestida de marfil y azul nupcial, descendía las escaleras con elegancia y rasgos delicados, su cabello castaño claro cayendo en ondas sueltas sobre los hombros. El vestido se adhería a sus curvas graciosas, destacando su amplio busto, mucho del cual se asomaba sobre el escote bajo. Su mano rozó suavemente el pasamanos, con los dedos acariciándolo al descender. Sus ojos eran marrones, grandes y redondos, con largas pestañas aún más oscuras. Dominaban un rostro ligeramente tostado por el sol, perfecto bajo sus cejas arqueadas y sobre una boca hermosa y carnosa. Cabello y ojos marrones que deberían haber sido comunes, pensó Duncan, pero no lo eran en esta criatura gloriosa. Su belleza no era estridente, sino sutil, obra de la pureza de sus rasgos y la sinceridad que percibía en aquellos grandes ojos.

Toda la verdad estaba en sus ojos, se dio cuenta mientras ella se acercaba. Aunque fingía estar tranquila, rozando con ligereza la baranda mientras bajaba las escaleras, moviéndose con una gracia inconsciente, manteniendo la barbilla en alto para destacar su fortaleza, sus ojos delataban su ansiedad, grandes e inmóviles como estaban. Parecía muy joven, o tal vez la expresión congelada en sus bonitos ojos castaños la hacía parecerlo.

Le resultó extraño que no llevara velo ni sostuviera un ramo. Aparte de la evidente calidad de su vestido, estaba adornada para su boda como lo estaba el salón: nada en absoluto. Pero Duncan no se detuvo en esas rarezas, demasiado cautivado por la belleza de su novia y, más aún, por el hecho de que realmente hubiera llegado;

nada parecía ser como debía en un festival de bodas, nada desde que había puesto un pie en Hewgill House.

Su mirada recorrió todo su ser, encontrándola menuda, en comparación con su gran estatura, pero con curvas que cualquier hombre vivo y vidente habría tenido dificultad en ignorar. Sus brazos eran delgados y sus muñecas delicadas. El vestido acariciaba su cuerpo con adoración, deslizándose con devoción sobre sus finas caderas y haciendo que sus pechos se adelantaran de la manera más tentadora, la pálida y redondeada carne asomaba sobre el atrevido escote sin duda captando gran parte de la atención de la asamblea. Suelto, su cabello caía sobre los hombros y se mecía contra su pecho, no lo bastante largo como para ocultar sus encantos.

Duncan apartó la mirada de Ceri MacHeth, siguiendo la dirección en que iban sus ojos castaños, ya que no estaban puestos en él, descubriendo que se posaban, con toda esa aprensión, en Graeme. Un error plausible, concedió, pues su primo estaba más cerca de Hugh MacHeth y del clérigo en ese momento, y bien podía haberlo confundido con su prometido.

Cuando ella salió del último escalón y avanzó, Duncan por fin se movió, separándose de la multitud y entrando en el pasillo abierto por los invitados, directamente en su camino.

Su nerviosa mirada se vio obligada a apartarse de Graeme y trasladarse a él.

Sus ojos se abrieron de par en par y su bonita boca se entreabrió mientras todo el color desaparecía de su rostro.

No era precisamente la reacción que habría deseado de su novia, de haber considerado tal cosa. Su reacción fue tan… palpable, tan asombrada, que Duncan incluso dio un paso más, pensando que estaba a punto de desmayarse. Se detuvo a mitad de camino cuando aquel asombro absoluto se transformó en lo que solo podía interpretarse como un gozo repentino, aunque la sorpresa seguía siendo la emoción predominante en su mirada.

Ella soltó un jadeo lleno de alegría, aunque también teñido de incredulidad.

—¿Tú? ¿Qué haces…? —balbuceó y luego sonrió abiertamente al verlo, el efecto fue instantáneo y deslumbrante, casi deteniendo el corazón de Duncan—. Oh… oh, menos mal que eres tú —dijo.

CAPÍTULO CINCO

Sintiéndose un poco como un ciervo encandilado por los faros, Holly se quedó quieta, aunque seguía mirando con gran expectación al hombre de sus sueños, que de algún modo había aparecido en su falsa boda medieval.

Pero entonces una ráfaga de movimiento y ruido interrumpió su sorpresa y alivio.

Hugh y Wedast se abalanzaron hacia adelante, Hugh sujetándola del brazo y siseándole algo al oído. Ella hizo una mueca y cerró los ojos, girando la cara para apartarse de él. La arrastró contra su cuerpo mientras seguía reprendiéndola, al mismo tiempo que Wedast se interponía entre Holly y el hombre de sus sueños, apuntándole con el dedo en la cara y murmurándole algo con rudeza.

Oh, mierda. Recién recordó que no se suponía que debía hablar, justo cuando sus *hermanos* le gruñían los dos al mismo tiempo.

Un chillido metálico sonó, el silbido de acero, repetido una y otra vez cuando las espadas se desenvainaron alrededor. Holly abrió los ojos, dándose cuenta de que, así como Hugh le sujetaba el brazo, ahora otra mano lo tenía cogido del cuello, los dedos estaban tan apretados que la carne del cuello de Hugh se abultaba alrededor de esa fuerte mano. Lentamente, él la soltó, dejando caer el brazo, porque la mano que lo estrangulaba pertenecía al hombre de sus sueños, y solo se aflojó cuando Holly quedó libre y Wedast también se apartó.

El hombre de sus sueños

¡Oh! ¿Qué estaba pasando aquí? le gruñó algo a Hugh, con los labios curvados en una furia aterradora, antes de empujarlo de tal manera que lo hizo retroceder un paso entero.

El hombre que ella había creído su prometido también se había movido, de modo que ahora él y el hombre de sus sueños formaban prácticamente un muro protector delante de ella, interponiéndose entre ella y los que fingían ser sus hermanos.

Estaba tan confundida. Desde su flanco derecho, Holly lo miró fijamente. Nada debería sorprenderla ya, pero esto ciertamente lo hacía. *¿Qué hacía él allí? ¿Cómo era posible que fuera real? Ay, qué magnífico era.*

De cerca y en la vida real, tal como parecía ser, estaba tan vívidamente detallado y… real. Y mucho más imponente, grande y colosal, irradiando una energía feroz que parecía emanar de él y que Holly sentía como calor, aunque no se tocaban, aunque no la hubiera tocado en absoluto.

—No entiendo nada de esto —se lamentó en voz baja, mientras él, su supuesto novio y los hermanos MacHeth se enfrascaban en un intercambio acalorado, gritándose con fuerza en su idioma.

Solo treinta centímetros de distancia separaban a esos cuatro hombres. Un hombrecillo regordete, al que Holly no había visto antes, trató de colarse entre ellos, levantando un pequeño y delgado libro de cuero, vestido con lo que parecían ropas de sacerdote, por lo que supuso que era el predicador, venido a casarlos.

El hombre de sus sueños abandonó su recriminación contra los MacHeth y volvió su mirada feroz hacia ella.

Era fascinante por lo salvaje y brutal que parecía. De cerca, su boca era hermosa, tallada con dureza sobre una barbilla cuadrada como el acero, bajo unos ojos tan fríos como cristales verdes. Aunque nunca había pensado en su edad cuando lo había visto en sus sueños, ahora comprendía que quizá era mayor de lo que había imaginado, tal vez treinta y cinco o más. Aun así, por nada del mundo podía explicarse por qué sentía tanta esperanza al verlo *allí*, en carne y hueso, con ella, en su *boda*.

Y entonces habló. Y la esperanza perdió un poco de su brillo.

—¿Por qué demonios suenas tan condenadamente inglesa? —exigió fríamente con una voz profunda y áspera, exactamente como en sus sueños—. ¿Quién eres tú?

—Y...yo… —empezó ella, lanzando miradas rápidas entre él y el hombre que había visto primero, el que se parecía un poco al hombre de sus sueños y a quien realmente había creído el MacQuillan, su prometido—. ¿Quién eres tú? —decidió que primero necesitaba saberlo. Solo después se dio cuenta de que él le había hablado en inglés. Fantásticamente, su voz sonaba exactamente como en sus sueños, profunda y rica, salvo que ahora estaba impregnada de un marcado acento escocés, nada desagradable para sus oídos.

Su rostro respondió antes que sus labios. Un músculo se contrajo en su mejilla al apretar la boca. Las oscuras líneas de sus cejas se juntaron sobre sus ojos, y sus pupilas se dilataron, oscureciendo sus iris hasta volverlos ónix.

Pero Holly no retrocedió ante su renovada furia. Había visto esa mirada un centenar de veces antes.

—Si tú eres Ceri MacHeth —escupió, apenas moviendo la boca—, entonces yo soy tu maldito prometido. Ahora dime qué demonios está pasando, que me toca cargar con una esposa condenadamente inglesa.

La atravesó con la mirada, estudiándola con intensidad, traspasándola con la desconfianza destilada en sus ojos helados.

—Cálmate, Duncan —aconsejó el hombre que Holly había supuesto al principio que sería su esposo. Le dio una palmada en el hombro al verdadero Duncan MacQuillan, situándose detrás de él, sin apartar la vista de los MacHeth.

—Demasiado tiempo con las monjas.

Holly volvió a respirar, sin haberse dado cuenta de que había contenido el aire bajo el escrutinio implacable de Duncan MacQuillan. Se giró, más que nada para escapar del fulgor incesante de su prometido, y vio a Sidheag acercándose a su lado.

—Le borraron de la memoria todos los bonitos sonidos y palabras escocesas, esas buenas hermanas —dijo Sidheag con una sonrisa falsamente brillante dirigida al MacQuillan—. Le volverán, ya lo verás —predijo, aunque, por supuesto, era totalmente imposible.

Holly podría aprender su gaélico, pero jamás recordaría algo que nunca había sabido.

Mientras Duncan MacQuillan parecía considerar esa explicación, probando su plausibilidad, una mujer apareció a su lado y le susurró algo, lo que volvió a ensombrecer su ceño. Aunque la mujer dirigía sus palabras a Duncan, sus ojos estaban fijos en Holly, con tan poca caridad como la de su mirada.

Era mayor, quizá de cuarenta años, pero no poco atractiva, vestida con un vestido de damasco de seda roja y un cinturón de cuerda plateada. Holly pensó que llevaba lápiz labial y colorete en exceso, sus labios y mejillas eran de un rojo brillante, antinatural y desagradable. Nunca se le había ocurrido que en la Edad Media existieran los cosméticos. Se vio obligada a volver a concentrarse cuando Duncan le ladró de nuevo.

—¿Y esto qué es? ¿Nuestra recepción, tan ofensiva por lo que le falta? —soltó Duncan MacQuillan, señalando con el pulgar por encima de su hombro—. ¿Y este salón, sin el más simple adorno que indique que una boda estaba prevista para hoy mismo?

—Tu prometida fue llamada de vuelta del convento en Dryburgh hace apenas unos días, laird —dijo Sidheag con lo que Holly supuso era su voz más melosa—. Demasiado tiempo ha estado Hewgill House sin el toque de una mujer.

—¿Y quién eres tú y *por qué* sigues interrumpiendo? —se quejó la mujer de cara enrojecida con una superioridad apenas disimulada.

Holly supuso que la pregunta no era injustificada, dado que Sidheag en efecto parecía una vagabunda con su ropa raída, su cabello desaliñado y sus manos sucias, lo que contrastaba dramáticamente con las galas de la otra mujer y la delicadeza de su peinado recogido.

—Nada más que la vieja madre-hermana de la lass— respondió Sidheag dulcemente.

Tía, supuso Holly que estaba diciendo, mintiendo, en todo caso.

Mientras la mujer excesivamente maquillada y Sidheag seguían clavándose la mirada en silencio, y mientras Hugh y Wedast volvían a alzar la voz, nada de lo cual Holly podía entender, pero que el predicador y el hombre que ella había creído que podía ser su

novio trataban de apaciguar, Holly apenas podía apartar sus ojos de Duncan MacQuillan, ni él de ella. Mientras el caos se desataba a su alrededor, ellos solo se quedaron de pie, mirándose.

Su ira inmediata y más punzante parecía haberse atenuado, ella sabía por experiencia que nunca quedaba demasiado lejos de la superficie, y sus pupilas se encogieron un poco, lo justo para que sus ojos volvieran a ser más verdes que negros. Mientras que muchos hombres que había visto en esta época, incluidos varios que habían llegado hoy con su prometido, llevaban largas barbas o varios días de barba crecida, Duncan MacQuillan estaba bien afeitado, con su mandíbula dura y cincelada sin un solo pelo. Se preguntó si lo habría hecho como una cortesía hacia su novia, hacia ella.

Porque lo sentía, y porque pensaba que habían tenido un comienzo bastante malo aquí, y más que nada porque realmente quería y necesitaba alejarse de esos excéntricos MacHeth y de esa inquietante Hewgill House, Holly dejó que su sonrisa creciera, esa que era producto de la euforia de haberlo encontrado, al hombre de sus sueños, un rostro familiar en su continua pesadilla.

—No tienes idea de lo feliz que estoy de verte —dijo, un poco sin aliento por lo fantástico que resultaba todo esto—, aunque no entienda cómo está pasando todo esto. Ni por qué.

Ahora estás prometida conmigo, le había dicho él en el broch.

Así que, incluso cuando él la miraba como si ella acabara de decirle la ridícula verdad de que venía de otro tiempo, con su ceño fruncido otra vez, Holly dejó que su sonrisa creciera aún más. El mundo como ella lo conocía había desaparecido, o se había vuelto loco, pero estaba a punto de, literalmente, casarse con el hombre de sus sueños.

***

No tienes idea de lo feliz que estoy de verte.

La lass no tenía sentido, ni su inglés con acento extraño, como ninguno que él hubiera escuchado antes, ni tampoco el simple hecho de lucir como lucía, demasiado hermosa para ser pariente de cualquier MacHeth, y luego cómo lo miraba, como si realmente se alegrara de verlo.

Como si lo conociera.

Oh, menos mal que eres tú.

Rechazando la niebla que quería apoderarse de él y envolverlo en el resplandor de su sonrisa, Duncan despejó su mente y volvió a encarar a Black Hugh, con la intención de ir directo al asunto de la boda. De dentro de su túnica sacó su copia del acuerdo original de esponsales y levantó el pergamino fuertemente atado frente a Hugh.

—¿Esto se mantiene entonces? ¿Declaras que ella no está obligada a otro por ningún otro reclamo, que el robo y los abusos cesarán ahora, y que cincuenta hombres lucharán bajo el estandarte de los MacQuillan por un período de cinco años? O hasta que mueran, lo cual, con toda probabilidad, ocurrirá primero.

—Aye, ¿y qué gano yo con esto? —gruñó Hugh—. Nada más que…

—Tienes tu vida, Black Hugh, y Hewgill House permanecerá sin ser atacada —le recordó Duncan—. Esto siempre iba a terminar así, tú y los tuyos y yo y los míos. No querrías enfrentarte conmigo.

Graeme intervino también:

—Sabemos que tienes órdenes del mormaer en Skye, Hugh. Si continúas con tus modos conflictivos, solo invitas a que también haya consecuencias de parte de él, y pones en riesgo la seguridad y el bienestar de tu propia hermana.

—Así que no te gusta —asumió Duncan—. ¿Y no nos sentaremos a ningún banquete para enterrar el hacha con comida y tu hermana debidamente alineada?

Hugh se burló de eso.

—Muy bien. —Tomó la mano de Ceri y la llevó hacia adelante para que se colocara frente al clérigo con él—. Vamos, sigamos con esto entonces —le ordenó al hombre de rostro fofo, todo este alarde y beligerancia seguramente era demasiado para un hombre de fe tan apacible. Entendió bastante rápido, y no solo por el maltrato y el manejo brusco de sus hermanos hacia ella, que ni Hugh ni Wedast MacHeth se preocupaban lo más mínimo por Ceri, por sus preferencias o por estas nupcias. Solo estaban cumpliendo los

términos del contrato de esponsales, dictado por el mormaer de Skye, nada más.

Duncan sabía poco de su novia, salvo que era notable en apariencia, aunque curiosa en cómo hablaba y lo que le decía, pero ya se imaginaba que estaría mejor con él, en Thallane, como parte de los MacQuillan a partir de ese día.

No es que a él le importara demasiado. Al igual que Hugh, estaba bajo órdenes, las suyas venían de Sir John de Soules. Si Hugh deseaba personalmente la paz en las Tierras Altas, en ese viejo rincón de tierra, Duncan no podía asegurarlo, pero él sí la deseaba. Ya tenía bastante luchando contra los ingleses al lado de Wallace en esos días, no necesitaba estar forcejeando y peleando con hombres que no veían el bosque por los árboles, que no podían mirar más allá de su propia codicia y agresión para ver el panorama más grande, Escocia en crisis.

—Sigamos con esto —le aconsejó al clérigo atribulado, que parpadeó y asintió rápido, hurgando torpemente en su salterio para encontrar las páginas con el rito matrimonial.

Duncan era plenamente consciente de que su novia lo observaba, con el pecho agitado y aún sin aliento, pero febrilmente y con cierta…expectativa que él estaba seguro debía de estar relacionada con esa extraña declaración suya, agradeciendo que fuera él, lo cual todavía lo desconcertaba pero que eligió no considerar en ese momento.

Al darse cuenta de que aún sostenía su mano, descubriendo que era suave y cálida y que lo apretaba con tanta firmeza como él a ella, Duncan frunció el ceño de nuevo y la soltó. Cruzó las manos delante de sí y dirigió toda su atención al clérigo, ignorando la mirada inquisitiva que ella le lanzó. Empezaría tal como pensaba continuar con su esposa. No tenía intención de mimarla ni de consentirla ni de ceder ante su evidente inquietud. En ese momento, lo único que importaba eran las nupcias; su aparente ansiedad no era problema suyo.

Duncan no volvió a dirigir su atención a Ceri hasta que el clérigo se vio obligado a pedirle una segunda vez su respuesta.

—Ejem —dijo el clérigo—, ¿vienes hoy aquí a entregar tu fe empeñada de tu propia y libre voluntad?

Como aún no respondía, Duncan apretó los dientes y se volvió hacia su novia.

—El hombre espera tu respuesta.

—¿A qué? —preguntó ella—. No puedo entender lo que está diciendo.

—¿Acaso no conoces tu propio idioma? ¿No tienes memoria de él en absoluto? —quizá no lo había hablado en años, pero ciertamente no todo le resultaba extraño.

—Eh, aparentemente no —respondió ella con lo que sonó como un suspiro frustrado—. ¿Podrías simplemente traducirme?

Sus dientes le dolieron por lo fuertemente que los apretó. *Maldita sea.*

—¿Aceptas entrar en la unión voluntariamente? —dijo con brusquedad, sin mucha paciencia.

Su paciencia fue puesta a prueba cuando su esposa abrió la boca, pero al principio no dijo nada, como si esta simple pregunta necesitara mayor consideración. Por un instante brevísimo, su rostro bonito se contorsionó con una expresión muda de desdicha.

—Bueno, yo… no quiero ofenderte —dijo, con voz pequeña y mirada suplicante—, pero solo accedo a esto para alejarme de este lugar y de esta gente y porque Sidheag dijo que tendría más posibilidades de regresar a…

—Sí o no —gruñó Duncan, sin interesarse en sus razones, que para él carecían de importancia. La fulminó con la mirada. O eso había sido su intención.

—Está bien —respondió ella con un destello de ira en sus ojos marrones—. Sí.

El "sí" fue universal, de modo que el clérigo pudo entenderlo. Asintió con entusiasmo y luego preguntó a Duncan si tomaría a Ceri MacHeth como su esposa y compañera, como su defensora y protectora, confiable en todo momento, para honrarla y sostenerla todos los días de su vida.

—Lo haré —respondió él, equivocándose al decirlo en inglés, aunque el clérigo pareció comprenderlo también y rápidamente

continuó con el rito correcto.

Cuando el hombre cerró el salterio, Duncan asintió a su esposa, indicándole que el rito había concluido.

—¿Eso es todo? Pero no me preguntó nada más que si venía aquí voluntariamente —protestó ella, con el ceño fruncido y algo confundida.

Duncan no estaba seguro de comprender su preocupación.

—Diste tu juramento de que estabas aquí por tu propia voluntad —argumentó—. Todas las demás respuestas se presumen coherentes con ese acuerdo. No habrías venido si no quisieras casarte.

—Supongo —dijo ella, aunque claramente todavía estaba confundida, o su respuesta no le satisfacía.

De nuevo, no era asunto suyo, salvo que agradeció mentalmente que su esposa pudiera ver la razón con tanta facilidad, seguiría siendo tan razonable.

—Supongo que tienes los baúles empacados —le dijo.

—Yo… no sé —respondió Ceri. Miró a su tía, la anciana que claramente no se había molestado en ponerse sus mejores galas para la boda—. ¿Tengo mis cosas empacadas?

—Claro que sí, lass—respondió la anciana.

—Pero, ¿son *mis* cosas? —insistió Ceri—. ¿O más ropa como esta? —preguntó, jalando la falda de su vestido, lo que atrajo la mirada apreciativa de Duncan a su atuendo y al cuerpo que apenas cubría—. No quiero vestirme así, como una… cualquiera todos los días mientras estoy aquí. Y quiero las cosas con las que viajé, Sidheag, mi bolso y —hizo una pausa y se inclinó más cerca, susurrando—, y mi cartera y mi teléfono.

Duncan decidió en ese momento que el inglés, aunque probablemente aprendido en el convento años atrás, aún no estaba perfeccionado por su esposa. Lo hablaba con confianza, pero mucho de lo que decía no tenía sentido, así que supuso que no comprendía el idioma tan bien como ella misma creía.

Y entonces pareció mortalmente herida por la respuesta de la bruja, recibiendo la noticia sobre *sus cosas.*

—Se han ido, lass. Todo quemado, y mejor así,

Con un grito ahogado y un siseo respondió:

— No tenías derecho, Sidheag. No es justo, no era tuyo para...

—Para —aconsejó la anciana con dureza—. No lo hice yo, pero está hecho.

Como la anciana, Duncan no se conmovió ante el labio tembloroso de su esposa.

Sin razón para demorarse, inclinó la cabeza hacia Graeme para preparar a los hombres y dirigió a Ceri hacia la compañía de las dos mujeres de su grupo, presentándolas de manera breve.

—Mi madrastra y su hija, Doirin y Moire. Viajarás con ellas en el carruaje. —Miró a Doirin, sabiendo que hablaba bien inglés, pero cambió al gaélico para aconsejarla—: Es un viaje lento a casa. No lo hagas desagradable para ella. —Eso fue todo lo que se preocupó por el bienestar de su esposa en ese momento. Tanto Doirin como Moire no permanecerían mucho en Thallane; no creía que su madrastra pudiera manejar tanto descontento dentro del vehículo cerrado ahora ni dentro de unas semanas mientras todavía residiera en Thallane, nada que le causara preocupación por ahora.

***

Holly no supuso que necesitara perder tiempo en despedidas de sus falsos hermanos, pero sí quería despedirse de Sidheag, aunque no llegaría a agradecerle por todo lo que había hecho. Ciertamente no.

Aun así, su ansiedad crecía a pasos agigantados. Al menos Sidheag le era conocida, y ahora iba a ir sola a otro *des*conocido.

—No supongo que haya alguna manera de que puedas venir conmigo —le dijo a la anciana.

—Sería como llevar a tu abuela en tu luna de miel, ¿no? —respondió Sidheag.

Holly palideció nuevamente, recuperándose solo con su siguiente pensamiento.

—No es como si fuera una boda o un matrimonio real.

—Él lo cree así —le recordó Sidheag.

Holly recordó entonces los problemas con el trauma: solo había pensado en sí misma y en su situación, no había considerado

completamente a todas las partes involucradas y su interpretación del desastre.

—Oh, ¿de verdad lo cree? —Tragó un sorbo de temor creciente. Y ahora suplicó: —Por favor, ven conmigo.

Sidheag negó con la cabeza.

—La parte difícil ya está hecha —dijo—. Ahora solo debes esperar hasta que se presente la oportunidad.

—¿Oportunidad para qué?

—Para regresar a tu tiempo.

—¿Cómo será eso?

—Seguro que lo reconocerás cuando lo veas.

Otra respuesta enigmática. Holly quería estrangular a la vieja bruja. Entre dientes, le dijo:

—Un consejo, Sidheag: la próxima vez que decidas jugar con la vida de alguien, deja de dar respuestas crípticas, simplemente contesta las malditas preguntas. Esto ya es bastante traumático y, honestamente, has hecho poco para ayudarme. Si me quedo aquí por mucho tiempo, te culparé a ti y a tu deseo de ser una bruja misteriosa y esquiva en lugar de simplemente decirme lo que necesito saber.

Pero Sidheag continuó:

—Cuando llegue el momento, conocerás todo lo que debes.

Poniendo los ojos en blanco, Holly exhaló con frustración:

—Lo que sea. Está bien. Adiós.

Se giró, echando un vistazo a la multitud reunida, incapaz de leer su estado de ánimo. Aun así, percibió muchas miradas curiosas y extrañamente tímidas, pero no podía decir si la gente de Hewgill House estaba complacida por su partida inminente o un poco molesta porque habían venido a una boda sin el banquete que esperaba.

Aun así, nada tenía sentido.

Se enfrentó a las dos mujeres con las que Duncan MacQuillan, su esposo, la había dejado.

—Lo siento —murmuró a la de maquillaje rojo intenso, Doirin, que parecía con los labios apretados y fruncidos, como molesta por que la hayan hecho esperar. Oh, esperaba que no

hubiera escuchado su conversación frenética con Sidheag. Como ninguna alarma parecía haber enrojecido más sus mejillas, Holly supuso que no lo había hecho.

La boca de la mujer permaneció tensa, incluso cuando dijo algo en gaélico y luego se giró con toda la pompa de una monarca enfadada y se dirigió hacia la puerta.

Holly dirigió su mirada exasperada hacia su hija, Moire, y recibió casi lo mismo: una expresión de desdén antes de que también se alejara de ella.

—Genial —se quejó Holly, pero las siguió, como suponía que se esperaba.

Qué buen esposo, pensó, sin encontrarlo a la vista.

Siguió a las dos mujeres fuera de la casa y hacia el patio, donde esperaba lo que parecía un ejército completo de hombres montados y armados. Su rostro se enrojeció nuevamente, sintiendo muchas miradas curiosas sobre ella, recordándole con enfado el vestido tan inapropiado que llevaba.

El hombre que al principio pensó que podría ser su prometido ahora estaba al lado de un carruaje, ofreciendo su mano a Doirin y luego a Moire mientras subían al vehículo. Holly deslizó su mano en la suya y se sorprendió por el guiño y la sonrisa que le dio antes de mover la mano para instarla a entrar en el carruaje. Mientras la madre y la hija se sentaban juntas en el asiento trasero, Holly tomó el asiento abierto, directamente detrás del conductor.

Exhaló y reunió sus miradas; la de la madre era menos indulgente que la de la hija, notó, los labios de la mujer tan apretados que la zona alrededor se veía blanca.

—Perdón por eso —dijo Holly, sin saber qué más decir para disculparse por ese fiasco de boda, que seguramente no era lo que esperaban, ciertamente no era para lo que se habían vestido—. No sabía…

Fue interrumpida, y de manera brusca, por la mujer de rostro enrojecido, Doirin, que hablaba principalmente en su propio idioma, aunque salpicaba su diatriba con algunas palabras que Holly sí entendía: *inglés, noble* y *sucia*, entre las palabras que no necesitaban traducción.

Y Holly no tuvo problema en interpretar la gran conclusión de la mujer, cuando fingió escupir, una vez a la izquierda y otra a la derecha, con la boca fruncida de disgusto antes de quedarse en silencio, tan abruptamente como había comenzado su arrebato, mirando por la ventana y negándose a mirar a Holly.

Cuando Holly dirigió sus ojos abatidos hacia la hija, Moire, estuvo segura, por un instante, de ver un atisbo de simpatía, tal vez una disculpa en su mirada, antes de que ella también fijara toda su atención en la ventana con cortinas.

Holly tragó saliva, sus ojos recorriendo el carruaje: el armazón era de madera, las uniones y tablas no estaban muy pulidas; el asiento no tenía cojín, era duro bajo su trasero, y el camino lo suficientemente irregular como para que estuviera segura de que, al llegar a su destino, su trasero estaría morado y dolorido. Así que, aunque estas dos en el carruaje con ella pudieran ser la malvada madrastra y la hermanastra, ciertamente no era el carruaje de calabaza dorada de Cenicienta.

Y luego se volvió aún menos agradable, el vehículo tosco, cuando Doirin levantó la mano y cerró bruscamente las cortinas de un lado, indicando a Moire que hiciera lo mismo en el otro, cubriendo el carruaje con una oscuridad inquietante y opaca.

Con pesimismo, Holly decidió que todo este día no era exactamente como había imaginado su día de bodas. Si es que alguna vez lo había imaginado. No había salido con nadie durante tanto tiempo ni con sentimientos tan intensos como para haber empezado a soñar y planear su boda. Aun así, estaba segura de que, si lo hubiera hecho, esto no habría sido así. Pero, vaya, esa boda tan poco inspiradora y casi catastrófica no era de lo que debería preocuparse ahora.

Tal vez porque sentía que lo conocía, el hombre de sus sueños, que ahora aparentemente era su esposo, se sentía realmente mal por haberlo engañado. Pero luego se preguntó, dado que no habían usado su verdadero nombre, ¿era esto legal?

¿Era real todo esto?

CAPÍTULO SEIS

Para fastidio de Doirin y Moire, Holly asomaba con regularidad la cabeza más allá de la ventana con cortinas del carruaje. El campo en sí, aunque estimulante por lo verde y aparentemente interminable, no era lo que atraía su mirada ni la inspiraba a arriesgarse a su ira moviendo las cortinas. Tenía más que ver con el deseo de luz, primero que nada, ya que el interior del vehículo con las cortinas bajas era demasiado oscuro e inquietante. Medio esperaba que una de esas mujeres de rostro rígido viniera hacia ella con un arma improvisada, tan oscuro era el viaje y tan desagradable su compañía. Pero principalmente, Holly buscaba el broch, de donde había sido transportada, esperando encontrarlo y luego calcular su dirección y distancia desde Thallane.

Durante casi dos horas dentro del sofocante carruaje, Holly apenas vio más que interminables campos de grano dorado y pastos verdes, y más ovejas de las que podía contar.

La primera construcción que vio desde que salió de Hewgill House resultó ser Thallane, y su primera vista de su nuevo hogar, esperaba que por poco tiempo, fue tanto estimulante como aterradora. La comitiva y el carruaje avanzaban por una carretera estrecha pero bastante lisa a lo largo de lo que Holly suponía que era el Mar del Norte durante un buen trecho; esa vista no era molesta en absoluto, sino de algún modo reconfortante por la tranquilidad del agua azul brillante. Y entonces un amplio brazo de la costa se proyectaba hacia el mar, a no más de seis metros sobre la suavemente ondulante espuma, y sobre el borde de ese promontorio se alzaba un castillo. O una fortaleza medieval, podría suponer.

—¿Thallane? —preguntó a sus compañeras de viaje, mayormente silenciosas, recibiendo solo un escueto asentimiento en

respuesta. Ignorándolas una vez más, Holly volvió su atención a la fortaleza.

El camino a lo largo del brazo de tierra se ensanchaba solo ligeramente y subía gradualmente mientras se acercaban al impresionante y casi abrumador edificio de Thallane. Holly vio muchas torres altas con sus cortos recintos de barmkin, que siempre le habían parecido inútiles como defensa. En cambio, aquí en Thallane, una imponente cortina de piedra de tres o cuatro pisos de altura, de ancho como toda una manzana, se extendía a lo largo del promontorio, su fachada opaca era solo interrumpida por una robusta puerta fortificada que sobresalía del muro. La enorme puerta estaba cerrada en ese momento, protegida por una reja metálica, y esto se encontraba más allá de una profunda zanja cortada en la roca, sobre la cual se extendía un puente de madera, lo suficientemente ancho para el carruaje, pero no mucho más.

Mientras observaba, y a medida que el carruaje se acercaba, precedido por los hombres a caballo, la gruesa reja metálica crujió al levantarse, y las puertas dobles de la entrada se abrieron. Las ruedas del carruaje hicieron ruidos chirriantes al cruzar el puente, y luego todo quedó brevemente a oscuras mientras pasaban bajo la puerta fortificada y a través de la profundidad del muro cortina por un tramo de al menos tres o cuatro metros antes de que el vehículo entrara en el patio de la fortaleza.

Holly se sorprendió al encontrar dentro del muro muchas construcciones bajas de madera. Solo había visto ruinas de piedra. Pero supuso que cualquier estructura de madera no habría sobrevivido setecientos años. Tal vez en el siglo XXI, tras cientos de años de azotes del mar, solo quedaban fragmentos del muro cortina y otras fortificaciones de piedra. No recordaba ninguna mención de ruinas a lo largo de la costa en esta zona, asumiendo que todavía estaba donde había estado durante su recorrido por Escocia.

Una figura y sombra pasó por donde ella asomaba desde la ventana, y la puerta del carruaje se abrió apenas un segundo después de que se detuviera, revelando que Duncan MacQuillan había venido a escoltar a las damas fuera del vehículo. Holly dudó lo suficiente como para que Doirin y Moire aprovecharan la oportunidad

de salir antes que ella. La mano de su esposo se ofreció de nuevo, extendiéndose algo dentro del carruaje, esperando recibir la suya. Tomando un respiro para fortalecerse, Holly colocó su mano en la mucho más grande de él y salió a la grisácea luz del día. Solo lanzó una mirada rápida y reflejo a Duncan, esbozando una débil sonrisa, aunque era difícil leer su mirada o su estado de ánimo. Su ojo estaba fijo en su pecho, ya que ella acababa de revelar, sin pensar, más de sus atrevidamente expuestos senos, casi desbordándose del corsé poco práctico, por la manera en que había sido forzada a salir del carruaje, encorvada y doblada.

Tardíamente y probablemente con el rostro enrojecido de furia, Holly colocó su mano abierta sobre el centro de su pecho, donde la piel emergía de la seda, y levantó la mirada hacia el donjon, la residencia principal de Thallane. Esto se situaba junto a un muro cortina más bajo en el lado hacia el mar del complejo, una torre de cuatro pisos de piedra blanqueada por el sol, con ventanas de diferentes formas y tamaños en varios pisos. Toda la estructura era masiva, formando una L por cómo giraba alrededor de un muro interior trasero, las tres esquinas flanqueadas por torres cuadradas que formaban parte del muro cortina. Holly contó cuatro puertas distintas, pero su esposo la guio hacia la más grande a la derecha con su mano, ahora en su codo.

No resistió su manejo, pero probablemente no se movió a la velocidad que él habría deseado, su vacilación causada fue por la preocupación.

—Entonces, ¿qué hacemos? —le preguntó, frunciendo el ceño por la calidad de su voz, que surgió como un croar asustado, decidió.

—Estamos entrando a la torre —respondió él, con un matiz de gruñido exasperado en el tono.

—Sí, lo entiendo. Pero… quiero decir, ¿qué…? ¿Vamos a comer aquí? ¿Como en una recepción? ¿O ya terminó todo lo de la boda? —Básicamente necesitaba saber cuán lejos estaba de tener algo de privacidad y quizá una merecida siesta, ya que la ansiedad del día había agotado cada onza de energía y fuerza que tenía. Necesitaba recomponerse, aceptar esta nueva situación en la

pesadilla continua. Francamente, solo quería dormir y empezar de nuevo cuando estuviera descansada. No había comprendido aun lo que significaba haberse casado con un hombre que primero había aparecido en sus sueños, originalmente en el siglo XXI, y qué, si acaso, debía o podía revelarle de la verdad.

Lo único que le habían dicho era que no se enamorara. Esa fue toda la advertencia o instrucción que Sidheag le había dado. Claro, Duncan MacQuillan era atractivo, pero hasta ahora no le había dado ninguna razón para pensar que enamorarse de él sería un problema. Esa ira hirviente que había encontrado docenas de veces en sus sueños era un poco más inquietante en la vida real. En una proximidad tan cercana y detallada a su ceño permanente, y sin que él dijera nada sobre que esperaba el matrimonio, estaba bastante segura de que preferiría mantener la distancia y conservar lo que le quedaba de cordura.

Luego fue consumida por un nuevo miedo, preguntándose si este matrimonio era siquiera legal, dado que no habían usado su verdadero nombre. Y luego se preguntó si acaso importaba. Pero, oh, cuánto aborrecía los desconocidos, las variables y los secretos. La máscara de calma engañosa que había empleado durante las últimas horas, de hecho, días, comenzaba a deshilacharse.

Al entrar en la casa, Holly fue abrumada por una renovada ola de miedo y una palpable falta de valor. No es que Sidheag le hubiera ayudado, pero ahora estaba realmente sola. *"Estoy atrapada en el pasado, completamente sola"* la golpeó con fuerza, sin piedad. Su nariz le picaba y la garganta se le cerraba mientras las lágrimas se acumulaban. La mano en su corsé absorbía parte de los movimientos de su pecho, su condición solo aumentada por su conciencia de ello. Caminando delante de Duncan MacQuillan, intentó regular su respiración antes de que se descontrolara. Frunció los labios y respiró con propósito por la boca, y luego se sobresaltó cuando una mano la agarró del brazo.

Se giró ante el toque de Duncan, apretando los labios, obligando a que todo el aire saliera por su nariz en respiraciones rápidas. Las lágrimas cayeron mientras lo enfrentaba, humillada de que él la viera así, tan desolada y cobarde.

—Eres débil —acusó él.

No lo dijo con intención de menospreciarla, creía ella, o suponía tras su primer jadeo de indignación. Su tono sugería que era algo que acababa de descubrir de ella, algo que no encontraba nada atractivo.

—Sí, mucho —no le importó decirle—. No sé qué esperabas, pero esto es lo que obtienes. —Extendió el brazo lejos de su pecho en un gesto de derrota—. Soy débil. Tengo miedo, estoy confundida y probablemente voy a llorar. Mucho. Prepárate. O acostúmbrate ahora. Honestamente, estoy demasiado agotada y cansada para fingir que no estoy aterrada.

—Eres la esposa del jefe MacQuillan —le recordó él, con un filo en la voz—. Determina ahora, de aquí en adelante, cómo ocultarlo. O, más adecuadamente —aconsejó rígidamente—, deshazte de ello, del miedo.

—Claro —aceptó ella, hasta ahora completamente indiferente al modo de su esposo—. Déjame simplemente cerrar esa llave del miedo.

Cuando su severa expresión se nubló con más ira, Holly replicó irritada:

—La única manera de que eso suceda, que el miedo desaparezca, es que me saquen de esta pesadilla y me devuelvan a donde pertenezco.

La boca de Duncan se tensó de rabia y Holly pensó que había ido demasiado lejos. Apresuradamente, tropezó con una débil disculpa:

—No tú. No digo que seas la pesadilla, no tú específicamente, pero… todo esto.

Él permaneció insatisfecho, preguntando con desprecio apenas disimulado:

—¿Todo esto? Pero no yo.

Al darse cuenta de que solo empeoraba la situación, Holly se cubrió el rostro con las manos un momento, tratando de ordenar sus pensamientos. Cuando bajó las manos y lo enfrentó de nuevo, él parecía igual de salvaje e irritable que antes, pero ella había logrado

controlar su ansiedad. Su situación no era causada por él. Él era, aunque quizá nunca lo supiera, tan víctima como ella.

—Lo siento —dijo, con tono ahora neutral. Sin pensar, se pasó la mano por el cabello de la frente y los hombros—. No… no soy yo misma en este momento. Han pasado muchas cosas estos últimos días. ¿Puedo… tengo una habitación aquí? Creo que necesito recostarme.

En respuesta, su nuevo esposo al principio pareció que iba a negarle esta simple solicitud. Su ceño se profundizó mientras literalmente parecía masticar su respuesta, moviendo rígidamente la mejilla y la mandíbula.

En ese momento, Holly ya había tenido más que suficiente de brutos del siglo XIV. Además, tenía la idea de que, con este hombre, debía intentar mostrar *algo* de firmeza y no ceder solo a la absoluta debilidad que sentía, de la cual él ya la había acusado; no quería que la pisotearan como había sucedido en los últimos dos días.

—Es una petición sencilla —le dijo—. Solo necesito un poco de tiempo para… aclimatarme.

Así que no era del todo un bruto insensible y desalmado. Él asintió con rigidez y llamó a una doncella que rondaba cerca, dándole instrucciones en gaélico a la joven de ojos desorbitados.

Holly lanzó entonces una mirada cansada alrededor del salón, notando a sus pocos ocupantes, todos con los ojos puestos en el MacQuillan y en su nueva esposa. El salón era posiblemente el doble de grande que el gran salón de Hewgill House, con un techo de dos pisos de altura revestido de madera reluciente. En un extremo estaba la mesa principal sobre la plataforma elevada, curiosamente situada hacia adentro de la pared, ya que más allá había cuatro puertas o arcos distintos. Una enorme chimenea estaba construida en la pared opuesta a la entrada, flanqueada a izquierda y derecha por mesas y bancos, apartados a un lado, dejando la mayor parte de la vasta sala vacía.

Sintiendo la oscura mirada de su marido sobre ella, Holly volvió a concentrarse en él.

No dijo nada, pero con gestos de la mano la dirigió hacia la doncella que la esperaba, y Holly se vio obligada a seguir a la muchacha hacia las escaleras. Pensando que debía mostrarle su gratitud a su esposo por ese respiro, Holly se giró con la intención de darle las gracias. Duncan MacQuillan ya parecía haberla sacado de su mente. Lo único que vio fue su ancha espalda alejándose a grandes zancadas.

***

Pese a sus mejores esfuerzos, Duncan no logró apartar tan fácilmente a Ceri MacHeth de sus pensamientos. Tras salir del salón y de la torre, encontró a Graeme en las caballerizas. Rayas de luz gris se filtraban entre las tablas, iluminando la paja que Graeme estaba sacando del pesebre de su caballo con un rastrillo.

Tras mirar a su alrededor para asegurarse de que no serían interrumpidos ni escuchados, y viendo al maestro de establos y a su ayudante, Awlay y Gilbert, en la esquina lejana junto a la guarnicionería, Duncan dijo a su capitán en inglés:

—¿Te parece normal?

Graeme soltó una carcajada, ya fuera por la brusquedad de la pregunta o por lo despiadado de ella.

—No sé si hablas de esta dama de aquí —dijo con algo de afecto hacia su corcel en el pesebre—. Seguro que algo no está bien, como dices. No sabría señalar qué, sin embargo. Y no solo ella, sino todo el asunto: la pobre acogida y la boda sin festejo. —Dejó de mover el rastrillo, apoyando ambas manos sobre él mientras lanzaba una sonrisa torcida a Duncan—. Ella, en cambio —ruidos extraños de su boca aparte—, solo parece fuera de lugar por lo diferente que es a sus viles parientes. *Oh*, Dunc, no puedes refunfuñar sobre Ceri MacHeth, no cuando luce como luce… y no solo por lo increíblemente hermosa que es, sino por lo… *Oh*, lo inocente y asustada que parecía, como si no supiera qué estaba pasando ni por qué. Así que sí, había algo entre manos, pero no culpes a tu nueva esposa de lo que Black Hugh pueda estar tramando. Esa lass es ignorante, nunca creeré lo contrario.

Duncan asintió, pensativo. Lo admitía, él mismo podía haber llegado a la misma conclusión. Ceri podía haber sido solo una pieza

atrapada en los planes de su hermano, pero maldita sea si no parecía como si escondiera *algo* de él.

La sonrisa de Graeme se ensanchó, atrayendo la atención de Duncan y arrugándole el ceño.

—Más te vale hacer real el matrimonio —sugirió Graeme—. Y rápido. No le des a ella una salida ni a Hugh un arma contra ti. No dejes al azar ninguna parte del contrato. Consúmalo. Eso, al menos, no debería ser un sacrificio.

No, Duncan no suponía que sería difícil por su parte. Encontrando un poco de humor oscuro en la situación, sobre todo porque aquello no era en absoluto como había imaginado su matrimonio, tan falto de pompa y formalidad, y con una novia que acababa de decir que él era parte de una pesadilla, Duncan sonrió de lado:

—Aye, haré lo que pueda.

Graeme reanudó su rastrillado y dijo:

—Sigo creyendo que deberíamos mantener las guardias en esos dos lugares.

Duncan asintió.

—De acuerdo. No confío más en MacHeth hoy que ayer. Si llega un llamado de Wallace y seguimos sospechando de traición por parte de los MacHeth en estas tierras, nos veremos obligados a dejar una unidad completa o más.

Graeme bufó.

—Sí, pero ninguno de esos será de estos MacHeth que acabamos de recibir.

—*Oh*, claro que no —coincidió Duncan—. No dejaré a los lobos cuidando de nuestras ovejas.

—Anda, amigo —lo apremió Graeme, recuperando su sonrisa socarrona—, ve con tu esposa y consuma la unión. Puede que sea una tarea sombría, pero confío en que sabrás cumplirla.

Duncan ignoró el comentario, girando para alejarse de las caballerizas. No fue directo a buscar a su esposa, sino que atendió primero varios asuntos de negocios, decidido a tener el trabajo hecho y la mente despejada antes de acercarse a ella. Así, no fue

hasta que cayó la oscuridad cuando se dirigió al segundo piso de Thallane y a Ceri MacHeth, ahora MacQuillan.

Aunque nunca había sido presa fácil de la aprensión, tampoco se había casado antes, y nunca había avanzado con la intención de reclamar sus derechos maritales de una esposa que lo había equiparado, junto a la boda, con una pesadilla. Sin embargo, sabía que debía hacer oficial la unión, para que ni ella ni sus parientes pudieran decir que el matrimonio no era válido porque no había sido consumado.

Todos sus planes de ser decidido, firme pero no amenazante, después de todo, debía convivir con esa mujer por el resto de su vida o de la de ella, se desvanecieron cuando entró en la habitación que le habían asignado y la encontró dormida, tal como había pedido horas antes.

Duncan se detuvo apenas cruzar la puerta, después de llamar suavemente sin obtener respuesta. Por su indicación, Ceri había sido instalada en una de las estancias que daban al patio, pues consideraba que las que daban al mar, como su propia cámara, serían demasiado frías y ventosas en invierno.

Se quedó, una vez más, prendado de la visión de ella, aunque en su rostro no hubiera otra expresión que la paz. No había líneas en su frente ni arrugas en sus cejas. Aquellos expresivos ojos castaños estaban cerrados a su mirada. Un suave tinte de color adornaba sus dulces y generosos labios, pero permanecían inmóviles, carnosos bajo la mano acurrucada bajo su barbilla.

Entrando en silencio, Duncan cerró la puerta tras de sí y se acercó a la amplia cama, en la que ella parecía perdida, acurrucada sobre su costado y cubierta bajo las mantas, quizá por el frío del día sombrío.

Al contemplar ese rostro, tan desprovisto de angustia y miedo, tan cautivador en su perfección, nadie podría imaginar que fuese capaz de jugar un papel voluntario y eficaz en alguna traición. Ella era, o parecía ser, al menos, dormida, demasiado angelical como para haber conspirado o tener la astucia para engañar. Y aun así, Duncan no descartaba nada; era demasiado pronto para conocer el carácter de su esposa. Aunque pedirle un respiro más temprano no

parecía haber sido una estratagema para huir, sino un verdadero deseo de dormir, todavía era pronto para saber si sus otras sospechas se confirmarían, si estaba llena de secretos propios o ajenos.

Cuando estuvo seguro de conocer cada curva y rasgo de su rostro, Duncan se volvió hacia la chimenea, donde encendió un fuego con pedernal y acero. Apenas comenzaban las llamas a lamer la turba y la yesca en la caja de fuego cuando escuchó su voz.

—Todavía estoy aquí.

En veinte años, pensó, quizá nunca volviera a oír tanta desolación y desesperanza en la voz de una persona.

Levantándose, Duncan dejó el encendedor sobre la repisa y se volvió hacia ella, con su ceño fruncido de manera inconsciente, como reacción al disgusto evidente en su mirada.

Ella se había incorporado, seguramente despertada por el fuego o por sus movimientos.

—No quise dormir tanto —dijo luego, con voz baja.

—Supongo que estabas tan agotada como decías —respondió él con frialdad. Probablemente, en la penumbra de la estancia y con su espalda contra la luz de la hoguera, ella no podía ver qué era lo que captaba su atenta mirada. Las mantas habían caído a su cintura, dejando a la vista su abundante pecho, aún ceñido por el provocador vestido de novia, puesto que su largo cabello suelto estaba echado hacia atrás, sobre sus hombros delgados.

Ceri ladeó la cabeza, mirándolo en la penumbra.

—Pensaste que mentía —adivinó.

—No te conozco lo suficiente para saber lo contrario —replicó él.

Ella soltó una pequeña risa sin humor, cargada de resignación.

—Así que simplemente asumiste lo peor de mí.

—¿Y tú no lo has hecho conmigo?

Su cabeza se movió, ladeándose en la dirección opuesta con sorpresa.

—Honestamente, y me sorprende gratamente decir esto, no me has dado demasiadas razones para pensar lo peor de ti.

—Pero algunas —supuso él, interpretando sus palabras.

—Bueno, no diría que eres del tipo cálido y afectuoso —dijo ella después—, y por más impactada que estaba al verte, solo parecías estar lleno de tanta… rabia. No puedo evitar imaginar que eso es porque estabas disgustado con tu esposa al verla por primera vez o porque no eras fan de casarte con nadie en absoluto, como si tal vez te hubieran obligado.

—¿No sabes los pormenores, el porqué, de nuestra unión? —preguntó él enseguida, su voz tensa, cargada de sospecha renovada.

Ella suspiró pesadamente y apartó las cobijas, balanceando las piernas con gracia al costado de la cama, mostrando un poco de delicados tobillos y pantorrillas delgadas, deliciosamente desnudos, antes de ponerse de pie, mientras las faldas de sus vestidos caían en su lugar.

—No me dijeron demasiado —respondió al levantarse y cruzar descalza la cámara—, nada más que debía casarme.

Fue hasta el aparador corto, de espaldas a él, y se echó agua fresca en la cara. Cuando se volvió a mirarlo, usaba un paño cuadrado de algodón para secarse el rostro y el cuello.

—No te importa demasiado tu familia, tus hermanos —dedujo él. Plantó los pies al ancho de los hombros y hundió los pulgares en su cinturón.

—Son unos idiotas —dijo sin dudar—, uno más que el otro. Te digo, no derramaré una lágrima si no los vuelvo a ver nunca más… bueno, excepto por Sidheag.

Recordando todo lo extraño de su encuentro y su boda, Duncan preguntó lo que más lo había intrigado desde que se conocieron.

—¿Eso explica entonces tu curiosa satisfacción al verme? Dijiste *"menos mal que eres tú"*.

—Oh —exhaló ella, sosteniendo el paño de algodón sobre su pecho, bloqueando su vista de los pechos expuestos.

Quizá era lo mejor, si quería mantener la cabeza fría durante la conversación.

—Bueno… yo… la cosa es que…

—No me mientas —la interrumpió con brusquedad, intuyendo que iba en esa dirección.

A ella no le gustó la orden. Enderezó los hombros, dejó caer el paño a un lado y alzó el mentón al preguntar:

—¿Me habías visto antes de hoy?

Las cejas de Duncan se fruncieron sobre sus ojos entrecerrados.

—Sabes que no.

—Bueno, tú me resultabas familiar. Quiero decir, no nos habíamos visto, no realmente, pero… y esto va a sonar una locura, pero es la verdad, yo… he estado… es decir, tú has estado viniendo a mí en sueños. —Tragó saliva tras esa declaración fantasiosa y añadió con timidez—: Desde hace bastante tiempo. Como, desde hace años.

La irritación luchó contra la sorpresa. ¿Qué juego era ese?

—No estoy mintiendo —insistió, quizá leyendo su expresión cada vez más oscura—. Es cierto. He tenido docenas de sueños contigo. Bueno, no desde que llegué aquí, pero antes de eso, tan reciente como la semana pasada. Yo…

—Ceri —gruñó él, en advertencia—, no me confundas con un…

—No te estoy confundiendo con nada. Solo te digo que por eso estaba… bueno, casi feliz de verte, una cara familiar. Pero lo entiendo, no tiene sentido.

—Ceri, tú eres…

—Está bien, basta. ¿Puedes no llamarme así?

Su boca se estrechó con disgusto.

—¿Por qué demonios no habría de llamarte por tu nombre?

—No me gusta ese nombre. Mi nombre es… prefiero Holly.

Duncan casi se quedó boquiabierto; todo lo que ella decía parecía darle la vuelta a la realidad.

—No puedes simplemente cambiar tu nombre —dijo, la única explicación que se le ocurría en ese momento.

—Sí puedo —afirmó ella—. Holly es mi verdadero nombre. Ceri solo era…

—El maldito contrato te nombra como Ceri —le recordó él, cada vez más furioso.

—Bueno, sí —dijo, con el gesto torciéndose en una mueca—. De acuerdo, ese es… el nombre de tu esposa, quiero decir, eso figura en el certificado de matrimonio. Pero no me gusta. No me queda bien. Prefiero Holly.

—Maldita sea —bufó él—, ¿y qué sigue? ¿Vas a decir que prefieres a otro marido u otro lugar? ¿O afirmar que no eres Ceri en absoluto o que…? —Se detuvo y le clavó una mirada enloquecida y acusadora cuando los ojos de ella se abrieron alarmados.

Pero solo por un instante perdió la compostura, mostrándole esa reacción de pánico.

Astuta chica, dándole la vuelta a esa conversación tan desconcertante.

—¿Y qué querías, de todos modos? —preguntó ella, devolviéndole la mirada fiera—. ¿Por qué has… qué haces aquí?

Una expresión fría e implacable endureció sus facciones. ¿Qué demonios pensaba ella que hacía ahí?

Con voz gélida e inmutable, Duncan respondió:

—Es nuestra noche de bodas. Es hora de consumar la unión.

CAPÍTULO SIETE

La sorpresa drenó toda la sangre del rostro de Holly.

Y aun así, a pesar del impacto por su franqueza, ya había descubierto que no había nada sutil en este hombre, no pudo ignorar por nada del mundo el estremecimiento y el cosquilleo que recorrieron su espalda con solo imaginarlo… aunque *"consumar la unión"* podía ser, quizá, lo menos sexy y romántico que nadie le había dicho jamás para intentar desnudarla.

Pero en serio, ¿tener sexo? ¿Ahora?

Holly vaciló y tartamudeó.

—Pero… pero si recién nos conocemos.

—Y nos casamos —le recordó con brusquedad.

—Bueno, sí —admitió ella, con voz ronca—, pero aún no te *conozco*. No puedo simplemente acostarme contigo.

—No entiendo tu tono —comentó él, apretando los dientes—, como si la idea de acostarse después de una boda fuera inaudita. Conozco a muchos lores y damas que se casan sin haberse visto nunca hasta el día de la ceremonia.

—Lamento decirte que no me interesa lo que hagan lores y damas.

—Lairds y doncellas, entonces… —empezó él, sin intentar ocultar su impaciencia.

—No, quiero decir que yo no soy como los demás —insistió Holly, llevándose de nuevo el paño al pecho para cubrir la exposición demasiado generosa de sus senos—. No voy a meterme en un grupo cualquiera, obligada a comportarme de cierta manera solo porque otros lo hicieron. Acabo de conocerte y no voy a acostarme contigo. No me siento cómoda con eso.

Su apuesto marido, con apenas unas horas de casados, dijo entonces:

—No necesito tu permiso para yacer contigo.

La sorpresa se convirtió en indignación, rápida y brutal. Holly agitó el paño hacia él para remarcar su enojo y su punto.

—Te voy a recomendar con todas mis fuerzas que no quieras forzar a tu esposa. Estoy aterrada y no soy ni la mitad de grande que tú, pero te prometo que puedo y voy a convertir tu vida en un infierno.

Mentiras, mentiras, todo mentiras… pero era lo único que tenía: amenazas vacías.

—¿Me amenazas? —la desafió él, con el labio torcido en una mueca feroz.

—Como tú a mí, señor —replicó con dureza.

Sus miradas se trabaron en una batalla de voluntades. El corazón de Holly golpeaba con un triple compás dentro del pecho, rogando que él no fuera un bruto medieval que de verdad recurriera a la violación solo para consumar el matrimonio.

—Solo pido un poco de tiempo —dijo desesperada al cabo de un momento, cuando nada en la mirada oscura y amenazante de él insinuaba rendición alguna—. Esto es extremadamente incómodo. ¿No podemos conocernos primero?

Pareció considerarlo, o al menos no se abalanzó sobre ella de inmediato, rechazando su súplica. Holly se quedó rígida mientras Duncan le escrutaba el rostro, buscando algo que ella no sabía. Su mirada descendió y se posó en sus labios.

—Si no es por la fuerza —dijo él—, entonces quizá por seducción. —Dio un paso hacia ella.

—Oh, mierda… no, no hagas eso. —Ella retrocedió, poniendo la amplia cama entre ambos, con bastante certeza de que él podría seducirla y doblegarla en un tiempo ridículamente corto, con apenas el roce de su mano fuerte o de esa boca hermosa. No era débil de voluntad en ese aspecto, pero tampoco era inmune a ese hombre que era ahora su marido. Desde luego, sus sueños con él durante años hacían que no pareciera exactamente un extraño. Más aún, sabía muy bien que en más de una ocasión había deseado, dentro de esos sueños, que la mirara con algo distinto a su constante furia,

que quizá la deseara, que quisiera besarla. Pero no ahora, no cuando era tan… real.

No ahora, cuando ella no era en absoluto quien fingía ser, ni quien él creía que era.

Él no la persiguió alrededor de la cama, sino que pareció calmarse, como si aceptara su determinación de no tener sexo.

En cambio, volvió a insultarla.

—Has confirmado mi sospecha anterior: eres débil.

Holly aspiró hondo; su alivio fue efímero, sustituido por resignación y no por la indignación que debería haber sentido.

—Como sea —dijo con un suspiro, sintiéndose cada vez menos encantada con el hombre de sus sueños—. Me gustaba más cuando no podía conversar contigo, cuando solo tenía que lidiar con tu furia silenciosa en mis sueños. Bien, soy débil, eso ya está decidido. Pero no quiero que me seduzcan hasta ceder antes de que esté lista. Y tampoco quiero ser violada. —Chilló al ver su reacción—. Bueno, no me mires así. Tú acabas de amenazarme con la fuerza, así que no finjas ofenderte cuando te lo echo en cara.

Intentando apartar un poco el foco de ella y de su negativa a acostarse con él, le lanzó lo que esperaba fuera una mirada demoledora.

—Oh, ¿cuál es tu apuro, de todos modos?

Por poco dice que no iba a ninguna parte, aunque rezaba con todas sus fuerzas que sí pudiera irse.

—La guerra llamará pronto. Quiero plantar mi semilla antes de irme.

Y aquí ella había pensado que su sorpresa no podía aumentar. Qué tonta había sido.

—¿Estás bromeando?

Él la miró, claramente sin entender por qué podría haberse ofendido, luciendo tan feroz como siempre, como si no se hubiera arrugado en absoluto ante su ceño fruncido y sus exclamaciones.

—¿Cómo esperas conocerme si no yaces conmigo?

—¡Oh…! ¡Oh! Hablas en serio —decidió ella con más frustración que ira. Debía ser la época, o él era muy bueno interpretando a un neandertal obtuso. Holly golpeó sus puños contra

sus caderas y lo fulminó con la mirada desde la cama—. Te diré qué. ¿Qué tal si pasas algo de tiempo conmigo? Conóceme, déjame conocerte a ti y luego tal vez… —Se detuvo cuando él claramente parecía desinteresado, como a unos tres segundos de burlarse o ignorarlo sin más. Sus ojos le lanzaron un destello oscuro, y su boca permaneció cerrada, con las fosas nasales dilatadas.

Recogiendo montañas de fortaleza, Holly apeló a él con calma, extendiendo las manos suplicantes.

—Duncan, por favor, sé razonable. Considera esto desde mi punto de vista —intentó usar un tono mesurado y no gritarle por lo obtuso que estaba siendo. También decidió que exagerar un poco la verdad le beneficiaría—. No solo acabo de conocerte, sino que llevo solo unos días en Hewgill House. Ni siquiera sabía que iba a tener que casarme. Y luego la boda… bueno, tienes que admitir que fue un poco inusual.

—No rogaré a mi propia esposa que consuma nuestro matrimonio —gruñó él.

Era desesperante. Algo retumbó desde lo más profundo de su pecho y Holly literalmente gruñó en voz alta, haciendo puños otra vez.

—No te estoy pidiendo que ruegues. Te estoy pidiendo que tengas paciencia, que muestres un poco de... Ay no sé, ¿compasión? ¿Empatía? ¿Comprensión?

Con otra de esas exasperantes curvaturas de su labio, él se dio la espalda.

Holly permaneció perfectamente quieta, esperando que se fuera pronto para poder respirar normalmente otra vez.

Para su horror, él comenzó a desvestirse.

Ella lo miró por un momento, congelada por el miedo, mientras él se quitaba la tela de cuadros de los hombros y el pecho, lanzándola a la silla cerca de la cama.

No había escuchado ni una palabra de lo que ella había dicho. Viajes en el tiempo, brujas y bodas falsas eran una cosa, pero se negaba a ser violada.

Ahora realmente en pánico, Holly corrió hacia la puerta. No se abrió. El maldito animal había cerrado con pestillo la puerta. Sus

dedos luchaban con la cerradura, inútiles por el temblor. Y luego gritó cuando él la atacó por detrás, envolviendo su cintura con un brazo como una prensa, levantándola casi del suelo contra su pecho. Su otra mano trabajaba para arrancar los dedos de ella de la cerradura.

—No te obligaré, esposa —gruñó cerca de su oído—. Pero no pasaré mi noche de bodas en mi propia alcoba y sufriré las consecuencias, lo que se diga, al día siguiente.

La comprensión llegó despacio, pero llegó. Los largos dedos de Duncan lograron retirar los de ella de la estúpida cerradura mientras ella se desplomaba contra él, aliviada y enfadada por su declaración.

—Oh. Mi vida está en juego y tú te preocupas por lo que dirán tus amigos si no te acuestas con tu esposa.

—¿Cómo diablos está en juego tu vida? Maldita sea, Ceri...

—Holly —insistió desesperadamente, golpeando la mano contra la puerta cerrada—. Me llamo Holly.

—Otro punto —siseó, su aliento cálido rozando su mejilla—, que me da muy pocas razones para confiar en ti.

—Ni yo en ti —replicó ella—. O en ti —aclaró, pensando que lo había dicho al revés la primera vez.

Duncan se enderezó y su brazo se deslizó de su cintura. Pero no la soltó simplemente. La giró, y no suavemente, hasta que quedó alejada de la puerta y él de espaldas a ella.

—No has hecho más que mentir desde que te conocí y yo, querida esposa, no te he tomado como tengo todo derecho de hacer, y ¿me dices que la confianza te ha eludido?

—Aún no me has violado —comentó ella antes de pensarlo mejor—. Qué tipo.

Más que eso, era una acusación para distraer su mente de otra de sus afirmaciones, de que ella no había hecho más que mentirle, lo cual no era del todo cierto, pero ciertamente se podía argumentar… si él conociera la verdad.

—Como que no, así no es como quieres empezar tu matrimonio —resopló.

Desanimada, exhausta y aún bastante asustada, Holly escuchó un sollozo en su propia voz al hablar de nuevo.

—Duncan, solo estoy pidiendo un poco de tiempo —y tal vez un poco más de paciencia de la que él podía mostrar—. No quiero ser difícil, honestamente.

—Ajá —gruñó—. Es bastante obvio lo obediente y amable que pretendes ser.

Holly cerró los labios, queriendo no decir más y no provocar más ira. Mordiéndose el labio mientras su pecho subía y bajaba por la ansiedad y el intento fallido de huida, lo observó con cautela incluso cuando a él parecía no importarle su presencia. Estaba disgustado con ella, decía la expresión salvaje de su rostro. Caminando hacia el otro lado de la cama, donde ella se había mantenido firme momentos antes, actuó como si ella no estuviera en la habitación y siguió desnudándose, tirando su cinturón de cuero y su espada antes de quitarse la larga túnica, levantándola sobre su cabeza.

Los labios de Holly se entreabrieron para respirar mejor, con los ojos pegados al hombre de sus sueños. Ahora le era familiar, la forma de su cuerpo, la fuerza musculosa de su espalda ancha, el corte detallado de cada músculo y hueco, la grosura de sus brazos y hombros. Su espalda se movía y ondulaba mientras se quitaba botas y pantalones, empujando la tela hacia abajo y fuera a sus pies. No estaba completamente desnudo, sino que mantenía lo que parecían ser unos calzoncillos largos.

Holly no sabía si sentirse decepcionada o aliviada. Honestamente, era impresionante. Cada movimiento hablaba de fuerza y gracia. Holly estaba hipnotizada, tanto que cuando él se giró, y cuando debería haberlo mirado o desviado la mirada por completo, no pudo. Hipnotizada, solo podía mirar su torso, ese pecho impecablemente esculpido y los músculos imposiblemente grandes de sus brazos.

—Maldita sea, esposa —gruñó—. No mires así.

Avergonzada, Holly dirigió la mirada a su rostro. Se sonrojó furiosamente por su error y mintió ridículamente.

—No estaba mirando.

Él la miró con desprecio y le recordó groseramente sus palabras anteriores.

—Violándome con tu mirada, eso estabas haciendo.

Holly jadeó y se dio vuelta. ¡Qué bruto! Sus cejas se fruncieron al escuchar ruidos detrás, como si él acabara de meterse en la cama. Congelada, sin saber qué hacer, Holly solo pudo quedarse allí.

Después de un momento, como si él hubiera leído su mente, dijo al final de un bostezo:

—Y ni se te ocurra salir de esta cámara.

Qué idiota.

Con otro suspiro grave, Holly consideró su propio estado de vestimenta, echando un vistazo hacia atrás y viendo que él se recostaba de lado, de espaldas a ella, dejando a la vista solo su hombro ancho y la cabeza oscura sobre las sábanas. Decidiendo rápidamente, ya que obviamente no se iba a forzar sobre ella, pero como tendría que pasar la noche en la misma cama, y porque sabía que estaría diez veces más cómoda sin el corsé apretado, se quitó el vestido de novia.

O más bien, lo intentó. Estaba atado atrás y demasiado ajustado para levantarlo sobre la cabeza. Se retorció y movió, pero no alcanzó los lazos. Furiosa y maldiciendo en silencio, siguió intentándolo, sabiendo que jamás le pediría ayuda. Finalmente, desistió de los lazos y simplemente forzó la prenda sobre su cabeza. La rasgadura de la tela probablemente fue inconfundible.

—Mierda —gruñó. *Qué demonios*. Entonces usó movimientos más frenéticos y descuidados para quitarse el estúpido vestido, rasgando más la prenda indecente y luego respirando profundamente con gozo cuando finalmente desapareció. Brevemente, suspiró con placer. Ah, libertad.

Cuando se volvió de nuevo, encontró a Duncan volteado, observándola con otro de sus profundos ceños fruncidos.

—¿Qué? —le espetó ella, casi desafiándolo con su mirada negra a que dijera algo, lo que fuera. Se sopló el flequillo de la frente.

Con buen criterio, él no dijo nada y volvió a moverse, dándole otra vez la espalda.

Recordando lo mucho que la habían molestado las numerosas faldas cuando se había metido en la cama sorprendentemente acogedora, se quitó otra capa, hasta quedarse solo con la larga camisola sin mangas.

Mientras apartaba las mantas de su lado de la cama, Duncan dijo por encima del hombro:

—Aplasta el fuego, lass.

—Lo haría si supiera qué significa eso o cómo hacerlo. —Pero como no lo sabía, se metió en la cama y se cubrió hasta el cuello, dándole también la espalda a él.

Su esposo gruñó algo entonces —eso era todo lo que habían hecho en esta primera noche de casados; qué encantador, y apartó las mantas con fastidio. Holly no se giró ni levantó la cabeza para ver qué hacía, pero notó que al cabo de un momento la habitación se oscureció, así que supuso que había reducido el fuego y lo había dejado más seguro.

La cama se movió con su regreso, y le pareció que ahora estaba boca arriba, porque su respiración sonaba un poco más cerca en la habitación por lo demás silenciosa.

Holly bostezó largo y sin ruido, comprendiendo lo que la gente quería decir cuando hablaba de agotamiento emocional. No debería estar cansada, habiendo dormido unas horas, quizá más, antes, pero lo estaba, simplemente agotada de energía.

—¿Qué hora es? —preguntó por encima del hombro.

Estaba tan quieta que estaba casi segura de sentir su cabeza girar sobre la almohada, como si él se hubiera vuelto hacia ella, como sorprendido por la pregunta o por el simple hecho de que hablara.

Pasaron diez o quince segundos enteros antes de que él respondiera.

—Ya pasada la medianoche, me imagino.

Un ruido de rasguños siguió a esto, y Holly se lo imaginó pasándose los dedos por ese pecho magnífico.

—No debería estar cansada —dijo luego, haciendo una pausa para bostezar de nuevo—, pero lo estoy.

—Aye.

Holly se mordió el labio, preguntándose cuándo había sido la última vez que había compartido la cama con alguien. Se dio cuenta de que hacía dos años y medio, cuando había salido, por suerte brevemente, con ese perdedor de Jason Imus. Bueno, llamarlo perdedor era un poco cruel. Jason era un ingeniero talentoso, muy inteligente y con una gran personalidad social. Pero también había sido condescendiente, con el trabajo de Holly, con su pequeño departamento, con su carrera y con tantas otras cosas de ella que se había visto obligada a preguntarle por qué salía con ella. Su incapacidad para dar siquiera una razón en diez segundos fue lo que la ayudó a terminar la relación.

Incluso durante ese breve romance, Holly solo había pasado una noche entera con él un par de veces, así que ahora le resultaba extraño compartir la cama con alguien. Que ese alguien fuera su marido era algo que aún no lograba asimilar. Era difícil procesar consideraciones relativamente pequeñas como esa cuando su mundo entero había dado un vuelco, arrojándola más de setecientos años atrás. Hasta ahora había logrado sobrevivir simplemente dejándose llevar, aceptando lo que el Destino le lanzara, pero definitivamente se sentía atrapada en una ola gigante, arrastrada por la corriente, a merced del agua.

Solo en un par de ocasiones había pensado en sus padres. Había encontrado algo de consuelo en el hecho de que sabían que estaría dos semanas de viaje en Escocia y no esperarían escuchar de ella todos los días. Incluso aunque no estuviera en casa, no eran una familia de comunicación constante, así que la falta de contacto no los alarmaría de inmediato.

Y cuando entendieran que estaba desaparecida...

Holly no podía imaginar cuál sería la reacción de sus padres. Eso le resultaba particularmente doloroso, no poder imaginar a sus padres abatidos por su misteriosa ausencia. No es que no creyera que la amaban, pero no habían demostrado suficiente afecto como para que pudiera visualizar semejante desconsuelo. Su hermano y su

hermana eran bastante mayores que ella, hacía años que se habían independizado y tenían sus propias familias. Los veía dos veces al año, con suerte, y no mantenía un contacto constante con ellos. Tenía amigos, pero no un verdadero gran amigo que pudiera preguntarse dónde estaba después de otra semana, lo que la llevaba a pensar seriamente si, aparte de su trabajo, su ausencia siquiera sería notada en algún momento.

Su mente no le permitía escapar de esta posibilidad descabellada, que nadie la extrañara ni llorara si nunca regresaba. Contra su voluntad, pero arrastrada por su atormentada mente, Holly se hundió en ese pozo sin fondo, una muy mala idea que la hizo contener lágrimas al minuto siguiente. ¿Y si nadie la buscaba? ¿Y si esta realidad alternativa hacía que nadie supiera siquiera que había existido? ¿Y si había sido borrada de la faz de la tierra y de la memoria de la gente en el siglo XXI? Rápidamente empezó a perder el control, temblando y llorando.

Y como la habitación estaba tan quieta y silenciosa, la cama inmóvil como ellos, no podía imaginar que él no supiera que estaba llorando, otra cadena de pensamientos en la que se embarcó. ¿Reconocería sus lágrimas? ¿La consolaría? Era un hombre grande, fuerte. Sus hombros parecían capaces de absorber su miedo y sus lágrimas, oh, ¿cuándo fue la última vez que alguien la sostuvo con compasión?, pero ¿su cabeza y su corazón eran así, capaces de ofrecer consuelo a su recién casada, destrozada por la pena?

Por encima de su llanto, que intentaba ahogar en la almohada grumosa, Holly sintió que él se movía detrás de ella, probablemente poniéndose de lado. Cuando siguió llorando, incapaz de controlarse, él empezó a dar vueltas con mayor agitación, el colchón cediendo y vibrando bajo su peso y la creciente rudeza de sus movimientos.

Y mientras él se retorcía y giraba detrás de ella, sin molestarse en ocultar su disgusto, y mientras ella sentía que se le rompía el corazón de dolor, Holly comprendió que en ese momento deseaba realmente que él, el hombre de sus sueños, la tomara en sus brazos y le dijera que todo iba a estar bien.

En cambio, cuando el colchón volvió a moverse, no fue porque se acercara a ella ni porque extendiera una mano vacilante para consolarla. Su marido de menos de un día apartó las mantas de un tirón y salió de la cama por completo. Las botas chirriaron contra el suelo y recogió la ropa de la silla.

Y luego la dejó, cerrando la puerta con un golpe sonoro tras de sí.

***

Duncan salió furioso de la estancia, con la ropa, la espada y las botas en la mano, y avanzó a zancadas por el pasillo hasta su propia cámara. Se dijo a sí mismo que no le importaba su esposa ni lo que había provocado aquel llanto. No era culpa suya ni le concernía. Ah, pero sus lágrimas eran tan lastimosas, y sus intentos de ocultarlas, inútiles. La verdad era que lo habían afectado más de lo que habría imaginado o querido admitir.

Supuso que no debía de haber sido fácil: volver de un convento tras siete años de ausencia, solo para que le dijeran que debía casarse no solo con un desconocido, sino con el enemigo.

¡Por los santos, qué enigma era ella! ¿Había soñado con él, de veras? ¿Era cierto? ¿Era posible? ¿O lo había inventado simplemente para ganar… qué? ¿Solidaridad con él? ¿Compasión?

Dentro de su cámara, Duncan arrojó sus pertenencias sobre otra silla y se dirigió a la ventana, mirando hacia la oscuridad cerrada y el mar lejano, moteado por la luna. No había tenido intención de que su matrimonio le llevara más tiempo ni esfuerzo del que estaba dispuesto a dar, y ya había invertido demasiado para tan poco resultado. ¡Justo por eso había evitado casarse hasta ahora! No tenía ni el tiempo ni la disposición para mimos ni ataduras. Aparte de engendrar hijos, siempre había imaginado que su matrimonio sería más bien nominal. Su casa ya estaba bien establecida y administrada, sus necesidades básicas eran atendidas con regularidad en las aldeas o por las seguidoras del campamento cuando su ejército marchaba o, de vez en cuando, años atrás, por Marjory en la aldea, cuando él estaba en casa, antes de que ella se

casara con el carpintero de Thallane. No necesitaba una relación con su esposa.

Pero maldita sea si no sentía una atracción inexplicable hacia Ceri MacHeth. *Holly*, se corrigió. Ahora era Holly MacQuillan. Aun así, estaba amargado y enojado, y no solo por su incesante y patético llanto que lo había hecho huir de su lecho. Ella lo había hecho quedar como un tonto, lo obligaba a humillarse y desvivirse solo para acostarse con ella, quizás incluso esperaba que él la hubiera consolado hacía un momento, cuando sus sollozos se hicieron evidentes. Se negó a mimar a su esposa, se dijo, y en cambio esperaría que aprendiera a equiparse adecuadamente para enfrentar el cambio y la desgracia, como ella lo llamara, y no revolcarse en una pena aún desconocida.

Ah, pero tal vez la amargura también estaba agitada por deseos más bajos y por su propio tormento, al haberle negado sus derechos como esposo y luego mostrarle de golpe aquello que no podía tocar. ¡Ceri...Holly, maldita sea!, en su camisón había sido casi tan seductora como en aquel osado vestido. La fina tela revelaba una figura esbelta pero torneada, con pechos firmes y altos y brazos desnudos y delgados, una visión intensamente excitante a pesar de los muchos ceños fruncidos que ella había mostrado durante su corta conversación. Pero haberla tocado, aunque solo fuera para dominarla y evitar que huyera, haber percibido su aroma mientras yacía a su lado, haber atravesado con su mirada hambrienta cada centímetro visible y deslumbrante de su cuerpo… Duncan deseaba acostarse con ella por razones que nada tenían que ver con formalizar la unión; estaba, en realidad, al borde de la locura por ese deseo.

Girando sobre sus talones, se apartó de la ventana, con el ánimo aún más amargado. ¡Por los santos! Era lo último que necesitaba: sentirse atraído por su esposa, quedar hechizado por su belleza y por su propio anhelo de poseerla, de conocerla íntimamente.

CAPÍTULO OCHO

Cuando Holly despertó a la mañana siguiente, se sintió como si tuviera resaca. Le dolía la cabeza y tenía la boca con un sabor a cloaca. Había dormido poco y, por lo tanto, no estaba ni descansada ni recuperada. Su arrebato de llanto autocompasivo había durado un buen rato, más de lo que esperaba, alimentado por la abrupta partida de su esposo.

Aun así, decidió que no iba a, no podía, guardarle rencor por su frialdad.

Aunque él había demostrado ser incapaz de mostrar el más mínimo gesto de simpatía, o simplemente no había querido brindarle ni la más pequeña pizca de compasión, y aunque se había comportado como un bruto frío y sin corazón, dejándola llorar sola hasta quedarse dormida, Holly determinó que no era un hombre verdaderamente malvado, ya que al menos no se había impuesto sobre ella. Y como sí se sentía mal de ser, en esencia, parte de un plan para engañarlo, decidió que intentaría ser amable con él. Al menos le debía eso. Él no había pedido nada de esto, no más que ella. Pero ay, cuánto la habría consolado un poco de compasión de su esposo la noche anterior.

Al despertar, se había girado de espaldas, esperando a que algún propósito o resolución la encontraran. Con el brazo extendido sobre la cabeza, contempló la habitación con ojos nuevos, descubriendo que no era tan distinta de la cámara en la que había estado prisionera en Hewgill House: muros de piedra por fuera, paredes revestidas de madera por dentro, mobiliario rudimentario, más utilitario que atractivo. Al pensar en su prisión en la casa de los MacHeth, su mirada se desvió hacia la puerta, comprobando que el cerrojo no estaba echado, lo cual le dio cierto ánimo, aunque no tanto como para saltar de la cama. Girando la cabeza sobre la

almohada, observó la hendidura que había dejado su marido, y encontró la almohada que él había usado tal como la había dejado, como si la hubiera golpeado con los puños antes de marcharse apresurado.

Aunque no entraba un sol radiante por la estrecha rendija de la ventana, había suficiente claridad como para indicar que el día ya estaba avanzado y que quizá ella también debía estarlo. Gimiendo, se levantó de la cama y usó la misma jarra de agua y la tela de algodón para lavarse la cara y los dientes, preguntándose qué usaría la gente como cepillos en aquella época.

Cuando el día anterior la criada de rostro hosco la había llevado a esta habitación, el baúl que había llegado desde Hewgill House, haciéndose pasar por suyo, también la había acompañado y seguía allí, en la esquina. Una vez más lamentó la pérdida de sus pertenencias personales, aún sin estar del todo segura de creer la cruel afirmación de Sidheag de que su bolso, su teléfono y su ropa habían sido quemados. Aunque, fuera cierto o no, daba igual: ya no estaban con ella, ya no eran suyos.

Cuando terminó de lavarse la cara, sí echó el cerrojo a la puerta y utilizó la bacinilla que había encontrado debajo de la cama el día anterior. Estaba convencida de que debía de existir un hada de las bacinillas, que con un bippidi-boppidi-boo dejaba el recipiente limpio después de cada uso, pues siempre lo encontraba vacío, tanto allí como en Hewgill House, aunque solo una vez había visto a una criada deshacerse de su contenido. Después, arrastró el pesado baúl desde la esquina y revolvió entre sus contenidos, rogando que no todos los vestidos dejaran sus pechos tan expuestos mientras estuviera allí.

No, al parecer los atrevidos escotes estaban reservados para las novias vírgenes, seguramente como un medio de atrapar o tentar a los novios renuentes. Holly encontró un vestido de buen escote alto y cuadrado, de tela azul que parecía lana pero era más liviana, y esperaba que no la hiciera sudar antes del mediodía. Se lo pasó por la cabeza y decidió de inmediato que ese día no soportaría las medias con ligas. El día anterior la habían vuelto loca, no porque se le cayeran, que no lo hacían, sino porque había sentido todo el día

que podían caerse en cualquier momento. Pensó en sus propias zapatillas deportivas, las mismas que llevaba puestas cuando el tiempo la había engullido de golpe y expulsado en la era medieval, que, milagrosamente, habían sido metidas en el baúl. Pero incluso siendo rehén del tiempo, no quería parecer una idiota, llevando zapatillas y medias invisibles con un vestido largo. Así que se puso los zapatos de suela blanda de cuero que había usado los últimos días y luego se acercó a la puerta.

Con cautela, levantó el pestillo para abrir y respiró hondo, buscando fuerzas antes de tirar de la hoja y enfrentarse a lo que el día le deparara. Y luego pasó los siguientes cinco minutos perdida en una serie de pasadizos, hasta tropezar por azar con uno que la condujo abajo. Pero la angosta escalera de caracol en la que había dado no la llevó al gran salón comedor, sino a otro laberinto de estancias y corredores, donde finalmente terminó en la cocina.

Una docena de rostros se volvieron hacia ella cuando apareció en la puerta de la sala de techo bajo, con el aire cargado de un fuerte olor a grasa y humo. El suelo estaba cubierto de baldosas oscuras que quizá jamás habían recibido un buen fregado, pero la estancia estaba ocupada por mujeres que parecían muy aseadas y ordenadas. Agitando la mano frente a su cara, Holly ofreció una sonrisa forzada a todas, pero vio que ninguna de las expresiones, más curiosas que amistosas, mostraba mayor evolución.

—Creo que estoy buscando el comedor —dijo ella con vacilación.

Una mujer robusta, con un cabello rojo brillante impactante, que podría estar a cargo si tales nombramientos se decidieran según el tamaño y lo ruda que parecía la persona, miró a Holly con desconfianza, entrecerrando sus vivos ojos verdes mientras balbuceaba algo ininteligible. Holly sintió de inmediato que no era bienvenida, aunque no era un ataque abierto o agresivo. La mujer se mantuvo erguida e inmóvil, inclinando la cabeza hacia un lado, casi como si desafiara la presencia de Holly en su dominio.

La joven que estaba más cerca de Holly avanzó de golpe mientras la mujer seguía fulminándola con la mirada, apartando a

Holly del lugar sin ceremonia. La condujo rápidamente por el pasillo poco iluminado, hablando en un inglés vacilante.

—Uh, no cocina —dijo, guiando a Holly con una mano sobre su codo—. Ve al salón, siéntate. Desayuno.

—Está bien, eso era todo lo que quería —le aseguró Holly—. Solo estaba perdida.

—Gran fortaleza —dijo la chica.

—Sí —aceptó Holly—. Grande, confusa y poco amigable —añadió sin piedad—. ¿Sabes dónde… está Duncan? ¿Cómo llaman estas personas a su jefe?

—Aye, aquí —dijo la chica cuando la luz penetró el pasillo oscuro y Holly se dio cuenta de una abertura adelante.

El corredor terminó desembocando en el gran comedor, donde al menos veinte personas estaban sentadas alrededor de seis mesas diferentes. Podría haber preguntado a la chica en cuál mesa debía sentarse, pero en cuanto entró, notó a Duncan sentado en la única mesa elevada, a la derecha y sobre una plataforma de madera que la levantaba medio pie sobre las demás mesas. La joven apretó brevemente su brazo, dirigiéndola por los seis escalones al final del pasillo hasta la parte trasera de esa mesa, donde esperaban varias sillas vacías.

—Está bien, gracias —dijo Holly con rigidez, tratando de soltarse del repentino agarre firme de la chica y su aparente deseo de apresurarla. Pero la chica no la soltó, solo continuó empujándola hacia adelante, hasta que Holly se liberó casi violentamente, lanzándole una dura mirada por la brusquedad. —Gracias —dijo, enfatizando, pero con un filo en la voz.

Inmersa entonces en sus pensamientos resentidos por el empujón de la chica, Holly se sorprendió al girar y encontrar a Duncan y al otro hombre, aquel que se parecía un poco a Duncan, a quien originalmente había pensado podría ser su esposo ayer, ambos de pie. Duncan le ofreció una silla.

—Buenos días —dijo suavemente, aunque no específicamente a Duncan. Y luego, —Oh, gracias —en voz más baja por su cortesía con la silla. Sus mejillas se enrojecieron al tomar la

silla entre Duncan y el otro hombre, consciente de tantas miradas sobre ella.

Tratando de ignorar todas las miradas abiertas, prestó atención al hombre cuyo nombre no conocía, ya que no mostraba el ceño fruncido como su esposo.

—Hola, soy Holly —dijo, extendiéndole la mano—. Bueno, oficialmente Ceri, pero prefiero Holly.

—Aye, eso me han dicho —dijo el hombre con una sonrisa bastante atractiva antes de mirar su mano con una expresión interrogativa—. Graeme MacQuillan, mi señora.

Holly retiró la mano sin tocarla, bajándola debajo de la mesa, la otra en su regazo.

—Ah, MacQuillan. ¿Son hermanos entonces?

—*Co-ogha* —respondió—. Primos, creo que es la palabra en inglés.

—Ya veo. ¿Y he ganado el título de "mi señora" porque me casé con tu primo?

—Así es. Dunc es caballero del reino, la distinción otorgada por William Wallace en persona, nuestro valiente defensor —dijo Graeme.

—¿Un honor otorgado por su valentía en el campo de batalla? —preguntó ella, incapaz de concebir algo tan fantástico, que estuviera casada con un hombre que no solo conocía sino que había sido nombrado caballero por el legendario William Wallace, a quien, siendo franca, solo había conocido por la película de Mel Gibson antes de venir a Escocia. Desde entonces, había aprendido mucho sobre el valiente guerrero. Aunque la película de Mel y su representación eran románticas, no se comparaban con la verdad, con los hechos tal como los entendía ahora, cuán grande era realmente ese hombre, cuán venerado era incluso setecientos años después, un héroe nacional entonces y ahora.

—Lealtad, honor, sacrificio —dijo Graeme—, y aye, una valentía temeraria, podría haber sido cualquiera de esas cualidades la que Wallace tuvo en mente al nombrarlo caballero. Se inclinó y bajó la voz, su sonrisa mejorando. —Seguro que no fue por su humildad, ni por su misericordia benevolente, y fíjate en eso.

Está bien, era oficial: Graeme MacQuillan era la persona más amable que había conocido hasta ahora en el siglo XIV.

Holly le sonrió cálidamente, pero luego fue distraída por la misma joven sirvienta de la cocina reapareciendo, esta vez al frente de la mesa, colocando un plato metálico lleno hasta el borde con pan, queso y lo que parecían mini pasteles con corteza. Oh, cómo anhelaba una taza de café. Lamentablemente, Sidheag le había dicho en su primera mañana en Hewgill House que no existía tal cosa en esta región, al menos todavía.

Pero tenía hambre y estaba ansiosa por empezar a comer. El vapor salía de las ranuras en la corteza superior, el aroma rico y apetitoso.

—No hay tenedor —dijo a Duncan. Podría haberle mencionado esto a Graeme, pero un hombre con túnica larga, cinturón y medias gruesas, no pantalones, se sentó a su otro lado y comenzó a conversar con él.

Se dio cuenta de que, aunque había ofrecido un buen día en voz baja y aunque Duncan le había apartado la silla con atención, no le había dicho nada hoy. Lo estudió intensamente mientras fruncía el ceño ante su comentario, tratando de adivinar su humor. ¿Todavía estaba enojado por su llanto incontrolable, y ciertamente inoportuno, de anoche? ¿O estaba, como había supuesto antes, naturalmente enojado todo el tiempo? O, dijo recordando la otra carencia en este siglo—, ¿perdón, una cuchara?

Sus cejas permanecieron fruncidas mientras preguntaba:

—¿No tienes cuchillo para comer?

—Si lo tenía, se ha perdido —dijo ella vagamente—. ¿Pero no sirven la comida con cucharas?

Apartando su mirada aguda de ella, llamó a otra sirvienta, esta vertiendo cerveza de una jarra en las mesas bajas. La chica asintió con la cabeza y salió del comedor, presumiblemente a buscar una cuchara para Holly.

Mientras tanto, picoteó el pan y el queso, y le preguntó a Duncan:

—Entonces, ¿qué hay en la agenda hoy? —Ante su mirada en blanco, reformuló la pregunta. —¿Qué vas a hacer hoy?

Con su plato prácticamente vacío, Duncan se recostó en su gran silla. Apoyó un antebrazo en el brazo de la silla mientras doblaba el otro brazo para agarrar el brazo liso de la silla. Miró alrededor del comedor y no a Holly al responder.

—Espero que un equipo regrese con treinta ovejas compradas cerca de Glasgow. Querré revisarlas. El entrenamiento en los campos comenzará justo después del mediodía, y Roland, el mayordomo —dijo señalando al hombre sentado junto a Graeme—, y yo tenemos una reunión fija todos los martes por la tarde.

Ya veo. Incluso antes de la extraña boda de ayer y el fracaso de anoche para "empezar", por así decirlo, no tenía planes de pasar tiempo con su nueva esposa, de conocerla.

Todavía estaba bastante confundida sobre su propia circunstancia misteriosa, todavía no sabía lo suficiente sobre Duncan MacQuillan ni sobre ningún hombre de esta época para saber si le estaba permitido pasar tiempo con él. Y por eso no lo desafió en ese sentido, no le recordó que, si deseaba consumar su matrimonio, tendría que pasar tiempo con ella. Francamente, por atractivo que fuera, no tenía prisa por acostarse con él, apenas podía olvidar que era una impostora, deseando escapar del siglo XIV.

Así que se mantuvo en silencio.

Se animó brevemente cuando su madrastra, Doirin, y su hija, Moire, llegaron al comedor y a la mesa. Finalmente, alguien con quien hablar. El silencio entre ella y Duncan se había hecho largo e incómodo. Pero con solo una mirada de Doirin, examinando a Holly sin ningún indicio de amabilidad, Holly abandonó cualquier idea de interactuar con ella durante la comida.

Doirin y Moire se sentaron lado a lado al otro lado de Duncan.

Holly pensó que era tanto grosero como intencional que la conversación que siguió entre Doirin y Duncan, iniciada por su madrastra, se hablara en su propio idioma. No tuvo otra opción que creer que hablaban de ella, pero hizo su mejor esfuerzo por aparentar desinterés, aunque Duncan dijo algo con dureza, lo que esperaba fuera en defensa suya de alguna manera.

Cuando la gente comenzó a levantarse de los bancos y retirarse, el estómago de Holly se contrajo con una nueva preocupación. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer todo el día?

Como Duncan apenas le había prestado atención durante el cuarto de hora que había estado a su lado, Holly se volvió a Graeme en busca de respuesta.

—Disculpe, señor —dijo cuando hubo una pausa notable en su conversación con el hombre junto a él.

Graeme giró sus ojos verdes hacia ella. Sus ojos eran más brillantes que los de Duncan y claramente más amigables que los de su primo, y si él hubiera sido quien viniera a ella en sus sueños, si sentía que tenía alguna conexión con él en lugar de con Duncan, podría haber deseado casarse con él.

—¿Mi señora?

—Oh —dijo ella, con un ceño preocupado flotando en su rostro—. Espero que me llames Holly. *"Mi señora"* suena y se siente raro.

—Espero, en cambio, que se acostumbre a ello —respondió él cortésmente—, para no verme obligado a deshonrarla al dirigirme a usted con tal familiaridad.

Holly puso los ojos en blanco ante esto y objetó su argumento.

—Y espero que se dé cuenta de que deshonrar no es… —hizo una pausa, viendo poca esperanza en sus rasgos implacables. Podría ser amable, pero evidentemente no estaba dispuesto a deshonrarla, aparentemente. —Olvídelo. De todos modos, eh, ¿con quién hablo sobre qué debería hacer todo el día? —Bajó la voz, sin querer que Duncan o Doirin escucharan. Al ver el ceño confundido de Graeme, añadió una explicación, en su mayoría inventada, para lo que podría parecer una solicitud extraña—. Estoy un poco perdida sin Sidheag y, eh, no me enseñaron mucho en el convento. *—Perdón a todas las monjas medievales si estoy equivocada.*

Graeme todavía lucía un ceño interrogativo, lo que obligó a Holly a bajar aún más la voz. Oh, esperaba no haber malinterpretado su expresión amigable anterior.

—No sé cómo… ser su esposa. Quiero decir, en algunos aspectos sí lo sé… —murmuró, y su rostro se tornó escarlata. Cerró los ojos y se recompuso, contemplando sus próximas palabras. Al encontrarse con la mirada ahora meramente curiosa de Graeme, preguntó: —¿Qué hace la esposa de un laird todo el día? ¿Por dónde empiezo? Tengo… Graeme, no tengo idea de lo que se espera de mí.

Esto pareció satisfacerlo, al menos como explicación de su pregunta. Asintió y señaló por encima del hombro con el pulgar. Al hablar, usó una voz mucho más baja, como Holly había hecho, lo que ella agradeció.

—La cocina está por allí, mi señora —dijo—. Cuando termine aquí, irá allí. Se presentará a Red Moll, no puede equivocarse, su nombre le dice qué buscar. Fingirá una altivez que no domina, y luego le explicará exactamente lo que me dijo a mí. Y se lo juro, mi señora, se alegrará enormemente de que la dama del castillo quiera aprender a gestionarlo. No la guiará mal, de ninguna manera; ha estado al frente de la administración de Thallane desde que Dunc era un niño.

Tanto dicho en su respuesta. Primero, Holly estaba bastante segura de que ya había visto a Red Moll y luego se alegró de saber que su animosidad podría haber sido solo una reacción pasajera. Además, Holly creyó que Graeme acababa de lanzar una indirecta a Doirin, mencionando lo contenta que estaría Moll de que la dama quisiera gestionar su propio castillo, algo que Doirin ciertamente no había hecho.

Tenía una pregunta más para Graeme. Pensó que era mejor preguntarle a él y no a Red Moll.

—Y Graeme, ¿cuál es el, eh, orden de jerarquía aquí? ¿O sea, yo… tengo… a quién debo responder? —Solo quería saber si tenía un rango más alto que Doirin, ya que sospechaba que se encontraría con frecuencia con esa mujer, y que Doirin disfrutaría haciéndole la vida imposible.

Graeme no sonrió abiertamente, pero definitivamente había algo de diversión detrás del verde de sus ojos.

Se inclinó hacia ella y respondió con claridad.

—Muchos saben que ejercen poder aquí en Thallane, mi señora. Pero sepa esto: el laird es el gobernante supremo dentro de la propiedad. Su palabra es la ley. Red Moll la instruirá según sea necesario sobre lo que se deba hacer dentro del castillo. Sin embargo, como dama de Thallane, o de cualquier castillo, para el caso, es efectivamente laird y jefa cuando su esposo está ausente, por lo que le conviene conocer todo lo que pueda sobre cada aspecto de Thallane, la gestión de toda la propiedad. Querrá confiar ese conocimiento a… —se giró, pero el hombre de la túnica larga ya había salido del comedor mientras hablaban—. Ese era Roland, el mayordomo de Thallane. Le sugeriría reunirse con él bastante pronto y luego con frecuencia. Sí, y esa es la respuesta larga. La respuesta corta, mi señora, es que aparte de Dunc, el poder es suyo. Todos los que habitan dentro de los límites de Thallane deben responderle a usted —le guiñó un ojo—. Y Dunc también, a corto plazo, y sobre eso apostaría mi moneda.

Ella sonrió ante esto, aunque el concepto era completamente absurdo.

—Gracias por esa respuesta, Graeme —dijo sinceramente—, y por no tratarme como si mis preguntas fueran extrañas o como si fuera una idiota por hacerlas. Solo tengo una más. ¿Se me permite deambular libremente? Por ejemplo, por el castillo o el patio.

Él asintió.

—Recorra a su gusto, mi señora —dijo, pero luego la advirtió —, solo no ponga un pie fuera de la puerta. Al menos todavía, hasta que se familiarice aquí.

—Está bien, gracias.

Después de que él reconociera su gratitud con un leve movimiento de cabeza, Holly apartó la silla y se puso de pie.

—Si me disculpa —dijo, incluyendo brevemente a Duncan en su partida, inclinando la cabeza ante él antes de salir del comedor.

Si podía hacer lo que quisiera, manteniéndose dentro de los límites, por supuesto, y dado que su esposo no estaba interesado en mostrarle nada, Holly salió directamente al exterior. La penumbra del lúgubre comedor no era lo que necesitaba hoy. El sol brillaba y era alegre, lo que casi de inmediato mejoró su ánimo.

Sonrió a un hombre que empujaba una carretilla por el patio y le hizo un pequeño gesto de saludo. Él la miró mientras pasaba de derecha a izquierda frente a ella, pero su expresión nunca cambió para mostrar que entendía o aprobaba su saludo. Sin inmutarse, Holly observó el patio. Los establos aquí eran mucho más grandes que en Hewgill House, ocupando todo un lado interior de la muralla y con dos pisos. El techo se inclinaba desde la pared de piedra, hecho de tejas en una sección y de paja en otra. Aunque consideraba majestuosos y hermosos a los caballos, no sabía nada sobre ellos y no se acercó. Ningún otro edificio interior, algunos de ellos simples cobertizos, le llamó la atención, aunque notó a varios hombres asomados desde debajo de los techos bajos mientras se alejaba de la puerta y recorría el patio.

Detrás de la casa había un patio más pequeño. En una esquina había un corral y una pequeña estructura cubierta que parecía una gran caseta para perros. Dentro del área cercada, varios cerdos olfateaban y mordisqueaban lo que encontraban en el suelo. En otra área había un pequeño jardín, no mayor a diez por diez tal vez, y arrodillada entre las altas plantas verdes había una mujer, que parecía estar desherbando la tierra. Holly se acercó con cierta esperanza, no sabía de qué exactamente, y luego fue rechazada sin una palabra cuando su sombra cayó sobre la mujer y esta la enfrentó con una mirada helada.

Siguió avanzando y subió una escalera de piedra construida en la pared. Los escalones eran irregulares, algunos de solo unos pocos centímetros mientras que otros medían treinta centímetros o más. También eran estrechos, no más de cuarenta y cinco centímetros de ancho, y no había barandilla en el lado abierto. Holly apoyó una mano en la pared mientras ascendía, sin atreverse a mirar hacia abajo, reconsiderando más de una vez la caminata mientras subía hasta la cima de la muralla.

Ah, pero la escalada un tanto angustiante se olvidó rápidamente cuando llegó a las almenas, jadeando de asombro ante lo que se desplegaba frente a ella: la vista del mar azul claro bajo el cielo del amanecer. El sol, bien detrás de ella en el este, brillaba intensamente sobre el agua, centelleando y reluciendo. El efecto era

casi mágico. Estaba segura de que podía ver kilómetros a la redonda. Directamente bajo la muralla, todavía en sombras matutinas, había un acantilado, ni demasiado vertical ni demasiado distante de la playa. La arena blanca se extendía a los pies de los oscuros acantilados bañados por el mar. Aunque Thallane se encontraba en un brazo de tierra que se adentraba en el mar, parecía haber varias bahías y charcos de marea a lo largo de su frente occidental, donde los acantilados se encontraban con el agua.

Se sobresaltó al ser interrumpida en su inspección de aquel hallazgo maravilloso por una voz cortante detrás de ella.

Girándose rápidamente, con la mano en la garganta, se encontró con uno de los soldados de Thallane, que llevaba un casco con una larga lengüeta que le cubría la nariz. Frunció el ceño con tal dramatismo al mirarla de pies a cabeza que Holly se vio obligada a mirar hacia abajo también. ¿Estaba su vestido al revés? ¿Estaba desordenado y recogido alrededor de su cintura?

Tal vez su sorpresa solo se debía a que no la conocía, tal vez no había oído que Duncan se había casado. Fuera cual fuera el caso, se recompuso bastante rápido. La señaló, mostrando claramente su desagrado, tanto en su actitud como en la rudeza de las palabras que comenzó a decirle.

—No entiendo —dijo, levantando las manos en un gesto de impotencia.

—No puedes estar aquí arriba —dijo entonces en un inglés forzado.

—¿No puedo? Lo siento. —Empezó a girarse, pero recordó las palabras de Graeme: todos deben responderte a ti. Todavía estaba dentro de la muralla y no estaba causando problemas. —¿Quién dice que no puedo estar aquí?

El soldado parecía perplejo.

—Tú… no eres parte de la guardia.

—No hay problema. Solo estoy aquí por la vista. —Y le dio la espalda, con la intención de disfrutar algo de Thallane.

El joven se alejó lo suficientemente rápido, y Holly estaba segura de que iba a delatarla ante la persona que necesitara saber que se había atrevido a transgredir.

CAPÍTULO NUEVE

La vista de la playa era hermosa, incluso sobrecogedora, pero, sinceramente, ella solo podía mirarla durante un tiempo limitado. Después de un rato decidió que exploraría Thallane, cada rincón y cada escondite. Bien podía sacar el mejor provecho de la situación. Esto era, si lo miraba correctamente, un sueño hecho realidad. Su carrera actual era como coordinadora de voluntarios en una casa histórica en Pensilvania, así que llegar a esta antigua mansión debería ser emocionante.

Obviamente, y por grandiosa que fuera, de ninguna manera la finca Elijah Chamblit se comparaba con esto: un castillo del siglo XIV en las Highlands, pero aun así, su amor por su trabajo y por todo lo histórico podría significar que ella era perfecta para esta calamidad, cruzando planos del tiempo y sumergiéndose en toda esta historia real.

Había empezado como guía en la finca Chamblit, administrada por una organización sin fines de lucro, queriendo formar parte de los esfuerzos para salvar y restaurar la fabulosa finca junto al lago, de principios del siglo XIX, que se encontraba en lo alto de los acantilados con vista al Lago Erie, en el noroeste de Pensilvania. Había pensado que el voluntariado en la propiedad sería solo un compromiso a corto plazo, algo que se vería bien en su currículum al postularse a la universidad. En ese momento, durante su último año de secundaria, estaba segura de que quería una carrera en un museo, ya fuera como registradora o asociada de investigación. Obtuvo su título en estudios museísticos, con una especialización menor en historia y literatura inglesa.

Pero luego nunca dejó la finca Elijah Chamblit, informalmente conocida como The Bluffs, y había llegado a amar el lugar como si fuera suyo. Se sentía más en casa dentro de las paredes de esa vieja

mansión que en su propio apartamento, y se enorgullecía de jugar un papel tan importante en mantener vivo el espíritu de la casa y de la familia original. Ella misma entrenaba a los guías hoy en día. En su mayoría eran jubilados, personas con ingresos disponibles que donaban a la organización sin fines de lucro y les gustaba participar en su operación diaria. Solo rara vez recibía solicitudes para el programa de voluntariado de personas tan jóvenes como ella había sido al comenzar. De hecho, cuando Holly se convirtió en guía voluntaria a los diecisiete años, era la más joven que la organización había tenido, y en ese momento tenía treinta y tres años menos que la siguiente voluntaria más joven.

A menudo, cuando estaba en el trabajo, sobre todo cuando era la última en dejar la extensa finca cada día, al tener que recorrerla para apagar todas las luces de la casa grande y cerrar todas las puertas y portones, cuando estaba sola en la mansión, se sentía suspendida en el tiempo. Le encantaba el viejo olor a cuero y cera de abejas, le encantaba cómo brillaba la barandilla de la escalera principal bajo la luz dorada del candelabro de casi dos metros de ancho en el vestíbulo. Le fascinaba la historia de la familia Chamblit y las historias que contaba cada habitación.

Curiosamente, esa experiencia de trabajar día tras día en ese ambiente histórico no la había preparado para la riqueza de lo real. Cierto, Thallane tenía quinientos años más que The Bluffs y estaba en otro país, pero aun así, estaba asombrada de lo poco que sabía y de lo sorprendida que se sentía al caminar por un lugar tan antiguo pero tan vivo.

Tomó las palabras de Graeme a pecho. *"Explora a tu gusto"*, había dicho, y eso hizo, sin desanimarse por ninguna puerta cerrada, aunque sí se encontró con varias que estaban bloqueadas para su curiosidad.

Comenzó su recorrido autoguiado en la planta baja, pero por ahora evitó las cocinas y otras habitaciones relacionadas y ocupadas, lo que parecía ser una despensa, un almacén y un lavadero. Prefería investigarlas cuando no hubiera nadie. Incluso al pasar por el estrecho pasillo que conectaba todas esas habitaciones, recibió suficientes miradas sospechosas y más de una mirada feroz, de

modo que supo que necesitaría asentarse mejor antes de avanzar hacia esas habitaciones con esas personas.

Habiendo visto ya el salón, se dirigió hacia la pared norte, donde había cuatro aperturas, dos a cada lado de la mesa elevada. Las dos puertas a la derecha, al final de un tramo de seis escalones, daban de nuevo a las cocinas y ese laberinto de habitaciones, lo sabía. Otra apertura a la izquierda de la mesa alta parecía conducir al sótano del castillo, que podría suponer como una bodega, el pasaje oscuro y amenazante. La cuarta apertura, la más a la izquierda, mostraba una escalera que subía, un corredor mejor iluminado que cualquier otro. Holly se dirigió hacia allí, subiendo las escaleras solo para tener que bajar el mismo número de escalones después de unos diez pies o más, abriendo y cerrando dos puertas, encontrándose en una habitación completamente de piedra, con ventanas situadas en alcobas arqueadas que se estrechaban al extenderse desde la habitación, con finas franjas del Mar del Norte visibles para su mirada. Había una cama con dosel en una pared y una consola con aguamanil y palangana como la que tenía en su propia habitación. El suelo de piedra estaba parcialmente cubierto por una enorme alfombra, que supuso sería un tapiz, la lana gruesa y acogedora bajo sus pies. En una de las paredes exteriores había un retrete, como había visto en Hewgill House, un asiento incrustado en la piedra, un agujero poco acogedor en el centro. Dado que no había pertenencias personales allí, y al estar tan cerca del salón público, supuso que era una habitación para invitados.

Cruzó la habitación y subió otro tramo de ocho escalones, empujando la puerta en la parte superior, encontrando solo que las escaleras continuaban, girando hacia la torre.

Exploró varias habitaciones más, pero, a decir verdad, había tan pocos objetos de valor personal, tan pocos cofres o armarios o lugares donde esconder algo que quisiera investigar, que el recorrido resultó un poco plano. Decidió que quizá se divertiría más en el sótano. Tal vez allí habría una mazmorra que resultara más interesante. Al regresar sobre sus pasos, su atención fue captada por el sonido de voces, las primeras que escuchaba en bastante tiempo. Naturalmente, giró y se dirigió hacia ellas, encontrando a

Doirin y Moire cómodamente sentadas dentro de una habitación que no había notado antes. La puerta estaba entreabierta, permitiendo a Holly espiar a la madre y la hija antes de decidir entrar. La chimenea de esa habitación estaba revestida de madera, bastante elegante en comparación con el resto de la casa, y las mujeres se sentaban en grandes sillones, una rareza allí, sobre asientos acolchados, cosiendo diligentemente algo.

Holly golpeó suavemente y empujó la puerta.

Y casi instantáneamente deseó no haberlo hecho, por la expresión en sus rostros al percibir su presencia. Ignoraron su costura, sus manos cayeron a sus regazos, sus rostros se alzaron hacia la puerta, y las expresiones de desagrado casi hicieron retroceder a Holly.

Pero luego pensó, *al diablo con esto,* y entró completamente en la habitación.

—¿Les importa si las acompaño? —se atrevió a preguntar, aunque no le sorprendería que Doirin dijera que sí, que le importaba. Ni ella ni su hija dieron respuesta. Holly deambuló por la habitación, que le gustó mucho por lo acogedora y bonita que era, mucho más que cualquier otra habitación del castillo. Como aquella habitación de invitados en el piso inferior, el suelo estaba cubierto por un tapiz, en colores apagados, con algún evento representado en la escena hecha con hilos, pero que Holly no podía distinguir ya que la mitad estaba cubierta por la silla en la que se sentaba Doirin y la falda de su vestido, amontonada alrededor de sus pies.

—¿Esto es como un salón? —preguntó— ¿Una sala de estar?

—Solar —dijo Moire, aunque volvió su atención a la costura. Aplicaba aguja e hilo a una pieza de lino blanca con forma cuadrada. Doirin parecía trabajar en un vestido, sosteniendo el extremo de una manga en la mano y agregando un borde de encaje.

Holly caminó entre donde estaban sentadas y la chimenea, recorriendo con la mano la madera lisa de la repisa.

—¿Qué están cosiendo?

—Ropa de cama —respondió Moire.

—Ah, una funda de almohada —dijo Holly—. Ahora lo entiendo.

—*Maither* está trabajando en mi ajuar —dijo Moire, lanzando una mirada fugaz primero a Holly y luego a Doirin antes de volver su atención a su regazo.

Holly se detuvo al borde de la chimenea.

—¿Tu ajuar? ¿Te vas a casar?

Moire asintió sin levantar la vista.

—Sí, en tres semanas.

—Felicidades —dijo Holly—. ¿Quién es el afortunado? —*Afortunado*, se permitió pensar, ya que intentaba ser cortés. Tenía alguna idea de que Moire podría ser la mitad de difícil si no fuera por su madre.

—Él es… —comenzó Moire.

—¿Qué quieres? —intervino Doirin bruscamente, bajando las manos y levantando los ojos hacia Holly—. ¿Por qué estás aquí?

Aunque sorprendida por las duras palabras y la hostilidad que no intentaba ocultar, Holly pudo mantener la calma.

—¿Aquí? ¿En esta habitación? ¿O aquí, en Thallane?

—Aquí. Ahora. Con nosotras —exclamó Doirin.

—Solo trato de ser amable, Doirin —dijo, calmada aunque su estómago se revolviera ante tanto desagrado evidente, algo que honestamente nunca había encontrado—. Pensé que debía conocer a la familia de mi esposo.

Doirin resopló y comenzó a atacar el encaje y la manga con rápidos movimientos de la aguja.

Moire intervino.

—Con poco efecto, diría yo. Partiremos después de las bodas con Ronan, mi esposo —dijo, tragando saliva tras darle ese título—, y nos dirigiremos a Haddo. Por lo tanto, pierdes el tiempo aquí, con nosotras.

—Entendido—dijo Holly, exhalando. Echó un vistazo alrededor de la habitación, notando un escritorio escondido en la esquina más alejada. La madera estaba manchada con vetas negras, observó al acercarse; supuso que era tinta. Un pequeño frasco, de cuerpo no mayor a una pulgada de alto, con el cuello de la mitad de ese tamaño, estaba sobre el escritorio. El tintero. Una bandeja plana de madera estaba a su lado, sosteniendo dos plumas, una con la

punta ennegrecida por la tinta. En la esquina izquierda del escritorio había un montón de papel grueso, los bordes irregulares, las hojas no completamente planas. Un pequeño y poco profundo platito estaba lleno de arena, con marcas de dedos todavía en la arena donde la última persona había tomado un poco para espolvorear sobre la tinta.

Todo lo que una persona necesitaría para escribir una carta.

—Moire —dijo vacilante, con contemplación, su mirada aún fija en el escritorio y su contenido—, ¿podría enviar una carta a Hewgill House? ¿A mi tía? —A Sidheag, en verdad, la bruja que le había prometido que si quería volver a casa, debía casarse con Duncan. Bueno, lo había hecho, ¿y ahora qué?

Doirin respondió antes de que su hija pudiera hacerlo.

—Si sabes escribir…

—Sí sé —interrumpió Holly.

—Los mensajeros van y vienen regularmente —dijo Moire entonces—. Dale la misiva a Roland y él se encargará.

—No —dijo Doirin—. Déjala ahí, en la bandeja. La recogerán y la sacarán pronto.

Animada por esto, —se había estado preguntando si volvería a saber de Sidheag y cómo, Holly sacó el delicado taburete escondido bajo el escritorio y se sentó a escribir.

Mientras Holly intentaba entender cómo usar la pluma de ave y la tinta, cuánto debía sumergir sin emborronar todo el papel, Doirin de repente se puso parlanchina.

—Es cierto, y no es la primera vez que mi hijo me quita una hija —lamentó Doirin.

Hijastro, corrigió mentalmente Holly. *Supongo que esta hoja de papel será de práctica*, decidió Holly rápidamente, sus primeros intentos produciendo solo goteos y letras tan gruesas que las palabras no se distinguían.

—Primero prometió a Evir a un caballero común y luego entregó a mi Flora a un hombre de carácter dudoso que vive en las tierras fronterizas.

—Estoy segura de que hizo lo mejor para... —comenzó a decir Holly distraídamente, prestando solo atención parcial, aunque

parte de ella se preguntaba si el perpetuo mal humor de Duncan tenía algo que ver con haber vivido demasiado tiempo con Doirin *y* tres hermanas menores.

—¡Hizo lo más conveniente para él! —argumentó Doirin—. Mi preciosa Moire seguramente será mal recibida en su nuevo hogar. La gente a menudo puede ser cruel y malintencionada.

Predicando a los ya convencidos, señora, pensó Holly, rodando los ojos ante la visión selectiva y la memoria de Doirin.

Aprendió bastante rápido que no podía dudar una vez que apoyaba la punta de la pluma sobre el papel, y que sostener la pluma en ángulo producía líneas más limpias y delgadas que sosteniéndola más vertical.

—A menudo se menosprecia a los highlanders —continuó Doirin.

Querida Sidheag, comenzó Holly en una hoja nueva. *¿Y ahora qué? Estoy aquí. Me casé con él. ¿Cuándo podré irme? ¿Vendrás tú o alguien más por mí?*

Escribir era laborioso y avanzaba muy lentamente. Una línea de alguna película o libro, algo escuchado o leído hace mucho tiempo, cruzó su mente: *Escribo con una pluma de ganso mojada en veneno*. Tal vez no era veneno, pero Holly de repente se sintió muy medieval por haber logrado esta pequeña tarea.

—Imagino —continuó Doirin, su tono diferente ahora, más astuto que descontento— que Duncan solo organizó apresuradamente el matrimonio de Moire para apaciguar lo suyo. Quiere que nos vayamos, desea una nueva señora para Thallane, siempre ha ideado jugarme una mala pasada, acusarme de no amar a su padre.

Negándose a ser provocada por el drama de esta familia, apenas conocía a la mujer, pero ya había decidido que no era buena persona, Holly la ignoró firmemente, manteniendo la espalda hacia la habitación.

—Siempre fue celoso de lo correctamente que llené el papel que su madre había abandonado —dijo Doirin—. Habría sido la perfecta señora de Thallane si él lo hubiera permitido. Tan contrario, tan lleno de odio es.

Holly de repente escuchó la voz de Judi Dench, leyendo con altivez sus líneas en la película de Jane Austen: *"Si alguna vez hubiera aprendido, habría sido una gran experta"*. Santo cielo, pero todos estaban locos en esta época.

Decidió que lo mejor sería no comentar nada, fingiendo que no podía escuchar ni una palabra. Al no decir nada, Doirin continuó en gaélico, el dulce sonido de miel abandonado, regresando a su voz cortante.

Ignorándola, Holly se enderezó, consideró su trabajo y luego bajó la cabeza y sopló sobre la tinta. No confiaba en que la tinta no se corriera si levantaba el papel y lo agitaba. Tras un momento, tomó un poquito de arena y la esparció sobre la breve nota. Y luego, tras más consideración, se dio cuenta de que no había firmado la carta. Esto planteaba otro dilema: qué nombre usar.

¿Ceri MacHeth?

¿Ceri MacQuillan?

¿Holly MacQuillan?

Ugh. Sin querer convertirlo en un proyecto federal, firmó con su propio nombre: simplemente Holly.

Su mirada se desplazó hacia la esquina del ojo, pero pensó que ni Doirin ni Moire le prestaban mucha atención.

—¿Y la dejo aquí? —preguntó al terminar, deseando tener un sobre para guardarla y sellarla, para mantenerla alejada de ojos curiosos. Tal vez no supieran leer inglés, consideró.

—Como te han dicho —dijo Doirin, molesta por otra pregunta o por la mera presencia de Holly.

Haciendo una mueca ante el perfil de Doirin, Holly vio la vela junto a ella, un grueso muñón amarillo de unos diez centímetros de alto. Habiendo trabajado tanto tiempo en The Bluffs, sabía muy bien cómo se sellaban las cartas. Con cuidado, dobló el pergamino en tres y se levantó para ir a donde la vela estaba sobre una mesa entre Doirin y Moire. La tomó en su soporte metálico, ignoró la protesta vocal de Doirin e inclinó la vela con cuidado hasta que varias gotas de cera cayeron sobre la línea del borde. Volvió a colocar la vela y regresó al escritorio, esperando un momento a que

la cera no estuviera demasiado caliente, y luego usó su pulgar para aplastarla, fijando básicamente su sello.

Sonrió por su propia astucia y dejó la carta sobre el escritorio.

—Buenos días, damas —dijo, de repente animada, mientras salía del solar.

Pasó el resto del día explorando los sótanos bajo Thallane, como había planeado antes.

Mañana, decidió. Mañana se presentaría ante Red Molly en la cocina y se ocuparía de lo que se esperara de la esposa del jefe. Pero, honestamente, no veía mucho sentido, suponiendo que se iría antes de aprender algo o de poder ser de utilidad en Thallane.

Como no era del tipo de persona que se impone sobre los demás, Holly no pidió ayuda ni permiso para deambular. No necesitaba ayuda para moverse por su cuenta, así que simplemente tomó una de las velas de una mesa en el hall vacío, tomando un momento para encenderla en la gran chimenea. Apenas unos minutos antes había dejado a Doirin y Moire en el solar del segundo piso, y Holly se sorprendió un poco al girar desde el hogar y encontrar a Moire observándola, bastante cerca.

Holly se sobresaltó, llevando la mano al corazón.

—¡Vaya! —susurró entre dientes.

Moire ofreció una sonrisa poco convincente como disculpa.

—¿Para qué necesitas una vela? —preguntó.

No era una pregunta descabellada, imaginó Holly, dado que era pleno día.

Con una voz que esperaba no diera lugar a discusión ni a más preguntas, Holly dijo con firmeza:

—Quiero explorar el sótano.

Los ojos de Moire se agrandaron ante esto. Miró el pasillo oscuro y mordió el interior de la mejilla.

Percibiendo algo en la chica, aunque Holly no podía precisar si su reacción sugería asombro o desaprobación, preguntó:

—¿Quieres… venir conmigo?

Aparentemente no, dijo su ceño repentino, antes de que Moire respondiera:

—No. Yo… yo estaba… —empezó en inglés y luego soltó un montón de palabras en gaélico y se escabulló alrededor de Holly, saliendo del hall.

Holly la siguió con la mirada un momento antes de encogerse de hombros y dirigirse hacia la entrada arqueada de los sótanos. Los escalones aquí eran tanto bajos como cortos, haciendo que su paso fuera torpe, aunque solo por poco, antes de encontrarse con una puerta tras haber recorrido más de veinte pasos. No estaba cerrada con llave y se abrió con facilidad. Pasó a través, contemplando la extensa oscuridad frente a ella, y cuidadosamente dejó la puerta entreabierta antes de avanzar.

Un golpe de aire frío y un olor húmedo y rancio la golpeó. Sosteniendo la vela frente a ella, avanzó cuidadosamente por lo que ahora parecía un túnel, un pasaje simplemente excavado en la roca bajo Thallane. Tocó la pared con la mano, absorbiendo el frío de la piedra, y tembló antes de continuar. Pasó junto a dos cámaras, la primera con unas veinte barricas, alimentos, imaginó Holly. A menos que fuera la bodega de vinos, también consideró, aunque poco interesada en eso. La siguiente cámara abierta estaba llena de cajas de madera, todas cerradas, ninguna cubierta con suficiente polvo para indicar que llevaban mucho tiempo allí. Sosteniendo la vela frente a ella, por encima de algunas cajas, vio que había otra entrada al fondo de la cámara. Se preguntó si solo era más material de cocina, accesible desde esa apertura y túnel lejanos.

Continuó, avanzando unos seis metros más, y entonces se encontró con una decisión al llegar a una bifurcación en el túnel. Ya estaba helada, y la oscuridad era un poco inquietante, pero no tenía miedo, sino curiosidad, intrigada por las posibilidades de lo que podría encontrar. La bifurcación derecha mostraba solo un camino, más del mismo túnel. La izquierda estaba cerrada por otra puerta, esta construida de manera burda y aparentemente encajada en la piedra. No había cerradura, como tal, sino un pestillo que levantó para abrir la puerta. La puerta no se abrió con facilidad y necesitó un fuerte tirón al rozar la grava del suelo, revelando una cámara amplia y no solo otro pasaje. Empujó la puerta lo más que pudo y luego encontró una roca cercana, que colocó contra la puerta con el pie.

Posiblemente la roca había sido dejada allí a propósito como tope. Satisfecha de que la puerta permanecería abierta y que no quedaría atrapada, Holly entró en la vasta sala, con los ojos recorriendo lo que pronto determinó era una cripta subterránea.

Había encontrado el cementerio de Thallane, lleno de al menos una docena de diferentes ataúdes y tumbas. Espeluznante, sí, pero también muy interesante para la amante de la historia que era. Asombrada, se movió por el pasillo central, notando que había más de un sendero entre los ataúdes. Se detuvo ante el primer ataúd que encontró, sosteniendo la luz parpadeante sobre la efigie recostada tallada de manera tosca en la tapa, reconociendo a una figura femenina, vestida con túnicas, con la cabeza sobre almohadas talladas en la piedra clara, con varios objetos detallados colgando de su cinturón. Holly exploró todos los lados del ataúd, buscando alguna identificación. Encontró palabras y números grabados con delicadeza en un lado, pero que apenas podía distinguir, mucho menos leer. En cuclillas, estudió los grabados, creyendo que podrían estar escritos en latín. Acercó la vela, recorriendo con los dedos las letras y números, intentando descifrarlos.

Holly se sobresaltó cuando se oyó un rápido rasguño, seguido de un golpe ominoso. Saltó y se giró hacia la puerta, que ahora estaba completamente cerrada. Al moverse rápidamente, la llama de la vela se inclinó hacia un lado antes de parpadear y apagarse.

—No —gimió—. No.

Se quedó en completa oscuridad, la más intensa que recordara. Sus ojos estaban abiertos, pero no veía más que un negro profundo. Se quedó congelada un momento, sin saber qué debía o podía hacer.

—¿Hola? ¡Ayuda! —gritó, preguntándose si alguien había cerrado la puerta sin saber que estaba allí abajo. Debió de haber sido así, ya que había sido tan cuidadosa en mantener la puerta abierta. Pero no hubo respuesta a su llamado. Colocó la vela y levantó las manos frente a ella mientras avanzaba hacia la puerta. El pasillo era recto desde la puerta, y no se había alejado de él, salvo para rodear aquel ataúd. Cuando creyó estar caminando por el

pasillo principal hacia la puerta, sus ojos se habían adaptado a la negrura, pudiendo casi ver la forma de su mano frente a ella. Entonces corrió hacia la puerta, golpeándola con fuerza, extendiendo las manos por toda ella, incapaz de encontrar el picaporte. Empujó contra la fría y gruesa madera. Golpeó con los puños y gritó con todas sus fuerzas: —¡Abran la puerta! ¡Déjenme salir!

Hizo eso durante bastante tiempo, deteniéndose de vez en cuando para escuchar. ¿Había oído a alguien al otro lado de la puerta? ¿Escuchó algo más desde arriba? ¿Alguien podría siquiera oírla? De alguna manera, sus gritos no sonaban fuertes ni potentes, se sentían amortiguados como si la oscuridad los aprisionara. Llamó una y otra vez durante un cuarto de hora hasta que se dio la vuelta y, resignada, se apoyó contra la puerta.

Pero no se dio por vencida, aún no. Con pasos vacilantes y los brazos levantados para protegerse, recorrió la sala siguiendo el perímetro, gritando más de una vez al pisar telarañas. Odiaba las arañas más que cualquier otra cosa en el mundo. Imaginó que así nacen las pesadillas. Al recorrer aproximadamente la mitad de la cámara, girando en dos esquinas diferentes, encontró otra puerta, con el corazón latiendo de emoción, hasta darse cuenta de que también estaba cerrada con llave. Ambas puertas estaban tan aseguradas y tan profundas bajo tierra que ni un rayo de luz se filtraba por ellas.

Continuó a lo largo de la pared, solo tocando con las manos, temerosa de introducirlas en algo desconocido pero repugnante. Tras un rato, notó un olor que no había percibido antes, de muerte y descomposición. A medida que pasaban los minutos y entraba el pánico, empezó a preguntarse si ella y su eventual cadáver contribuirían a esa hediondez.

Pasó mucho tiempo, con lágrimas corriendo, de rodillas sobre el suelo de tierra desigual, buscando algo con qué golpear alguna de las puertas para abrirlas, sin éxito. Sin querer rendirse todavía, regresó al primer ataúd que había inspeccionado, queriendo estar cerca de la puerta. Recuperó el soporte metálico de la vela que había dejado caer y comenzó a golpear con él el ataúd de la dama

vestida, esperando que alguien escuchara los repetidos golpes sordos.

Era inquietante y fría, casi malévola en la oscuridad. Holly temblaba y lloraba, apenas podía creer que estaba atrapada allí abajo. ¿Con qué frecuencia la gente se aventuraba en los sótanos? ¿La encontrarían? ¿Se abrirían las puertas antes de que ella muriera de miedo o de frío?

El tiempo avanzaba, minutos que, según creía, se habían convertido en horas. Alternaba usando la mano izquierda y la derecha para golpear el candelabro, manteniendo la otra mano bajo el brazo, intentando calentar los dedos. Pensó que se habría quedado dormida un rato, pero no estaba segura.

Su mente empezó a jugarle trucos, imaginando que los pensamientos en su cabeza eran voces fuera del sótano, haciéndola creer que veía luz en varios puntos de la cámara.

Casi dio la bienvenida a la creciente falta de conciencia, pensando que era un estado misericordioso. Si ese iba a ser su final, no quería saberlo ni sentirlo. Después de un tiempo, el terror venció. El brazo de Holly se deslizó del ataúd y ella se encogió y cayó al suelo.

Soñó que estaba en The Bluffs, corriendo por la casa oscura, siendo perseguida por algo salvaje, invisible, pero aterrador, de todas formas. Tropezó y cayó, y la criatura se lanzó sobre ella.

Una luz cegadora la atacó. Se escabulló y corrió lejos de ella, de las sombras que la seguían.

—¡Ceri… *Oh*, Ceri!

La voz de Duncan.

—Ah, Cristo, Ceri.

Fue levantada y acunada contra su amplio pecho, sus brazos fuertes rodeando su espalda y sosteniéndola por las rodillas.

Y, sin embargo, no se sentía real. O, ella ya no sabía qué era real y qué no.

—Por los huesos, Ceri, ¿qué has hecho?

—No soy Ceri —susurró ella.

CAPÍTULO DIEZ

Horas más tarde, Duncan miraba a su esposa mientras ella dormía en su cama. Apenas había regresado, y apenas le habían permitido la entrada, las mujeres de la casa, incluyendo a Doirin y a una ansiosa Moire, habían atendido a Ceri cuando la encontraron. Holly, se recordó a sí mismo por enésima vez.

Aunque dormía ahora, o todavía, habiendo sucumbido a un desmayo, consideró que su estado actual había mejorado mucho. Cuando la encontró, su piel estaba como hielo. Sus labios, en ese breve momento en que sostuvo la antorcha frente a su rostro al descubrirla, carecían de color. Temblaba tanto, estaba tan abrumada por el miedo y el frío, que todo su cuerpo temblaba violentamente en los brazos de Duncan mientras la llevaba fuera de la cripta.

Sintió entonces, y en cierta medida todavía, una gran ira hacia ella por el alboroto que había causado en el castillo, por la búsqueda que había durado horas, ya que ella no apareció a la cena. Sintió algo más, tal vez compasión por su estado, y una sensación de frustración posiblemente, por lo poco adecuada que era para ser su esposa.

¡Perdida en su propio maldito castillo, por todo lo sagrado!

El severo reproche que le daría tendría que esperar, sin embargo. Estaba en tal estado que se preguntaba cuánto tiempo habría estado atrapada en la cripta y qué tan rápido había sucumbido a los ataques histéricos que le mostró cuando la encontró. Ese estallido de agitación animal, escapando de él como si hubiera estado enjaulada y maltratada, junto con lo extraña que había estado en su boda, lo hacía considerar seriamente que la mujer no estaba bien de la cabeza. Comenzaba a sospechar que le habían dado una novia defectuosa.

Se dijo a sí mismo que cualquier miedo que hubiera sentido cuando ella estuvo perdida y luego encontrada había sido simplemente un asunto de, *¡por los huesos, pero Thallane mató a mi nueva esposa!*

Mientras la miraba, se dio cuenta de lo pequeña y delicada, vulnerable, en realidad, que era, tan absolutamente femenina. No se podía esperar que tuviera tanto valor. Ser frágil y débil y propensa sin querer a incidentes como este podría ser lo que el futuro le deparara, y por ende, a él también.

Duncan se mantuvo con las manos en la cadera, y la boca apretada con bastante desaprobación. Había estado hecha un desastre cuando la encontraron, su vestido y sus manos sucios, con tierra y mugre por todas partes. Había motas de suciedad en sus mejillas. Estaba seguro de que si supiera cuántas telarañas cubrían su cabello, habría gritado y se habría desmayado de nuevo. Desde entonces había sido bañada y vestida con una camisa limpia y, por el momento, dormía tranquilamente.

La observó dormir durante unos minutos. Su cabello limpio, oscurecido por la humedad, formaba un halo alrededor de su cabeza en la almohada. El fuego rugiente que había encendido antes para ahuyentar el frío que la había atrapado se había apagado, pero aún emitía suficiente calor y luz para que sus mejillas se vieran rosadas, su piel impecable y hermosa. Sus labios llenos estaban suavemente entreabiertos, inmóviles, atrayendo gran parte de su mirada tranquila y evaluadora.

Justo cuando Duncan se preguntaba si encontraría paz esa noche, sus largas pestañas comenzaron a parpadear.

Su postura se endureció, como si necesitara prepararse para su despertar.

Su despertar fue lento y silencioso, sus cautelosos ojos marrones recorriendo la habitación antes de cerrarlos de nuevo y suspirar.

—Alguna de estas veces —dijo con nostalgia— voy a abrir los ojos y…

Duncan frunció el ceño, esperando que terminara el pensamiento, pero no lo hizo.

Pero volvió a abrir los ojos y los fijó directamente en Duncan.

—¿Qué hora es?

—Tarde —fue todo lo que dijo, preguntándose por qué le preocupaba la hora.

Su ceño permaneció, incluso más profundo, mientras se incorporaba, mostrando ninguna lentitud ni efecto por el susto. Se frotó los ojos, aún bonitos, y luego, extrañamente, levantó las mantas para mirar debajo de ellas, a lo que él no conocía. Satisfecha con lo que encontró, acomodó las cobijas sobre su regazo y lo miró.

—Esposa —dijo—, ¿qué te pasó para que te perdieras en la cripta? ¿Qué estabas pensando al…?

Su delicada esposa rodó los ojos hacia él.

—No me perdí, Duncan. Me quedé atrapada. Hay una diferencia.

—Pero ¿qué estabas haciendo? —preguntó él, sin importarle demasiado su tono defensivo.

—Explorando —dijo simplemente—. Había recorrido todo el castillo, bueno, la mayor parte de él de todos modos. Y entonces encontré la bodega y la cripta, y me intrigó…

—¿Un maldito cementerio? —cuestionó él— ¿Y tumbas de cientos de años?

—Sí, me gusta todo eso —dijo ella—, toda la historia.

—Pero, ¿cómo fuiste tan descuidada de encerrarte…?

Holly levantó la mano, encogiendo los hombros con cierta resignación o molestia.

—¿En serio? No fui descuidada, Duncan. Fui en realidad muy *cuidadosa*. Y esa puerta no se cerró ni se trabó sola.

Ninguna de la debilidad que él sospechaba de ella estaba presente ahora. Como parecía y sonaba tan saludable, a Duncan no le importó darle una buena regañina por el alboroto que había causado.

—Tuve que llamar a toda una unidad de soldados, lass. Revolviste todo el castillo, por miedo a que huyeras, o que hubiera algún vil complot, esos MacHeth no hacen nada bueno.

—Genial. Gracias por asumir que fue intencional, o toda mi culpa —le respondió—. Podría sugerir que se lo hagas ver a quien

me encerró en la bodega.

Reacio a suponer que alguien de su propia casa intentara dañar a la esposa del laird, Duncan lanzó una mirada dura a Holly.

—No culpes a otro, solo para librarte de tu responsabilidad.

Ella lo miró, horrorizada, con los labios entreabiertos y luego comenzando a temblar antes de enderezar los hombros y quitarse las cobijas, levantándose de la cama.

—Cree lo que quieras, Duncan. Honestamente, no me importa. Pero para tu información, esto podría haberse evitado si te hubieras molestado en pasar tiempo con tu esposa.

Vestida solo con su camisa sin mangas, cruzó la habitación hasta donde estaba la bandeja de la cena olvidada en el armario. Pensando que solo había evitado la cena para provocarlo, él había traído la bandeja él mismo cuando terminó la cena, queriendo confrontar lo que había creído un comportamiento infantil, justo cuando caía la oscuridad. Eso había sido hace más de seis horas.

Por el momento, su atención fue capturada por la silueta de su cuerpo bajo la tela de la camisa, creada por las brasas moribundas del fuego. Parpadeó y frunció el ceño, apartando la mirada de la suave curva de sus caderas y su trasero redondeado.

Al llevar la taza de madera a la nariz, olió primero antes de tomar un pequeño sorbo de vino. Con la espalda hacia él, continuó con su queja.

—Graeme dijo que no debía salir por la puerta. El tipo en la muralla me dio problemas por estar allí arriba —dijo, gesticulando con la mano que sostenía un trozo de pan—. Doirin y Moire estaban… bueno, puedes quedártelas. ¿Qué se suponía que debía hacer? Estaba tratando de entretenerme, ocupar mi tiempo, ya que *tú* te negaste a pasar tiempo conmigo.

Se giró hacia él, inclinando la cabeza hacia un lado y entrecerrando los ojos.

—Así que no haces demasiado por conocer a tu esposa —y con eso, lanzó el trozo de pan a la boca y lo miró mientras masticaba.

—Basta —exclamó él—. Vuelve a la cama, Holly. No deberías estar despierta ni moviéndote.

Ah, y qué mujer tan aguerrida tenía como esposa.

—Sí, bueno, de la misma manera que la puerta del sótano no se cerró ni se trabó sola, Duncan —dijo ella, dándole la espalda de nuevo, contemplando la comida sobre la bandeja—, la comida no va a venir sola hacia mí.

Entre dientes apretados, él preguntó:

—¿Pretendes frustrarme con tonterías? ¿Es tu intención simplemente ser contraria?

—Pretendo comer algo —dijo ella con sencillez—. *Tú* eliges acusarme de causar problemas, de causarme angustia, oh por cierto, estoy bien.

Una vez más se giró para enfrentarlo, con el cabello cayendo sobre sus delgados hombros, un trozo de fruta apretado entre los dedos.

—Vete, ¿qué haces aquí de todos modos? Y juro, si me dices que has venido para consumar este matrimonio, te lanzaré este vino.

Detrás de los fragmentos verdes de sus ojos, brillaba el hielo. Ella era… exasperante. Más que eso. Confundía y era impredecible, y sospechaba que no le importaba cómo la percibieran. Recordando su pregunta, y algo desconcertado por la compleja composición de su esposa, dijo con un pequeño filo en la voz:

—Me preocupaba tu bienestar. No volveré a cometer ese error.

Se dirigió hacia la puerta, sintiendo como si hubiera perdido una pequeña escaramuza.

—Duncan —lo llamó ella.

Con la mano en la puerta, consideró brevemente ignorarla, debatió marcharse de la habitación.

—Lo siento —se apresuró a decir ella.

Juzgando su tono como genuino, Duncan se volvió hacia ella.

—Fue grosero de mi parte —dijo ella. Su mirada no se encontró con la de él, sino que se posó en algún punto de su pecho —. Por favor… disculpa mis malos modales. —Hundió el puño contra su pecho, presionando la tela de su camisa contra sus senos—. Pero intenta entender mi frustración. Alguien estaba en ese sótano,

Duncan, cerró y trabó la puerta, y tú me culpas a mí, sin siquiera considerar que lo que he dicho pudo haber sucedido realmente.

Él asintió, reconociendo su explicación, aunque no la realidad de los hechos, aún con la intención de escapar.

—Duncan —llamó de nuevo antes de que él cerrara la puerta entre ambos.

Con desgano, alzó la vista hacia ella. Honestamente, no había pensado que tendría que invertir tanto tiempo y esfuerzo en su matrimonio, que apenas comenzaba.

—Por favor, no me dejes —dijo ella, con tanta vulnerabilidad en su pequeña voz. Aclaró su garganta—. No estoy lista para… ya sabes, pero… realmente no quiero estar sola ahora.

Él suspiró internamente, pero no mostró reacción alguna salvo un asentimiento. Retrocedió dentro de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Su inquietud era lo suficientemente auténtica como para saber que debía dar algo de peso a su reclamo, que efectivamente había sido atrapada a propósito en la cripta. Rápidamente, mientras se quitaba botas, túnica y calzas, determinó que nadie tenía motivo para hacerle daño, que nadie arriesgaría su ira, y que en la histeria del momento, ella debía haber imaginado que había alguien a quien culpar que no fuera ella misma.

Se deslizó en la cama momentos después de que ella lo hiciera, compartiendo nuevamente lecho con la esposa a la que aún no había tocado, preguntándose si el sueño podría favorecerlo ahora, preguntándose si ella aprovecharía para otra buena lágrima.

Su voz llegó a él en la oscuridad.

—¿Duncan?

—¿Sí?

—¿Crees… que mañana podrías pasar algo de tiempo conmigo?

Aún no sabía qué pensar de ella, con sus cambios de humor y acusaciones extravagantes de que alguien intentaba hacerle daño. Pero había algo que decir sobre cómo confiaba en él y lo veía como protección contra los monstruos de la noche. Lo que eso significaba, y cómo lo hacía sentir, era otro asunto, uno que no examinaba con precisión, solo lo suficiente para saber que de algún modo lo

incomodaba. En un esfuerzo por ocultarlo y porque consumar el matrimonio no estaba lejos de su mente, no cuando ella era tan hermosa y tan cercana, necesitando de él, se rio brevemente y la molestó: —Entonces tienes prisa por conocerme, ¿eh?

Una suave risa sonó a su lado. Pasó un momento antes de que ella respondiera, su voz pequeña:

—No me gusta tener miedo, Duncan.

***

Duncan acompañó a Holly directamente desde el salón y el desayuno hasta los establos, donde instruyó a Awlay para ensillar una yegua para su esposa. Al despertar, preguntándose cómo podría realmente evitar pasar tiempo con ella, decidió que cualquier paseo que emprendiera sería breve. Se entretuvo con la esperanza de que pudiera complacerla rápidamente con un rápido paseo matutino. Sin duda, ella se quejaría de cansancio y mencionaría un trauma persistente, un deseo de volver a su cama apenas saliera. Que así sea.

Awlay miró a Holly disimuladamente, y no con curiosidad afectuosa, al parecer.

—¿Quiere la yegua castaña, laird? ¿O quizás la torda…?

—Oh, disculpen —interrumpió Holly, acercándose a Duncan y Awlay—. Lo siento, pero… bueno, no… bueno, no sé montar.

La mano de Duncan se cerró en un puño.

—¿Qué?

—Nunca he montado a caballo —confesó ella, un poco avergonzada—. Pensé que iríamos en carruaje.

—¿Tomar el maldito carruaje por…? —empezó él y luego cerró los labios. Que los santos lo protejan—. ¿Cómo es que no sabes montar a caballo? —preguntó en un tono más calmado.

—Simplemente nunca aprendí —admitió ella, hablando a Duncan y al sorprendido Awlay—. Nunca tuve la oportunidad de hacerlo.

—Pero vives a millas del siguiente… —Una vez más se corrigió—. No sabes montar —repitió, digiriendo esto. Y un carruaje por el terreno accidentado de Thallane era poco aconsejable. Solo existía la carretera principal hacia y desde el castillo, y luego apenas

unas pocas callejuelas estrechas que serpenteaban por el pueblo. Sería un paseo corto, y oh, cómo se sentía tentado. Se preguntaría durante mucho tiempo qué lo detuvo en este sentido. Podría haber sacado y preparado el carruaje, podría haberla llevado en el vehículo y regresado en menos de treinta minutos, podría haberse librado de su esposa por el día.

En cambio, y por razones desconocidas y hasta ahora no investigadas, se escuchó decir:

—Montarás conmigo.

A Awlay le indicó:

—Solo el destrier, entonces.

Y saliendo de los establos, obligando en cierto modo a Holly a hacer lo mismo mientras esperaban, preguntó:

—¿Nunca has montado a caballo?

—Creo que no.

—¿No lo sabes?

—Bueno, tal vez lo hice de pequeña —aceptó ella—. Creo que mi abuelo tenía caballos en algún momento.

La confusión de Duncan solo aumentó.

—¿Tenía? ¿En algún momento? ¿Los perdió? ¿Se los robaron? —Y luego, perplejo por sus propias preguntas sin sentido, las desechó, enfocándose en la verdad mayor y más relevante—. Hewgill House es conocida por su excelente ganado equino. Treinta a cincuenta caballos llenan sus establos en cualquier momento.

—Sí, pero recuerda que no he estado allí en años —le recordó ella, mostrando esos animados ojos marrones.

Con un tono cortante y una pequeña mueca, le aconsejó:

—Tendrás que aprender, lass. No puedes vivir aquí en Thallane, tan aislada, y no saber montar. El carruaje rara vez se usa.

—Está bien —concedió ella encogiéndose de hombros. El movimiento acentuaba su clavícula, atrayendo su mirada por un momento hacia esa piel sedosa—. Pero no tiene que ser hoy —continuó—. Así que tendrás que soportarme en la silla contigo, como sea que funcione, al menos por hoy.

Con esto, la evidencia más reciente de la ineptitud de su esposa, el humor de Duncan se oscureció aún más. Se giró y miró

hacia las sombras de los establos, preguntándose cuánto más tardaría Awlay. Mientras lo hacía, observaba a Holly disimuladamente, suponiendo que esta molestia con su esposa podría acompañarlo durante días. Maldita sea, pero imaginar a una mujer adulta incapaz de montar, sin recordar si alguna vez lo había hecho.

Santo Cristo, si no fuera tan bonita y no trajera consigo la promesa de paz, no tendría mucho a su favor, según su juicio. Hasta ahora, no había hecho más que hablar demasiado con esos irritantes sonidos ingleses, le había negado sus derechos como esposo y luego lo sometió a un prolongado y decididamente incómodo ataque de llanto, se había perdido dentro de la maldita cripta, y ahora revelaba que no podía montar un caballo por su propia cuenta. Estaba tentado a preguntarse qué *podía* hacer entonces.

Observándola de reojo mientras miraba con curiosidad el patio, Duncan recordó que realmente era hermosa, más allá de eso. Aunque el sol no brillaba, Holly MacHeth ciertamente lo hacía. A la luz del día, aunque sin sol, vio que su cabello castaño claro estaba salpicado de mechones dorados y rubios, corrientes de luz coronando su cabeza. Cuando le había lanzado la mirada, sus ojos reflejaban una inocencia que desmentía sus años, era mayor de lo que él había pensado, más de veinte años según su cálculo. Al mismo tiempo, el tono castaño de sus ojos reflejaba una rebeldía que ya había encontrado y con la que ahora asumiría tendría que lidiar durante muchos años. No podía reprocharle esto, suponiendo que cierta fiereza en ella era preferible a una joven llorona y sumisa.

Sus labios, notables por la forma en que se curvaban como un arco, y siendo rosados y carnosos, eran su arma personal, un regalo, probablemente destinado a atrapar o dominar a un hombre. Ya había pasado demasiados momentos prestándoles atención.

Duncan consideró su preferencia por Holly, preguntándose si uno de los dos nombres le convenía más.

En su mente, era tanto Ceri como Holly.

Suponiendo que el nombre de una persona era el ancla más importante de su identidad y un vínculo familiar, Duncan se preguntó por qué sentía la necesidad de usar un apodo diferente. No podía

imaginar que simplemente no le gustara el sonido de *Ceri*, ya que no veía cómo dos sílabas y un sonido fácil podrían resultar ofensivas. Era una Ceri, lo que evocaba a una mujer fuerte y capaz, que podría desafiar ardientemente a su esposo, o ¿solo suponía eso al conocerla? Pero también era, de manera creíble, una *Holly*, el sonido de ese nombre más suave y dulce a su oído. Y ella era eso, supuso, suave, débil en cierto sentido como evidenciaban su miedo y sus lágrimas, pero poseía una sonrisa encantadora que hacía que el dulce apodo le sentara bien.

Sacudiéndose de tal ensoñación inútil, Duncan se sintió aliviado cuando Awlay finalmente sacó su gran destrier de los establos. Avanzó y tomó las riendas del anciano, sin perder de vista las discretas miradas que Awlay lanzaba nuevamente hacia Holly.

—Eso es todo, Awlay —dijo con firmeza y adelantó un poco el caballo, señalando a Holly que lo siguiera—. No sabes montar —dijo por encima del hombro—. ¿Debo suponer entonces que tampoco puedes subir a un caballo?

—Eso es correcto, y te ahorraré todas las suposiciones —dijo ella con desdén, probablemente como reacción a su frialdad—. No sé nada sobre caballos. Cero.

Y él no tenía intención de perder tiempo enseñándole nada hoy. Sin una palabra, la invitó a acercarse donde él estaba a la izquierda del caballo y la levantó a la silla con sus manos en su estrecha cintura. Una mirada de pánico cruzó brevemente su rostro hasta que Duncan se encaramó detrás de ella, sujetándola a ella y las riendas, y guiando al destrier hacia las puertas.

—Primero la playa, por favor —dijo ella después de un momento, cuando él se dirigía directamente por el camino.

—Última la playa —corrigió él, no solo por llevarle la contraria. Siempre que montaba por placer, le gustaba terminar cerca del mar. Tal vez hoy, el sol se mostrara para cuando llegaran allí.

—Estás irritable otra vez hoy —observó cuando él no dijo nada durante un minuto o más.

—Sí, tiendo a estarlo cuando me veo obligado a humillarme para hacer que mi matrimonio sea verdadero —dijo, aferrándose a lo

primero que se le ocurrió, que honestamente no había estado lejos de su mente durante la noche ni esa mañana. Con ella ahora en sus brazos, suave, fragante y cálida, era muy cercano y querido para él.

Ella no se inmutó ante la dureza de su tono, pero replicó:

—No tienes que ser tan … tan miserable.

—Ya exiges demasiado de mí —replicó él secamente—. No es como imaginé mi matrimonio. Y ten cuidado, no es como seguirá.

La creciente frustración llevó a Duncan a dar una rodilla al caballo para aumentar la velocidad. Cuanto antes terminara esto, mejor. Su cabello, suelto otra vez hoy, se barría sobre su rostro y hombros, rozando suavemente su mentón y pecho. Al darse cuenta, ella reunió la mayor parte de los suaves mechones en sus manos y los sujetó sobre su hombro en una larga coleta.

A pesar de la cortesía, no cedió en la discusión.

—¿De qué tienes miedo? No te pido mucho, Duncan, solo unas pocas horas de tu tiempo. ¿Significa tan poco el matrimonio, conmigo o con cualquiera, que no puedes dar siquiera esto? Si es así, mándame a casa, no quiero casarme contigo.

—No tienes elección —le recordó él con acritud.

—Te voy a contar un pequeño secreto, Duncan —dijo, girando su rostro hacia su pecho, acercándolo al suyo—. Estoy aquí, esencialmente, por mi propia voluntad, sin importar mis motivos. Si quiero irme, no hay nada que tú o nadie pueda hacer para detenerme.

—Cerrar la puerta normalmente funciona —dijo él secamente sin mirarla.

Holly se rio ante esto, aunque el sonido era más una risita que una risa alegre.

—Ah, el caballero galante. Qué dulce. Seguro que es un buen comienzo para un matrimonio.

—¿Y cuáles son tus motivos?

—Bueno, básicamente, eran alejarme de Hugh y Wedast y de Hewgill House.

—¿Y cómo puedes entrar en la unión con expectativas de mí —gruñó, deseando haber permanecido en silencio desde el principio

—, cuando tus motivos asignados también son egoístas y ya se han cumplido?

—Cualquier expectativa viene con condiciones —respondió ella—. Ese era mi objetivo principal, alejarme de ellos. De menor consideración, pero importante ahora, es cómo planeo seguir adelante. Si me obligan a quedarme, no seré un felpudo.

—Eso ya es la segunda vez que dices "si me obligan a quedarme". Pero también dijiste que vienes por tu propia voluntad. Decide, Ceri, Holly, ¿cuál es? ¿Estás aquí voluntariamente...conforme...o no?

—Obviamente —respondió—, casarme con un hombre que nunca había conocido, sin ofender, no era mi intención ni mi elección. No me preguntaron qué quería, solo me dijeron lo que haría. Pero, bueno, sí, estoy aquí voluntariamente.

CAPÍTULO ONCE

Voluntariamente, por ahora, era toda la respuesta que quería dar. Holly se mordió la lengua, enfrentando otra verdad: su problema no era necesariamente de él. Necesitaba dejar de comportarse como si él tuviera la culpa de lo que le había pasado. El hombre solo trataba de darse un poco de paz en el valle, por así decirlo.

Cabalgaron en silencio durante varios minutos, Holly perdida en sus pensamientos, preguntándose si alguna vez confiaría lo suficiente en Duncan para contarle cómo había llegado allí, o cuál sería su reacción ante algo tan fantástico como la verdad que ella conocía.

El camino subía y bajaba con el terreno ondulado y se hacía cada vez menos discernible a medida que se alejaban de Thallane. Finalmente, el camino desapareció por completo bajo los cascos del caballo. Duncan guio al caballo a través de un matorral de árboles y, más allá, por la inclinación moderada de una colina, salpicada solo en la base de árboles. Llegaron a la cima y Duncan paseó al caballo por la cresta antes de tirar suavemente de las riendas, deteniéndolo.

Se orientaron hacia el este, alejados de Thallane y del mar, la vista distante dominada por un modesto pero impresionante conjunto de picos y crestas montañosas, ninguno de los cuales tocaba las nubes bajas, la mayoría pintadas de verde por estar cubiertas de miles de pinos. Justo debajo había un amplio valle de gris, oro y verde. Aparentemente, la belleza de un paisaje escarpado tenía un valor atemporal. El vasto panorama frente a ella de roca desnuda, praderas azotadas por el viento y montañas boscosas era tan hermoso en esta época como lo habría sido en la suya.

—Creo que esta vista nunca debe envejecer —dijo, con cierta reverencia, más para sí misma que para su esposo.

Sin embargo, él respondió:

—Eso es solo la mitad.

Su muñeca rozó su costado mientras tiraba de las riendas hacia la derecha, girando al caballo.

Y aunque la vista hacia el este era gloriosa, la que ahora tenían hacia el oeste era aún más impresionante. El punto de vista desde el carruaje ayer palidecía en comparación con la circunstancia presente, elevada para ver tanta costa. Allí se encontraba Thallane al borde del mundo, parecía, en una extensión de tierra que se adentraba en el mar. Aunque el cielo directamente sobre ella estaba gris y hostil, más allá del castillo el cielo era azul, brillando sobre el agua hasta ocultar el horizonte, mar y cielo fusionados en uno.

—Simplemente impresionante —comentó Holly, asombrada por la belleza que la rodeaba. Entrecerró los ojos y señaló a la izquierda de Thallane, sobre la masa principal de tierra, donde docenas de antiguas cabañas eran casi invisibles detrás de un estrecho grupo de pinos—. ¿Es ese el pueblo de Thallane?

—Sí —dijo Duncan, señalando también un delgado río que corría de sur a norte, directo hacia el pueblo—. *Abhainn Ghealach*, el Río de Plata como dirías, desemboca en el mar. El pueblo se construyó a lo largo de sus orillas.

—Parece bastante grande —comentó ella, recordando al menos un asentamiento histórico recreado que había visitado en su primer viaje a Escocia tres años atrás. Si recordaba bien, no había más de seis u ocho cabañas.

—Hogares para casi un centenar de almas, la mayoría de familias que han vivido durante muchas generaciones en ese valle.

El mar volvió a captar su mirada hipnotizada, que se suavizó un poco, frunciendo el ceño mientras sus ojos se ajustaban al brillo del sol y del mar.

—Espera, ¿esas montañas allá lejos? Pensé que estábamos en el Mar del Norte.

—Y lo estamos —respondió él—. No miras al norte, sino al oeste. Es la isla de Skye.

—¿Qué? —exclamó ella—. Pero está tan lejos —lamentó, entrecerrando aún más los ojos, tratando de calcular la distancia entre donde estaba y Skye, que parecía demasiado pequeña para

estar cerca. En el siglo XXI, cuando había viajado en aquel autobús por el serpenteante paso de Ratagan, su teléfono decía que estaba mucho más cerca de lo que ahora parecía—. ¿*Dónde* estamos?

Al notar que Duncan se tensó detrás de ella ante lo que seguramente le parecía una pregunta extraña, lo cubrió con:

—Entonces, ¿todas estas tierras son tuyas? ¿Todo forma parte de Thallane?

Duncan giró nuevamente al caballo para que miraran hacia el interior.

—Sí, esto se extiende siete leguas en tres direcciones.

—¿Y dónde queda Hewgill House desde aquí? —se preguntó ella.

Como si no le diera importancia a algo que ella probablemente debería saber si era quien decía ser, Duncan señaló hacia la izquierda.

—Más allá de esas montañas.

Holly dedujo el sur verdadero, habiendo recuperado su orientación. Un destello de rojo y púrpura en un valle sombreado directamente adelante, hacia el interior más lejano, hacia el este, captó su atención.

—¿Qué es eso? ¿Todo ese color brillante?

—Un valle de flores silvestres —respondió él.

—Oh, voy a querer ver eso —decidió Holly, un poco animada —. ¿Podemos ir allí?

—Está a más de una milla. ¿Quieres cabalgar tanto?

—Claro —dijo ella con facilidad—. Mientras no galopes.

—A menos que te persigan, solo un tonto arriesgaría su cuello o el de su caballo corriendo a toda prisa por este terreno.

—Perfecto. Ya que no pareces un tonto que sería tan descuidado con su caballo, vámonos.

Si *quería* llevarla al campo de flores o no permanecería desconocido a menos que Holly decidiera preguntarle, cosa que no hizo, decidiendo no mirar al caballo regalado en la boca mientras el animal bajo ellos comenzaba a moverse de nuevo, impulsado por Duncan flexionando las rodillas y azotando las riendas.

Bajaron la colina, más hacia el interior, con Thallane haciéndose cada vez más pequeño detrás de ellos, y Holly pronto comprendió a qué se refería Duncan con ser cuidadoso con la velocidad del caballo. El terreno bajo sus pies rara vez era llano, a veces rocoso, y gran parte brillaba con humedad.

—¿Llovió anoche? —preguntó, sorprendida de no haberse dado cuenta, dado que había dormido tan mal.

—No —respondió él—, pero hubo una densa niebla, que no se disipó hasta la luz de la mañana.

—Probablemente esta zona ve mucha niebla —reflexionó ella —. No estoy segura de la ciencia detrás de eso, pero tengo idea de que las regiones montañosas generalmente tienen más niebla que las llanuras y áreas planas.

—Más abundantemente en invierno y primavera —aclaró él.

Parecía que cabalgaban casi en línea recta desde la cresta donde se habían detenido, adentrándose cada vez más en el valle, glens, recordaba Holly que se llamaban en Escocia, entre varias majestuosas montañas. Al coronar una última colina más pequeña y aparecer el colorido valle, Holly puso la mano sobre su corazón, asombrada por la vista. Flores de todos los colores salpicaban la tierra, la mayoría cerca del suelo. Reconoció brezos, por supuesto, y el oxalis rastrero, pero ninguna de las otras flores. Pero no importaba. La escena ante ella era impresionante, y le hizo desear tener su teléfono y cámara.

Cuando habían avanzado casi seis metros en el jardín salvaje, Duncan detuvo al caballo y desmontó, ayudando a Holly a hacer lo mismo. Por una vez no estaba mirando a Duncan, no podía decir qué expresión tenía, su mirada tan absorta en el paisaje. El parterre de flores silvestres se extendía al menos por treinta metros, llenando la cuenca del valle y trepando un poco por los lados de las colinas antes de que los pinos crecieran en tal abundancia que las flores ya no podían.

Comenzó a arrancar flores de inmediato, formando un pequeño ramo de varios colores.

—¿Sabes qué flores son estas? —preguntó a Duncan, girándose y ofreciendo un tallo de color marrón que contenía un

grupo de pequeñas flores blancas con centros amarillos.

Él permaneció con el caballo, sujetando ligeramente las riendas, a unos seis metros detrás de ella. Ella se dio cuenta de que probablemente le estaba mostrando bastante su trasero cada vez que se inclinaba a recoger una flor.

—Parece hierba escorbútica común —dijo él.

—Ew —Holly hizo una mueca y dejó caer la flor, secándose las manos en la falda.

—No muerden —comentó Duncan, con el más mínimo indicio de sonrisa.

Hipnotizada por el fugaz gesto, por la simple idea de que *podía* sonreír, Holly lo miró fijamente, lamentando que la breve sonrisa ya se hubiera ido y no llegara a sus ojos. Había decidido anteriormente que tanto sus ojos como sus labios parecían rara vez sonreír.

—Bueno, de donde vengo, el escorbuto es una enfermedad —le dijo, distraídamente.

Ah, y el mundo tal como lo conocía se corrigió, la ceja fruncida de Duncan regresó.

—Vienes de más allá de la montaña, lass—le recordó él.

—Ah, bueno, sí, claro —tartamudeó ella—. Me refería al convento, mencionaron una enfermedad llamada escorbuto.

Él negó con la cabeza, como si ya no se divirtiera con que ella se deshiciera de la flor ofensiva, ni con la razón que dio para hacerlo.

Holly suspiró y volvió a recoger flores, inclinándose, arrancando y enderezándose para colocar una pequeña flor roja, no muy bonita, en el ramo. Hizo una pausa de nuevo, atraída por Duncan y lo que hacía, hablando con su caballo.

Ahora se encontraba de perfil, frotando con cierto cariño el largo hocico del animal, murmurándole algo demasiado bajo para que ella escuchara. Movió la mano y rascó la mandíbula del caballo, como se haría entre las orejas de un perro. Holly estaba divertida y más que un poco sorprendida por el momento tierno.

A menudo había pensado que mucho se podía aprender de una persona por la forma en que trataba a los animales.

Hasta que sus padres se retiraron a Arizona y Holly consiguió su propio apartamento, nunca había estado sin una mascota. Su madre adoraba a los gatos y su padre amaba a los perros. No podía recordar un momento en que hubiera menos de tres o cuatro gatos y perros correteando por la casa de tres habitaciones en Erie, PA. Había crecido y creído de verdad que se podía juzgar el carácter de una persona simplemente observando cómo interactuaba con los animales. Nunca en su vida habría contemplado una relación con alguien si sabía que era abusivo con perros o gatos.

Mientras observaba a Duncan comportarse con tanto cariño y atención con su gran caballo de guerra, supuso que lo mismo podría decirse de un hombre y su caballo. Era un pequeño momento, pero decía mucho a Holly sobre el carácter de su esposo del siglo XIV.

Cuando terminó de hablar con su caballo y empezó a girarse hacia ella, Holly desvió la mirada y se inclinó de nuevo para arrancar otra flor, fingiendo no haber quedado fascinada por la dulce interacción. Al volver a erguirse, acomodando su ramo creciente a su gusto, dispersando los pequeños brotes rojos de manera uniforme, le lanzó otra mirada a Duncan, que ahora la estaba observando.

Le sonrió ligeramente, pero no estaba segura de lo que quería transmitir con esa sonrisa. Un poco avergonzada, arrancó otra flor y la colocó detrás de su oreja entre su cabello. Volvió a mirar hacia el este, queriendo una última mirada a la quieta y silenciosa belleza de aquel paraíso.

Antes de que pudiera regresar con Duncan, imaginando que él no querría pasar todo el día en ese valle de flores, él se acercó a su lado, con la mirada fija en ella y no en el paisaje. Había dejado al caballo pastando donde habían desmontado, a menos de seis metros. Holly se volvió y lo observó, viendo a Duncan a través del filtro rosado de un hombre que ama a su caballo.

Era casi tan hermoso como el paisaje, aunque parecía tan fuera de lugar en aquel paraíso de flores silvestres. Allí estaba aquel caballero rudo y poderoso con sus ojos verdes cautivadores, los rasgos severos, la postura confiada y con una espada en la cadera y un puñal en el cinturón, en medio de un campo de delicadas flores y hojas gráciles. La vista era tan incongruente como placentera. Tal

vez esa incongruencia producía el deleite; no estaba segura. En cualquier caso, la alfombra de flores era hermosa, pero Duncan MacQuillan, de pie tan impresionante en medio del jardín, era sin duda un mayor deleite para la vista.

Cuanto más lo miraba, más apuesto le parecía.

—Creo que querría visitar este lugar a diario —le dijo, sin sorprenderse del tono entrecortado de su voz.

Él asintió, pero no dijo nada, apartando la mirada de ella y enviándola a los campos.

Holly siguió mirándolo, preguntándose si alguien la pellizcara si sería transportada de vuelta al siglo XXI, lejos de su extremadamente atractivo esposo. Sus ojos devoraban cada centímetro de su boca de perfil, y se dio cuenta de que se preguntaba cómo sería ser besada por él. ¿Un beso lo suavizaría? ¿Sería gentil? ¿Rudo? Tenía el aire de un hombre que rara vez fracasaba, que podía dominar casi cualquier cosa que se atreviera a intentar. ¿El beso era algo que había dominado? ¿La gente se besaba, como juego previo y coqueteo, como lo harían en siglos posteriores?

—Estás mirando otra vez —acusó mientras se giraba hacia ella, aunque Holly percibió poca censura real.

—Yo… estaba pensando en… —comenzó. Pero no pudo, no pudo decir las palabras, "estaba pensando en besarte". Curiosamente, de alguna manera, actuar en lugar de predecir parecía más seguro, de algún modo menos incómodo.

Holly bajó el ramo que sostenía frente a ella y acortó la distancia entre ambos.

He tenido mejores ideas, pensó.

Oh, pero también has tenido peores, le recordó una voz en su cabeza.

Su pecho subía y bajaba con su audacia. Se situó directamente frente a él, pero necesitó otro segundo antes de poder levantar la mirada. Cuando lo hizo, cuando sus ojos se encontraron, supo que él sabía en qué estaba pensando, lo que se atrevía a hacer ahora. Pero no la ayudó, no la tomó en brazos para decir que él también lo quería o lo había estado pensando.

Entonces el valor la abandonó, o lo habría hecho de no ser por Duncan. Bajó la mirada, de repente tímida, acosada por la idea inquietante de que no habría vuelta atrás una vez que lo besara. Más atrás en su mente, una voz chillaba recordándole que era un fraude.

Suavemente, los dedos de Duncan levantaron su barbilla, obligándola a mirarlo de nuevo, silenciando esa voz gritona.

—Sí, deberías besarme —dijo, como si ella hubiera expresado la idea en voz alta.

Casi no lo escuchó, no podía oír nada sobre el latido de su corazón. Tan audaz como había sido nunca, levantó la mano y la apoyó contra su mejilla. Su piel era áspera y curtida, dura como el hombre. Estaba rígido en su postura, nada se movía excepto un pequeño tic en su mejilla bajo sus dedos y sus fosas nasales que se dilataban. Su boca estaba cerrada, apretada, pensó.

Holly se animó por un pensamiento apenas explorado: *si yo lo inicio, puedo controlarlo*. Se sintió segura en ese aspecto.

Su mirada se fijó en la de él cuando levantó los ojos de sus labios perfectamente formados. En sus ojos leyó deseo, o eso creyó. Y posiblemente, porque estaban técnicamente casados, en el fondo de su mente pudo justificar un beso. Curioso, cómo viajar en el tiempo la aterrorizaba y luego la hacía valiente. ¿Se habría atrevido tanto si fuera la vida real? Si no creyera que muy pronto podría regresar a su verdadera vida, probablemente no. Quizá más tarde justificaría todo comportamiento anormal con un encogimiento de hombros, ¡nunca había iniciado un beso en su vida! Pero seguro, lo que sucediera en el siglo XIV debía quedarse en el siglo XIV, ¿no?

Sus labios se separaron, su valor casi la abandonaba, hasta que se lanzó por completo, levantándose de puntillas, cerrando los ojos mientras rodeaba su cuello con la mano, atrayéndolo hacia ella.

Después pensaría que, efectivamente, ella había iniciado, había tocado su boca con la suya. Pero, oh, qué ridícula había sido al creer que podría tener y mantener el control.

No era sorprendente, sus labios eran firmes y cálidos. Holly instantáneamente quiso más, no solo un beso casto de conocimiento mutuo. Más importante, quería que él también quisiera más. Abrió

los labios al mismo tiempo que él, sus lenguas se encontraron como si fuera una señal, y el beso se volvió intenso. Su lengua se enrolló alrededor de la de él y la de él alrededor de la suya, sus bocas abiertas para saborearse por completo. Duncan la atrajo hacia sí con un brazo alrededor de su cintura. Su otra mano se cerró sobre su mandíbula y barbilla, sujetándola al beso, que ahora era suyo para comandar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Holly mientras el calor la consumía. Se derritió en sus brazos y contra sus labios. Movió las manos sobre sus hombros, cuello y espalda, sintiéndolo por primera vez, fascinada por lo sólido y fuerte que era, cómo estaba tenso y enroscado. Su beso estaba impregnado del aroma de flores silvestres, todavía en una mano y esparciéndose sobre su espalda ancha.

El beso era tan intenso, tan poderoso, que Holly sintió que la tierra se movía y vibraba bajo sus pies.

***

Duncan también sintió la tierra moverse. Perdido en el inesperado beso, al principio atribuyó la vibración a la pasión del momento.

No estaba seguro de qué la había impulsado a comportarse así, a iniciar un beso, pero nunca despreciaría su audacia, no encontraba falla en que expresara su deseo.

Oh, pero no lo habría creído. Ella había sido poco más que una lass extraña y aterrada, emitiendo sonidos raros, juntando palabras que a menudo no tenían sentido. Su beso, entonces, fue impactante tanto por la audacia con que se comprometió como por la pasión que despertó. No debería estar tan enamorado del beso de su esposa, pensó, pero solo brevemente, apenas capaz de pensar en cosas que no tuvieran que ver con lo suave de su cuerpo y lo estimulante de su tacto.

Cuando la tierra que se movía bajo sus pies se acompañó de sonido, Duncan se apartó de Holly, su mente repentinamente, lamentablemente tarde, dándose cuenta de que no era la fuerza de su beso lo que perturbaba la tierra, sino jinetes que se acercaban. Detrás de él, su destrier golpeaba el suelo y resoplaba.

Mirando por encima de su cabeza, envolvió su brazo alrededor del de Holly, provocando un jadeo de ella por su uso repentino de la fuerza, y escaneó el valle en busca de los jinetes que se acercaban. Probablemente eran hombres de su propio ejército, pero estaban lo suficientemente lejos de Thallane como para no arriesgarse. Al no ver a nadie, llevó a Holly hacia su caballo y con poca delicadeza la levantó en la silla. El ramo que había recogido se dispersó por sus pies mientras ella soltaba la mano para agarrarse del pomo.

—¿Duncan? —gritó, tan confundida como alarmada—. ¿Qué estás…?

—Jinetes —dijo brevemente, recorriendo con la mirada entrecerrada el valle y las crestas—. Pasa la pierna —indicó. El galope fuerte que había desaconsejado antes podría ser necesario ahora, y montar a la amazona dificultaría la rapidez que podría necesitar. Por un momento, abandonó la búsqueda de los jinetes que se acercaban para tomar las riendas y entregárselas a ella. Holly había ajustado su asiento, con las faldas ahora desordenadas alrededor de sus rodillas, revelando pantorrillas y tobillos bien formados, ninguno cubierto por medias. —Maldita sea —gruñó.

Su siguiente mirada a través de las tres crestas que flanqueaban el valle de flores mostró a un grupo de cinco jinetes detenidos en la cima de la colina más oriental, sin árboles. Poco podía discernirse de su identidad por las siluetas, salvo que uno de ellos llevaba una lanza, algo que ninguno de sus hombres usaría. Thallane estaba tan aislada que rara vez se encontraban viajeros; cualquier forastero era motivo de preocupación. Si estos desconocidos descendían rápido por la ladera, estarían sobre ellos en menos de un minuto. Debería haberse internado en los árboles del borde del valle en cuanto detectó a los jinetes. Maldito sea su beso, por cómo lo había desconcertado.

Era improbable que él y Holly pudieran escapar de ellos, no montando ambos sobre el destrier mientras estos hombres iban a caballo de corceles veloces, y no durante las dos millas que necesitaban recorrer hasta Thallane. Por supuesto, no había lugar para ocultarse en medio de un valle abierto y era improbable que él,

Holly y su destrier pasaran desapercibidos. Y así fue, supuso, cuando el grupo de cinco comenzó a descender hacia el valle.

—¿Quiénes son, Duncan? —preguntó Holly, con una voz mucho más tranquila de lo que él habría esperado.

—No lo sé —dijo, levantando su pie más cercano y colocándolo en el estribo, tomando segundos valiosos para ajustar la longitud de la correa de cuero, diciéndose a sí mismo que no era momento de pensar en la suavidad de su piel—. Sospecho problemas. Pon el otro pie en el estribo —le ordenó, pero no pudo tomarse tiempo para ajustarlo bien. Tomó su muslo, agarrando tela y piel, obligando su mirada ansiosa a fijarse en él—. Sujeta las riendas con fuerza, apriétale las costillas para mantenerlo en movimiento —dijo concisamente—. Sabes dónde está Thallane. Derecho hasta allí y manda a Graeme o a la guardia. ¿Aye?

—Duncan… no. Por favor, yo… —y su voz subió mientras la sangre se le escapaba del rostro.

—No tienes elección, lass—dijo con urgencia. Soltó su pierna y su vestido y empujó el cuello del destrier para girarlo y enfrentarlo en la dirección correcta, hacia la colina más cercana y baja y Thallane, dos millas más allá. Le dio un golpe seco en el trasero, impulsando al caballo en movimiento.

Solo observó un momento para asegurarse de que Holly mantuviera el asiento. Lo hizo, pero no fácilmente, balanceándose torpemente sobre la silla con un solo pie en los estribos para controlar su propio cuerpo mientras el caballo se alejaba a toda velocidad.

—Oh —siseó. Nunca llegará hasta Thallane. Su única esperanza es superar la colina y desaparecer de la vista. Cuando empezó a ser cada vez menos visible al ser tragada por los árboles, Duncan se giró para enfrentar a los jinetes que venían, complacido de que no habían forzado demasiado a sus propios caballos y no estaban sobre él, demasiado cerca para perseguir a Holly.

Para disuadirlos aún más de perseguir a Holly rodeándolo ampliamente, Duncan adoptó una postura con las piernas abiertas y desenfundó su espada, apoyándola casualmente sobre el hombro, con movimientos aparentemente lánguidos que desmentían su

semblante amenazante. Naturalmente, suponiendo que estos viajeros no fueran de fiar, creerían que estaba en desventaja, siendo un solo hombre y sin caballo. Le complacía darles una falsa sensación de seguridad.

Antes de que lo alcanzaran y contuvieran a sus caballos, Duncan dedicó un momento para memorizar una nueva directiva hacia sí mismo: no volver a besar a su esposa tan lejos de Thallane, al aire libre, donde su completa distracción, provocada por un beso tan generoso y apasionado, pudiera ser usada en su contra.

Cuando los jinetes se detuvieron a unos doce metros frente a él, lo hicieron abruptamente, haciendo que pétalos y flores volaran por el aire. Uno de los caballos objetó la parada brusca, levantando las patas delanteras y relinchando fuerte.

No llevaban cuadros ni otros accesorios que permitieran identificar si eran parientes de los MacHeths o de algún otro clan dentro de un radio de veinte millas. Sus caballos estaban sanos, probablemente robados, en mejor estado que los hombres descuidados y desgreñados que los montaban. De hecho, parecían tan desordenados en persona y en vestimenta que los juzgó forajidos, ya sea por elección o por ley, esperando ganarse la vida de manera deshonesta, tomando en lugar de ganarse.

Duncan centró su atención en el hombre del centro del grupo de cinco, recibiendo la mirada arrogante y perezosa de este. Había estado rodeado de guerreros toda su vida, hombres competentes y otros no tan dotados, hombres de buena fe y con corazones oscuros, hombres por los que moriría y otros a los que mataría sin pestañear. Este aquí no era nada, un farsante a lo sumo, rodeado de inadaptados y tontos, los únicos a los que estaba calificado para liderar.

—Mandamos a la lass lejos —comenzó el hombre, su mueca creciendo hasta llenarse de humor malicioso—. Pero no nos escapará.

Duncan no deseaba participar en la teatralidad del hombre y respondió claramente:

—Están en tierras MacQuillan, en el corazón de Gairloch, y puedo afirmar inequívocamente que no son bienvenidos. Den la

vuelta y salven sus vidas.

Sabía que no lo harían, lo cual le agradaba más. Prefería lidiar con ellos hoy y no preocuparse por su regreso en otro momento.

Se rieron, mirándose entre sí y luego alrededor, como burlándose de él por estar solo.

—Nos tomará solo unos segundos deshacernos de ti —dijo el líder de ojos negros—, y luego alcanzaremos a la lass de cabello castaño al viento y piernas descubiertas.

Duncan le sonrió y negó con la cabeza:

—Mi esposa no sabe montar, si lo puedes creer. Pero ustedes estarán muertos antes que yo, así que no alcanzarán ni a ella ni a nadie más.

Se rieron nuevamente, divertidos por lo que podrían suponer solo era bravura.

No preveía problemas para deshacerse de los cinco rufianes. Su líder no atacaría primero, probaría la destreza de Duncan haciendo avanzar primero a sus hombres. Uno de los forajidos era demasiado grande y pesado para representar amenaza, probablemente llevaba esa lanza para no tener que desmontar, podía pelear a distancia; solo necesitaba ser desmontado para quedar inútil. Otro tenía un hacha, que no sería rival para la espada de Duncan. Un joven de cara redonda parecía que huiría asustado en cuanto Duncan eliminara al primer y segundo hombre.

Posiblemente Duncan no saldría ileso, pero estaba seguro de que sería el vencedor.

Levantó la mano, palma hacia arriba, y curvó los cuatro dedos hacia el grupo.

—Vamos, entonces. No tengo todo el día.

CAPÍTULO DOCE

Sus mejillas, brazos y piernas temblaban incontrolablemente mientras la enorme bestia subía la colina y atravesaba los árboles. Solo se esforzaba por mantener su asiento, sabiendo que detener al caballo o dirigirlo estaba fuera de su alcance. Había renunciado a intentar encontrar el otro estribo y entonces su pie se soltó del que Duncan había ajustado para ella. Volviéndose frenética mientras el caballo subía cada vez más, Holly no podía hacer otra cosa que aferrarse, una mano al pomo, las riendas enrolladas dentro de su mano cerrada en puño, y la otra agarrando desesperadamente la crin del caballo. No intentaba patear al caballo ni incitarlo, pero sus piernas que rebotaban fuera de los estribos seguían golpeando los flancos del caballo mientras era lanzada hacia arriba y hacia abajo en la montura.

El caballo cargó hacia arriba y sobre la cima de la colina, y Holly fue proyectada hacia adelante cuando descendía por el otro lado. Su alivio al ver Thallane, aunque aún bastante lejos, fue breve y, francamente, de poca importancia mientras luchaba por no ser lanzada de la espalda del caballo. Los árboles no estaban más separados, lo que hacía que la estúpida bestia zigzagueara para evitar colisiones. Bajar así era aterrador, y Holly solo deseaba poder envolver sus brazos alrededor del grueso cuello del caballo y aferrarse por su vida. Pero todo el rebote y la falta de control impedían sus débiles intentos, y luego el caballo giró bruscamente como si estuviera en una de esas competencias de carreras de barriles, que solo había visto en la televisión, y a pesar de sus esfuerzos, Holly fue arrojada de la montura.

Gritó mientras volaba por el aire, un grito que se interrumpió al chocar contra la base de un árbol y el suelo. Gimió y permaneció inmóvil por un momento, sin aliento. Rodó hacia adelante,

alejándose del árbol y quedando boca abajo, con las manos sobre el suelo, el cabello cubriéndole la cabeza y la cara. Por suerte, solo se había golpeado el trasero contra el árbol y, aunque le dolía al instante, sabía que nada estaba roto. Con cuidado, probó sus piernas y pies, moviéndolos lentamente. Todo bien. Pero al apoyar el peso sobre las manos para levantarse, volvió a gritar cuando un dolor agudo recorrió su muñeca hasta el codo. Se desplomó de inmediato, rodando sobre su espalda y sosteniendo su muñeca y brazo contra el pecho.

—Lo voy a matar —murmuró, refiriéndose a Duncan por enviarla en ese extenuante viaje. Miró las ramas de pino sobre su cabeza y exhaló frustrada. Un crujido y golpe, continuo pero pasado por alto hasta ahora, la hizo girar la cabeza. Solo vio el trasero gordo del caballo negro mientras continuaba cuesta abajo. —¡Y a ti también! ¡Estúpido caballo!

Su siguiente pensamiento llegó con el sonido del metal chocando.

¡Duncan!

Se puso de pie, no sin hacer muecas y gruñidos por los dolores, manteniendo su brazo contra el frente como si llevara un cabestrillo. Sin aliento y descubriendo que le dolían más lugares de lo que creía, subir la colina no fue fácil. Pero lo logró, sus propios movimientos y respiración agitada no le permitieron escuchar lo que pasaba en el valle con Duncan. Su visión se nubló cuando algo le cayó en el ojo derecho. Horrorizada, Holly se pasó la mano sobre el ojo y la ceja, sus dedos salieron rojos de sangre. Los subió hasta la frente, encontrando un pequeño corte donde la piel se encontraba con la línea del cabello. Se frotó el dorso de la mano sobre el ojo para limpiarlo y luego pasó el extremo de su larga manga sobre la herida para borrar algo de sangre. Entonces bajó corriendo por el otro lado de la colina, sollozando cuando escuchó un grito de hombre, que parecía estar gravemente herido. Gimió otra vez, sin poder decir si era la voz de Duncan o no. El miedo la invadió, debilitando sus extremidades hasta que solo pudo tambalear de árbol en árbol, deteniéndose al pie de la colina para comprender primero lo que pasaba antes de irrumpir en la escena.

Holly jadeaba y miraba el valle de flores silvestres, teniendo que limpiarse nuevamente la sangre que le caía en el ojo.

Y el miedo se extinguió casi al instante al encontrar a Duncan, y solo a Duncan, de pie en medio del campo. De pie, aunque apenas, pensó, con las rodillas dobladas y apoyado en la empuñadura de su espada, con la hoja enterrada en el suelo. Su espalda le daba la cara, pero ella ya conocía su forma y tamaño. Bajó brevemente la cabeza hacia el pecho, antes de enderezarse y erguirse por completo, observando la carnicería a su alrededor, donde yacían cuatro cuerpos. Algunos apenas eran visibles entre las flores más altas. Un cuerpo, con cabeza grande y vientre prominente, se distinguía sobre las flores, con una larga lanza clavada en el pecho. El asta, de al menos dos metros y medio, aún se balanceaba, aunque el hombre no se movía.

A lo lejos, uno de los jinetes se alejaba a toda velocidad, arrastrando otro caballo consigo. Otro caballo trotaba tras ellos. No quedaban más caballos en el valle.

—¡Duncan! —gritó, con la voz quebrada. Se apartó del árbol y avanzó tambaleándose hacia él.

Duncan se giró y, tras una última mirada sobre los hombres caídos, avanzó. Su pecho subía y bajaba y llevaba lo que Holly supuso era su rostro de batalla, una mueca de desprecio más peligrosa que cualquier mirada oscura que le hubiera dirigido antes. Solo se suavizó ligeramente al acercarse a ella.

Un torbellino de emociones brotó en ella, al menos uno relacionado con que él estuviera vivo.

Santo cielo, este sí que era un siglo infernal.

Se encontraron al borde del campo de flores, con los cuerpos caídos a unos diez metros o más detrás de Duncan. El semblante salvaje de su esposo se transformó en una expresión de preocupación y sorpresa, sus ojos verdes examinando su frente. Sus cejas permanecían fruncidas, pero la mirada se transformó de resolución asesina a intensa atención y preocupación, recorriéndola de pies a cabeza.

Temblando y a punto de llorar, Holly ignoró esto y levantó los brazos, luego los retiró y luego, *qué demonios*, se lanzó hacia él,

abrazando sus anchos hombros. Él no la abrazó como ella habría querido, pero levantó una mano y le dio una palmadita en la espalda.

Holly se apartó y le dio un golpe en el hombro.

—Nunca más me hagas eso —lo regañó, dejando que las lágrimas finalmente cayeran, el trauma asentándose—. Te dije que no sabía montar. Tu estúpido caballo me tiró. —El pánico la dominaba y las palabras brotaban de ella—. ¡Duncan!, Oh, ¿quiénes eran esas personas? ¿Por qué… cómo… oh, ay? ¡Duncan, estás sangrando!

Se congeló, la boca abierta al darse cuenta de la mancha roja extendiéndose por la manga de su brazo.

—Oh, está bien —dijo sin sentido mientras ambos miraban el lugar debajo del hombro, de donde la sangre fluía—. Está bien, estamos bien. Esto está bien —dijo nerviosa—. Solo dime qué hacer. Aplica presión —hablaba más consigo misma que con él. Levantó las manos y luego gimió cuando el dolor volvió desde el codo hasta la muñeca—. Mierda —gimió, cerrando los ojos un instante. Al abrirlos, encontró la mirada de Duncan un poco más preocupada o enojada, no podía distinguir—. Todo está bien —dijo, por ambos—. ¿Puedes levantar el brazo para quitarte la camisa?

—¿Dónde está mi corcel, lass? —preguntó él en cambio.

—Bueno, obviamente no conmigo, Duncan. Me lanzó a un lado y siguió corriendo —le respondió con un tono cortante, suponiendo que la culparían por esa desgracia—. Bonito caballo tienes. Pero concéntrate, por favor, Duncan. Tenemos que vendar esto o curarlo, lo que sea. —Usó su mano buena, intentando mirar dentro de la tela cortada para evaluar la gravedad de la herida.

Mientras lo hacía, Duncan echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un largo y fuerte silbido de dos sílabas, como llamando a un perro o un caballo.

—¿En serio?

—Vendrá —la aseguró Duncan, sin intentar quitarse la camisa para que ella pudiera revisar la herida—. Lo atenderé en el castillo —dijo, luego giró la cabeza por encima del hombro, intentando mirar la parte trasera de su muslo—. Eso también.

Holly abrió los ojos de par en par nuevamente, corrió a su alrededor y encontró un corte limpio y ancho en la parte trasera de su pantalón, de donde más sangre se filtraba, empapando la tela.

—No es buena idea usar ropa tan oscura que oculte la sangre que se filtra, Duncan —se quejó distraídamente, corriendo de un lado a otro sin saber por cuál herida empezar. —Tenemos que detener la hemorragia, ¿no? —preguntó, cuando él solo permanecía allí, mirando la colina de donde ella venía, de donde vendría su caballo si regresaba—. Sin perder tiempo —continuó—, consideremos que el caballo podría no volver, y estas heridas deben atenderse aquí y ahora. —Asintió levemente y Holly continuó—. Al menos probablemente no deberías montar y perder más sangre.

Entonces notó lo pálido que estaba. Su piel parecía amarillenta y parpadeaba con frecuencia, pero lentamente.

—Duncan, ¿hay otras heridas? —comenzó a rodearlo nuevamente, revisando su espalda ancha y ambos brazos y piernas, afortunadamente sin encontrar nada.

Las rodillas de Duncan cedieron entonces.

Holly corrió a sostenerlo, pero sabía que no podía evitar que cayera al suelo. Sin embargo, con sus manos bajo sus brazos, logró bajarlo lentamente, a pesar del dolor insoportable en su muñeca, atrapada entre su brazo y el pecho. Más lágrimas brotaron por el dolor punzante que recorría su muñeca.

Duncan murmuró algo en aquel otro idioma que hablaba y cayó un poco de lado, sobre su trasero. Cuando pareció estable, Holly finalmente pudo retirar sus manos de él. Olvidando su propio dolor, jadeó de nuevo al ver ahora un golpe y la piel rota en la coronilla de su cabeza, y su cabello corto y grueso pegado con sangre. Esta herida no sangraba tanto, pero el golpe era grande y probablemente la causa de su mareo repentino.

Desesperada, Holly miró también hacia la colina.

—¿Dónde está ese estúpido caballo?

No había sonido alguno que indicara que pudiera estar acercándose incluso ahora, ningún ruido en el campo de flores silvestres aparte de su propia voz y respiración agitada. Cayó de rodillas ante Duncan, tomando su mano sobre su regazo.

—Supongamos que el caballo no va a volver. Solo te vas a debilitar, tal vez incluso desmayarte, y no queremos eso. No sé qué hacer excepto detener el sangrado.

—No te preocupes, lass. Graeme vendrá —dijo ahora, justo cuando el cielo, que había amenazado con lluvia toda la mañana, se abrió, dejando caer un flujo lento pero constante de gotas grandes y gordas.

Holly puso los ojos en blanco, tanto por su insistencia en que no había necesidad de pánico como por el desagradable cambio del clima.

—Está bien. Lo que sea. Pero ahora mismo necesitas ponerte de pie y tenemos que salir de la lluvia y del campo abierto. Vamos —instó, poniéndose de pie y tirando de su buen brazo con su brazo bueno. Él obedeció, pero lentamente y con movimientos que sugerían que estaba ebrio, no solo herido. No podía levantarlo del suelo, él era mucho más grande que ella y ella solo tenía una mano buena. Pero lo guio hacia arriba, hasta ponerlo de pie, y lo llevó al lado sur, donde podían resguardarse bajo los árboles sin tener que subir una colina. Allí, lo obligó a rodear varios pinos y abedules más altos hasta que se adentraron lo suficiente para no ser vistos. Bajo un abeto cuyas ramas más bajas estaban a unos cinco pies del suelo, Holly apoyó al ya debilitado Duncan contra el tronco seco.

—Mi espada, lass—murmuró él—. Recupera mi espada.

—La traeré —dijo ella, aunque no sabía qué utilidad tendría.

Deteniéndose solo para asegurarse de que él permanecería sentado y no se desplomaría, Holly retrocedió, saliendo a la lluvia intensa, donde encontró su espada donde habían estado, donde él la había dejado caer. Le costó toda su fuerza ignorar la horrible visión cercana de cuatro cuerpos muertos esparcidos por el prado antes hermoso. Recogió su espada y, mientras regresaba corriendo al bosque, vio un puñal, de Duncan o de otro, en el suelo, y lo recogió también.

Cuando volvió al lado de Duncan, sus ojos estaban cerrados.

—¿Duncan? —gritó, alarmada de nuevo por lo inmóvil que estaba.

—Sí —dijo débilmente.

Holly dejó su espada y el puñal a su lado y se arrodilló junto a él.

—Creo que sería mejor quitarte la camisa y no confiar en que yo la corte —dijo. Y alcanzó su cinturón, que debía desabrochar primero para poder quitar la camisa. Duncan la sorprendió agarrando su muñeca, afortunadamente la buena, ya que su agarre era firme.

—Pero puedo confiar en ti, ¿verdad… esposa?

Holly casi se sintió ofendida.

—Diría que sí, Duncan —respondió secamente—. Si tuviera algún mal propósito, te habría dejado donde caíste entre las flores. Y si me insultas de nuevo haciendo otra pregunta estúpida, estarás en peligro, puedes confiar en eso. Levanta los brazos —instruyó. No fue fácil pasar la larga camisa sobre su cabeza. Él estaba sentado sobre el dobladillo trasero, su mano izquierda era poco útil, y se apoyaba con mucho peso en el árbol. Lo que debería haber sido una operación sencilla tomó más de un minuto antes de que ella lograra pasar el lino sobre su cabeza. —Quitar los pantalones debería ser divertido —murmuró para sí misma.

Su pecho desnudo seguía siendo fascinante, tan sólido y fuerte, y ahora cubierto de un fino sudor, pero Holly logró comportarse adecuadamente, sin perder demasiado tiempo mirándolo.

Duncan estaba despierto, lo sabía, por sus expresiones cambiantes, sus leves muecas y cómo mostraba los dientes de dolor al levantar el brazo. Pero ahora tenía los ojos cerrados y permanecían así, lo cual era probablemente bueno, ya que no veía la horrorizada expresión de Holly cuando finalmente pudo inspeccionar completamente el corte en su brazo superior. Nunca había sido buena con la sangre y las vísceras y ya había sentido arcadas dos veces solo al mirar la profunda herida. Estaba bastante segura de haber visto tejido o músculo adentro, también cortado.

Sangraba aún, y bastante, aunque ella no era experta en medir la cantidad, ya que había evitado ver esas cosas toda su vida. Buscando su camisa que había dejado a un lado, inspeccionó las diferentes partes, buscando algún área limpia que pudiera rasgar y

usar como vendaje. No encontró ninguna. Lodo o tierra cubría demasiado; incluso había una amplia mancha de sangre al frente, indicando que llevaba la sangre de alguien más. Ciertamente no iba a presionar eso contra su piel. Tirando la camisa a un lado, se levantó y levantó sus faldas. El vestido exterior también estaba sucio por su caída y las veces que se había arrodillado. Pero el de lino más ligero de debajo estaba mayormente limpio. No iba a despojarse de ambos para llegar a la camisa interior, así que tomó el puñal que había encontrado y, con la lana azul recogida bajo su barbilla, comenzó a cortar la falda interior. Cuando hizo un buen corte, dejó caer el puñal y trató de rasgar la tela alrededor de la cintura, olvidando brevemente su muñeca, probablemente esguinzada. El recordatorio de su propia lesión vino con un dolor intenso. Detuvo lo que hacía y echó la cabeza hacia atrás, reprimiendo un grito de dolor.

Cuando bajó la cara de nuevo y exhaló, encontró los ojos de Duncan abiertos, aunque sus párpados pesados. No miraba su rostro, sino sus piernas, que estaban prácticamente desnudas desde mitad de muslo hacia abajo, ya que había levantado ambas faldas.

Dijo algo, pero el ruido de la lluvia y su voz baja le impidieron escuchar, y luego cerró los ojos de nuevo. Holly volvió a moverse, usando otra vez el puñal para cortar la tela y no sus manos. Estaba sin aliento y molesta cuando finalmente logró separar toda la parte inferior de la superior, y luego tuvo que cortar más para dividir el lino en tiras.

Luego trabajó para envolver una de las tiras alrededor de su brazo, complacida de que la herida estuviera lo suficientemente baja como para no involucrar su hombro. Cuando terminó, se detuvo y escuchó, pensando haber oído algo en el campo. Tras un momento, decidió que era solo la lluvia. No estaba dispuesta a salir y exponerse, por si acaso el hombre que había huido regresaba buscando venganza o terminar lo que sus amigos iniciaron.

—Pueden quedarse con la violencia injustificada del siglo XIV —murmuró, mayormente para sí misma, ya que los ojos de Duncan seguían cerrados. Con cuidado, se inclinó sobre sus rodillas y giró la cabeza de Duncan hacia ella, para evaluar el corte una vez más. Era

como antes, no sangraba tanto, pero parecía latir. Recordando el viejo dicho de su madre de "mejor que salga que quede dentro", no tuvo más opción que esperar que fuera cierto ahora, que dado el gran golpe, tal vez no había daño interno.

Aun así, entró en pánico brevemente, su confusión era alarmante. Sostuvo el rostro de Duncan entre sus manos y lo obligó a abrir los ojos.

—¿Duncan? Duncan, mírame —dijo con firmeza, complacida cuando él obedeció casi de inmediato—. Tienes que mantenerte despierto, ¿de acuerdo? No te duermas.

—No te dejaré, lass. Estamos seguros aquí.

—No me preocupa eso, Duncan. Me preocupa que tengas una conmoción. ¿Con qué te golpearon?

—Con un hacha —dijo, su voz baja pero aparentemente fuerte—. Pero no con la hoja.

—Santo cielo, ¿en serio? Bueno, no importa. Pero tienes que mantener los ojos abiertos, ¿sí?

—Sí —y lo hizo—. ¿Mi caballo no volvió?

—No. Se va a ganar un buen castigo cuando lleguemos a casa —dijo ella con ligereza—. Duncan, creo que tienes que pararte o acostarte boca abajo para que pueda vendar el corte en la parte trasera de tu muslo.

—Está bien, lass—dijo él—. Graeme vendrá.

—Puede que sí, Duncan —aceptó ella con tono lastimero—, pero puede que no, o que no lo haga lo suficientemente rápido. Había mucha sangre allá atrás. Necesito vendarlo.

Cuando él dudó y parecía que iba a discutir, Holly jugó sucio.

—En serio, Duncan, para un tipo tan grande y fuerte, estás actuando como un debilucho ahora.

Aunque no esperaba premio por su ingenio, se divirtió secretamente al ver lo rápido que obedeció. De hecho, tras sacudir lentamente la cabeza, se inclinó y logró ponerse de pie sin ayuda de Holly, aunque ella usó su mano buena para estabilizarlo.

—¿Y esa sonrisa por qué es? —preguntó él con voz aguda, lo que ella tomó como buena señal.

—Por nada, esposo —lo calmó, alargando la palabra para provocarlo un poco—. Solo aprendiendo qué te hace reaccionar. —Con más ligereza de la que sentía, le indicó: —Apóyate contra el árbol, amigo.

Aunque tuvo que agacharse bajo el dosel de las ramas de pino, las ramas cerca del tronco estaban un poco más arriba, de modo que pudieron permanecer bajo la protección del árbol y mayormente fuera de la lluvia. Duncan levantó su brazo bueno, apoyándolo contra el árbol, y su frente contra el antebrazo.

Arrodillada de nuevo, Holly cortó la tela en la parte trasera de su muslo. No retiró completamente sus pantalones y calzas largas, pero hizo cortes tan grandes que pudo examinar y vendar su herida usando sus manos dentro de los agujeros que había hecho en su ropa, bastante rápido. Sus muslos eran enormes, tan duros como el resto de su cuerpo, su carne cálida bajo sus dedos.

Cuando terminó, decidió que, aunque los cortes se veían horribles, podrían ser lo menor de sus problemas. Con la hemorragia aparentemente controlada, estaba verdaderamente más preocupada por la herida en su cabeza.

Se levantó de nuevo y Duncan se volvió, lanzándole una mirada evaluadora, como si una vez más inspeccionara si tenía alguna herida.

Holly lo distrajo.

—No creo que puedas ni debas caminar todo el camino de regreso. ¿Debo volver a Thallane y traer a Graeme?

—No, no quiero que camines sola —dijo, con la voz menos apagada que había estado por un momento—. Uno de ellos logró escapar.

—Lo vi. ¿Crees que volverá?

—No, pero no puedo saberlo con certeza. Estás más segura aquí conmigo.

—No tardarán mucho, ¿verdad? —insistió—. Graeme u otra persona notará nuestra ausencia o que tu caballo regresó sin nosotros, ¿verdad?

—Eso espero. Claro, nadie tiene idea de adónde fuimos. No puedo imaginar que adivinen buscar cerca del valle de flores

silvestres.

—Pero *buscarán*, ¿verdad?

—Sí, y no se detendrán. Pero empiezo a sospechar que podríamos quedarnos aquí un rato. —Con eso, se apoyó contra el árbol y lentamente se dejó caer al suelo, haciendo una mueca y apoyando la pierna derecha mientras se sentaba.

—Eso no es… terrible —concedió Holly, sentándose también bajo el árbol. El tronco no era tan ancho que, al apoyarse, quedara en dirección diferente a Duncan, aunque estaba decidida a mantenerlo bajo su vigilancia—. Mientras me asegures que te sientes bien ahora, que solo estabas aturdido antes por el golpe en la cabeza. Mientras esas otras heridas no vuelvan a sangrar.

—Sí, estoy bien ahora, lass. Pero no sabemos nada del futuro, ¿verdad? ni lo que pueda venir.

—No, no lo sabemos —asintió, dejando escapar un suspiro. Posiblemente más que otros, entendía que el futuro que uno imagina nunca está garantizado.

CAPÍTULO TRECE

La lluvia seguía golpeando la tierra y la ira de Duncan permanecía, hirviendo en su interior. No solo le latían dolorosamente la cabeza, el brazo y el muslo, sino que tanta lluvia había calado a través de las generosas ramas del pino que la mayor parte de su cuerpo estaba mojado, lo que solo lo irritaba aún más. Había repasado la situación una y otra vez, enfadado consigo mismo por no haber montado simplemente al caballo con Holly y haberse dirigido a Thallane. Pero eso era solo retrospectiva gritando en su mente, sin saber antes de la pelea lo ineptos que resultarían los forajidos. Todavía no estaba seguro de sus motivos, suponiendo que tal vez solo estuvieran de paso, aprovechando a personas aisladas, como él y Holly. No era la primera vez que personas de malas intenciones invadían Thallane, ni la pelea fue la más brutal, pero Duncan todavía estaba enfurecido horas después. Sobre todo, estaba enojado porque esos torpes forajidos habían arruinado el beso que Holly le había dado. Eso, en sí mismo, era un crimen: no se le había concedido ni un minuto para saborear la gloria de su beso. Habría querido continuar, aquella primera muestra estaba llena de promesas y excitación, de no ser por la aparición de esos bandoleros inútiles.

Más de una vez durante las horas siguientes, recordó no la pelea contra cinco hombres, cuatro en realidad, ya que el lad de rostro redondo, como Duncan había sospechado, había echado a correr apenas Duncan se enfrentó a él, sino la sensación de sus labios y el sabor de su beso. No sentía que estuviera en peligro de morir, pero sabía que si lo estuviera, se molestaría aún más por haber sido tentado con su beso sin poder conocerla plenamente de manera íntima. Una injusticia significativa, sin duda. Pero, dado que su vida no estaba en peligro, descubrió que su humor comenzó a

mejorar, elevado e incentivado por aquel pequeño sabor de la pasión de su esposa y lo que podría significar para su futuro.

Era ya la tarde avanzada. Había dormitado de vez en cuando y sabía que Holly había hecho lo mismo. Pero también era consciente de que ella se levantaba y se movía, aquí y allá, haciendo, podía adivinar, posiblemente vigilando a Graeme o a cualquier patrulla MacQuillan. Estaba seguro de que ya habrían sido enviados; tendría palabras firmes para su capitán si ninguna unidad había sido asignada todavía a buscar a su señor desaparecido. Sin embargo, había miles de acres que cubrir y millas de playa que considerar, así que no se preocupaba por que no los encontraran. Solo era cuestión de cuándo.

Y probablemente podría haber gestionado la caminata de regreso a Thallane, aunque la idea de recorrer dos millas de rocas y colinas escarpadas le preocupaba debido a su condición, pero debía tener cuidado con la presencia de Holly y el hecho de que, si había otros oportunistas por ahí, no estaba seguro de poder protegerla nuevamente. Considerando todo, estaban más seguros aquí, fijos y esperando.

Duncan se frotó los ojos y pasó la mano por la mandíbula y luego por el cabello. Se rascaba vigorosamente, intentando despejarse de la somnolencia que lo había asediado desde la pelea. Supuso que el golpe en la cabeza había provocado la fatiga, pero esperaba recuperarse a medida que avanzara la tarde.

En ese momento, Holly se giró desde su lado del árbol y puso su mano sobre su frente, como lo había hecho ya una docena de veces. Retiró la mano sin hacer comentario alguno sobre su fiebre o la ausencia de ella y dijo en cambio:

—No sé por qué estoy tan agotada. Siento como si hubiera peleado contra esos tipos, o como si hubiera corrido un maratón, millas y millas. Estoy simplemente exhausta. —Se estremeció y volvió a su lugar, con la espalda apoyada contra el tronco del árbol.

Duncan notó que había usado más de su chemise recortada para vendar la muñeca que había estado protegiendo antes.

—¿Cómo está tu mano? —preguntó.

—Está bien, probablemente solo es un esguince. En realidad, se siente mejor desde que la vendé bien apretada. —Extendió el brazo y la mano para que él la inspeccionara, solo por un momento, antes de volver a colocarla en su regazo.

Habiéndola conocido apenas y habiendo estado mayormente irritado por ella antes de hoy, a veces creyendo que podría ser simple y, en general, confundido por ella, Duncan decidió modificar su evaluación de su esposa. Se había comportado con fiereza e inteligencia durante todo el calvario, había mostrado poca inclinación por lágrimas inútiles, había actuado rápida y eficazmente, tomando control de la situación como lo haría cualquier soldado entrenado. No podía encontrar falla en esta versión de su esposa, sobre todo cuando aquel beso seguía tan presente y agradable en su memoria.

Sin embargo, no estaba seguro de cómo sentirse al respecto. Debería estar complacido y orgulloso de descubrir que su esposa tenía mérito, que no se había derrumbado bajo presión. Y, sin embargo, parte de él sabía que este conocimiento, junto con el beso que habían compartido, significaba que mantener la distancia, sostener una relación cortés pero distante con ella, podría no ser tan fácil ahora. Con poco más que hacer, su mente estaba disponible para reaccionar instantáneamente, *¿sería algo tan malo?*

La lluvia no había cesado, pero ahora solo era una llovizna, fresca pero no peligrosa. Y aun así, si no se movían, si se veían obligados a quedarse allí durante la noche, el frío se volvería un problema.

—Nos congelaremos esta noche, lass—comentó—, si no nos encuentran para entonces.

—Justamente estaba pensando lo mismo —dijo ella, y luego hizo una pausa para bostezar, dando credibilidad a su afirmación de estar agotada—. Y tú no llevas camisa. Supongo que usar esa cosa rasgada y ensangrentada podría ser mejor que ir sin nada.

—Sí, pero necesitaremos más capas, tú especialmente —respondió—. Tienes que robar su ropa.

—¿Qué? —se sorprendió ella, girando la cabeza hacia él—. No, Duncan, cualquier cosa menos eso. No puedo… no voy a

arrebatarle una camisa a un hombre muerto. ¿No podemos… calentarnos entre nosotros?

Él se rio ante eso, el sonido y la sensación casi le eran extraños, considerando que no estaba seguro de cómo sentirse al respecto, al ver que su esposa negaba sus derechos, pero ahora mostraba preferencia por estar en sus brazos en lugar de usar la camisa de un muerto. Duncan no sabía si debía marcar esto como un progreso o no.

Pero nunca había sido de los que ignoran un problema.

—Calentarnos el uno al otro presenta desafíos, muchacha, sobre todo para ti, que has expresado querer conocerme primero.

—¿De qué hablas? —preguntó distraídamente, jugueteando con la falda de su léine, posiblemente sentada sobre ella de manera incómoda que tiraba del vestido. Ya había notado durante el día que no podía quedarse quieta, no podía sentarse inmóvil por mucho tiempo.

—Estoy medio desnudo, lass, y a pesar de la aventura de hoy…

—Está bien —interrumpió ella—, puedo pensar en una docena de palabras para describir las desgracias de hoy, pero *aventura* no es una de ellas.

Ignorando esto, él continuó:

—Tu beso todavía está fresco en mi mente. Calentarnos probablemente no sea una buena idea. No me importa consumar en este escenario, incluso con este dolor y la lluvia persistente, pero supongo que podrías rechazar la idea.

Un jadeo de sorpresa y ojos abiertos precedieron su siguiente argumento.

—Dije calentarnos, no tocar y… y nada más. Oh, ¿es eso lo único en lo que piensas? Solo porque te besé no significa que esté lista para… ¿y en serio? ¿Aquí afuera?

Duncan sonrió, disfrutando de su incomodidad.

—Tengo una esposa preciosa, que hoy ha demostrado su valía diez veces más—dijo—, ¡y eso *después* de su beso audaz y brillante! Och, y además me ha dado una vista agradable de sus

piernas esbeltas… ¿cómo haces para que se vean tan lisas? Así que sí, tengo en mente el apareamiento.

—Qué hombre —lo acusó ella, pero no con ningún verdadero descontento que él pudiera percibir.

—Está bien, dejaré el apareamiento para más tarde —permitió indulgente—. Pero, ¿por qué me besaste, Holly? ¿Si no era para avanzar en nuestra unión?

—Honestamente, a estas alturas no tengo idea —respondió con descaro—. Y ya estoy empezando a arrepentirme.

Por el rabillo del ojo, él vio cómo sus hombros se desplomaban, cómo inclinaba la cabeza hacia atrás con resignación.

—Eso no es cierto —dijo entonces, con un suspiro que seguía a sus palabras—. Me retracto. La verdad es, y esto seguramente no tendrá sentido para ti, pero te vi hablando con tu caballo antes y me pareció algo que… una buena persona haría. Como, no puedo imaginar que un idiota haga eso, ser amable con su caballo, hablarle con tanta suavidad.

—¿Me besaste porque hablé con el destrier?

—En parte —respondió, sonrojándose—. Se ocupó de otra cosa, manteniendo la cara apartada de su mirada inquisitiva, usando la daga para rascar líneas en las raíces del árbol que sobresalían por el suelo a su lado lejano. —Pero también, si quieres saberlo, porque te veías bastante bien de pie allí entre las flores. Claro que ahora probablemente nunca querré volver aquí, para no ser atormentada por la imagen de cuerpos muertos por todas partes.

Pasaron diez segundos completos antes de que Duncan comentara.

—Bastante bien, ¿eh?

Holly giró el rostro y le lanzó una brillante sonrisa.

—Eso es todo lo que escuchaste, ¿verdad?

—No todos los días una lass dice que me encuentra apuesto. —Oh, le gustaba mucho esta versión de su esposa.

Levantó la mano vendada, extendiendo el dedo índice.

—Técnicamente, no lo dije —aclaró—. Pero lo eres y lo sabes, aunque curioso… no habría pensado que fueras del tipo que busca cumplidos.

Él no recordaba ni podía imaginar que alguna vez lo hubiera hecho.

—Solo de mi esposa.

—Y solo como parte de tu juego previo, sin duda —lo acusó —. ¿Arrancando el motor de la atracción?

No tenía idea de lo que eso significaba, pero conocía una verdad.

—Es algo bueno, ¿verdad? Que te encuentre hermosa y que tú me encuentres *bastante bien.*

—Definitivamente mejor que la alternativa —aceptó ella—. Pero en serio, Duncan, no voy a desnudar a un hombre muerto ni a usar su ropa.

Volvió a la seriedad, la idea tampoco le sentaba bien a él, y la desafió:

—Lo pensarás mejor cuando sea de noche y haga frío, y tengas que corretear a la luz de la luna, desnudando los cuerpos hinchados.

—¡Puaj, Duncan, eso no ayuda! —Dejó caer la daga y se limpió la mano en la falda—. Sigo pensando que debería volver y traer ayuda para ti. Nadie viene.

—Es demasiado tarde ahora, lass, con la oscuridad cerca.

Ella abrió los ojos de par en par y frunció el ceño en medio de la frente.

—Por eso quería ir antes.

Alargando su brazo bueno, tomó su mano del regazo, atrayendo su mirada hacia él.

—Vendrán —reiteró, apretando sus dedos alrededor de los de ella—. Esto es más seguro. No movernos. Pero necesitamos su ropa.

Holly gimió en voz alta, girando un poco la cabeza, divertida por lo mucho que parecía una niña quejándose de algo que realmente no quería hacer.

Luego él usó un poco de manipulación, igual que ella había hecho con él antes cuando quería que se moviera. Se movió, fingiendo que podría ponerse de pie.

—Yo lo haré.

—No, no lo harás —se apresuró a contradecirlo, levantándose de un salto—. Ugh, está bien. Lo haré yo.

Se inclinó y recogió la daga, pero no atacó de inmediato. Primero enderezó los hombros y apretó los puños, murmurando algo sobre *tonterías del siglo XIV*, lo que provocó una risita contenida en Duncan, antes de marchar hacia adelante con determinación.

Refunfuñó durante todo el proceso, sus comentarios y sentimientos salieron en ráfagas y oleadas hacia Duncan, algunos más fuertes y molestos que otros. Él sonreía repetidamente y pensaba en lo gracioso que era el destino. Si su esposa no hubiera insistido en conocerlo antes de que su matrimonio se consumara, si no hubiera espiado el claro de flores silvestres, que los habitantes de Thallane normalmente pasaban por alto, si no lo hubiera besado, si no los hubieran atacado los forajidos, si no hubiera demostrado, incluso ahora, cuán resistente e ingeniosa era, lo más probable es que él se hubiera acostado con ella la noche de bodas y luego habría pensado poco en ella. No se le habría dado la oportunidad de enamorarse de su propia esposa.

***

Ella ya había decidido que cuando su esposo estuviera de nuevo de pie, lo iba a dejar boquiabierto por este asunto. Bueno, eso sonaba improbable, como muy poco probable que algún golpe suyo pudiera moverlo. Pero al menos, cuando esto terminara, le daría un buen regaño por hacerla hacer esto.

Ugh, esto era tan desagradable.

Holly cerró los ojos con fuerza y tiró a ciegas de la camisa larga y áspera de lana, tratando de pasarla por la gran cabeza del hombre muerto. Había pensado que robar una prenda grande del hombre más grande podría significar que solo tendría que desnudar a un muerto. Podría haberse equivocado, pero era demasiado pronto para saberlo. La tarea era repugnante, hecha para personas mucho menos aprensivas que ella, destinada solo a cobardes o animales salvajes.

—No puedo creer las cosas que este estúpido período me hace hacer —murmuró, apretando los dientes.

Luchó con el hombre muerto durante casi diez minutos, y eso después de mirarlo inmóvil durante los primeros cinco minutos, antes de finalmente poder alejarse con la camisa en la mano. Bajo la llovizna, con el cabello pegado a la cabeza y al rostro, empapada, embarrada y miserable, volvió pisando fuerte hacia donde Duncan estaba sentado y le lanzó la camisa con enfado.

—Primero tuve que sacar la lanza de su cuerpo, Duncan —gritó, con lágrimas reales cayendo por lo… inhumano de todo—. ¡Tuve que cerrar los ojos del muerto para que dejara de mirarme como si supiera que lo estaba robando! —Recogió la propia camisa ensangrentada y rasgada de Duncan y se la lanzó también—. Ahí tienes. Abrígate. Prefiero congelarme. No volveré a hacer eso. —Y se alejó, dejándolo atrás.

—¿A dónde vas? —le gritó él.

—Tengo que ir al baño —le respondió ella.

—¡No vayas demasiado lejos!

—*No vayas demasiado lejos* —repitió en un murmullo enojado, engrosando la voz para imitar la de él. Y luego más alto —Sí, adelante, desnúdalo, Holly, pero no vayas demasiado lejos para hacer pipí. Ridículo.

Pero no se fue demasiado lejos, demasiado cansada y ya harta para alejarse. Hizo lo que necesitaba y regresó a donde Duncan estaba sentado bajo el árbol, apenas echándole una mirada fugaz. Pero incluso ese rápido vistazo la hizo sentirse tonta por su explosión. Ahora él parecía casi preocupado por ella, como si su arrebato le hubiera hecho darse cuenta de lo terrible que había sido, lo que se había visto obligada a hacer. Aun así, había sido necesario, y no era culpa suya.

—Lo siento por eso —dijo con voz tensa—. Nunca había visto un cuerpo muerto antes, y mucho menos me habían obligado a desnudarlo.

—No debí haberte hecho hacer eso —dijo él, con voz áspera.

—Está bien. Ya está hecho —respondió ella—. Me sentiría peor si tú hubieras tenido que hacerlo y luego hubieras comenzado a sangrar de nuevo.

Él todavía no se había puesto su propia camisa ni la del muerto. Con intención de ser ligera, aunque tal vez no lo logró, le dijo:

—Ahora llevas su camisa puesta. No hice todo eso para que la sostuvieras en tu regazo.

En la dorada luz del atardecer, su sonrisa resultaba bastante encantadora.

—Sí, lass.

Pero luego, por la herida en el brazo de Duncan, se vio obligada a manejar la camisa del hombre gordo una vez más, ayudando a Duncan a ponérsela por la cabeza y el brazo. Ella hizo una mueca cuando cayó sobre su pecho, la mancha roja muy visible sobre la lana color ciervo, el agujero y la mancha de sangre justo sobre el corazón de Duncan.

—No la apoyes allí —ordenó Duncan con brusquedad. Levantó su túnica y se la entregó—. Póntela o lo haré por ti.

—No creo que estés en posición de amenazarme —le recordó ella.

—¿Pero realmente quieres intentarlo?

No quería, pero como no se le ocurría una réplica ingeniosa, le sacó la lengua mientras aceptaba su camisa. Luego cerró los ojos y contuvo la respiración al ponérsela por la cabeza, consciente de la sangre y las vísceras en ella. Pero al menos era la de Duncan. Cayó hasta sus rodillas y, como estaba mayormente seca, pensó que en realidad podría darle calor.

—Y aquí tienes —dijo Duncan, palmeando el suelo a su lado —. Siéntate aquí. No hay nada que hacer más que esperar. No tardarán mucho.

—Eso esperas —comentó Holly. Se sentó, aunque se sorprendió cuando Duncan levantó el brazo y le ofreció su pecho y hombro.

—Es más cálido aquí, junto a mí, ¿verdad?

Estaba segura de que sí. Su renuencia inicial, sin embargo, poco tenía que ver con suposiciones sobre no calentarse, ni con apoyarse en la camisa del muerto que ahora llevaba Duncan. Holly le entrecerró los ojos.

—¿Por qué estás siendo más amable hoy —casi sin fruncir el ceño—, cuando ayer o anteayer no te molestaste con ninguna cortesía, aunque fuera tu día de boda? —preguntó.

—No te conocía entonces —fue su respuesta directa.

—¿Y ahora sí?

—Lo suficiente para saber que mereces más que… más que mis ceños fruncidos.

Holly sonrió brevemente, solo porque con esa revelación, su ceño realmente había vuelto.

—Entonces… ¿te… te obligaron a casarte también?

—No fue obligado. Era mi deber hacerlo realidad, llevarlo a cabo. La paz vale mucho más que mis deseos personales.

—Pero el deber no siempre es fácil —comentó ella. Por sus palabras, entendió que el matrimonio no estaba entre sus deseos personales—. Ni agradable, supongo.

—¿Así percibiste tu deber? ¿Desagradable?

—No. Primero, no se me dio mucha opción. Y, como dije, creía que el matrimonio era… bueno, mi salida. —No quería que profundizara más, así que redirigió la conversación—. ¿Es el deber algo innato en ti, Duncan? Que te enfrentas a cinco hombres que no buscan nada bueno, solo con tu espada y fe en ti mismo. ¿No temiste que pudieran matarte?

—Como norma, no me preocupo —dijo—. La verdad es que estoy tan acostumbrado a la guerra y al combate que un enfrentamiento más, una pequeña escaramuza con infieles ineptos, no me preocupa.

—Pero ¿qué hay del asesinato real? Acabas de quitarle la vida a alguien, ¿eso no te molesta? ¿O pesa sobre ti? —

La idea misma le parecía, según su expresión desconcertada, incomprensible.

—Si no los hubiera matado, me habrían matado a mí y quizás a ti. Eso sí me habría preocupado.

Tan blanco y negro. Supuso que había algo que decir sobre eso, vivir con una filosofía tan simple: matar o ser matado. Duro, pero posiblemente necesario en este tiempo.

Apenas suspiró y se acomodó contra él, un ruido de rasguños y correteos la alertó.

Holly se incorporó de golpe contra Duncan y gritó:

—¡Ayuda! ¡Estamos aquí! ¡Ayuda!

—No es un caballo, lass—dijo Duncan, apretando su brazo alrededor de su hombro—. Tal vez un zorro o una marta de pino.

—O podría ser Graeme u otro, buscándonos —replicó ella—.

—Sí, si vienen a cuatro patas.

Ella conservaba algo de desesperación por ser encontrada, para no quedarse afuera toda la noche, aún preocupada por las heridas de Duncan. Cada diez minutos aproximadamente, gritaba en la oscuridad, llamando "¡Ayuda!" o el nombre de Graeme.

Después de hacerlo por cuarta vez, Duncan dijo:

—Lass, nos encontrarán.

Juraría que podía sentirlo rodando los ojos.

—¿Y si no lo hacen? ¿Y si están cerca pero no lo suficiente para vernos, pero podrían encontrarnos si me oyen?

—Podríamos oírlos —fue la respuesta de Duncan—, si se acercan, si dejas de chillar.

—Bien. Entonces voy a dormir —dijo, habiendo luchado por mantener los ojos abiertos durante más de un cuarto de hora. Se acurrucó en el hombro de Duncan, concentrándose en el calor de su cuerpo y no en la sensación de la camisa del muerto.

***

No estaba seguro de cómo olía tan fresca y limpia después del largo día que habían tenido, pero ciertamente no le molestaba. Tal vez la lluvia, mojando su cabello, había liberado la fragancia. Era muy superior a cualquier otro olor allí, la mayoría sangre y muerte, la sangre suya y lo que cubría la túnica que llevaba, mientras el hedor de la muerte competía con las flores silvestres.

Volvió su rostro nuevamente, con la barbilla rozando la parte superior de su cabeza, e inhaló profundamente su dulce fragancia. Ella había estado dormida casi una hora sin moverse y, aunque estaba complacido por ello, casi deseaba que despertara de vez en cuando para mantenerlo despierto. Dormir no era una opción para él. No estaba seguro si los carroñeros se acercarían por la noche

atraídos por el olor de la sangre, pero antes había oído a lo lejos a algunos lobos y no se sorprendería si una manada llegara hasta allí. Mantuvo su espada cerca, el pomo apoyado justo sobre su rodilla. Tristemente, si llegaba el momento, tendría que usarla con la mano izquierda, algo que rara vez hacía.

Duncan no tenía idea exacta de la hora, pero podría haber supuesto que ya había pasado la medianoche cuando oyó lo que estaba seguro era alguien abriéndose paso por el valle a caballo. Si no era uno de sus hombres, podría ser uno de los ciervos rojos, quizá un gran macho, que a menudo deambulaban por los valles durante la noche.

El más mínimo tintineo de metal, el movimiento de un arnés o estribo, le indicó que era un caballo y jinete.

¿Pero era uno de sus hombres, de Thallane?

Desde su posición, solo podía distinguir una figura sombría, vista y luego oculta entre los árboles entre él y los cuerpos. Inhaló y dio su mejor imitación de un búho.

Un segundo después escuchó la voz de su primo.

—¿Dunc?

—Aquí.

Luego Duncan oyó el sonido de Graeme desmontando, seguido del roce del metal al sacar su espada. Habría hecho lo mismo, con nada más que un malísimo llamado de ave y un breve "aquí" para identificarse. Pero no quería gritar ni hablar más fuerte y despertar a Holly, aunque probablemente pronto se despertaría de todos modos.

No estaba completamente oscuro, y los ojos de Duncan estaban bien adaptados a la noche, de modo que pudo seguir el avance de Graeme mientras se acercaba, notando cómo captaba todo de un vistazo y luego dejaba que su mirada fruncida se posara en Holly, en brazos de Duncan.

—¿Estás solo? —preguntó Duncan.

—Tengo una docena de lads conmigo —respondió Graeme, enfundando su espada y agachándose sobre sus talones—. Hemos estado afuera desde que el gran negro regresó sin ti.

—Llévensela —dijo Duncan—. Está exhausta. Envía a uno de los lads por mí.

Graeme giró el pulgar sobre su hombro, hacia el prado y los cuerpos sin vida.

—¿MacHeths?

Duncan negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Está herida?

—Tiene moretones en la muñeca. Por lo demás, solo está exhausta. Te lo contaré mañana. Me salvó la vida, supongo.

Graeme asintió y extendió la mano hacia Holly.

—Buena esposa tienes ahí.

—Es una guerrera, Graeme —dijo Duncan con orgullo—. Una maldita guerrera.

CAPÍTULO CATORCE

Soñó que la alejaban de Duncan, pero por más que lo intentara no podía abrir los ojos para protestar. Hasta que fue sacudida un poco, levantada más alto y luego apoyada contra algo cálido, y comenzó a moverse a gran velocidad.

No, no era ella. Era el caballo sobre el que la sostenían.

—No —objetó débilmente, su fatiga abrumándola—. ¿Duncan?

—Está justo detrás de nosotros, lass.

Se esforzó por abrir los ojos.

—¿Graeme?

—Sí —fue su respuesta, apretando su brazo alrededor de su cintura, sujetándola con firmeza mientras cabalgaban a paso seguro por la noche oscura—. Has pasado un buen susto, lass, pero todo está bien. Thallane está justo adelante.

—Duncan necesita un médico —recordó—. Una curandera —corrigió, incapaz de concebir que "médico" fuera una palabra conocida en esta época—. ¿Graeme?

—Claro, y he enviado a Harailt más al este, a buscar a la sanadora.

Se relajó al escuchar esta buena noticia.

—Creo que su brazo necesita puntos —dijo somnolienta—. Y podría tener una conmoción o… al menos estuvo tambaleándose un rato por el golpe en la cabeza.

—Y te debe la vida a ti —supuso Graeme.

El pequeño resoplido de risa fue débil y silencioso.

—Ni tanto. Creo que ya se ha establecido que soy un setenta y cinco por ciento cobarde… no estoy hecha para vivir en el siglo XIV.

—El laird discreparía, lo sé.

Eso fue todo lo que recordaría de su regreso a Thallane. Holly no supo nada más hasta que Graeme se deslizó del caballo, interrumpiendo su sueño al incorporarla entre sus brazos.

Entonces escuchó la voz de Duncan y abrió los ojos.

—¿Duncan?

—Todavía está justo detrás de nosotros, lass—dijo Graeme, con un matiz de diversión en la voz, acunándola mientras entraba al castillo.

Seguramente debía ser pasada la medianoche, tal vez aún más tarde, supuso Holly. Pero el enorme candelabro en el centro del salón estaba bien iluminado, y la gran sala rebosaba de gente, hombres y mujeres. Entre sus pestañas parpadeantes, solo veía siluetas y personas apartándose del camino de Graeme mientras atravesaba el salón.

—Esto es absurdo —gritó una voz detrás de ellos.

Holly reconoció el agudo tono como el de la madrastra de Duncan, Doirin.

—¿Qué te ha hecho? Esto es obra suya, ¿no? Sabía que el matrimonio estaba maldito, que solo traería daño.

Al escuchar el señalamiento con el dedo de la mujer, Holly decidió que sería mejor mantener los ojos cerrados un rato. Subían, los pasos de Graeme firmes y seguros sobre las escaleras. Abajo, escuchó la respuesta de Duncan a su madrastra, aunque su voz se desvanecía conforme se distanciaban.

—Déjalo, Doirin —cortó él, su voz más fuerte, ciertamente más enojada que en horas—. Prepara un baño para mi esposa, con Marta y Judith. Que esté listo enseguida. Asegúrate…

Cuando Graeme abrió la puerta de su habitación y la acostó en la cama, la mayor parte de su miedo se había disipado. Graeme tenía razón, todo estaba bien. Duncan estaba, o iba a estar, bien.

Lamentablemente, no se le permitió dormir. En minutos, más personas entraron en la habitación, trayendo primero una tina redonda de madera y luego cubos de agua fría. Graeme permaneció, arrodillado junto al hogar para encender un fuego. A Holly se le permitió dormir un poco hasta que llegó el agua caliente, llevada en hervidores humeantes por algunos de los soldados de Thallane.

Luego los hombres, incluido Graeme, fueron expulsados de la habitación, y Holly quedó con dos mujeres, ambas con aspecto de preferir estar durmiendo. Pero eran amables y no mostraron rudeza alguna al ayudar a la agotadísima Holly a desnudarse y meterse en la tina.

Aunque su baño en la casa Hewgill había sido incómodo, su primero en el siglo XIV y la primera vez que otra persona la lavaba, esta vez Holly agradeció la ayuda. Simplemente no tenía energía para lavarse el cabello, aunque sabía que lo necesitaba desesperadamente. Una de las mujeres se sentó detrás de ella en un taburete, usando un peine de hueso para desenredar su cabello enmarañado. Se escuchó un crujido más de una vez, hojas y residuos siendo peinados. La otra mujer tomó un pequeño cepillo de cerdas semi-blandas para frotar los dedos y manos de Holly, casi dejándolos en carne viva para eliminar toda la suciedad y sangre bajo las uñas y en los nudillos. Simplemente enjuagarse la boca, deshacerse de la sensación y el sabor secos y desagradables, hizo que Holly se sintiera más humana.

Ellas hablaron poco, las tres, todavía con la barrera del idioma. Ella entendía algunos "mi señora" y ofrecía las gracias con frecuencia, pero fuera de eso reinaba el silencio. La habitación entera estaba en calma; a ratos, los únicos sonidos eran el crepitar del fuego o el chapoteo ligero del agua. La luz de las llamas pintaba la estancia con un velo dorado, suavizando aún más el ambiente.

Cuando el baño terminó, a Holly la secaron con suavidad y la vistieron con otra larga camisola, benditamente cálida por tener mangas largas y por haber estado colgada cerca del fuego. Agradeció una vez más cuando la acomodaron en la cama, bajo el hermoso peso de varias mantas pesadas. Más tarde no recordaría si las mujeres ordenaron la estancia o si se marcharon, si la puerta se cerró, si el fuego se extinguió, nada. Cerró los ojos de inmediato y se dejó arrastrar por el sueño.

Curiosamente, no durmió mucho. Cuando volvió a abrir los ojos, aún estaba oscuro.

Se quedó mirando la ventana, donde la única luz se filtraba; le pareció más gris que negra, lo que sugería que quizá ya se

avecinaba la mañana. Por un instante se preguntó si habría dormido todo un día y una noche enteros.

Su siguiente pensamiento fue para Duncan. No estaba segura de por qué se dio vuelta, de por qué esperaba a medias encontrarlo allí, a su lado. Pero el espacio estaba vacío.

Inquieta ahora, y con la preocupación por Duncan borrando los restos de sopor, Holly se incorporó y se frotó el sueño de los ojos. Pasó las manos por la frente y por su cabello aun ligeramente húmedo, todavía era la misma noche entonces, y fue hasta el baúl con sus pertenencias, las cosas de Ceri, en el rincón de la habitación. No encontró nada que pudiera parecerse a una bata ni tampoco zapatillas. Pero la oscuridad todavía era suficiente como para suponer que no levantaría sospechas si rondaba por la casa vestida solo con la fina camisola. Lo único que quería era encontrar a Duncan y asegurarse de que estaba bien.

Con los pies descalzos, Holly abrió apenas la puerta para asomar la cabeza y, al ver el pasillo desierto, avanzó de puntillas. Se asomó a la habitación más cercana a la suya, sin sorprenderse de hallarlo allí, tan cerca. Sintió que tenía cierto derecho a entrar; no armarían un gran escándalo si la descubrían. Era su esposa, al menos de nombre.

La estancia era bastante más grande que la suya, aunque no mucho mejor amueblada. Además de la cama y su mesa lateral, había un cofre de tablas reforzadas con hierro a los pies de la cama. Bajo la ventana del muro más lejano se veía una mesa sencilla que parecía hacer de escritorio, por los pocos objetos que la desordenaban, entre ellos lo que parecía una pluma, y por tanto un tintero. Un taburete se hallaba junto a esa mesa, y otra silla grande, con brazos y respaldo, se encontraba cerca de la chimenea, donde había otra tina, esta de cobre y más ovalada, aún llena de agua.

Su flamante marido, formidable por los dragones que había abatido el día anterior, estaba tendido boca arriba en una cama aún mayor que la suya, aunque apenas del tamaño de una matrimonial en el mundo real. El pecho desnudo, las mantas lo cubrían solo hasta la cintura. Holly avanzó en silencio, sin desear perturbarlo, solo queriendo comprobar que no tenía fiebre, que no sufría secuelas del

día anterior. Como en su propia habitación, el fuego casi se había extinguido y el cuarto estaba frío, más gris que dorado.

Se detuvo a su lado, observándolo un momento, asombrada por la paz que reflejaba, sin arruga ni ceño fruncido en su rostro apuesto. Lo contempló con creciente ternura, aunque no supiera explicar del todo el sentimiento. Le pareció, con cierta tontería, que él era mucho más guapo de lo que ella era bonita. Casi le envidió el espesor y la abundancia de sus oscuras pestañas, que reposaban sobre las mejillas. Los rasgos angulosos de su rostro parecían sacados de un poema o de una canción, eran tan perfectos que quitaban el aliento. Su brazo herido estaba bien vendado, limpio y seco. Estaba inmóvil, con los labios apenas entreabiertos en el sueño. El color pálido quizá fuera solo un efecto de la luz. Impulsiva pero cuidadosa, apoyó la palma en su frente.

Y dio un grito ahogado cuando él se movió con velocidad fulgurante, atrapándole la muñeca, con los ojos abriéndose atentos como si hubiera escuchado sus pasos desde la puerta y solo fingido dormir.

—¡Cristo, Duncan! —exhaló—. Me diste un susto de muerte. Lo hiciste a propósito —lo acusó, con la muñeca todavía apresada en su fuerte mano.

Sus dedos se aflojaron, pero no la soltó del todo.

—Escuché la puerta, pero no me atreví a mirar quién entraba tan sigilosamente, lo que suele indicar malas intenciones.

Holly sonrió, aunque el corazón aún le golpeaba en el pecho por el sobresalto.

—Solo era yo. Quería asegurarme de que no tuvieras fiebre.

—Todo está bien —dijo él, finalmente liberándola.

—Eso parece —convino ella. Su frente estaba seca y fresca —. ¿Vino la curandera? Graeme dijo que la habían mandado a llamar.

Duncan asintió.

—Vino. Me cosió el brazo y la parte trasera de la pierna.

Al darse cuenta de que la habitación era más fría que la suya, o quizá por haber estado ya demasiado lejos del calor de su cama, Holly cruzó los brazos sobre el pecho.

—Muy bien —susurró—. Perdona por despertarte. Solo estaba… preocupada por ti. Vuelve a dormir.

Antes de que pudiera retirarse, él preguntó:

—¿Por qué no estás durmiendo?

Ella dejó escapar una risita, frotándose los brazos desnudos.

—No tengo idea. Lo intentaré de nuevo ahora. Buenas noches. O buenos días.

Duncan la sorprendió al levantar la manta con su brazo bueno, dejando espacio junto a él.

—Ven. Hazme compañía, ya que ninguno de los dos parece poder dormir.

Holly pensó que su primera vacilación se debía solo a la sorpresa.

De cualquier modo, Duncan la animó con humor:

—Tendrás vía libre sobre mi frente, podrás poner la mano allí cada pocos segundos si te place.

Ella sonrió ampliamente ante la invitación, que disipaba cualquier intimidad que pudiera asociarse a compartir la cama, dándole un propósito práctico. Además, él ya había demostrado la noche anterior, ¿o dos noches atrás?, que no era un bárbaro que fuera a tomar algo que ella no quisiera dar.

—Pues no me importa si lo hago —dijo, trepando felizmente a la cama, ansiosa por su calor.

Lo primero que notó, al levantar las mantas para meterse debajo, fue que él estaba desnudo. Alcanzó a ver la piel de su cadera y el inicio del muslo mientras se acomodaba en el colchón, lo justo para advertir que quizá las vendas eran lo único que llevaba puesto.

Holly mantuvo una distancia prudente, al menos treinta centímetros entre ambos. Su corazón empezó a latir de forma inquietante. Estar tan cerca de él, desnudo y magnífico, podía resultar un delicioso tormento… o una pésima idea. Tal vez ambas cosas.

Le ardieron las mejillas, la mente llena tanto de posibilidades sensuales como de las consecuencias de ponerse en semejante situación, los problemas y desvelos que podían venirle después.

Trató de serenarse con los hechos: sí, sabía exactamente lo que estaba haciendo al meterse en la cama con él. Pero quizá, solo quizá, estaba a salvo ahora. Posiblemente sus heridas no le permitieran otra cosa que besarla. Y los besos, se dijo, eran básicamente inofensivos.

Duncan levantó el brazo, como había hecho bajo el árbol el día anterior, invitándola a acurrucarse en el hueco de su hombro.

Ella, de lado, con las mantas hasta la barbilla y las rodillas dobladas, le mostró una mueca de indecisión.

—Estás desnudo —soltó—, así que creo que me quedo aquí.

—¿Esperabas que no lo estuviera? ¿Acaso no saliste tú a hurtadillas vestida solo con tu camisola?

Sus ojos se abrieron más.

—Eh, no. Dormía con esto. En realidad buscaba algo más con lo que cubrirme. No duermo desnuda. ¿Y tú? ¿Siempre?

—Sí. Salvo cuando estoy de campaña, listo para luchar, siempre. —Bajó el brazo, doblándolo bajo la cabeza, y preguntó—: ¿Por qué te molesta que yo lo esté?

—No me moles… —empezó a decir, pero se detuvo. El tono que había usado dejaba claro que lo encontraba ridículo de preguntar. Como diciendo: *claro que me afecta estar en la cama con un dios desnudo que resulta ser mi marido.* Carraspeó, agradeciendo que quizá su rostro quedara a oscuras, y buscó otra salida—. ¿Recuerdas ese beso de ayer? Sí, yo también. Y ahora estás desnudo y… no sé, parece una mala combinación. Ese beso en el fondo de mi mente, tú desnudo, los dos en la cama…

—Tendremos que consumar eventualmente.

—¿Ves? Cuando lo dices como *"tener que"*, suena mucho menos atractivo.

Él no la había estado mirando, pero ahora giró la cabeza en la almohada.

—Sabes que apenas nos conocemos. No voy a cortejarte con palabras bonitas, serían mentiras, hablando de cosas que aún no sé. —Inspiró y exhaló, y mientras Holly pensaba en qué responder, añadió—: Querías conocerme mejor, ¿y qué has aprendido?

Se giró de lado, no sin un gesto de dolor por lo que eso debía costarle. Ella quedó frente a su pecho desnudo, a menos de treinta centímetros de la línea cuadrada de su mandíbula y de su mirada lánguida y escrutadora. Observó el juego de músculos en su bíceps, tensándose y relajándose mientras levantaba el brazo para ajustar la sábana. Era algo tan simple, a pesar de las heridas, girarse de lado y colocarse así, el codo de su brazo bueno hundido en el colchón sosteniendo su cabeza mientras le entregaba toda su atención, pero de alguna manera la hizo sentirse joven, más joven al menos, y especialmente ligera de corazón, como si el mundo entero, pero más aún ese instante, aquí y ahora, estuviera lleno de posibilidades infinitas. Por un momento salvaje, supo de una euforia dentro de sí, sintiendo que habían entrado en la etapa de coqueteo, de conocerse mejor, de su corta relación.

Aun así, en el fondo de su mente estaba la verdad fea y evidente: lo había engañado, porque en realidad ella no existía. Él no estaba casado con Ceri MacHeth, no habría paz para los MacQuillan como él esperaba.

Cuando él enfocó su mirada en ella y alzó una ceja gruesa, recordó que le había hecho una pregunta.

—Oh, bueno, he aprendido a no retarte a una pelea con espada… o con un hacha o una lanza. He aprendido que eres bastante sereno. Yo salí relativamente ilesa y aun así no estaba ni la mitad de tranquila que tú. —*Sé que tu beso es divino. Y si me besaras ahora, que es hacia donde creo que va esto, no sé si tendría la voluntad ni el deseo de detenerte*—. Ahora sé que no eres de esas personas que repiten "te lo dije", aunque podrías haberlo hecho varias veces ayer. Gracias por eso.

Los ojos verdes de Duncan estaban casi negros en ese momento, y su expresión no cambió en ningún punto de su respuesta. Solo la estudió, con la misma intensidad inquietante de antes, y sus ojos bajaron más de una vez a sus labios.

—Muy generales, lass, tus observaciones. Me temo que has aprendido poco, o te empeñas en mantener esto impers*onal.*

Otra vez tenía razón, en ambos aspectos. Era una de esas situaciones en que sabía lo que quería, que él la besara, consumar

su matrimonio, pero sabía que estaría mal. ¡Ella no era quien fingía ser! Y aun así, ya sabía que no haría nada para detener lo que pudiera suceder entre ellos, que quizá se había metido en su cama justamente para que ocurriera. *Soy una persona horrible*, se dijo.

Y aun así, estaban conectados ahora, de algún modo y de una forma más sólida de lo que lo estarían si solo hubieran tenido sexo. No podía explicarlo, por qué lo sentía así, pero allí estaba. Tal vez tuviera que ver con lo de resistir, sobrevivir juntos a una experiencia traumática. Había alguna enseñanza sobre eso, ¿no? En la única clase de psicología que había tomado. Que el trauma compartido actuaba como un agente de unión entre quienes lo vivían.

De todas formas, no lo descartaba, ni el lazo ni su ofrecimiento de conocerlo mejor, de reconocerlo.

En esencia, él era todo lo que tenía en este mundo, la única persona en quien *ella* podía confiar.

—¿Qué… bueno, aprendiste algo sobre mí durante la prueba?

Él soltó una risa, el sonido rico y musical para sus oídos.

—Acabo de aprender que tu idea de una prueba y la mía difieren un poco. —Levantó la mano y apartó un mechón de su cabello detrás de la oreja.

—Por lo que he visto hasta ahora de todo esto, en los últimos días, no me sorprende.

—Todo lo que sé ahora de ti que no sabía antes solo me hace querer besarte otra vez —dijo, con toda intención de hacer esto muy personal—. El beso que compartimos me hace querer yacer contigo, casados o no. Por lo menos quiero explorar más.

Con miedo de que si abría la boca solo lo invitaría a tomarla, ¡por favor!, Holly apretó los labios con fuerza.

—Creía que no eras adecuada para ser la esposa de un laird —prosiguió él—. He cambiado de opinión. Sé que tu madre debió engañar a tu padre; no eres pariente de Malcolm ni de Black Hugh, ni de esa comadreja de Wedast. No habría pensado que me besarías, creyendo que tendría que sujetarte para rozar tus labios, así que me has sorprendido en muchos aspectos. —Levantó la mano

de nuevo, esta vez trazando con el dedo índice la curva de su labio inferior—. Y sí, ahora espero que me beses otra vez, lass.

Su voz había tomado un matiz ronco que le recorrió la espalda con un escalofrío y no ayudó en nada a su determinación.

—Duncan, yo… tengo un poco de miedo.

—¿Qué te asusta?

Cómo explicarle sin revelarle demasiado.

—Creo que te equivocas conmigo. Soy… soy un fraude, Duncan, no soy quien crees que soy.

—¿Eres Holly, la valiente lass que no se escondió cuando llegó la pelea, a pesar de mi orden? ¿La misma Holly que me besó con audacia en un campo de flores, que arrancó la túnica de un hombre muerto?

Ella asintió, sabiendo que al menos esas cosas sí eran verdad sobre ella.

—Solo un beso, lass—susurró, habiéndose inclinado tan lentamente hacia ella que sintió su aliento contra los labios.

En su mente escuchó: *Solo lo meteré un poquito*, lo que le trajo recuerdos bastante horribles de su primer año de universidad, y de Eric Stone, y de su dormitorio que olía a vestuario, también conocido como el lugar donde había perdido la virginidad. Incluso si Eric le hubiera hablado después de esa noche, estaba segura de que seguiría siendo un recuerdo que preferiría no tener. Por suerte, su primer novio serio, real, se había tomado el tiempo de mostrarle lo bueno que podía ser. Por desgracia, al cabo de un par de meses descubrió que, aparentemente, había estado mostrando lo mismo a varias chicas a la vez. Sabía, lo sabía con cada fibra de su ser, que ninguna caricia ni beso podría compararse jamás con los de Duncan MacQuillan. Pasara lo que pasara, nada podría igualar la emoción vertiginosa de estar cara a cara con el hombre de sus sueños, que ahora le pedía un beso.

Y aun así, la culpa luchaba por hacerse sentir dentro de ella.

Tragando saliva, encontró su mirada resuelta y asintió débilmente, advirtiendo como último intento de exonerarse después:

—Solo recuerda, te lo advertí. No soy quien crees que soy.

Él ignoró esto, moviéndose tan pronto como ella asintió. Deslizando los dedos en su cabello, inclinó la cabeza y atrapó su última palabra en el inicio de su beso. Rozó su boca con la de ella en una caricia persuasiva, como si creyera que aún necesitaba convencerla. Holly levantó la mano y la pasó por las duras líneas de su brazo superior. Él recorrió con la lengua sus labios, y ella abrió la boca para recibirlo, con el pulso acelerado al instante por su toque. Sus lenguas se encontraron otra vez, bailando su dúo una vez más. Tan hambriento y ardiente como había sido su primer beso, este ahora era lento, una exploración, pero igual de embriagador que el primero.

Ella quedó envuelta en su aroma, uno que impregnaba la habitación como si el agua de su baño hubiera estado perfumada como el de ella, el suyo con notas de sándalo y limón. Él se movió con facilidad, rodándola sobre la espalda, dejando sus labios para recorrer su mandíbula, hasta su oreja, donde tiró de su lóbulo con los dientes.

Intercaló un muslo entre las piernas que Holly separó con entusiasmo, tanto como su larga camisola le permitió. Su erección se presionó contra su pelvis, y ella gimió ante esto, su centro contrayéndose involuntariamente.

—Tienes puntos en el brazo y en la pierna —le recordó, ya jadeando—. No quiero ser la razón de que tengan que cosértelos otra vez más tarde.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar, lass—dijo con voz ronca contra su oído antes de arrastrar la boca por su mejilla y volver a sus labios.

No se quedó allí, sin embargo, no la devoró con un beso, sino que bajó, succionando a lo largo de su cuello y de su garganta. Se había bañado, pero no se había afeitado. Su barba era áspera, decadentemente áspera, despertando cada centímetro de piel que tocaba.

Ella extendió las manos sobre sus hombros y espalda, deleitándose con la tensa y aterciopelada calidez de su piel bajo los dedos. Quiso ronronear y arañarlo, pero solo hundió sus uñas cortas en él.

Gimió cuando él regresó a su boca, cuando la besó ahora con poca ternura, pero con una necesidad que ella comprendía demasiado bien.

Duncan le subió la camisola y llevó una mano desde su muslo, a lo largo de su cadera y más arriba, entre ellos. Le cubrió un pecho, apretando casi con rudeza hasta que suavizó su agarre, su toque era ligero como una pluma. Las yemas ásperas de sus dedos recorrieron su piel sensible, mientras rozaba con el pulgar su pezón endurecido.

—Sí —gimió ella, con una salvaje oleada dentro, arqueando la espalda contra su mano. Le devolvió el beso exigente, demostrando su aprobación absoluta. Su toque era magia, lo era todo para ella en ese momento.

Holly estaba blanda y dócil en sus brazos, tan ansiosa por ser suya, tan lista para conocerlo de esa manera, a ese hombre al que acababa de conocer hacía cuarenta horas, su esposo, que creía que ella era su esposa.

CAPÍTULO QUINCE

La pierna de Duncan palpitaba, le dolía el brazo y sentía la sangre golpeándole en la cabeza.

Ignoró todo eso, concentrándose solo en ella. Su miembro se había estremecido de anticipación antes de que él hiciera el primer movimiento. Cobró vida cuando su boca tocó la de ella por primera vez. Tan pronto como posó su mano sobre la carne de su pierna, mientras la deslizaba hacia arriba por una piel tan suave como el terciopelo, su erección se hinchó con ansia. Duncan apretó la evidencia de su deseo contra su costado mientras empujaba la camisola más arriba, deseando exponer su cuerpo por completo a su mirada hambrienta. Cuando ella levantó los brazos sin vacilar por encima de la cabeza, él deslizó su mano por la parte interna de sus brazos, llevando la tela más alta hasta que ella levantó la cabeza de la almohada y usó ambas manos para quitársela por completo.

Se incorporó y se detuvo, recorriendo con la mirada toda su extensión, privado de repente de la capacidad de respirar con normalidad, lo que tenía poco que ver con las heridas que había sufrido. Estaba sorprendido por su propia falta de control.

La mañana avanzaba, la fría luz azul de un día nublado bañaba su piel en seda y sombras. Era esbelta y con curvas al mismo tiempo, levantando un pie contra el otro, doblando la rodilla, mostrando la forma de su pantorrilla, inclinando el muslo hacia dentro, escondiendo su tesoro, acciones posiblemente nacidas de la timidez pero que tenían un efecto provocativo. Movió la mano para seguir su mirada, a lo largo de su muslo y una vez más sobre la curva de su cadera, deseando saborear toda la gloria que sus ojos contemplaban. Sus palmas y dedos estaban callosos y ásperos, pero su piel era increíblemente suave.

—Tienes unos pechos hermosos —dijo, deslizando su mano por el valle entre los dos picos y luego alrededor de uno y otro. Su dedo trazó el pequeño hoyuelo en la base de su cuello antes de seguir por su clavícula hasta su delgado hombro. La respiración de Holly se aceleró cuando por fin él bajó la mano y cubrió uno de sus pechos por completo de nuevo. Lo elevó, con los dientes apretados. *Mía*.

Y entonces bajó su boca sobre ella, atrayendo su pezón tenso entre sus labios y dientes. Pasó la lengua por la punta. Holly se arqueó, con los dedos clavándose en el cabello de su nuca. Duncan liberó su pezón y lamió la punta sensible con la lengua para luego dar la misma adoración a su otro seno. Holly gimió de deleite, con un sonido que engrosó aún más su erección.

Deslizó su mano por su vientre plano y entre sus piernas, arqueando las cejas cuando encontró solo una fina franja de vello allí. Holly, obediente y necesitada, permitió que sus piernas se abrieran tan pronto como sus dedos rozaron el vello cuidadosamente recortado. Duncan levantó el rostro de sus pechos, mirando hacia abajo por su cuerpo. La visión de la estrecha línea de vello corto que cubría su palpitante carne rosada era a la vez un espectáculo carnal y exquisito. Más sangre inundó su miembro. Se deleitó viendo sus propios dedos deslizarse en sus pliegues, separando sus labios rosados, y luego se emocionó aún más con su reacción cuando un quejido entrecortado escapó de ella. Empujó más allá, entre sus suaves muslos, sus dedos encontraron ese lugar de placer infinito, indagando en su interior.

Estaba llena de húmedo calor. La desesperación de Duncan creció, con gotas de sudor perlando su frente.

—¿Soñaste con esto, lass? —preguntó—. Dices que soñaste conmigo. ¿Te tocaba así en tus sueños?

Ella negó con la cabeza, con los brazos y las manos extendidos sobre la cama, sus dedos aferrándose a las mantas deshechas.

—No, no lo hacías. Pero… oh, yo quería que lo hicieras.

Gimió y se acercó a ella, su boca se cerró sobre la de ella con casi violencia, con su lengua imitando la embestida de sus dedos y el

vaivén de sus caderas. Ella retiró los brazos, deslizando uno bajo su hombro, mientras con el otro buscaba alcanzarlo. Gimió como un crío en el instante en que su mano cerró alrededor de su polla, su deseo enorme y duro, sus caricias dulces y audaces. Su polla se tensó en reacción, y su pecho se oprimió de anhelo.

—Dentro de ti —roncó, retirando su mano de entre sus piernas, rozando su dedo húmedo sobre el delicado nudo dentro de sus labios rosados, una y otra vez hasta que ella le suplicó lánguidamente:

—Sí, por favor.

Encontró sus labios de nuevo, demorándose en un beso, y sintió un estremecimiento recorrerlo cuando ella clavó sus uñas en sus hombros. Ella no quería suave y lento, dedujo, y profundizó el beso, un gruñido posesivo brotando desde lo profundo de su pecho.

Se acomodó entre sus muslos e intentó no hacerse añicos cuando la punta de su pene tocó su centro. Y entonces Duncan se enamoró al instante de la forma en que ella elevó sus muslos y lo sujetó con fuerza.

Lentamente, se deslizó profundamente dentro de su húmeda y acogedora vaina.

Se detuvo allí, con los ojos cerrados, absorbiendo el torbellino de sensaciones.

Te sientes como el cielo.

En toda mi vida, nunca he deseado nada más que esto.

Nunca antes el fuego abrasador se había sentido tan bien.

Tantos pensamientos bullían en su cabeza. No pronunció ninguno, no queriendo hacer esto demasiado… singular, o más bien reacio a hacerle saber lo extraordinario que era.

—¿Qué sientes? —preguntó en su lugar, abriendo los ojos.

—Me siento… dispersa —dijo, ronca por la emoción, con una voz tenue—. Pero a la vez, tan tensa. Cristo, Duncan, por favor, muévete dentro de mí.

Lo hizo, pero no tenía prisa. Se retiró y deslizó hacia adelante, gimiendo cuando su vaina lo apretó. Continuó atormentándose a sí mismo y a ella, sus embestidas pausadas eran tanto el cielo como el infierno. Hasta que el cielo llamó con avidez, y

un gruñido gutural de pura necesidad fue arrancado de su pecho. Embistió sus caderas contra las de ella, fuerte y profundo. Ella estalló con un grito, con sus músculos contrayéndose alrededor de su miembro, instándolo a empujar más fuerte, más rápido. *Oh*, pero estaba apretada. Y dulce. Tan malditamente perfecta.

Sabía que no duraría tanto como deseaba, no ahora, en su primera vez, mientras aún estaba asombrado por su cuerpo y su pasión. La explosión de Duncan lo atravesó poco después de que la de ella la consumiera, con su cuerpo endureciéndose brevemente antes de derramar su semilla dentro de ella. Se desplomó sobre ella, clavando las manos en su cabello, tirando, enterrando su rostro en su cuello, vagamente consciente de que ella había dejado caer las piernas sobre el colchón. Su clímax continuó recorriéndolo, el placer arañándolo con colores vívidos y hermosos al mismo tiempo que lo agotaba.

—Oh, Duncan —dijo ella después de un momento, sus palabras vibrando contra su mejilla—, pero eso fue increíble.

Él soltó una risita, no tan fuerte como podría haberlo hecho si no estuviera tan sin aliento, pero rio de todos modos contra su cabello y cuello. Se movió, salió y se apartó, acomodándose de costado y atrayéndola contra él.

—Sí —dijo, todavía un poco sin aliento. Su cerebro aún no podía procesar mucho—. Oh, en efecto.

La sostuvo cerca, acariciando su espalda, todos sus sentidos agudamente vivos y en armonía con la sensación de su cuerpo desnudo recostado contra él. Depositó un beso en la parte superior de su cabeza, acomodada bajo su barbilla.

Su brazo estaba cruzado sobre su pecho, y sus dedos rascando ociosamente, lentamente, y luego más lento hasta que se detuvieron, y ella se durmió.

La dejó dormir en sus brazos, esforzándose al máximo por no permitir que su unión ocupara un lugar preponderante en su mente o su corazón. Había hecho lo necesario, aunque glorioso, y eso era todo. Había cumplido con su deber. El hecho de que hubiera sido magnífico no significaba nada, excepto que le gustaría hacerlo de nuevo. La mujer en sus brazos, su piel cálida y suave contra él, sus

respiraciones regulares soplando sobre el vello de su pecho, significaba poco para él excepto por esto, por la oportunidad de plantar su semilla en ella. No permitiría que ella fuera más que eso para él.

Incluso dentro de los confines de éxtasis actual, sintió la sacudida de viejas advertencias, de su padre siendo llevado por una cuerda por Doirin. Eso no le pasaría a él, no era tan débil como lo había sido su padre, no quería despertar un día lamentando todo lo que había permitido que se le fuera de las manos, la pérdida de control y dominio. No era que comparara a Holly con Doirin, no estaban cortadas por el mismo patrón, lo sabía, lo había sabido casi desde el principio.

Pero aun así, ella era un peligro tal como era, ¿no es cierto? ¿Por ser franca y valiente, por desafiarlo y provocarlo? Todavía no había decidido de qué trataban su susto inicial y sus lágrimas cuando llegó por primera vez a Thallane. No pensaba que fueran meras tretas para salirse con la suya, sino que consideraba que su comportamiento entonces era su propia y lenta aceptación de su boda, que, como ella había dicho, más bien le había sido impuesta, para luego levantar la barbilla y seguir adelante, como él siempre intentaba hacer: comenzar como se pretende proceder. Después de ese primer día, había mostrado poco de quebrantada y vencida.

Una compañera digna, decidió. Aunque era un pensamiento inútil. Se recordó a sí mismo que aparte de esto, aparte de hacer y dar a luz a sus hijos, simplemente no tenía ningún uso real para una esposa.

Por supuesto, cuando despertó solo unas pocas horas después, su esposa ya no estaba, no recordó su último pensamiento antes de sucumbir al sueño: que no permitiría que Holly desempeñara ningún papel ni tomara parte de él.

Su ausencia inmediatamente le sugirió la idea de que podría arrepentirse de lo ocurrido, o de su entusiasmo por ello, que quisiera alejarse, y Duncan se vio invadido por una inquietud que no había anticipado. Se pasó la mano con rudeza sobre la barba incipiente en la mandíbula, como si eso suavizara la expresión de su rostro, y se levantó de la cama, caminando desnudo por la habitación para

encontrar su ropa, con la intención de localizar a su esposa y evaluar su estado de ánimo. Incluso podría mostrarse dispuesto a recibir otro beso de sus dulces labios.

Se detuvo mientras se colocaba una túnica fresca sobre la cabeza, la acción interrumpida por un nuevo pinchazo de dolor en el brazo y por el pensamiento de que buscar a su esposa de inmediato probablemente no era un patrón que deseara iniciar.

Su túnica descendió lentamente, a insistencia de sus ahora distraídas manos.

No tenía intención de comportarse como un amante enamorado.

No buscaría a Holly esa mañana, tal vez no en todo el día.

Ya había demostrado el poder que podría ejercer si él lo permitía.

***

Holly había salido de la cama de Duncan hacía más de una hora, regresó a su propia habitación y se vistió, deseando visitar la playa, un lugar vigorizante y apartado, donde pudiera ordenar en privado todas las emociones que la consumían. Se detuvo en la puerta, que aún estaba cerrada a aquella hora, y un soldado con casco de metal le impidió salir, observándola desde su elevado puesto en la muralla, desde donde podía ver tanto dentro como fuera del muro de cortina.

—Estamos en cuarentena, mi señora —dijo—. Después de que el señor desapareciera ayer, y usted también, el capitán dijo que la puerta permanecería cerrada. —Al ver su expresión desilusionada, suavizó un poco su postura—. Pero no tema, mi señora, se abrirá pronto.

—No importa —dijo ella—. Gracias. —Y se dio la vuelta, sin otra opción que buscar consuelo dentro del castillo. Necesitaba desesperadamente procesar la culpa y la intensidad de lo que había ocurrido hace unas horas con Duncan. Se había asegurado de no permanecer ni en su cama ni en la de él, por temor a que él viniera a buscarla.

Al regresar al hall por donde había salido momentos antes, se encontró con la madrastra de Duncan, Doirin, y consideró

brevemente apresurarse silenciosamente hacia las escaleras mientras la mujer tenía la espalda vuelta.

Holly había dado solo unos pasos con esa intención, evitando cualquier posibilidad de hablar con la mujer, cuando Doirin se dirigió a ella desde atrás.

Holly frunció el ceño y suspiró antes de girar. Cuando finalmente se dio vuelta para enfrentarla, toda expresión desapareció de su rostro.

—¿Perdón?

—Tu cabello —dijo Doirin, frunciendo el ceño y tensando la piel alrededor de la boca—. Ahora eres la esposa del MacQuillan, una mujer casada. Debes peinarte acorde a ello. —Avanzó con su porte regio.

Holly inhaló profundamente.

—No sé cómo hacerlo — *No quiero hacerlo*. Recordó a Duncan pasando sus dedos por su cabello esa misma mañana, tirando ligeramente de los mechones. Pero reprimió el impulso de decir: *Le preguntaré a mi esposo cómo quiere que me peine*.

Honestamente, parecía doloroso, lo rígidos que eran los moños o nudos que estas mujeres llevaban. Holly pensó que Doirin se vería incluso más arrugada si su cabello no estuviera tan tirante y recogido.

El ceño de Doirin se profundizó.

—No es para que lo sepas. Marta te asistirá, como lo habría hecho si hubieras esperado su presencia esta mañana. Fue a tu habitación, pero no estabas allí. En el futuro, no deberías salir de tu habitación por la mañana hasta que Marta te haya vestido y arreglado el cabello.

Holly no quería empezar conflictos, pero tampoco pensaba comprometerse con un estilo de vida que no deseaba y que no necesitaría por mucho tiempo.

—Le pediré disculpas a Marta —dijo Holly—. Pero no necesito… ayuda para vestirme ni para nada más. Simplemente no estoy acostumbrada —trató de suavizar el golpe, ya que Doirin parecía casi horrorizada.

Doirin levantó ligeramente el rostro, mirando a Holly con cierta superioridad.

—Imagino que perderte en tu propia casa y la pequeña travesura de ayer te habrá hecho darte cuenta de cuánta ayuda realmente necesitas.

¿Travesura? pensó Holly. Esta mujer es increíble. Levantó las cejas.

—¿Crees que la culpa de ambas cosas es mía, verdad? ¿Cómo iba a ser mi culpa que cinco desconocidos me atacaran en tierras MacQuillan?

—¿No lo es?

—¡Ni siquiera conocía a esos tipos!

Doirin no se mostró convencida.

—Curioso, ¿no? Cómo llegaron exactamente a donde y cuando tú lo hiciste, tan lejos del castillo.

Holly, que no había pensado en la coincidencia, la miró asombrada, pues Doirin obviamente sí lo había hecho. Sin importar cómo Doirin hubiera oído ya los detalles. Holly sabía que en el castillo las noticias viajaban rápido.

Con voz cargada de enojo por la insinuación, Holly respondió:

—No tuve nada que ver con eso, ni con quedar encerrada en la bodega—. Se contuvo de mencionar que Moire fue la última en verla antes de bajar a la bodega, pues eso sería una especie de acusación. Holly mostró una sonrisa tensa y desaprobadora—. Buen día —dijo, sin más palabras amables, convencida de que no le debía más tiempo a la mujer. Holly giró y se dirigió hacia la mesa elevada y las cuatro puertas más allá. Podría haber subido la escalera principal al otro extremo, pero girar dramáticamente la alejó de Doirin, y tampoco estaba segura de estar lista para encontrarse con Duncan.

Sabiendo que las escaleras y el arco a la izquierda conducían a la habitación de invitados y que la puerta junto a ellas llevaba a la bodega, a la que no volvería, Holly se dirigió al otro tramo de escaleras y entró por la puerta derecha en la parte superior.

El pasillo era corto y oscuro, girando en una esquina antes de encontrar otras puertas o habitaciones. Sin un destino, se detuvo y

se apoyó contra la pared, cubriéndose el rostro con las manos. Maldición, ¿por qué todo era tan difícil en esta época?

Las lágrimas se acumularon y cayeron, la desesperanza y el arrepentimiento la devoraban por dentro. Holly presionó las palmas de las manos contra los ojos, intentando dejar de llorar.

Una puerta a su izquierda se abrió y cerró, y de repente Graeme caminaba hacia ella por el pasillo tenuemente iluminado. Supuso que sus ojos brillaban tanto como sus lágrimas. Se limpió el rostro, odiando esa debilidad, y forzó una sonrisa dolorosa.

—¿Mi señora…?

—Estoy bien —respondió rápidamente, ampliando la sonrisa falsa—. Lo prometo. —Pero, sinceramente, qué conmovedor era el interés en el rostro de ese guerrero endurecido por la batalla. Qué chico tan amable.

Claro que no le creyó y amablemente justificó sus lágrimas.

—Un buen susto, dos días seguidos. No escondas las lágrimas, lass. Yo también lloraría si me dieran una bienvenida tan descuidada.

No, él no lo haría, estaba segura. Era fuerte y fiero como Duncan. Pero también era muy amable al pretender que no lo era. La sonrisa de Holly se volvió genuina entonces.

—Gracias, Graeme —dijo—. Quería ir a la playa, solo para despejar mi cabeza, pero no me dejan salir. Solo necesito un lugar, no mi habitación, donde pueda, ya sabes, tener algo de privacidad y pensar.

—Sí, conozco un lugar. ¿Eso te servirá, mi señora? ¿Tener un sitio para estar tranquila?

Holly encogió de hombros, pero su cálida sonrisa permaneció.

—Eso espero, Graeme.

Él sonrió torcidamente y luego señaló hacia el hall.

—Sígueme. Conozco el lugar perfecto para que pienses y ordenes tus ideas.

Holly siguió a Graeme de regreso al hall y a través de la habitación de invitados que ya había visitado, luego subieron por las escaleras que había notado hace dos días. Las escaleras conducían a

la torre sur del castillo, pero Graeme no la dejó allí. La llevó por un pasillo cubierto hasta la torre en la esquina noroeste, abriendo la puerta para revelar una lujosa habitación que dejó boquiabierta a Holly.

Casi reverente, con los ojos abiertos por la sorpresa, Holly entró lenta y completamente en la habitación.

—Oh… cielos —susurró. La torre estaba amueblada con colgaduras de seda y damasco, una cama con dosel y cortinas de seda, un colchón grueso, edredones y pieles. Un armario, una mesa cuadrada y un taburete acolchado eran los únicos muebles adicionales, pero la grandeza no pasó desapercibida para Holly. Junto a la chimenea de piedra, que parecía no haber visto fuego recientemente, había un par de pinzas y una pala de leña. No había ventana, solo lo que parecía una gran puerta francesa, cerrada y cubierta con cortinas de seda bajo persianas de madera, hasta que Graeme las abrió, dejando entrar un intenso rayo de luz y revelando un pequeño balcón con vista al mar.

No bien Holly pensó que era digna de una reina, Graeme admitió que había sido diseñada casi como tal.

—Hace muchos años, nuestro rey en un tiempo, Alexander, encontró refugio aquí durante varias semanas —explicó Graeme—. Desde entonces, ha albergado alternativamente al obispo de Glasgow, Robert Wishart, y varias veces a nuestro estimado William Wallace. Por una vez, Doirin se hizo útil, insistiendo en que la cámara se amueblara de acuerdo con su rango.

—Bien hecho, Doirin —elogió Holly mientras se dirigía al balcón. Se inclinó sobre la barandilla de piedra a la altura de la cintura, dándose cuenta de que estaba un piso más alto que los guardias en la muralla. Dos soldados que paseaban levantaron la vista hacia ella. Holly les saludó alegremente con la mano, sabiendo que no recibiría ninguna queja, no con Graeme a su lado.

A pesar del viento que levantaba su cabello y se lo lanzaba por las mejillas y los ojos, el mar estaba relativamente tranquilo hoy, y el cielo era un manto interminable de azul claro. Las olas rodaban suavemente a lo largo de la orilla directamente debajo, espumosas por un momento hasta que el agua se aplanaba y regresaba al mar.

Holly inclinó el rostro hacia el sol, sintiéndose instantáneamente revitalizada.

Pero luego giró de repente, mirando de nuevo hacia dentro, hacia la cama. William Wallace había dormido allí.

¡William Wallace!

—Oh, esto es perfecto, Graeme. Gracias.

Con una inclinación educada de cabeza, él se retiró, dejando a Holly con sus pensamientos torturados, aunque seriamente mitigados por el esplendor, ¡la historia!, contenida en solo esta habitación.

Volvió al balcón y a la magnífica vista.

Sin embargo, el tumulto de su mente se negó a desaparecer indefinidamente y pronto se vio obligada a enfrentarlo.

Luchaba con lo rápido que había cedido al deseo de Duncan de hacer real su matrimonio; en verdad, no solo había resistido poco, sino que en realidad lo había facilitado. No dormía con cualquiera, ni se acostaba casualmente como algunas de sus amigas; siempre había necesitado sentir *alguna* emoción, algo de esperanza para poder acostarse con un hombre. ¿Y con Duncan? ¿Sentía esperanza o emoción? No estaba segura de cómo podría haber imaginado alguna esperanza de su unión fatídica. Pero reconocía que la emoción era posible, al menos de su parte; él había demostrado que podía ser amable, había mostrado cuán protector era, lo cual era sexy y atractivo. Le había recordado lo que siempre había creído, lo que había sido cierto toda su vida: que sin *algún* sentimiento, el toque de un hombre no le haría nada.

Aun así, se enfurecía consigo misma. Solo había sido codiciosa, pensando únicamente en el placer personal y perfecto de su toque, y nada en las consecuencias. En medio de su pasión, había convenientemente olvidado por completo el enorme elefante en la habitación: no solo era de otra época, sino que no era quien él pensaba que era. A pesar del sexo que le hacía estremecerse, no era más su esposa hoy que ayer.

Lo que más la angustiaba esa mañana era otra parte de su completa imprudencia. No había estado tomando anticonceptivos en más de dos años. Después de romper con Jason, le había parecido

inútil. En ese momento, estaba desinteresada en los hombres, y la píldora no había sido muy amable con su piel. Así que dejó de tomarla, y lamentablemente, no había tenido necesidad hasta ahora.

Pero no, había tenido sexo sin protección. ¿Y qué demonios?, ¿y si quedaba embarazada? ¿Cómo podría irse entonces?

Por otro lado, se preguntaba qué significaría el sexo de la noche anterior para él, si es que significaba algo. No quería darle demasiada importancia al delicioso enredo de sábanas de anoche, aunque era casi imposible no hacerlo. La verdad es que, antes de anoche y por algunas cosas que él le había dicho, habría apostado gran parte de su dinero a que Duncan MacQuillan era un tipo del estilo "rápido, intenso y gracias señora". No porque no supusiera que él tuviera la virilidad o el orgullo para llevarla al placer, sino porque él no estaba más contento con el matrimonio que ella, y en parte porque todavía no estaba muy segura de que siquiera le agradara. "Rápido, intenso y gracias señora" ciertamente no había sido. Aún no entendía por qué había pasado tanto tiempo asegurándose de que ella disfrutara. Francamente, con solo mirarlo, se excitaba. Las pocas muestras de su personalidad atenta probablemente ayudaban. Si él hubiera sido un completo imbécil con ella desde que se casaron, probablemente habría sido rígida e inflexible en la cama. Pero solo esos pocos vislumbres del hombre detrás de la máscara severa y salvaje parecían haber sido suficientes para aflojar sus inhibiciones y permitirse ser seducida plenamente y felizmente por su esposo.

Pero, ¿por qué lo había permitido? Más bien, ¿por qué lo había *querido*?

Se burló de la primera respuesta que vino a su mente, sabiendo que estaba loca por siquiera considerar la mínima posibilidad de un futuro con Duncan.

Venían de tiempos diferentes.

Lo había traicionado.

Quería volver a casa.

No tenían futuro.

Holly bajó la cabeza sobre su pecho, sin resolver nada, sin respuestas a la vista.

Y luego, todos sus miedos y preocupaciones flotaron con el viento cuando aparecieron dos manos a cada lado de ella, sobresaltándola brevemente hasta que reconoció rápidamente las fuertes y mágicas manos de Duncan. Su instinto inicial fue colocar sus manos sobre las de él. No estaba segura de qué le impedía hacerlo. Giró un poco el rostro, encontrando el suyo cerca del de ella, pero sin tocarlo.

—Graeme me dijo que podría encontrarte aquí —dijo él.

Ella había imaginado que él acurrucaría su rostro y labios en su cuello. Se imaginaba recostándose contra su amplio pecho, siendo envuelta por sus brazos. Quizá la frescura de su conexión era lo único que impedía que cualquiera de los dos hiciera eso.

Sin embargo, Holly encontró algo de consuelo en sus siguientes palabras.

—Te debo una visita a la playa —dijo él.

Y toda la autocrítica que acababa de tener se desvaneció tan fácilmente como la arena podría ser arrastrada por el viento y el agua.

—Eso suena perfecto —dijo ella, sonriendo a su esposo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Por supuesto que estaba enojado consigo mismo por no poder mantenerse alejado de ella ni siquiera unas pocas horas. En parte culpaba de eso a Graeme, que había buscado a Duncan hace un rato, aconsejándole: "Tu esposa no ha tenido un tiempo fácil, Dunc. Está empezando a afectarla."

Unas pocas preguntas concisas a su capitán habían llevado a Duncan hasta aquí, hacia ella. La había encontrado en la torre, maravillado por la forma en que el sol brillaba sobre su largo cabello oscuro, recorriendo con la mirada su figura esbelta. Había pasado junto a la cama monstruosa con su lujosa ropa de cama, sobre la que William Wallace había apoyado su cabeza más recientemente, y había debatido brevemente si acostar a su esposa en esa cama lujosa y deleitarse con su cuerpo una vez más.

En parte, culpaba su llegada aquí y ahora para encontrarla a la novedad, a la frescura de su "nosotros", de lo reciente y bien recordada que estaba su unión. Solo se entretendría con ella ahora, nada más. Se cansaría rápido del juego y volvería al trabajo. No se permitiría enamorarse de su esposa ni dejarse llevar tan fácilmente como Doirin había logrado con su padre durante el primer año.

Aun así, no le importó tomar su mano, guiarla fuera de la torre, bajar las escaleras y salir al exterior. La puerta ya había sido abierta, la reja levantada. Tomados de la mano, caminó con su esposa alrededor de la enorme muralla hasta el borde de Thallane, que también era el límite del terreno en esta costa occidental. El viento no era tan molesto hoy como para que descender por el acantilado representara algún desafío. Los escalones hacia la playa, tales como eran, no estaban labrados en piedra sino esculpidos en la roca del acantilado marino hace varias generaciones. El descenso no

era vertical, sino inclinado hacia el sur, con una caída de no más de doce metros.

A mitad de camino, Duncan se detuvo y señaló el musgo primaveral y la prímula que crecían en un saliente expuesto. Holly exclamó al respecto, mostrando una de sus lindas sonrisas. Tal vez en otra ocasión, la llevaría más al sur a lo largo de la cima del acantilado y le mostraría el nido perfectamente excavado de los frailecillos, que pronto se dirigirían al mar para el invierno.

Donde la roca se encontraba con la arena casi blanca, Duncan soltó su mano, observándola mientras sorteaba las rocas descubiertas antes de sentarse y quitarse las botas cortas. Duncan aprovechó ese momento para escanear la playa más críticamente, incluso hacia arriba, asegurándose de que el guardia también tuviera la vista en la playa. El incidente casi peligroso de ayer le había recordado lo crucial que era la vigilancia constante. La seguridad se daba por sentada siempre que él estaba en Thallane, pero se había reprochado a sí mismo por su descuido de ayer.

Cuando volvió a mirar a Holly, ella estaba hundiendo los dedos desnudos en la arena, con el rostro inclinado hacia el sol. Su cabello suelto se agitaba alrededor de los hombros y la cara por la brisa marina. Aunque parecía no importarle y no hacía nada para evitarlo, él se preguntó si eso sería molesto, los mechones golpeando y resbalando constantemente sobre su rostro.

—Quizá sería mejor que te trenzaras el cabello la próxima vez —comentó, alzando la voz mínimamente para hacerse oír.

—Doirin dijo lo mismo, que necesito cubrir mi cabello —frunció la nariz, indicándole sus pensamientos al respecto—. ¿Ahora debo cubrirme el cabello? Ella dijo que, como soy tu esposa, debo hacerlo. —Se levantó y se limpió distraídamente la arena de las nalgas mientras esperaba su respuesta.

Duncan negó con la cabeza, pero dejó de instruirla, considerando que lo mejor sería que ignorara a Doirin por completo. Levantó la mano y apartó el cabello de un lado del rostro de Holly. Le gustaba bastante su cabello, la longitud sensual, los reflejos dorados que le daba el sol, y particularmente el aspecto salvaje que tenía en ese momento.

—Deja tu cabello suelto —sugirió, más porque parecía ser su deseo.

—¿Cómo está tu brazo, por cierto? —preguntó ella—. ¿Y tu pierna? Espero que las… actividades de anoche no te hayan causado problemas. —Se mordió el labio mientras sus mejillas se enrojecían.

Duncan sonrió ante eso.

—¿Actividades, eh? —A su tímido encogimiento de hombros y sonrisa contagiosa, que animaban perfectamente sus ojos, respondió —: Ningún efecto adverso. —La verdad era que su pierna había empezado a sangrar de nuevo, pero la sanadora la había revisado esa mañana, asegurando que las puntadas estaban bien. Había aplicado más ungüento sobre el corte cosido y volvió a vendar su muslo, advirtiéndole que debía abstenerse de "lo que sea que hiciste que causó esto", cosa que ciertamente no haría.

Holly le mostró otra mueca y sonrisa, usando ambas manos ahora para apartar los mechones que le caían por la cara.

—Perdón, probablemente debería haber preguntado eso *antes* de bajar por el acantilado. Pero ya estamos aquí. Ven a caminar conmigo por la orilla.

Él lo hizo, siguiéndola hasta donde rodaban las olas bajas. Pero Holly no caminaba, al menos no de inmediato. Bailaba un poco, se agachaba aquí y allá para investigar conchas y otros restos en la línea de algas, antes de levantarse y continuar hacia lo que capturara su atención con espíritu.

En un momento, solo a unos metros delante de él mientras paseaba, giró y caminó hacia atrás, su cabello brillante una vez más ocultando gran parte de su rostro.

—¿Vienes aquí muy a menudo? —preguntó.

—No —respondió—. O ya no. Mi madre solía traerme. Le gustaba deambular como a ti. Le gustaba ver y tocar todo.

Holly se detuvo, permitiendo que Duncan se acercara a treinta centímetros de distancia. Esta vez giró la cabeza a un lado, apartando el cabello de su rostro.

—Supongo que, como Moire tiene... ¿qué? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho?, tu mamá se fue hace mucho.

—Sí, cuando tenía doce años.

—¿Fue raro entonces, cuando tu padre se casó con alguien casi de tu edad?

—¿Raro? No. Yo era su único hijo sobreviviente —dijo—. Tres otros hijos que tuvo mi madre no superaron su primer año. —Notando el gesto de tristeza instantánea en Holly, explicó—: Mi padre necesitaba una esposa joven para que le diera más hijos.

—Bueno, aquí va una pregunta indiscreta: ¿Se decepcionó entonces de que Doirin solo tuviera hijas?

Suponiendo que habría pocos secretos entre él y su esposa, respondió:

—Una de las muchas cosas que mi padre lamentó de ese matrimonio.

—No es toda bondad y luz, ¿verdad? —preguntó ella, girando y caminando junto a él.

Otra sonrisa surgió en él.

—Sí, esa es una manera de evaluarlo. —Entonces recordó algo que había estado en su mente desde que ella se lo mencionó—: Cuéntame sobre esos sueños de los que hablaste —animó—. Dijiste que soñabas conmigo.

Francamente, había considerado que o bien había malentendido, o que ella solo hablaba por fantasía, así que se sorprendió bastante de su respuesta inicial.

—¿Sabes qué es lo curioso de esos sueños, Duncan? Los tenía bastante seguido, podía tener uno o dos por semana. Pero no he tenido un solo sueño contigo desde que… desde que llegué aquí. Y en serio, ¿nunca soñaste conmigo siquiera una vez?

Negando con la cabeza, reflexionó sobre lo casual que hablaba ella de algo tan extraordinario. De hecho, se sintió obligado a preguntar:

—¿Estás segura de que era yo en esos sueños?

Esto provocó una carcajada de ella. Pateó pequeñas piedras en la arena, mirando al suelo también, y dijo:

—Estoy bastante segura de que no te confundí con otra persona, Duncan. Definitivamente eras tú. Por eso me sorprendió tanto encontrarte… o verte en la boda.

—Entonces, ¿qué interpretaste de esos sueños? ¿O qué hacíamos en ellos? —No estaba seguro de por qué debía seguir con esto. Solo eran fantasías, nada más, visiones como mucho, de otro modo delirios.

—Eso es lo curioso, Duncan —dijo ella—. Nunca hacíamos nada realmente, nada pasaba en los sueños. ¿Pero sabes cómo es cuando sueñas, te ves a ti mismo desde lejos? Nunca fue así. Era como si estuviera allí contigo, y tú sabías que estaba, me hablabas. Podía verte como ahora. Bueno, no, en realidad siempre estabas un poco borroso. —Hizo una pausa, inclinándose para recoger una pluma de pájaro, que Duncan estimó podría ser de un chorlito. Cuando se enderezó, sostuvo la pluma por el tallo y pasó los dedos de la otra mano arriba y abajo sobre el penacho—. Y no me preguntes qué decías —continuó—, nunca pude escuchar ni entender. Pero frecuentemente, generalmente, estabas enojado en los sueños, como si trataras de decirme algo y te enfadabas porque no podía entenderte. Eran… eran generalmente confusos, por cómo se repetían una y otra vez, pero nunca pasaba nada.

Duncan asimiló esto, pero no tenía idea de qué debía o podría deducirse de ello.

—Oh, acabo de recordar algo —dijo ella, agitando la pluma en el aire—. La última vez que soñé contigo no estaba durmiendo. O no creía estarlo. Y fue la única vez, de todos esos sueños, que supe lo que decías. Me instabas a ir contigo, decías que no tenía elección. Yo decía que no eras real, y tú decías que eras de carne y hueso, aunque yo sabía que no lo eras, no entonces ni allí. De todos modos, dijiste: *"Ahora me perteneces"*. Eso fue, um, dos o tres días antes de que vinieras a Hewgill House.

Si era cierto, era tan fascinante como desconcertante. Pero no estaba convencido de que no fuera solo alguna fantasía inventada por su mente, aunque la razón detrás de esto planteaba un misterio aún mayor.

Holly volvió a detenerse, pero no para investigar alguna cosa encontrada en la playa. Duncan también se detuvo y la encontró mirándolo en su lugar.

—No me crees —adivinó ella.

—Creo que tú lo crees, lass—fue todo lo que él permitió.

—Está bien —dijo ella, asintiendo un poco, aunque no siguió caminando—. Lo entiendo. Suena increíble, aunque no tan irreal como algunas de las cosas que he visto y sabido.

Podría haber cuestionado esa afirmación tan dudosa, pero ella no le dio oportunidad. De hecho, más tarde determinaría que lo que había dicho y hecho a continuación era simplemente una manera de distraerlo de examinar sus palabras crípticas.

Se movió para colocarse directamente frente a él, levantando la cara hacia él y entrecerrando los ojos contra el sol brillante mientras lo miraba. Aunque una sonrisa jugaba en su hermosa boca, suspiró como si estuviera cargada de un peso.

—Probablemente quieras besarme mientras estamos rodeados de este paisaje tan romántico —dijo, fingiendo una resignación que no coincidía con el gesto de sus labios.

Duncan soltó una risa inesperada, genuina y sentida. Sí, ciertamente quería besarla, lo había querido desde hacía un tiempo. Extendió la mano hacia ella, la que todavía sostenía la pluma, y la atrajo hacia sí.

—Tal vez seas tú quien desea un beso —sugirió.

—Um, sí, Duncan —dijo ella con naturalidad, fingiendo ahora cierto descontento mientras rodaba los ojos—. Pista: si menciono un beso, es casi seguro que probablemente quiero uno. Quizás quieras guardarlo para futuras referencias.

Maldita sea, y él había estado tan determinado a no disfrutar de la compañía de su esposa fuera del dormitorio.

Deslizó un brazo alrededor de su esbelta cintura y una mano alrededor de su cuello para sostener la parte trasera de su cabeza, consciente por un instante de su respiración repentinamente superficial, estimulado por ello, antes de inclinar su boca sobre la de ella. La cubrió completamente y la besó profundamente con labios y lengua, hasta que el calor estalló entre ellos y sus manos comenzaron a moverse y explorar, tanto por descubrir. La atrajo más cerca, hundió su lengua más profundo mientras ella clavaba las uñas en su espalda baja, intentando unir sus cuerpos.

Antes de que el beso avanzara a algo más, algo que ninguno de los dos querría ni podría detener, separó su boca de la de ella.

—Eso lo guardas ahora, lass, para más tarde.

Holly suspiró y se apoyó en él, abrazándolo brevemente antes de soltarlo por completo. Alzó la mirada hacia Thallane y las almenas.

—Probablemente hayamos tenido audiencia, ¿verdad?

Sí, probablemente la habían tenido.

—Como no, la acción más intensa que han visto en la playa en un tiempo.

Holly se cubrió el rostro con las manos, pero no antes de que él viera la sonrisa que curvaba sus labios.

***

Para cuando cayó la oscuridad y Holly encontró su dormitorio, estaba satisfecha de que, si hubiera tenido un día como aquel cuando fue arrojada por primera vez al siglo XIV, no habría pensado ni una sola vez en irse. Honestamente, había disfrutado cada minuto con Duncan esa mañana, estaba tan contenta de recibir su atención y compañía, y por supuesto, su beso. Aunque no lo había visto desde que dejaron la playa a última hora de la mañana, y aunque mucho había ocurrido entre entonces y ahora, seguía siendo su parte favorita del día, una que había revivido varias veces pese a la tarde tan ocupada que había tenido.

Recordando el consejo previo de Graeme, cuando se había separado de Duncan, se dirigió directamente a la cocina y se presentó adecuadamente a Red Moll. Aunque sabía que no permanecería mucho tiempo en Thallane, un hecho sobre el que no quería pensar, ya que había sido tan dramáticamente complicado por haber dormido con su esposo y haber disfrutado plenamente de él, sabía que se volvería loca si no tenía algo que ocupara su tiempo. Además, cualquier idea de que *no permanecería mucho* en Thallane era solo suposición, que a veces imaginaba inútil. No sabía nada de los viajes en el tiempo, cómo funcionaban, quién estaba a cargo, cuándo podría ser rescatada; todo lo que creía entender o conocer eran solo suposiciones.

Esta vez, al entrar en la cocina, se acercó directamente a Red Moll mientras todo a su alrededor se quedaba en silencio nuevamente. Cuando la mujer grande se giró con un ceño fruncido, Holly le sonrió brillantemente.

—Soy la esposa del laird, Holly...Ceri...Mac… MacQuillan —comenzó, ya titubeando—. Tú eres Moll, ¿verdad? —La mujer asintió, lentamente y entrecerrando los ojos—. Espero que hables inglés porque yo no hablo gaélico.

La mujer se encogió de hombros, suavizando un poco el rostro.

—Un poco.

—Perfecto. ¿Tienes tiempo para explicarme tu día? Entiendo que se supone que debo aprender a cuidar Thallane. Pensé que, si quiero saber todo lo que puedo y debo sobre Thallane, debería acudir a ti, que probablemente sabes *todo*.

Y así de fácil fue ganarse a Red Moll, y posteriormente, a todas las jóvenes de la cocina. No es que su día hubiera sido fácil. Santo cielo, ciertamente no hubo descansos ni tiempo libre entre el personal doméstico. Aun así, su día estuvo lleno de descubrimientos constantes, de los que no podía quejarse.

El idioma rara vez era una barrera entre ella y Moll, ya que más de un servidor de la cocina hablaba algo de inglés. Cuando Holly le preguntó a Moll exactamente qué implicaba su papel como esposa del laird, Moll se golpeó las mejillas con las manos y luego abrió los brazos ampliamente. Una de las doncellas más jóvenes, Johnna, tradujo la larga respuesta de Moll, que comenzó básicamente con "¿Qué no hace la señora?" Lo que siguió fue un curso acelerado de los fundamentos más básicos. Se le dijo que el mayordomo, Roland, la cocinera Moll, el guarda de caza, la jefa de costureras, las lecheras, las ayudantes de cocina y una docena más miraban a la esposa para recibir instrucciones. Moll pasó buena parte de una hora mostrando a Holly todos los textiles de la casa, enfatizando lo importante que era cuidarlos, repararlos y supervisar el trabajo de los hilanderos, tejedores y bordadores de Thallane.

Se le instruyó en lo que parecían un millón de cosas en su primer día con Moll, muchas de las cuales ya había olvidado, y gran

parte requeriría entrenamiento práctico para comprenderlo completamente. Por fortuna, a Moll le encantaba hablar y Holly nunca se vio obligada a confesar que no sabía qué era algo, suponiendo que eventualmente lo descubriría, ni que no sabía hacer algo, esperando aprender sobre la marcha.

Pero, oh, estaba agotada al encontrar su cámara al final del día. La cena había sido tranquila; Duncan, Graeme y la mayor parte del ejército se habían ido, hacia dónde y para qué, nadie parecía saberlo. Holly tenía la impresión de que no era inusual que el laird y su ejército no estuvieran presentes en la última comida. Por otro lado, la ausencia de Doirin y Moire en el comedor no le molestó en absoluto.

Le había suplicado a Moll de manera amable que organizara un baño, pero expresando deseo de privacidad, queriendo sumergirse y disfrutar del baño sin ser manipulada por los sirvientes, incluida la silenciosa y hosca Marta.

Sin necesidad de lavarse el cabello de nuevo, lo había enrollado en un nudo, pero se estaba soltando del moño flojo que intentó hacer, difícil de lograr sin una goma o coletero. Dejó que los mechones cayeran sobre el borde de la bañera, recostó la cabeza y se relajó por un momento. El fuego ardía cerca de la bañera, el agua estaba perfumada y caliente, su cuerpo dolorido se sentía aliviado. Holly pensó que todo lo que necesitaba era un vaso de buen vino, no muy impresionada con lo que había probado en el siglo XIV, para lograr el final perfecto de su día.

Cerró los ojos, reflexionando sobre la satisfacción del día, entre el tiempo pasado con Duncan y la ardua labor con Red Moll. Curioso, pensó, cuán poco había reflexionado sobre su situación, sin haber visitado ni una sola vez el miedo constante de nunca regresar al siglo XXI.

Abrió los ojos cuando la puerta se abrió, sobresaltándose brevemente hasta ver que era Duncan quien había entrado a su habitación. No estaba nerviosa, sino inmediatamente feliz al verlo. Cerró la puerta y puso el pestillo, avanzando hacia la mejor luz cerca de la bañera y el fuego.

Se detuvo, a un metro y medio de distancia, y por un momento se quedaron felices de mirarse, su mirada recorrió sus hombros, brazos y la parte superior redondeada de sus pechos, todo lo visible sobre el agua. Él también debía haberse bañado; su cabello estaba mojado y llevaba una túnica y calzones limpios, aunque sin medias, botas ni tartán.

—Te extrañé en la cena —dijo ella, curiosamente sin sentirse cohibida por haber sido interrumpida durante su baño. Su mirada audaz y admirativa ayudaba, por supuesto.

Él asintió y la sorprendió sentándose al pie de la cama, cruzando sus pies muy blancos en los tobillos. Curvó los dedos alrededor del borde del pie de cama a ambos lados de sus caderas.

—Sí. Envié a Graeme y a una unidad rumbo a Newburn.

—¿Qué es Newburn?

—El bastión de Lucas Thain —dijo, con sus brillantes ojos azules fijando un punto en su cuello—. Más tierra adentro, a una docena de leguas de aquí. Cabalgamos con ellos hasta la mitad del camino.

—¿Lo enviaste? ¿Vuelve Graeme? —Había progresado mucho con el personal hoy, pero contaba a Graeme como una de las pocas personas a las que podría acudir si fuera necesario, y le habría entristecido no volver a verlo.

—Sí. No se irá por mucho tiempo. El Thain estaba recientemente con Wallace y tendría noticias que comunicar. Es peligroso poner pluma sobre pergamino con asuntos de tal importancia.

Todo parecía muy fantástico cuando se dio cuenta de que él hablaba de William Wallace y de lo que ella conocía como la Primera Guerra de Independencia de Escocia. Tendrían libertad de los ingleses, pero no para siempre. Otro pensamiento molesto: ¿debía compartir todo o parte de su conocimiento histórico, o más bien estaba prohibido?

—Pareces cansado, Duncan —observó—. ¿Has comido?

—Sí, tomé una bandeja con mi baño —dijo él—. Pensé que quizá ya estabas en la cama.

Le gustó mucho que él hubiera decidido acompañarla de todas formas.

—Seguí el consejo de Graeme, Duncan —le dijo— y pasé el día con Red Moll. No sé cuánto más de eso puedo soportar. —Sonrió para mostrarle que no hablaba del todo en serio—. Es una explotadora, Duncan. Pero debes saber que tu esposa, si surgiera la necesidad, probablemente podría hacer un pan medieval decente, incluso comestible. Y mi nueva verdura favorita es la col, por la manera en que la prepara con tocino y cebolla. Eso es para la cena de mañana, por cierto, los sabores se mezclan en la olla, alta sobre las brasas durante la noche, dice Moll.

Su sonrisa de respuesta, aunque somnolienta, era un espectáculo hermoso de contemplar.

—Ahí tienes la mano con la que quieres aprender, lass— comentó—. Red Moll sabe todo sobre Thallane. A veces sospecho que realmente no nos necesita, ni a mí, ni a Roland, y ciertamente tampoco a Doirin. Sé que solo nos soporta.

Un toque de humor levantó una esquina de la boca de Holly.

—Sí, básicamente dijo eso.

Debería haberse sentido tímida, o al menos incómoda por su mirada y su desnudez. Pero no fue así. La mirada constante y apreciativa de Duncan en realidad la hacía sentir bastante segura. Además, sabiendo que sentada en la bañera no sería besada ni tocada, se maravilló de su propia audacia al levantarse del baño.

Duncan se movió como ella, alcanzando la toalla grande de algodón mientras ella sacaba un pie y luego el otro de la bañera. Avanzó, sosteniendo la toalla, tragando saliva visiblemente mientras su mirada recorría su cuerpo con tanta devoción que Holly sintió como si ya la hubiera tocado. Se sintió hermosa en ese momento, o al menos seductora, y eso traía consigo un cúmulo de emociones, todo lo que él podía hacerla sentir solo con sus ojos.

Sus brazos y la toalla la envolvieron, cubriéndola con el suave algodón y su cálido abrazo. Holly cerró los ojos y apoyó la cabeza contra su pecho, feliz de estar allí, justo en ese momento.

Las manos de Duncan eran gentiles mientras comenzaba a frotar sus hombros y bajar por sus brazos, dejando besos sueltos en

su cabello y frente. Contra su cabello dijo:

—Gira. Antes de enamorarme y ocuparme de tu frente, debo secar tu espalda.

Holly sonrió ante esto, con el estómago revoloteando por sus palabras, y le dio un beso en el pecho sólido antes de girar. Se sintió un poco más cohibida por su trasero, preguntándose si las llamas parpadeantes resaltarían sombras e imperfecciones.

Casi de inmediato, Duncan exhaló con un siseo.

Antes de que la inquietud la invadiera por aquel ruido que sonaba alarmante, aclaró su asombro.

—*Oh*, amor. ¿Qué le has hecho a tu espalda?

—¿Mi espalda? —la mujer todavía insegura respirando conoció inmediatamente el alivio. No señalaba celulitis ni la forma o tamaño de su trasero ni nada por el estilo—. Pero… ¿Qué le pasa a mi espalda?

—Está toda descolorida —resopló, claramente perturbado. Con la máxima ternura acarició la zona baja de su espalda—. Azul, negra y morada, maldita sea, ¿lo hice yo? ¿Fui yo...?

—Oh, no, no, no —se apresuró a corregirlo, apenas dándose cuenta de lo que él miraba y mencionaba—. No, Duncan. Eso no fue por ti. Fue cuando el caballo me tiró el otro día. Caí contra un árbol. —Estaba dolorida y no lo había olvidado del todo, pero, al igual que con su muñeca dolorida, solo se acordaba de los moretones cuando hacía algo que los llamaba a la atención, se movía mal o levantaba algo demasiado pesado.

—Pero no dijiste nada —acusó, sonando tan enojado como preocupado.

—Te dije que el caballo me tiró —se defendió ella. Desde su hombro, vio cómo Duncan se arrodillaba y frotaba suavemente la toalla sobre el moretón en su espalda, y luego más abajo, secando su trasero y muslos—. Duele, igual que tu brazo, pierna y cabeza deben doler —dijo distraídamente, con voz ronca, su cuerpo reaccionando al toque de él—. Pero… es solo un moretón. Se irá en unos días.

Cerró los ojos cuando la toalla ya no estaba entre él y ella, cuando sus dedos se posaron suavemente en sus caderas. La atrajo

hacia sí y puso su boca sobre la espalda magullada, con ternura divina. La besó allí y luego más abajo, recorriendo con sus labios los glúteos mientras una mano se deslizó entre sus piernas, encontrando su objetivo sin fallo.

Ella exhaló un suspiro excitado y dejó caer la cabeza hacia atrás, perdida rápidamente en sus caricias.

—Mañana me voy a lanzar contra otro árbol, Duncan. Voy a tener un buen moretón por todo el frente.

—Ni se te ocurra —le ordenó suavemente—. Eventualmente me ocuparé del frente, ¿sabes?

—Ay, eso espero.

Oh, y sí lo hizo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Holly no aprendió todo lo que había que saber cómo dama del castillo durante la primera semana bajo la tutela amplia de Moll. Y mucho se puso en pausa mientras la fortaleza se volvía significativamente más ocupada con los preparativos para la recepción de invitados y la boda de Moire, que se llevaría a cabo dentro de dos semanas. Holly no se sorprendió de que ni Doirin ni Moire participaran en ninguno de los preparativos, manteniéndose recluidas en ese solar, todavía trabajando en el ajuar de Moire, según le habían dicho.

Red Moll rodó los ojos, con sus gruesas cejas inclinadas hacia adentro.

—Que cosan. No quiero a esa mujer en mi cocina.

Holly aprendió no solo de Moll, sino también del mayordomo de Thallane, Roland, pasando bastante tiempo en su compañía, en su larga y estrecha oficina en la planta baja del castillo. Aunque sabía que su estancia podría ser corta y, por lo tanto, cualquier conocimiento adquirido inútil, no quería decepcionar a Duncan de ninguna manera.

Roland era un hombre mayor, amable y sabio, que no hacía mucho del hecho de que Holly no supiera absolutamente nada de lo que se esperaría de una mujer de veinticuatro años en su tiempo. Había sido tan amable y paciente con Holly que ella se sentía muy cómoda aconsejándole:

—Solo finge que no sé nada, Roland, que no me han enseñado nada. No necesitamos culpar a nadie ni indagar el porqué. Tienes una pizarra en blanco, Roland. Siéntete libre de dibujar en ella todo lo que quieras.

Se mostraba como una figura de abuelo paciente, extremadamente educado, de voz suave, lleno de sabiduría y con un

brillo en los ojos cuando sabía que ella captaba rápidamente ciertas cosas. Hizo tal como ella sugirió, comenzando desde el principio.

—El entrenamiento de una dama se extiende más allá de los muros del castillo, mi señora —había dicho Roland—. ¿Te importa si hablo con franqueza?

—Por favor, hazlo —le invitó ella, ansiosa por aprender de él.

—A menos que una dama muera en el parto, la mayoría de las veces sobrevivirá a su esposo. Incluso mientras él esté vivo, lo más probable es que pase más tiempo fuera que en Thallane. La guerra no espera, no se vuelve más fácil solo porque no hayamos tenido batalla en un tiempo. El laird será llamado y el destino de Thallane recaerá pesadamente sobre tus hombros. Todo lo que ella es, en tierras y castillo, y vasallos y siervos, estará bajo tu jurisdicción, tuyo para proteger y conservar —dijo señalándola suavemente—. Tú eres Thallane, y su verdadera administración descansa en tus manos.

Aunque la idea era sobria, en el fondo Holly sabía que nunca asumiría el control de Thallane. Podría jugar a ser dama ahora, acostumbrarse a la cocina y a las tareas interminables, pero habría desaparecido mucho antes de tener alguna posibilidad de manejar el castillo MacQuillan. Y no le gustaba pensar en Duncan yéndose a la guerra; no podía imaginar cómo se acostumbraría a eso. Aun así, aprendería lo que pudiera mientras estuviera allí.

—Entonces sugiero que comencemos, Roland —había animado a su maestro.

Podría estar allí durante años y reunirse diariamente con Roland y aun así no conocer ni aprender todo lo necesario para administrar Thallane. Hasta ahora, solo habían hablado diariamente de la rica historia de Thallane, lo cual emocionaba enormemente a Holly. Estaba segura de que no le importaría sentarse y escuchar los fabulosos relatos que Roland contaba sobre los MacQuillan que habían vivido antes de ahora. Pero aún le faltaba aprender algo sobre las cuentas, tal como Moll insistía que debía saber.

De manera similar, Holly no descubrió todo de su esposo como amante en solo una semana, ni él de ella. Las primeras noches de pasión habían sido solo un aperitivo, parecía, despertando sus

sentidos y agudizando los de él, reuniéndolos cada noche en un placer asombroso. Esto lo exploraban juntos con gusto, a veces con lentitud infinita y embriagadora, y otras veces con un frenesí que los dejaba exhaustos y gloriosamente rendidos. Eran estudiantes atentos del otro, ansiosos por aprender, sacrificando el sueño para estudiarse mutuamente. Holly a menudo bostezaba plácidamente durante el día, recordando la noche anterior.

Bostezó justo ahora, sentada en la mesa alta a media tarde, asignada a una tarea por Moll de la que Holly había intentado librarse con empeño. ¡No sabía nada de bordado! Le había dicho a Moll, confesando que aparte de coser botones, simplemente no sabía coser, nunca lo había hecho.

A Moll no le interesó en absoluto lo que Holly trató de decirle.

—Es trabajo de la dama —dijo, traducido por Johnna, ya que Moll estaba bastante agitada por la negativa de Holly y había vuelto a su rápido e incomprensible gaélico—. Si dejas la costura a otra, solo invocarás demonios.

—Creo que eso es un poco exagerado —intervino Holly, con las manos en la cadera. Aunque le habían explicado que esta tela particular tenía casi doscientos años y solo se usaba en funciones muy importantes, y cómo cada dama de Thallane había añadido algo al bordado, esa parte de ella que se sentía intrusa no quería manipular telas antiguas de una familia noble.

—Thallane ya es demasiado informal —continuó Johnna traduciendo—, sin una dama que nos guíe. Demasiadas prácticas ignoradas u olvidadas. El laird se avergonzará si no dejas tu marca en el mantel de su mesa. Hay esplendor y orgullo en las viejas costumbres, dice ella.

—Pero dile otra vez que no sé coser —se quejó Holly a Johnna.

Moll simplemente no escuchaba.

—Tus manos serán guiadas por todas las que te precedieron, cuyas manos ya mostraron amor al tejido —dijo Johnna, añadiendo su propio comentario—. No es tan difícil, simplemente copia los patrones ya hechos en la tela — dijo, con la visión simplista de

alguien que no *tenía* que hacer algo sobre lo que no sabía nada. —. Usa puntadas pequeñas y juntas. —susurró Johnna

Así que allí estaba Holly, con los nueve metros completos de la tela antigua extendidos sobre la mesa, sin querer arrugarla más de lo que ya estaba, ni dejarla tocar el suelo, que estaba limpio, pero no lo suficiente para que el lino blanco se arrugara sobre él. El mantel ya era frágil, decidió. Pero también era impresionante, de una forma que recordaba al patchwork. Pensó que podía distinguir la contribución de cada mujer MacQuillan según el estilo del bordado y los hilos usados. Todos estaban hechos con distintos grados de habilidad, aunque ninguno de los motivos y escenas bordadas podía considerarse mal hecho. Le habían señalado el bordado de la madre de Duncan, quien había añadido el lema MacQuillan, *Garg'n Uair Dhuisgear,* fiero cuando se enciende tradujo Johnna, a un escudo y manto previamente bordados, en una corona de cinta plateada, con las palabras bordadas en rojo.

Inspirada por algunos de los bordados más simples a lo largo del borde de la tela, Holly decidió intentar una humilde cadena de hojas, copiando básicamente el patrón de alguien que había vivido mucho antes que ella. Rezó para que Duncan no lo notara o fuera lo suficientemente amable para no comentar sus esfuerzos.

Lo conocía íntimamente y mucho mejor en la oscuridad y cuando estaban desnudos, que al laird que recorría los terrenos del castillo de día. Había demostrado ser un amante generoso, mayor que cualquiera que ella hubiera tenido o imaginado, siendo insaciable y luego gratamente excitado por su placer. Solo esperaba darle la mitad del placer sexual que él le daba a ella. En general, y considerando las circunstancias, no tenía quejas de su matrimonio; había tanto por conocer de su esposo, el hombre, no solo del amante.

Si tenía alguna queja sobre Duncan, era solo que no había tomado en serio su certeza de que no se había encerrado accidentalmente en la cripta. Cuando unas noches atrás preguntó si siquiera había mirado la puerta que misteriosamente había estado cerrada, él desestimó su insinuación.

—Es un pestillo, Holly —dijo, con la paciencia puesta a prueba, según ella—. No necesita ser bajado ni girado para cerrar. Tan pronto como la puerta se cerró, quedó en posición de cerradura. Aparte de tu susto, del cual ya te has recuperado, no pasó nada. No te atormentes por un simple error. La puerta no estaba trabada como recuerdas, eso es todo.

—Yo había colocado una piedra pequeña contra la puerta, Duncan —replicó.

—No lo hiciste —contraargumentó—. O no lo suficiente. Encontré la piedra de la que hablas, a más de treinta centímetros fuera del alcance de la puerta completamente abierta. Si la hubieras colocado y no fuera lo suficientemente grande para sostenerla, se habría cerrado con la puerta y se habría encontrado dentro de la cripta, no al otro lado de la puerta.

—Obviamente, quien cerró la puerta la pateó para moverla — su refutación había sido mayormente ignorada.

Duncan, sabiamente y para su beneficio, terminó la conversación con un beso apasionado que borró todo lo demás de su mente. Como no daba crédito a su argumento, ella dejó que hiciera lo que quisiera, lo cual en realidad también la complacía.

Aun así, estaba tentada a regresar ella misma, a probar su propia teoría, y ver si recordaba correctamente cómo había colocado la puerta, cómo la piedra no era demasiado pequeña ni ligera

A medida que un día llevaba a otro, el extraordinario suceso que la había traído hasta aquí parecía cada vez más lejano, y su extrañeza de menor importancia. No es que se preocupara menos por su situación, ni siquiera por el engaño que había practicado con Duncan; simplemente no tenía tanto tiempo para meditar sobre esos asuntos. Con el paso de los días y a medida que ella y Duncan se acercaban cada noche, empezó a creer que, aunque la verdad seguramente causaría algunas turbulencias en su matrimonio recién estrenado, podrían superarlas. Sentía una extraña certeza al respecto. Es cierto que su comienzo había sido difícil, pero desde entonces se habían encontrado en terreno sólido, creía ella. Aunque no se habían intercambiado palabras ni pensamientos sobre sus sentimientos, sabía que estaba llena de emociones poderosas y

rápidas hacia su esposo, y le gustaba pensar que la atención que él le prestaba, no solo en el dormitorio por la noche, significaba que también le importaba.

Una vez que él supiera la verdad, por improbable y extraña que fuera, entendería que no había tenido otra opción.

Ah, pero ahí era donde vacilaba. Su propio dilema estaba dividido en dos partes. Primero, estaba perdida en el tiempo, y segundo, había engañado a Duncan. Lo segundo se sanaría, se repararía, se superaría una vez que él entendiera que no tenía elección. Lo primero era lo que más la torturaba en estos días. Rezaba y temía a la vez que, en cualquier momento, pudiera ser devuelta al futuro.

¿No quería vivir para siempre en el siglo XIV? ¿Lo quería?

Pero… no podría sobrevivir siendo arrancada de Duncan. ¿Podría?

***

Él permaneció en el umbral unos minutos, complacido con simplemente estar allí y observar a su esposa. Lo más probable es que nunca se cansara de mirarla. Hoy su cabello no estaba suelto, sino recogido en lo que ella llamaba una coleta, que así parecía, atado con fuerza en la nuca con una cinta, dejando caer la larga cabellera castaño claro por su espalda. Algunos mechones más cortos habían logrado escaparse de la cinta y caían sueltos alrededor de su rostro. Estaba sentada con la cabeza inclinada sobre un largo paño blanco, que se extendía de extremo a extremo sobre la mesa alta.

No se había casado con ella con la intención de dedicar su vida a complacerla, pero maldita sea si no quería hacer precisamente eso, y no solo en su dormitorio por la noche. De hecho, había ido hasta allí en busca de ella, habiendo terminado sus labores por un tiempo, hasta que las hojas de los hachas y sierras estuvieran afiladas y continuara la tala en las colinas del este. Se preguntó si tendría tiempo para pasear con ella por la playa, pues disponía de una hora más o menos libre.

Pronto dedujo que estaba añadiendo su bordado a la tela familiar. Aunque esto lo complacía enormemente, tenía que

preguntarse cómo se sentía ella al respecto. Mientras la había estado observando, su rostro mostraba poco placer en la tarea. Mayormente fruncía el ceño, levantando la cabeza a veces para considerar su trabajo, lo que solo parecía aumentar su desagrado. Una vez vio sus dientes cuando arrugó la nariz y se estremeció ante su propio trabajo.

La risa contenida que ya no pudo retener finalmente la alertó de su presencia.

—No creo que asustar a la aguja e hilo haga que las puntadas sean más bonitas —bromeó mientras se acercaba a la mesa y a su esposa.

—Oh, Duncan —exclamó ella, visiblemente encantada de verlo, dedujo él, aunque no por la razón más obvia—. Duncan, tienes que hacer entrar en razón a Red Moll. No me deja salir de esto, y ahora mira el desastre que he hecho. ¡Oh, cielos! —gritó, al haberse pinchado el dedo por su descuido—. Voy a dejar sangre por todas partes.

Durante la última semana, él no había ignorado sus esfuerzos por asumir el papel de su esposa y de dama de Thallane. Roland hablaba muy bien de ella, destacando su entusiasmo en su compañía y su mente rápida. Duncan no recordaba haber visto al viejo mayordomo tan animado. Sentía un orgullo por el esfuerzo que su esposa dedicaba y por no haber escuchado nada más que elogios sobre ella. Sin embargo, un vistazo rápido a su bordado indicaba que esa no sería una de las áreas en las que sobresaldría. No lo comentaría abiertamente, pero parecía como si estuviera cosiendo una fila de narices en la tela con hilo verde.

—Moll dice que la dama del castillo está a cargo de la ropa de mesa, Duncan —continuó, con un tono ligeramente angustiado—, y yo traté de decirle que no sé coser, y mucho menos bordar, pero insistió en que debía ser yo, y ahora mira el desastre que he hecho. ¡Oh! Ahora vas a estar humillado porque tu esposa no sabe coser.

Desde el otro lado de la mesa, él puso su mano sobre la de ella y Holly se calmó.

—Es un mantel, Holly, no la capa de Wallace ni las vestimentas del obispo.

Su horror no disminuyó, sino que se intensificó.

—Santo cielo, por favor dime que no tengo que coser una capa para William Wallace.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—No, amor. Prefiero mantener mi buen nombre con él.

Sus bonitos ojos castaños se abrieron brevemente con consternación antes de que una pequeña risa escapara.

—Muy útil. Gracias, Duncan.

—Déjalo ya —dijo él—. Ven conmigo.

—No puedo dejar esto aquí, Duncan —se negó ella con voz suplicante—. Me meteré en problemas.

Esto solo aumentó su diversión.

—¿Y de quién vendrán los problemas? Es tu laird quien te llama. Tendrán que presentar sus quejas a él.

—Oh, bueno, en ese caso… —empezó ella, esbozando una sonrisa—. Pero no puedo tardar, Duncan. Tendré que volver a tiempo para terminar esto o para retirarlo del salón y dejar espacio para la cena.

Él la alcanzó al final de la mesa, tomó su mano y la acercó.

—Un beso ahora, mi señora —dijo—, porque luces muy atractiva cuando no sabes lo que haces.

Holly soltó una alegre carcajada mientras levantaba el rostro hacia él.

—Oh, debo estar preciosa.

Duncan besó primero su nariz y luego sus labios. Aún no había encontrado un beso de Holly sobre el que no quisiera demorarse o ir más allá del simple contacto de labios. Ella daba todo, en todo momento. Actualmente, rodeó su cintura con los brazos, posiblemente entrelazó las manos detrás de su espalda. Se abrió a él, y él no estaba preparado ni interesado en resistirse. Encontró su lengua buscando la de ella, tomó su dulce rostro con sus manos, sin importarle los posibles espectadores entre los sirvientes de Thallane o cualquiera que los viera.

A su debido tiempo, fue su madrastra quien los sorprendió.

—¡Por todos los cielos! —exclamó con voz estridente—. ¡Manoseando y tocando justo aquí en el salón! ¡Cómo te atreves!

Holly se sobresaltó ante el agudo ruido, lengua materna de Doirin, pero Duncan reaccionó más lentamente a propósito. Se enderezó, manteniendo un brazo alrededor de Holly, un poco molesto cuando su esposa se limpió culpable los labios. Vio que Moire también había llegado y se mantuvo a la sombra de su madre, como solía hacer.

—Lleva a tu arpía arriba, Duncan —objetó Doirin—, y reza para no someter a Moire ni a ninguna otra inocente a su maldad.

Sin duda Holly no podía entender las palabras, pero dudaba que confundiera el tono. Duncan se tensó, manteniendo la compostura al recordar que su madrastra y su hermanastra desaparecerían de Thallane en quince días.

—Cierra la boca, mujer —le gruñó.

Doirin insistió.

—Si pudiera lanzar una maldición sobre su cabeza, lo haría.

Una amenaza que no podía permitir. Sus labios se apretaron.

—¿Cuál es tu queja con mi esposa, mujer, para hablar así?

Doirin metió la mano en una pequeña bolsa ceñida a la cintura, luchando por sacar algo, gruñendo mientras forcejeaba con lo que resultó ser una hoja de pergamino doblada.

Holly contuvo la respiración al ver el mensaje mientras Doirin proclamaba triunfante:

—¡Esta es mi queja! —Agitó el pergamino violentamente, acercándose a Duncan y Holly.

Una carta, supuso Duncan, el sello de cera roto, los bordes del pergamino deshilachados y doblados.

—¡Vas a desterrar a tus propias hermanas y traer a esta, ella, una MacHeth a nuestro hogar! —continuó Doirin—. ¡Y permitir que ella aplique hilo a la tela como nunca me permitieron! ¡Tratarme como a una vieja cerda y a ella como a una yegua de sangre! ¡Por todos los cielos! ¡Porque ella es malvada, Duncan! ¡La prueba está aquí!

—Eso es mío, Doirin —intervino Holly, aunque probablemente no entendía lo que Doirin decía—. Te lo dejé a ti —dijo—. Dijiste que lo entregarías. ¡No tenías derecho a abrir mi carta!

Eso provocó la primera alarma en Duncan. Nunca había oído tal indignación en Holly antes, y había soportado más de un encuentro desagradable desde que la conocía.

Ella se lanzó hacia adelante y buscó la nota.

—¡Es mío! —gritó de nuevo.

Doirin arrebató el pergamino, ocultándolo detrás de su espalda.

Duncan atrapó a Holly por la cintura antes de que atacara a Doirin. No estaba completamente seguro de que lo hubiera hecho, pero ella había avanzado con los brazos levantados.

—¡Quieta! —gruñó a Holly, consciente de que ahora había muchos espectadores. Red Moll y varias muchachas habían salido de la cocina mientras Graeme y varios soldados se apiñaban en la puerta; probablemente el grito de Doirin había atraído a todos.

—Duncan, no tenía derecho... —persistió Holly.

—Tengo todo el derecho —bramó Doirin, agitando ahora la carta sobre su cabeza—. Todos estos años, tratándome a mí y a tus propias queridas hermanas como si fuéramos inferiores —arremetió ahora contra Duncan—. Fingiendo que tu padre nunca me amó, que no le habría dado descendencia.

Graeme se acercó desde atrás, con el ceño fruncido, arrebatando la carta de su mano y entregándosela directamente a Duncan.

—Es mía —dijo Holly, con lágrimas en los ojos—. ¿Duncan…?

Él estaba solo al frente de la mesa principal. Todos los demás estaban delante de él: las lasses de la cocina y Red Moll, con los ojos abiertos de par en par, estaban acurrucadas a su izquierda; más de una docena de soldados se encontraba apenas dentro de la puerta; Doirin y Holly estaban directamente frente a él, separados por unos buenos dos metros. Duncan miró la misiva maltratada en su mano y luego consideró la creciente alegría de Doirin y el pánico creciente de Holly.

—¿Qué es esto? —preguntó a Holly, con el corazón golpeándole en el pecho.

—Te diré qué…

—¡Silencio! —rugió Graeme a Doirin.

Duncan esperó. Holly levantó la mano en gesto suplicante.

—Es solo una carta que escribí a Sidheag…mi tía —dijo con voz temblorosa—. No… yo no… —sus palabras se desvanecieron.

El ceño de Duncan se frunció y su boca se tensó en una línea feroz. Con una mano, abrió el pergamino. Cuatro líneas le recibieron con su mirada ardiente, escritas en una caligrafía inglesa como nunca había visto. Le tomó un minuto completo entender las palabras.

Querida Sidheag:

¿Y ahora qué? Estoy aquí. Me casé con él. ¿Cuándo puedo irme?

¿Vendrás tú o alguien más por mí?

Holly

—Duncan, por favor —imploró Holly de nuevo—. ¿Podemos hablar de esto en privado?

—¿Qué significa esto? —le preguntó.

—Puedo explicarlo —prometió ella. Dio un paso hacia él, levantando la mano.

Probablemente, la brutalidad de su expresión la detuvo. Sus mejillas ardían de remordimiento, tal vez de vergüenza, no podía decirlo.

—Puedo explicarlo —repitió—, pero por favor, no aquí.

—¿Qué significa esto? —le preguntó de nuevo, su voz suave traicionando la amenaza que ocultaba.

—Por favor, Duncan. Si sientes algo por mí…

—¡No te atrevas a usar las garras que has clavado en mi, en mi carne como herramienta contra mí ahora! —rugió hacia ella. Casi dijo "en mi corazón". *Oh*, ¿pero qué demonios le había pasado? —¿Qué significa esto? —preguntó muy despacio ahora.

—Y...yo… no se suponía que fuera… yo no tuve elección —tartamudeó, con el mentón temblando.

Duncan permaneció impasible, con el corazón protegido por el hielo que lo resguardaba.

—¿Qué demonios significa esto? —bramó, agitando la carta cerca de su rostro.

Solo hicieron falta unas pocas palabras más para poner su mundo patas arriba. Con la cabeza baja, ella las pronunció hacia su pecho.

—Y…yo no soy Ceri MacHeth.

Se escuchó un jadeo, y luego otro. Un soldado cerca de la puerta expulsó un aire áspero. Esos fueron los únicos sonidos durante varios segundos. El único movimiento era de manos llevándose a la boca horrorizadas.

Holly levantó el rostro hacia él. Sus labios aún estaban rojos por su beso. Lágrimas recorrían sus mejillas suaves como la seda.

El pecho de Duncan se agitó, su respiración arrebatada por su duplicidad.

Finalmente, le dio la espalda.

—Llévensela de mi vista —dijo a Graeme.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Holly caminaba de un lado a otro sobre el piso de madera de su cámara, que ahora era, efectivamente, su prisión. Aunque Graeme la había mirado con algo de lástima pasajera, había hecho lo que le habían ordenado y había escoltado a Holly escaleras arriba hasta esta habitación.

—Graeme, por favor —había suplicado ella mientras subían al segundo piso, con su brazo firmemente sujeto por él.

—Él tendrá preguntas —había supuesto Graeme, con la voz tensa, empujándola hacia delante dentro de la cámara—, y así podrías tener otra oportunidad de presentar tu caso.

Eso fue todo lo que dijo antes de cerrar la puerta tras ella.

Holly se estremeció cuando el cerrojo del exterior de la puerta fue deslizado en su lugar.

Eso había sido hace más de una hora. Desde entonces, había logrado aterrorizarse a sí misma con lo que podría venir después. ¿Cuál sería el castigo por haber engañado al laird de Thallane? No encontraba esperanza en ninguna de las posibilidades que la acosaban. Incluso la más benigna de todas, desterrarla de Thallane y enviarla sola, la imaginaba con temor. ¿Cómo demonios podría sobrevivir sola en esta tierra salvaje, entre tanta gente despiadada?

Y se acabaron sus reflexiones más recientes, de que eventualmente contaría la verdad, pero que ella y la incipiente relación con Duncan podrían soportar el comienzo deshonesto, habiendo forjado desde entonces un vínculo nacido de la atracción y fascinación mutuas, respeto y un afecto genuino y creciente entre ellos. ¡Qué ignorante había sido! Posiblemente, la atención reciente de Duncan no era más que un medio para tener una esposa dispuesta en su cama, a su disposición. Tal vez no era capaz de sentir nada más que eso.

No estaba segura de cómo se había equivocado tanto sobre él. No iban a estar bien. Él no lo permitiría. La manera en que Duncan la había mirado justo antes y, ciertamente, después de leer su breve nota a Sidheag, había sido aterradora. Sus ojos esmeralda habían estado tan llenos de repulsión, el cambio desde el brillo que le había mostrado momentos antes era algo impactante de presenciar.

Después de un rato, Holly se sentó al borde de la cama, cayendo hacia atrás con un gemido, con los brazos levantados sobre la cabeza en señal de rendición. Por tantas razones, había sido una tonta al pensar que ella y Duncan tenían alguna posibilidad de futuro juntos. No menos importante, su propio deseo de ser arrastrada hacia adelante en el tiempo, a casa. Eso no hacía que el innegable desprecio que él sentía por ella fuera más soportable, sabiendo que, dada la oportunidad en cualquier momento de la semana pasada, habría aprovechado la ocasión para volver al siglo XXI. Dejando de lado el odioso asunto de los viajes en el tiempo, había vivido en su propio mundo de fantasía, con los ojos vendados a todo lo que estaba mal, lo precaria que era su situación y su incipiente unión, todo construido sobre arenas movedizas de mentiras.

Habría regresado a casa en un instante, de haber tenido la oportunidad. ¿No lo habría hecho? Difícil decirlo ahora, con tanta animosidad acumulada en su interior. El trato de Duncan hacia ella, aunque no completamente injustificado, había sido mucho más severo de lo que jamás hubiera imaginado. No había ningún sentimiento genuino allí, supuso, no podía haberlo, no con la manera en que se había vuelto contra ella.

Mientras una idea flotaba en su mente, *si tan solo él me escuchara*, *me dejara explicar*, Holly se dio cuenta de que las posibilidades de que la verdad lo inclinara hacia el perdón, hacia cualquier cosa cercana a ello, eran remotas. La verdad ciertamente no la liberaría.

Y, sin embargo, por increíble que fuera, era todo lo que tenía.

Francamente, en ese momento, no tenía nada que perder.

Ninguna bandeja le fue entregada a la hora de la cena, lo cual no le sorprendió. Se imaginó el salón lleno de gente, lenguas

parloteando y acusaciones volando. Se imaginó a Doirin sentada orgullosa, alegre, junto a Duncan, sin preocuparse de que su pequeño plan para exponer a Holly probablemente no la beneficiara en nada; solo quería tener razón, ver a Holly expulsada de cualquier pequeño lugar que hubiera reclamado en corazones y mentes durante la última semana. Doirin podría creer que sería vista con favor, pero Holly sospechaba que el desagrado de Duncan hacia su madrastra no se alteraría positivamente por haberlo revelado como el engañado de los MacHeth.

Después de un rato, Holly encendió su propio fuego, algo que había aprendido en la última semana, usando la piedra y el acero que siempre descansaban sobre la repisa, y por un tiempo se sentó con las piernas cruzadas cerca del hogar. Lamentablemente, el calor de las llamas hacía poco para aliviar el frío helado dentro de ella. Finalmente, con la noche cayendo, se metió en la cama y lloró hasta quedarse dormida.

Se despertó con el golpe de la puerta al cerrarse y se incorporó de inmediato al ver que Duncan había llegado y había cerrado la puerta tras él. Se congeló, la niebla del sueño disipándose al instante.

No solo parecía todavía enojado, parecía implacable. Ninguna de la fugaz vulnerabilidad que había vislumbrado en su shock anterior era evidente ahora. Su mirada había vuelto a lo que era cuando se conocieron, poco de lo que había visto durante la última semana, esa mirada perpetuamente estrecha, juzgadora, buscando fallas. El verde de sus ojos estaba ahora negro, envuelto en una indiferencia implacable que indicaba que no había venido a comprender, ni con intención de arreglar nada. Su presencia allí no tenía nada que ver con ellos, con él y ella. Si había sentido algo por ella, se había ido. La había borrado del registro de su mente.

Un pesar se apoderó del pecho de Holly. No había significado nada para él, nada en absoluto.

Se quedó de pie de espaldas a la puerta, con una mano detrás de la espalda como si sostuviera el pomo y pudiera salir en cualquier momento. Dijo solo dos palabras.

—¿Por qué?

Holly movió las piernas al borde de la cama, con la intención de ponerse de pie y enfrentarlo de manera firme, para ser menos vulnerable.

—No te acerques —le dijo él.

Honestamente, su furia contenida era mucho más aterradora que su estallido furioso anterior.

Así que se sentó al borde de la cama, con los pies descalzos sobre el frío piso de madera, con los hombros caídos, creyendo que no importaba lo que dijera. Él la odiaría para siempre como lo hacía ahora.

Comenzó con un suspiro solemne y lo que más le urgía en su mente.

—Quería decírtelo, Duncan. Iba a decírtelo, y pronto, pero no sabía…

—¿Por qué fingiste ser Ceri MacHeth? —la interrumpió, su voz un martillo, golpeando palabra por palabra.

Mirando su pecho y no su mirada cruel, ella le contó la historia tal como la entendía.

—Aparentemente, Ceri MacHeth murió. Tuvo un accidente, supongo —dijo con voz plana, sin emoción—. Creo que fue muy recientemente, poco antes de la boda.

—¿Y qué esperaba ganar Black Hugh? ¿Qué planea?

—¿Planear? —repitió, confundida. Hasta que recordó que toda la razón detrás de la boda MacQuillan/MacHeth era promover la paz—. Duncan, no creo que tengan algún plan. Hugh solo quería cumplir con su parte del contrato —encogió los hombros brevemente —. Pero no lo sé con certeza. No era como si yo supiera todo lo que ocurría en Hewgill House. Pero esa era mi impresión. — Lamentablemente, no creía que decir la verdad absoluta le ganara algún terreno con él. Aun así, no mentiría más.

—¿Eres pariente de los MacHeth?

—No. Nunca los había conocido… a ninguno, hasta unos días antes de la boda —enroscó los dedos en la baranda de la cama junto a sus piernas, los nudillos blancos.

—¿Qué te prometieron? ¿Cuánto ganaste por jugar su juego?

—No me prometieron nada —dijo, todavía con voz débil—. Pero realmente no tuve elección.

—Había algún complot en marcha —acusó él con fervor—. Tu desesperada misiva a la anciana lo implica.

Había venido armado hasta los dientes con los hechos que conocía, queriendo respuestas a todo lo que no comprendía.

—Eso es… la otra parte de toda la historia —admitió, creyendo que era inevitable e impráctico ocultarle la verdad mayor.

—Te escucho —dijo él, aunque permanecía al otro lado de la habitación, rígido y feroz cerca de la puerta.

Holly se levantó de la cama y volvió al fuego, extendiendo las manos para recoger algo de su calor.

—Quizá quieras sentarte para esto —dijo. No le sorprendía del todo lo apagada y quebrada que sonaba. Y realmente lo estaba.

—No lo haré.

—Está bien. Entonces lo haré yo —dijo, sentándose de nuevo con las piernas cruzadas, las manos en el regazo, enfrentando a Duncan junto a la puerta esta vez. Posiblemente, que él permaneciera en las sombras cerca de la puerta le beneficiaba; no estaba segura de poder mantenerse firme si él estuviera cerca, frente a ella con su furia, viendo todo el desprecio en sus helados ojos esmeralda—. Lo que voy a decirte… será lo más increíble que escucharás en tu vida. Y, sin embargo, es toda la verdad. Duncan, solo te pido, te suplico, que mantengas la mente abierta.

Él resopló con desdén.

—Aye, mantendré la mente abierta para escuchar más mentiras. Continúa.

Ella cerró los ojos, preguntándose por dónde empezar y preparándose para su inevitable reacción.

—Como dije —comenzó, levantando la mirada hacia él—, no conocía a los MacHeth, pasé solo unos días con ellos antes de la boda. Yo… tuve un susto cerca de esas casas redondas, los antiguos broch, y me desmayé. Cuando desperté estaba en Hewgill House. Sidheag estaba allí, obviamente no es mi tía; nunca la había conocido antes...y yo… creo que es bruja o algo así porque estaba allí en el broch cuando me desmayé y luego allí de nuevo cuando

desperté. Y me dijo que la única manera de volver a casa era alejarme de Hewgill House, y la única forma de hacerlo era casarme contigo.

Se sobresaltó al decir esto, sus manos subiendo por sus mejillas.

—Oh, no —gimió, recordando ahora por primera vez lo que Sidheag había dicho además. *No te enamores. Los que lo hacen nunca regresan de donde vinieron.*

De repente su corazón se llenó de un peso, retorciéndose de temor. Había olvidado la advertencia de Sidheag y se había condenado a sí misma. Se había enamorado de Duncan.

—No —sollozó. No, no lo amaba. Si lo hubiera hecho, claramente, durante la última semana se había ido encaminando hacia eso, ahora ciertamente sabía que no podía, no podría amarlo. No podría amar a alguien tan cruel.

Con frialdad, Duncan se centró en sus palabras, en lo que había revelado, y no en su aparente angustia.

—¿Es una bruja? —le gruñó—. Porque casualmente estaba en el broch y luego en Hewgill House. Estás haciendo esto más repugnante de lo que debe ser con tus invenciones. Como si no, ella fue quien te encontró, desmayada, dices, en el broch y te hizo llevar a Hewgill House. —Una esquina de su boca se torció en una mueca —. Si acaso algo de esto pudiera considerarse verdad.

Y ahora llegaba la gran revelación. Holly no tenía ninguna esperanza, ninguna en absoluto, de que fuera bien recibida. Estaba dividida entre querer que Duncan la creyera y al menos intentara comprender, y un dolorosamente reconocido deseo de que él no suavizara nada hacia ella, que no hubiera posibilidad de amor entre ellos, que regresar a su propio tiempo todavía fuera una posibilidad.

Holly aclaró la garganta y levantó la mirada preocupada hacia Duncan. Cuando habló, su voz era clara y firme.

—Sí, pero cuando me desmayé en el broch, era… el año 2021. Y cuando desperté en Hewgill House, Sidheag dijo que era 1303. Y ella estaba en ambos lugares, en ambos tiempos.

Como era de esperar, él la miró como si de repente le hubiera crecido una segunda cabeza. Por supuesto, su incredulidad

pronto se transformó en ira.

—¡Acabo de malgastar una maldita unión contigo! —gritó, apartándose de la puerta—. ¡No puedo contraerme otra vez! No tengo hijo ni hermano, esa era nuestra última oportunidad de paz. ¡Y tú vas a sentarte aquí y profanarte con esta basura, que una maldita bruja te movió a través del tiempo!

"Acabo de malgastar una maldita unión contigo" la golpeó particularmente fuerte, haciéndola sentir increíblemente inútil, sin ningún valor para él.

—Tú preguntaste por qué —dijo, extrañamente tranquila ante su furia hirviente—. Por eso. Estaba perdida, confundida y asustada, y Sidheag dijo que tomaría el lugar de Ceri como tu esposa, que mi única esperanza de volver a 2021 era casarme contigo. Sentí que no tenía elección. —Cuando él solo permaneció allí, congelado, siseando por la nariz, marchitándola con su horrible mirada, continuó—. Claro que al principio tampoco lo creí. Era demasiado… bueno, increíble, demasiado inverosímil. Los viajes en el tiempo no son reales, me dije a mí misma. Pero todavía estoy aquí y aparentemente es 1303, y solo hice lo que me dijeron que debía hacer para regresar a casa. No quise causarte dolor, Duncan...

—No puedes causarme dolor —interrumpió cortante—. Tendría que haber sentimiento para conocer el dolor. Para ti, no tengo ninguno.

Ella asintió y murmuró:

—Entiendo —su mirada volvió a su regazo—. Por lo que vale…

—¡No vale nada! —rugió, extendiendo el brazo para subrayar la magnitud de su ira—. No hay nada de valor en ti. Nada de valor en el matrimonio, *oh*, no hay matrimonio, todo es irrelevante, todo es una farsa. Y por eso, no hay paz.

El silencio envolvió la habitación por un largo momento, ninguno de los dos se movía. El aire estaba cargado de recriminación y vergüenza. Holly observaba cómo las lágrimas caían por sus mejillas sobre su regazo, oscureciendo la tela sin blanquear de su camisa. Automáticamente, movió su dedo índice sobre la mancha húmeda.

Finalmente, él se movió, desplazando un pie y luego otro, dirigiéndose hacia la puerta. Cuando habló de nuevo, toda la furia había desaparecido de su voz. Sonaba agotado y débil.

—Al menos —comenzó y luego hizo una pausa por un buen momento—. Si crees en el relato absolutamente fantástico que acabas de contar, estás hecha de locura, tu mente está trastornada. Como máximo, me engañaste deliberadamente y eres parte de un complot de los MacHeth. —Abrió la puerta.

Su aparente desesperación le habló más efectivamente que su ira.

—Duncan, te prometo que digo la verdad. Sé que es incomprensible—¡como lo fue para mí! Pero por favor, no nos hagas esto —suplicó, levantándose—. Déjame...

Se burló de ella, con el rostro más cruel que ella había visto jamás.

—No hay "nos". No estamos casados. No eres Ceri MacHeth, no eres mi esposa. Solo eres una loca desequilibrada, jugando a alguna farsa. No eres nada para mí.

Y luego se fue, salió de la cámara y cerró la puerta con llave detrás de él.

Ella permaneció donde estaba, mirando la puerta. Un peso de angustia oprimía su cuerpo, haciéndola caer al suelo de nuevo después de unos segundos.

Tenía cierta creencia, tardía pero no carente de mérito, de que nunca había sido destinada a salir ilesa de este asunto tan feo. Posiblemente no desde el primer sueño en el que Duncan la había visitado, ni en ninguno de los que vinieron después, cuando todo lo que había conocido era su ira.

El sueño, entonces, no había sido la introducción del destino, solo su propia premonición de que su furia prevalecería sobre todo lo demás.

Había pasado más de una semana desde que había sido consumida por un anhelo tan intenso por su hogar, pero ahora la devastaba con un dolor tan intenso que era imposible contenerlo. Y así continuó llorando.

Quiero ir a casa.

***

—Maldita sea, viajera del tiempo, dice —murmuró para sí mismo. Se inclinó a la altura de la cintura, apoyando las manos en el pretil de la muralla de piedra, doblándose a la mitad. Dejó caer la cabeza entre los brazos y respiró hondo. No había remedio. El dolor estaba por todas partes, en el estómago, en la cabeza, en el pecho. Se sentía físicamente enfermo, como si hubiera comido carne podrida, servida en una salsa sabrosa y bien especiada para ocultar que estaba echada a perder.

Oh, eso era ella. Era carne podrida, cubierta por su cuerpo dulce, su beso delicioso y sus maneras encantadoras. Y él la había probado, engañado por lo que quería ver y no por lo que realmente estaba frente a él.

—Es una loca de cuidado —dijo, enderezándose, atragantándose con la risa autodespectiva que surgía ante lo asombroso de todo aquello. ¿Cómo había logrado esconderle su locura? ¿Cómo le habían tapado los ojos tan completamente, tan eficazmente? Guiado por esa cabeza sin cerebro entre sus piernas, decidió, negándose a reconocer todas las demás partes de sí mismo que habían estado tan felices, entretenidas y cautivadas por su esposa en los últimos diez días.

Se enderezó y miró hacia el mar oscuro, atravesado por una línea recta de oro, reflejo de la luna de la noche. Aparte del golpeteo de su corazón y las recriminaciones desagradables en su cabeza, el único sonido allí arriba era el rugido bajo y regular de las olas rompiendo.

"Está bien así", se convenció a sí mismo, todo, que lo descubriera ahora y no cuando fuera demasiado tarde, después de que los MacHeth atacaran un Thallane desprevenido, o después de haber perdido más de su corazón ante la mujer que solo fingía ser su esposa.

No más de su corazón. Ninguna parte de su corazón. No sentía nada por ella. Estaba terminado, sería fácilmente dejado atrás.

Se giró al escuchar pasos acercándose, no del todo sorprendido al ver que Graeme lo había encontrado allí arriba, en las

murallas occidentales. Su primo le dio una palmada en la espalda, extendiéndole un poco de simpatía.

—Siempre supimos que iba a ser un riesgo —dijo Graeme—, colaborar con los MacHeth nunca fue una apuesta segura.

Duncan asintió, con las manos todavía aferradas con fuerza a la piedra.

—Sí.

—¿Es entonces un peón? —adivinó Graeme, apoyando una cadera contra el pretil y cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Ni siquiera pariente de esos bastardos?

Duncan rio sin alegría.

—Och, es peor que eso, Graeme —se frotó los ojos, aun teniendo problemas para asimilar lo loca que estaba la mujer—. Ella afirma que ni siquiera es de esta época, fue movida a través de los siglos y de algún modo terminó con los MacHeth, donde luego fue obligada a hacerse pasar por Ceri y casarse conmigo.

—Mierda —exhaló Graeme, con el ceño fruncido y una expresión de dolor que tal vez incluía simpatía por la situación insostenible de Duncan—. ¿Qué diablos… está loca?

Duncan frunció el ceño a su primo.

—Ay, desgracia —gruñó—. Pero, maldita sea, ¿no…?

—Parecía tan normal. —completó Graeme.

Duncan saltó al entenderlo.

—¿No era solo yo? Sé que hubo cosas que debería haber cuestionado, sus patrones de habla, su falta de conocimiento de, *oh*, todo, pero ella era… ella no… —movió la mano, descartando su propia confusión—. No importa. Ella no es Ceri. El matrimonio no tiene validez. Los MacHeth se han hecho ofensivos con esta traición, pero fue mi propia mente estrecha, queriendo una tregua fácil, lo que permitió que este astuto plan echara raíces y creciera.

Permanecieron en silencio un momento, ambos mirando hacia el mar brillante.

—¿Qué implica ella? —preguntó Graeme después de un momento—. ¿Movida a través de los siglos cómo? ¿Por qué?

—Sangre, Graeme —murmuró Duncan—. No alimenté sus fantasías, no cuestioné los detalles de su locura. Dijo que venía de

muy lejos, setecientos años, eso era todo lo que necesitaba escuchar para saber que no estaba bien. Por cierto, no negó nada. Dijo que su tía, la anciana en la boda, no era su tía, sino una bruja, supuestamente la responsable de su… *Oh*, escúchame, hablando como si fuera real —cerró los puños y los apoyó suavemente sobre la muralla de piedra—. No permitiré que se quede mucho tiempo en este castillo. Llévala a Hewgill mañana. Que ellos se ocupen de ella. Deshazte de ella.

—Puede que no la quieran —dijo Graeme—. Puede que… la eliminen por tener conocimiento del plan, por haber fallado en su ejecución.

Podría ser asesinada.

Sus brillantes ojos marrones brillaron en su mente, con las esquinas arrugadas por su sonrisa, siempre lista en sus labios esta última semana. Una oleada de debilidad lo invadió hasta que gruñó y la apartó, abrazando la ira que le había servido tan bien durante tanto tiempo.

—Que así sea.

CAPÍTULO DIECINUEVE

A Graeme le parecía extraño que, aunque había conocido a Lucas Thain durante casi veinte años, en los últimos meses hubiera visto más del hombre que en toda la última década. Se habían encontrado en la primavera en Roslin, para una batalla con los ingleses que no se olvidaría pronto, con los Thain y los MacQuillan reunidos bajo el estandarte de Comyn y Fraser, defendiéndose del avance del conde favorito de Longshank, Lord Pembroke. Una noche infernal, pero de esas por las que se podía beber bastante vino y dejar que los fuegos menguaran mientras se contaba la historia, mucho tiempo después, en su vejez. Luego, la semana pasada, por orden de Duncan, Graeme había visitado a Lucas Thain en Newburn, buscando información sobre el paradero de Wallace y qué directivas podrían haber llegado de Robert Bruce o se esperaban.

Y ahora, por segunda vez en una semana, Graeme se dirigía a Newburn y a Lucas Thain, a pesar de la orden de Duncan de que su esposa, que no era Ceri MacHeth y por lo tanto no era una verdadera esposa, debía ser devuelta de donde vino, a Hewgill House.

Duncan seguramente le pediría la cabeza cuando Graeme finalmente le contara lo que había hecho, dónde había llevado realmente a Holly, pero eso era un asunto para otro día.

No habían estado fuera de Thallane más que unos minutos cuando Holly le suplicó que la llevara al sheriff, a una mazmorra, a Inglaterra misma, a cualquier lugar excepto a Hewgill House.

—No son mi familia, Graeme —dijo—. No puedo imaginar lo que me harán por haber fallado en mi papel, pero no creo que el asesinato esté fuera del reino de las posibilidades. ¿Puedes llevarme a Sidheag? Es la anciana que fue…

—Sí, lo recuerdo —dijo él cortamente.

—¿Sabes dónde vive?

—¿No vivía acaso en Hewgill House?

—No lo creo. Mencionó algo sobre tener una casa cerca de un lago.

—Bastante vago, lass. No puedo ayudarte allí.

—Pero Graeme, por favor, no puedo volver con los MacHeth.

De hecho, Graeme estaba bastante de acuerdo con ella. El asesinato podría estar en el menú, sí, pero solo después de haberla usado bien. Podría ser insensata, quizá con murciélagos revoloteando dentro de su torre, pero no creía que necesitara ser asesinada.

—Sí, conozco un lugar más seguro —había dicho, lo que ella no cuestionó, pero que pareció darle cierto alivio.

Desde entonces habían hablado poco. Habiendo sido informado de que ella no montaba a caballo, había ordenado que la llevaran con Roari. Cuando cambió su destino, cabalgó adelante para guiar al pequeño grupo de media docena hacia el interior. No quería verse persuadido de defender su causa, cualquiera que fuera.

A pesar del desagrado de Duncan por Holly, Graeme no creía que fuera capaz de verdadera amenaza o malicia. Estaba desesperada, tal vez tan loca como Duncan creía y como insinuaban sus propias historias fantasiosas, pero no representaba un peligro para nadie.

Más allá de eso, y la razón de su fácil capitulación y de elegir Newburn como su nuevo destino, simplemente no podía sacar de su mente lo que le rondaba desde la semana pasada: cuánto le recordaba la nueva esposa de Lucas Thain a Holly. No es que Cora Thain y Holly se parecieran físicamente; eran muy diferentes, Cora era pequeña, con grandes ojos verdes detrás de la curiosa afectación de dos lentes, mientras que Holly era más alta, ágil, dueña de unos ojos marrones profundos. Al principio, no podía identificar qué le había provocado compararlas. De hecho, no se dio cuenta hasta que regresó a Thallane de que no solo era el extraño inglés y los acentos similares de Cora y Holly lo que le resultaba peculiar, sino que su manera de hablar era sorprendentemente parecida. Su inflexión y tono, cómo acentuaban ciertas sílabas, el

volumen y la velocidad relativa de su habla: era casi inquietante lo similares que sonaban.

Quizá no le habría dado importancia. Si este desastre no hubiera sacudido a Duncan y la paz entre los clanes, si simplemente hubieran continuado en Thallane, sin saber que Holly no era Ceri, quizá nunca habría pensado en la semejanza. Tal vez si las primeras palabras de Holly hacia él esa mañana, al observar su expresión distante con la luz gris del amanecer, *oh tú también me odias*, no le hubieran recordado una frase curiosamente similar de Cora Thain una semana atrás, dirigida a su esposo, *oh, estás enojado conmigo*, Graeme quizá no hubiera sentido esa persistente sensación de que las dos mujeres deberían conocerse, si no lo habían hecho ya.

No, no creía en ninguna fantasía como la que Holly había propuesto a Duncan, que había viajado en el tiempo para estar allí, tanto como imaginaba que los seres feéricos eran reales. Pero sí se preguntaba, primero, si podría haber alguna conexión con Cora Thain, ya sea familiar o simplemente regional, que explicara su dialecto tan similar. Segundo, creía que Holly podría estar mejor en Newburn, bajo el cuidado compasivo de Cora Thain, que casi en cualquier otro lugar que pudiera imaginar.

Holly no era insensible, al menos según Graeme podía ver. Sin embargo, estaba atormentada, creía Graeme, ya fuera por su fracaso como el personaje que los MacHeth la habían obligado a interpretar o por la pérdida del afecto de Duncan, no la pérdida, sino la completa y total aniquilación de cualquier afecto tierno. Estaba atormentada, sí, pero no estaba seguro de que rebosara de locura, a pesar de sus historias extravagantes.

Había mirado hacia atrás varias veces mientras atravesaban valles pantanosos, a lo largo de riberas de arroyos y por senderos escarpados en las montañas. La lass estaba apática, apenas parpadeaba, miraba al frente pero no veía nada, supuso Graeme. Habían salido de Thallane poco después del amanecer; esos momentos dentro del patio mientras se reunían los caballos y soldados fueron los únicos en que mostró alguna emoción. Sus ojos marrones volvieron una y otra vez hacia la puerta del castillo con una expectativa ansiosa, esperando que Duncan se mostrara, que

cambiara de opinión. Fue la única vez que lloró, hasta donde Graeme sabía, y aun así un lamento silencioso, con la cabeza caída sobre el pecho. Roari lanzó muchas miradas incómodas hacia Graeme mientras ella seguía así durante la primera media hora.

Graeme alzó la vista al cielo, lleno de nubes blancas y esponjosas, calculando que era casi mediodía. Supuso que podrían estar a treinta minutos de Newburn. Redujo la velocidad de su montura, inclinando la cabeza para que dos de sus hombres, Baltair y Connor, adelantaran camino, esperando a que el destrier rojo de Roari lo alcanzara. Tres soldados MacQuillan más cabalgaban unas veinte longitudes detrás de Roari. El joven de rostro pálido lanzó una mirada muda y sufrida a su capitán. Graeme la ignoró, centrado en Holly, que rebotaba distraídamente detrás del joven, con la mejilla apoyada en la espalda de Roari.

—¿Conoces a una lass llamada Cora? —preguntó sin preámbulos—. Casada con Thain.

La pregunta, o simplemente que le hablara, pareció sorprenderla. Se enderezó, retirando la mejilla del abrigo de Roari.

—No conozco a nadie en este sig… fuera de Thallane —dijo, con voz ahora rígida.

—La conocí solo la semana pasada —dijo Graeme—. No sabía cuando vi a Lucas Thain en primavera que se había casado. Aun así, nos detendremos un momento allí, en Newburn. Tengo la sensación de que Cora podría tener alguna idea de qué… dónde… podría ser más adecuado para ti.

—¿Por qué…? No importa. Ni siquiera me importa.

No, podía ver que no le importaba. Era como si todo propósito y razón hubieran sido deliberadamente drenados de ella, su postura y expresión tan rígidas como su tono.

Más de una vez, Graeme había sido acusado de ser obtuso en asuntos ajenos a la guerra y la política, pero incluso él había notado la diferencia en los recién casados tras su regreso de Newburn días atrás. No era la misma pareja que había dejado, cautelosa y danzando alrededor del otro, fuera del alcance de los brazos. Los ojos marrones, que antes estaban asustados y apagados, habían evolucionado a esos orbes expresivos, siempre

más brillantes al mirar a Duncan. Graeme casi no reconoció a su primo, de repente y con frecuencia mostrando una sonrisa complacida, distraído pero agradablemente, según juzgó Graeme, aparentemente incapaz de apartar la mirada de su esposa cuando estaba cerca, sin esforzarse en absoluto por hacerlo.

Newburn era una fortaleza impresionante, pero la inspección indiferente de Holly del castillo no alarmó a Graeme; poco podía compararse con Thallane, el castillo de cuatro torres con el poderoso Mar del Norte como telón de fondo. Se escuchó un cuerno a su llegada. Connor levantó el estandarte MacQuillan, y otro toque de cuerno respondió desde la muralla, breve y bajo. Graeme saludó al capitán de los Thain, Airril, que los observaba desde su posición sobre la puerta principal. Predeciblemente, Airril mostraba una expresión desconcertada, probablemente en reacción al regreso inesperado de Graeme solo tres días después de dejar Newburn.

Dentro de la muralla, el patio estaba casi vacío, solo se veía una lavandera sacando agua del pozo y un joven persiguiendo una gallina por el patio. Una mirada rápida a las sombras de los establos mostraba los puestos llenos de destriers y corceles, por lo que Graeme supuso que el laird estaba en casa y no había salido a entrenar ese día.

Graeme desmontó con facilidad, entregando las riendas a un muchacho que venía de los establos. Casi cómicamente, Roari no desmontó, sino que permaneció sobre la montura, lanzando miradas de reojo a la mujer aferrada a su cintura. Quizá imaginaba que si hacía algún movimiento brusco, ella podría morderlo.

Graeme alcanzó a Holly, levantándola de la montura. Ella lanzó una última mirada impasible a la fachada pálida del castillo Thain.

—¿Newburn? —preguntó, lo único que dijo.

—Newburn, sí —dijo Graeme justo cuando Lucas Thain abrió la puerta.

Graeme condujo a Holly hacia el Thain, con su mano apoyada en la parte baja de su espalda. A ella realmente no le importaba nada. Nada en absoluto. Ni siquiera la mirada acerada de Lucas Thain, ni el tamaño y la envergadura del hombre. No podía

imaginar que el ceño fruncido del hombre fuera casi permanente, que Graeme ni siquiera estaba seguro de haber visto a Lucas alguna vez sin él. Aunque Graeme tenía la impresión de que Lucas adoraba a su esposa, Cora, incluso cuando su mirada la incluía, siempre había una intensidad oscura en él.

Intentando anticipar las preguntas más obvias, Graeme se acercó y dijo:

—No te alarmes. No pasa nada.

Lucas asintió, sintiendo que había más, pero sin bombardearlo de inmediato con preguntas. Retrocedió, aparentemente invitando a Graeme y Holly a entrar. Casi inmediatamente al poner un pie dentro del salón, Graeme notó que las pocas parejas sentadas en una de las mesas bajas no eran meramente campesinos ni siquiera residentes de Newburn. Reconoció a los jefes, Michael MacClellan y Aedan Cameron, y asumió que las damas sentadas junto a ellos debían ser sus esposas.

Mierda.

—Tienen visitas y tal vez esto fue una mala idea —dijo, refiriéndose a la naturaleza muy delicada y personal de su visita. Debería haber enviado a uno de los lads por delante para anunciar su llegada. Mierda, de hecho. No había pensado más allá de Newburn, buscando la ayuda de Cora, y no había hecho ningún plan de contingencia para Holly. Suponía que un convento sería su próxima parada.

—No seas tonto —lo tranquilizó rápidamente Lucas—. No te entrometes. Conoces a estos hombres, los lairds MacClellan y Cameron. Ven.

Cora Thain avanzó, su sonrisa rápida y cálida. Por conciencia tranquila o juicio sano, nadie hubiera pensado que era la esposa de Lucas Thain. Era tan pequeña como Lucas era grande, su cabello castaño rojizo estaba cortado de manera antinatural, apenas rozando sus hombros delgados. Tan difíciles de ver como eran las sonrisas de su esposo, las de ella surgían con facilidad.

—Graeme MacQuillan, qué gusto verte de nuevo y tan pronto —dijo, recordándole de nuevo por qué había venido—. ¿Qué te trae a Newburn?

Se giró, levantando la mano para indicar a Holly, quien, con un ceño de repente pesado, interrumpió su presentación, mirando fijamente a la pequeña esposa del Thain.

—Llevas gafas —dijo Holly, con un tono lleno de asombro.

Cora jadeó, levantando la mano para tocar el extraño artilugio sobre su nariz que resaltaba la amplitud y el verde de sus ojos. Detrás de Cora, las dos mujeres sentadas con Michael y Aedan saltaron del banco como si tuvieran un acuerdo previo, intercambiando miradas sorprendidas.

—Sabes lo que son las gafas —respondió Cora a Holly, un poco jadeante, quizás sorprendida.

—Increíble —refunfuñó Lucas, pareciendo saber de qué hablaban y por qué podría ser significativo.

Totalmente desconcertado, Graeme lanzó una mirada frenética a Lucas mientras las dos mujeres mantenían su propia confrontación silenciosa y sorprendida.

—¿Qué pasa aquí? —fue lo único que se le ocurrió preguntar.

Lucas negó con la cabeza, guiando a Graeme y Holly más adentro para poder cerrar la puerta.

—¿Dónde están…? —comenzó Cora Thain.

—¿Cuándo tú…? —empezó Holly al mismo tiempo.

—No aquí —aconsejó Michael MacClellan, levantándose del banco, con voz baja y tensa.

—Bien —asintió Lucas—. Ven, amor —dijo a Cora, tomándola del brazo.

—Pero Lucas —objeto su esposa al instante, levantando sus hermosos ojos ampliados hacia él—. Ella es de…

—Aye, y llegaremos a eso, amor, pero no aquí. Arriba, por favor. Reunámonos en tu sala.

—Oh, sí, por supuesto —aceptó Cora. Pero primero volvió a mirar a Holly, tomando sus manos pálidas entre las propias. Con una sonrisa comprensiva, casi dolorida, dijo en voz baja: —Soy Cora. Siento que estás muy asustada, pero no necesitas estarlo. No estás sola, te lo aseguro.

El jadeo de Holly, que Graeme determinó que era un grito de agradecimiento sincero, lo sorprendió por toda la emoción que

contenía. Con el jadeo, sus ojos se llenaron de lágrimas y cubrió su boca con la mano, abrumada por una emoción que solo confundía más a Graeme.

—Todo estará bien —le prometió Cora, tomándola por los hombros y guiándola lejos de Graeme. Las otras dos mujeres rodearon a Cora y Holly mientras caminaban por el salón.

Graeme les permitió alejarse unos pasos, pero no permitió lo mismo a Lucas cuando el hombre quiso seguir a su esposa. Indiferente a la grosería que mostraba, Graeme agarró al anfitrión por el hombro, sujetando la tela de su túnica, lo que hizo que la mirada gris y feroz del Thain se posara en él.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué es esto? —Ni siquiera sabía qué preguntas hacer.

Lucas permitió la transgresión.

—¿No te lo dijo ella?

Incapaz de concebir que Lucas pudiera estar hablando de lo más extraordinario que Holly le había contado a Duncan, y que Duncan posteriormente, irritado, le había compartido, Graeme gruñó:

—¿Decirme qué?

Lucas colocó su mano sobre la de Graeme, retirándola lentamente.

—Ven, llevémoslo arriba. Supongo que esta es la nueva esposa de Duncan.

—Lo *era* —respondió Graeme secamente—, hasta que reveló que no era una MacHeth después de todo, y… algunas otras mentiras extraordinarias e increíbles.

La expresión de Lucas, que rara vez se suavizaba, lo hizo ahora, llenándose de tanta lástima por la confusión de Graeme.

—Prepárate, amigo mío. Si ella es lo que sé que es, todo es cierto.

***

No estaba segura si el shock o el alivio debía ser la emoción predominante. Permitió que Cora la guiara por una amplia escalera hasta el segundo piso y hacia una cámara al final del pasillo. Sus

piernas se sentían como llenas de cemento, tan pesadas y torpes era su andar, cargadas de desconcierto.

La joven con gafas, Cora, parecía instantáneamente acogedora y sincera, pero Holly había aprendido a la mala a no dar nada por sentado. Echó un vistazo por encima del hombro mientras un torbellino de emociones giraba en su estómago. Graeme no había ocultado que no tenía interés en ella, pero se sentía segura y protegida, creía. La presencia de estas personas, las mujeres tan ansiosas por llevarla arriba ¡Cora inexplicablemente usando gafas modernas!, la inquietaba enormemente. Su pánico solo disminuyó cuando vio al enorme hombre de ojos grises apretar el hombro de Graeme y dirigirlo hacia la escalera para que lo siguiera. Los otros dos hombres que estaban en el salón lo hicieron tras ellos.

El solar de Newburn era posiblemente más cómodo que el que Doirin y Moire usaban en Thallane. Holly dejó que sus ojos recorrieran toda la habitación, sorprendida al encontrar sillones acolchados y un largo sofá, además de varias mesas auxiliares y sillas más pequeñas, la mayoría de apariencia más moderna que cualquier cosa que hubiera visto en este período. Las cortinas ondeaban en las dos ventanas largas y estrechas, de algodón ligero y aireado, con flecos, más propias del siglo XX que de 1303. Solo la alfombra parecía encajar con su percepción de una pieza contemporánea.

Cora la dirigió a uno de los grandes sillones y le indicó que se sentara, lo que sus piernas también aconsejaron. Cuando la cámara se llenó con las cuatro mujeres y los cuatro hombres, la puerta se cerró, haciendo que la espaciosa sala pareciera más pequeña por la multitud de hombres grandes.

Cora se dirigió a las otras dos mujeres, todas de pie frente a Holly.

—No estoy muy segura de cómo empezar —confesó.

La mujer rubia respondió de inmediato.

—Empecemos con las presentaciones —se giró hacia Holly—. Has conocido a Cora. Yo soy Kayla Forbes —dijo, señalando a un hombre de cabello oscuro y ojos azules al estilo Josh Duhamel, que parecía tan complacido como Lucas ante todo lo que estaba pasando

—. Ahora soy Kayla MacClellan. Ese es mi esposo, Michael —tomó la mano de la mujer junto a ella—. Esta es Gabby, antes Gabrielle Noble, casada con Aedan y por lo tanto Cameron. —Miró a Holly con gran expectación—. Cora y yo nacimos en Nueva York y Gabby es de Kansas. ¿Has… oído hablar de esos lugares alguna vez?

Los labios de Holly temblaron de nuevo. Comenzó a asentir, moviendo la cabeza involuntariamente. Se sintió, al mismo tiempo, vindicada, no estaba loca, y luego, fugazmente, furiosa, pensando que alguien le había jugado una broma horrible. Como si hubiera superado, sobrevivido y vencido a cualquier otro concursante de *Survivor: Edad Media*. Pero no le importaba. Ya estaba hecho, obviamente. El alivio abrumador y tantas otras emociones la invadieron, de modo que apoyó la cabeza en sus manos y lloró, temblando de pies a cabeza.

Graeme murmuró algo en escocés, lo que hizo que Holly levantara la vista justo a tiempo para ver a Aedan poner una mano sobre el pecho de Graeme.

—Deja que las lasses se encarguen —dijo.

Holly parpadeó, mirando primero a Aedan, quien la atravesó con sus ojos esmeralda antes de volver la vista a Graeme, que en ese momento se parecía mucho a Duncan por la expresión feroz que mostraba.

Tomando un profundo respiro, volvió a mirar a las tres jóvenes, recién ahora, en medio de todos estos shocks, dándose cuenta de que hablaban inglés americano perfecto, igual que ella, aunque el de Gabby tenía un ligero acento del medio oeste.

Intentó procesar lo que estaba pasando con lo poco que le habían contado.

—Entonces… ¿todo esto es… falso? ¿Como un juego o algo así? —Estaba a punto de escribir una carta muy enojada al creador de esta basura.

Los hombros de Cora se hundieron.

—¿Ves? —dijo a sus dos amigas—. Por eso creo que no deberíamos andarnos con rodeos. Solo dile todo. —Golpeó el dorso de los dedos de una mano contra la palma de la otra, una vez por cada declaración fantástica que iba a hacer—. Sí, es 1303. Sí, los

viajes en el tiempo son reales. Sí, sabemos por lo que estás pasando. No, no hay cura.

Gabby, con su hermoso cabello negro y ojos azules claros, tragó saliva y dijo:

—Supongo que simplemente tenías que decirlo, Cora. —Se estremeció, observando la reacción de Holly, que solo parecía más confundida.

Kayla se arrodilló frente a Holly, apoyando su mano sobre la pierna de ella de manera consoladora.

—Sé que es mucho. Todas hemos estado ahí. Nosotras también fuimos movidas a través del tiempo. Es increíble. Es difícil de creer, pero es real. Sabemos muy poco del cómo, o incluso del por qué. Pero en realidad estamos aquí ahora, hemos venido juntas, esperando invocar a las mu...las mujeres que nos trajeron aquí.

—¿Sidheag? —se preguntó Holly.

—Oh, cielos —se quejó Cora—. ¿Hay otra? ¡Espera a que vea a esa Samara! —Se giró hacia su esposo, muy imponente, plantando las manos en la cadera—. Lucas, en serio. Hay que hacer algo con estas brujas. Se nos están yendo de las manos.

Lo más increíble fue que, mientras su esposo asentía obedientemente a su esposa, los hombres Aedan y Michael intercambiaron sonrisas.

Era demasiado imposible de creer, pero estas personas eran demasiado convincentes para estar fingiendo todo esto: esos hombres, rudos y terrenales, simplemente no eran modernos; esas mujeres, aunque vestidas de manera similar a Holly, claramente no eran medievales. Holly miró a Graeme, y al decidir que su expresión era tan desconcertada como la de ella, aunque él carecía del conocimiento extra que estas mujeres poseían, del siglo XXI, volvió su atención a las mujeres y dijo:

—Me llamo Holly Wright. Nací en 1997. Soy de Pennsylvania.

Nadie dijo palabra, aunque se intercambiaron muchas miradas comprensivas y conocedoras.

Después de unos segundos, fue Graeme quien habló.

—Alto —dijo—. Detén… esta locura. —Levantó las manos, mirando a Holly, aunque su arrebato parecía incluir a todos en la

sala—. Solo… detente. ¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

—¿Michael? —dijo Kayla, con intención—. Tal vez sería mejor si habláramos con Holly a solas.

—Aye —dijo Michael MacClellan, haciendo señas a Graeme—. Dejemos a las lasses…

Graeme resopló.

—No la voy a dejar aquí con ellas. Duncan me cortaría la cabeza si algo le pasara a...

Holly interrumpió esa tontería con un resoplido propio.

—Lo dudo, Graeme.

—Ohhh —dijo Cora, alargando la palabra.

—¡Oh! —coincidió Gabby—. Pensé que estabas con… oh, ya entiendo.

—¿Quién es Duncan? —preguntó Kayla.

El susurro de Cora no fue muy silencioso.

—Duncan MacQuillan, primo de Graeme. Laird de Thallane.

—¿Por qué no está aquí con ella? —susurró Kayla.

—Aún no lo sabemos —respondió Cora y luego sonrió dulcemente a Holly.

Gabby echó a los hombres de la habitación.

—Está en buenas manos, señor. No tema.

Lucas Thain cerró la puerta después de que los tres hombres salieran, levantando la ceja de Holly y sonrojando las mejillas de Cora con un guiño mientras retrocedía.

Holly entonces enfrentó a Cora, Gabby y Kayla, apenas pudiendo comprender que todas también eran de otro tiempo.

—¿Y ahora qué?

—Ahora —dijo Gabby—, compartiremos nuestras experiencias y trataremos de ayudarte en todo lo que podamos. Todas estamos en el mismo barco.

Holly sintió un sentido de solidaridad, aunque al mismo tiempo se sintió extremadamente sola. Considerando a tres de los hombres que acababan de salir, dijo:

—Tengo la sensación de que mi barco es el único que se está hundiendo.

Las siguientes horas fueron esclarecedoras y casi tan increíbles como lo que había vivido en las últimas dos semanas. Primero y ante todo, había otra joven, Eloise, que también había sido transportada a través de los siglos.

—Vive en Brechmont, cerca de nosotras —dijo Gabby—. Está viva y bien. Está cerca de dar a luz a su segundo hijo o también habría venido.

Las mujeres compartieron sus historias. Todas habían estado en Escocia por diferentes razones. Ninguna situación era igual; algunas, como Holly, habían visto o conocido a la bruja antes de ser transportadas; Cora había conocido a Lucas pocas horas después de llegar, pero Gabby había sobrevivido semanas antes de encontrarse con Michael; algunas habían soportado más sustos y dificultades de las que Holly podría imaginar. Pero ninguna quería regresar a su tiempo, lo que hizo que Holly se sintiera diferente del grupo.

—Entonces —dijo Cora, después de un rato, usando el nudillo para empujar sus gafas más arriba en la nariz—, ¿qué pasa contigo y el laird MacQuillan?

Holly suspiró y empezó a contar su propia historia, toda. Justo antes de que comenzara, Cora empujó a Gabby.

—El cuaderno. —Cuando Gabby se levantó y fue al escritorio, Cora explicó—. Todas nos hemos conectado recién. Esta es solo la segunda vez que nos encontramos...

—Nuestros pobres esposos —intervino Kayla—. Están más confundidos que nosotras.

Cora continuó.

—Pero decidimos llevar un registro, tanto un diario como un relato presente de nuestras vidas —se encogió de hombros, un atisbo de tristeza se vio en sus brillantes ojos verdes—. ¿Sabes? Por si nunca logramos regresar, por si la historia quiere saber qué nos pasó.

La estudiante de estudios de museo en Holly consideró el cuaderno espiral y el bolígrafo que Gabby le devolvió.

—Tendrán que encontrar una manera de preservarlo —dijo Holly—. Eso no sobrevivirá setecientos años.

—Bien, tendremos que pensarlo eventualmente —aceptó Gabby—. Pero primero, Holly, tu historia —pidió, sosteniendo el bolígrafo lista para anotar.

Habiendo escuchado sus historias y lo fantásticas que eran, Holly pudo relatar la suya con mucha menos aprensión que si ellas no la hubieran compartido. Comenzó desde el principio, con su recorrido por los brochs, les contó cómo despertó en la residencia de los MacHeth y fue aconsejada por Sidheag de que, si quería volver a casa, tenía que hacerse pasar por Ceri MacHeth y casarse con Duncan MacQuillan, y luego cómo él la desterró al descubrir la verdad.

Aunque esperaba y recibió algo de simpatía por el duro rechazo de Duncan, todas fueron universalmente prácticas al respecto.

—Considéralo desde su perspectiva —la animó Gabby—. Por supuesto que él pensaría que estás loca. Como tú lo pensarías de él, si él te contara la misma historia al llegar a nuestro tiempo.

—Dale tiempo —añadió Cora.

—¿Darle tiempo? —se burló Holly—. ¿Ah, como él me lo dio a mí? Le rogué que hablara conmigo en privado. Le rogué que me escuchara. No me dio ni la hora. No quiero estar casada con alguien así, que...que dispara primero y pregunta después. Y, por cierto, no creo que estemos realmente casados de todos modos, así que nada de esto importa. Nada importa —repitió con rabia—. Quiero volver a casa.

—Lo siento mucho, Holly —susurró Kayla.

Holly rechazó su preocupación con un gesto de la mano. Ella y Duncan habían terminado. No había nada que lamentar, se dijo a sí misma. Él se había asegurado de eso.

—Pero alguna de ustedes —preguntó luego—, ¿soñó con… sus esposos aquí, pero mientras todavía estaban allá, en el siglo XXI?

—Oh, eso es nuevo —comentó Gabby, bajando la cabeza para añadirlo al diario.

Ninguna lo había hecho, lo que las llevó a una discusión sobre las numerosas diferencias, que tenía su propia página en el

cuaderno, entre todas sus aventuras en los viajes en el tiempo.

—Ah, y el tiempo no coincide —advirtió Kayla—. No es igual aquí, o no siempre se sincroniza.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando llegué aquí, Eloise llevaba desaparecida solo unas pocas semanas —dijo—. Y cuando la encontré, llevaba aquí más de un año.

Cora advirtió:

—Pero no estamos seguras de que funcione así todo el tiempo.

—Y otra cosa... —comenzó a decir Gabby.

Fue interrumpida por Lucas Thain, que asomó la cabeza en la habitación. Su expresión volvió a ser feroz, sus ojos grises humeando con intensidad. Pasó la mirada sobre todas ellas y anunció:

—Tenemos un visitante.

CAPÍTULO VEINTE

Holly siguió a las mujeres fuera de la habitación y bajó las escaleras, habiendo notado lo protector que Lucas era con Cora. Él lideraba al grupo, pero mantenía a su esposa cerca, con su mano apretando la de ella, mientras la otra descansaba sobre la empuñadura de su espada.

Kayla había tomado la mano de Holly y ahora la sostenía con fuerza.

—Supongo que ha venido Duncan —dijo, con una pequeña y esperanzada sonrisa.

—Hay pocas posibilidades —replicó Holly, sintiéndose luego mal por arruinar la ilusión de Kayla. Aun así, él era la última persona que quería ver.

Avanzaron por las escaleras, y Holly notó cómo los hombres se mantenían hombro con hombro en el pasillo, bloqueando parcialmente la escalera. Solo vio a otra persona más, alineada con ellos: un hombre mayor, con cabello entrecano, no tan alto ni ancho como Aedan, Michael o Graeme.

—Ese es Airril —susurró Kayla—. Podría ser la única otra persona que conoce nuestra historia, ya que vio a Cora con la bruja una vez. Es bueno.

Holly asintió sin pensar demasiado, con la mandíbula caída al ver cómo los hombres se apartaban a medida que avanzaban, revelando la pequeña figura de Sidheag.

Mientras se quedaba boquiabierta, Graeme se acercó a ella.

—Algo se está tramando, lass—dijo—. Tenemos que irnos.

Holly lo ignoró.

—¡Tú! —rugió, liberando su mano de Kayla y avanzando hacia adelante. Graeme la tomó del brazo, evidentemente sin querer que se acercara demasiado a la bruja—. Todo esto es tu culpa. —Las

lágrimas cayeron de inmediato. En el fondo, no podía descartar la posibilidad de que llorara porque no era Duncan quien había venido por ella, sino la bruja—. ¡Cómo te atreves a jugar con la vida de las personas de esta manera!

—Tal como dije —comentó Cora detrás de ella, un definitivo *umhmm* en su tono.

Sidheag dio un paso adelante, completamente tranquila, sin mostrar preocupación por los hombres armados frente a ella.

—Se suponía que debías quedarte con los MacQuillan, lass.

No sabía lo que eso significaba, pero respondió con todos los hechos que conocía.

—No, no debía. No podía. Primero, él me echó. Y segundo, tú dijiste que todo lo que tenía que hacer era casarme con él, que tenía que salir de Hewgill House para poder volver a casa. Y lo hice, y quiero ir a casa ahora, Sidheag. —Frunció el ceño, considerando el largo viaje que había hecho hasta Newburn, preguntándose cómo Sidheag había logrado el trayecto—. ¿Cómo… llegaste aquí?

—No te preocupes por eso, lass—dijo Sidheag—. Necesitas...

—¡Necesito ir a casa! —gritó.

—Bruja —gruñó Graeme—, te advierto que retrocedas ahora mismo.

Sidheag giró sus pequeños ojos hacia Graeme, completamente indiferente a su amenaza. Incluso se acercó un poco, levantando su arrugado rostro hacia él.

—Tú te irás mientras nos quedamos aquí. Estás prometido a otra.

Holly jadeó y se giró hacia Graeme, tomando ambos brazos, apartándolo de Sidheag.

—Tienes que irte. Ve, Graeme. Ahora. Es casi exactamente lo que me dijo antes de enviarme atrás en el tiempo.

Fueron interrumpidos cuando Sidheag tambaleó sobre sus pies y luego movió la vista por todas partes, sobre sus cabezas.

—¿Quién viene? Muéstrate, *nighean* —ordenó, su voz ya no débil ni áspera.

Todas las miradas se elevaron hacia el techo de madera. El pasillo vibraba con una corriente eléctrica extraña.

—Vamos —instó Sidheag con firmeza.

—Estoy aquí —dijo otra voz, clara como el día.

Todos los rostros se volvieron hacia la nueva voz y otra figura, dentro de la puerta cerrada. No estaba de pie, en realidad flotaba, un pie por encima del suelo. Era radiante, literalmente, con un suave resplandor a su alrededor. Su cabello y túnicas eran largos y fluidos, y sus ojos brillaban.

Al mismo tiempo, todos los hombres desenfundaron sus espadas al unísono, y mientras agrupaban a las mujeres detrás de ellos, en un círculo flanqueado por sus cuerpos, Airril gruñó.

—¡*Oh*, no tú otra vez! —mientras Cora gritaba, no de alegría.

— ¡Oh! ¡Samara! ¿Qué haces aquí?

—¡Fuera, bruja! ¡Te derribaré antes de que la tomes! —rugió Lucas.

Pero la recién llegada, Samara, tan hermosa y joven como Sidheag no lo era, solo tenía ojos para Sidheag.

—¿Por qué juegas con esto? —su voz era suave, casi etérea, con un eco propio.

—No son juegos, Samara, como bien sabes.

—Ya no, pero lo eran cuando tú comenzaste.

—¿Igual que tú, no? —replicó Sidheag.

Holly intentó abrirse paso entre el muro de hombres que rodeaba a ella, Cora, Kayla y Gabby. Graeme y Michael eran inmovibles. Desde detrás de ellas gritó.

—¡Por favor, solo dígannos qué está pasando! ¿Por qué?

—¡Lucas! Haz algo —imploró Cora—. Enciérrala antes de que envíe a alguien más a través del tiempo.

Las brujas los ignoraron a todos.

—Tendrás que rendir cuentas por esto —dijo Samara a Sidheag.

—No respondo a las *nigheanan sgàil* —replicó Sidheag—. Ya no.

—El destierro no significa que no seas responsable ante Moireach —respondió Samara.

Holly y los demás permanecieron congelados, mudos e inmóviles ante las figuras y la conversación.

—¿Y tú? ¿Y Magaidh? —Se giró y señaló directamente a Michael MacClellan—. ¿Y tus hermanas que enterraron a aquel?

—Todo eso —dijo Samara, tan suavemente como Sidheag chillaba—, todas hemos rendido cuentas ante Moireach. Tú no. Pero lo harás.

Sidheag se encogió de hombros, lo que pareció enfurecer a Samara, quien levantó su mano hacia la anciana. Con un simple giro de muñeca, Sidheag quedó envuelta en su propia luz dorada. De repente, se veía más alta y joven, más erguida y menos arrugada. No era tan joven ni perfecta como Samara, pero ya no era una vieja encorvada. Dentro del resplandor dorado, parecía de mediana edad como máximo, con el cabello gris oscurecido y alargado hasta las caderas. Su ropa harapienta se transformó frente a sus ojos en túnicas blancas como las de Samara.

Lucas maldijo.

—Maldito infierno.

Graeme cuestionó la transformación.

—¿Qué brujería es esta?

La reacción de Aedan fue la más sorprendente.

—Maldita… ¡te conozco!

—¿Qué caos traes? —preguntó Michael—. ¿Qué te convoca aquí? ¿Ahora?

Finalmente, las brujas dirigieron su atención al círculo de humanos.

—No se alarmen —dijo Samara—. Solo fue la energía lo que me atrajo aquí. —Miró más allá de la línea protectora de hombres, específicamente a los rostros de las jóvenes—. Tanto… poder aquí, con estas lasses reunidas. Me llamó.

—Pero, ¿por qué estás *tú* aquí, Sidheag? —preguntó Holly—. ¿Has venido a enviarme a casa?

Por favor, di que sí.

Al mismo tiempo, Lucas estalló de nuevo.

—¡Maldita sea, Cora! Esto es exactamente lo que temía. Lo dije, ¿verdad? Dije que no quería tentar al destino, y mira lo que hemos hecho.

—No lo hiciste tú, Lucas el Thain —dijo Samara—. No fuiste tú quien nos llamó aquí. Y no soy yo, ni ninguna de nosotras, quien puede romper los lazos aquí encontrados.

—¡Habla claro, bruja! —ordenó Aedan.

—Es más fuerte que el tiempo o la magia —respondió Sidheag—. El vínculo no puede romperse. Solo si ella, cualquiera de ellas, quiere irse de tu lado, la magia podría ser efectiva.

Lucas gruñó entre dientes.

—¿Qué es más fuerte?

—El amor —respondió Samara—. Es el amor lo que une a las personas a través del tiempo. Una vez que se conoce y se siente, no pueden separarse, ni siquiera por la magia más poderosa. Es más fuerte que minutos y horas, impermeable a los encantamientos. Una vez que el amor se conoce, no es posible atravesar las capas del tiempo.

—No sé de la experiencia de nadie —resopló Gabby—, pero yo no caminé por el tiempo. Fui arrojada dentro de él, lanzada a través de él y escupida por el tiempo.

Samara movió la mano hacia Cora, sus dedos ondulando con gracia.

Lucas rugió y levantó su espada hacia la mujer justo cuando Cora quedaba envuelta en un brillante resplandor blanco. Lucas quedó inmovilizado al instante, atrapado en pleno movimiento, con un pie en el aire y la espada levantada sobre su cabeza.

Duró apenas un segundo, el hechizo desapareció. Al mismo tiempo que la luz de Cora se desvanecía, Lucas fue liberado de la magia que lo había inmovilizado. Él, y Cora justo detrás, se relajaron al mismo tiempo que la magia se disipaba.

—¿Ven? —dijo Samara con indiferencia—. No se puede mover. Su amor es profundo.

Holly estaba asombrada, tanto por ver al valiente y audaz Lucas como si estuviera a punto de llorar, como por la reacción de Cora. Después de lanzar a Samara un ceño furioso y resentido, exhaló con fuerza y se enfrentó a su esposo con una sonrisa creciente. Y luego, como si no hubiera estado a punto de perderse para él, le guiñó un ojo con descaro.

—Te lo dije.

Él se calmó, aunque no del todo, con la boca torcida por la irritación. Lucas tomó la mano de Cora y la mantuvo cerca de él.

Cuando Michael y Aedan se movieron también, con la intención de proteger a sus esposas, Samara sonrió serenamente.

—Ellas también están seguras aquí, señores.

Con tanto estrés y confusión abrumando a todos, Holly logró abrirse paso delante de Graeme y Michael.

—Pero aún quiero ir a casa —dijo, mirando de Samara a Sidheag—. El amor no me ata aquí.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Sidheag, inclinando la cabeza hacia un lado.

Holly estaba segura.

—Totalmente.

—Holly —Graeme se acercó rápidamente a su lado—. No hagas esto. Espera. Déjame traer a Duncan. Si él supiera la verdad...

—Le dije la verdad, Graeme.

—No —dijo Michael desde detrás de ella—. Te escuchó, lass. Pero no puede creerlo, no más de lo que cualquiera de nosotros habría podido cuando lo supimos por primera vez. Debe tener la oportunidad de verlo como verdad.

Holly consideró lo horrible que había sido con ella, las cosas hirientes que dijo.

—No, él… no se lo ha ganado ni se le debe nada. Fue bastante claro. No quiere tener nada que ver conmigo. —Y después de cómo la trató, ella no quería tener nada que ver con él—. Quiero ir a casa —dijo a Graeme con determinación.

—*Oh*, lass. Pero… espera. Todavía estoy tratando de comprender lo que sucede aquí. No puedo hablar por Dunc, pero sé que él...

—No necesitas hablar por él —le dijo Holly—. Ya lo hizo. "Sácala de mi vista", fueron sus palabras para ti.

—No puedo dejar que esto sea el final —argumentó.

—Por favor, Graeme —rogó Holly, bajando la voz—. Solo vete, antes de que Sidheag te haga algo. Lleva a Roari y a todos esos chicos contigo.

—Ya los envié —le informó—. No iba a dejarte, no con… —hizo una pausa, mirando alrededor, totalmente perturbado—. todo esto. Se fueron, ahora están en Thallane. Ven conmigo, los alcanzaremos.

Resuelta, Holly negó con la cabeza.

—No, Graeme. Obviamente, mi… viaje en el tiempo no estaba destinado a ser como el de ellas —dijo, moviendo el brazo para incluir a esas parejas que, imposible, habían encontrado el amor—. No lo amo, lo sé. Él no me ama, también lo sé. Y aunque lo hiciera, o si… él se arrepintiera si supiera… no significa nada, no tanto como que yo quiera volver a casa.

—Es un error —persistió Graeme.

—Venir aquí fue un error —dijo ella, volviéndose hacia Sidheag—. Yo fui el error, ¿no? Te equivocaste. ¿Me enviarás a casa, por favor? —Se distrajo con una nueva preocupación, volviéndose hacia sus nuevas amigas, sus amigas viajeras en el tiempo—. ¿Debería… comunicarme con sus familias? Querrían saber que no están… —se detuvo cuando las tres negaron con la cabeza.

—No —dijo Kayla—. Ya habíamos decidido que si alguien pudiera o lograra regresar a nuestro tiempo, solo causaría problemas.

—Ya sea por ser portadora de noticias tan fantásticas —explicó Gabby—, o para las familias. Hay demasiado que podría… salir mal al divulgar una verdad tan increíble. Piensa en lo que podría significar para la vida de quien la cuente, para la cordura de las personas, para gobiernos, científicos, locos o… —se encogió de hombros, claramente dolida por la decisión.

Holly consideró las expresiones de pesar de Cora, Gabby y Kayla.

—¿Están seguras?

Se consultaron entre ellas con miradas significativas y luego presentaron un frente unido, asintiendo a Holly. Cora se pasó los dedos bajo las gafas, secando las lágrimas que caían.

—Sí, todas estamos de acuerdo —dijo Kayla—. Eloise también lo sabe.

Aceptando sus deseos, aunque sintiéndose un poco triste por ello, Holly abrazó a cada una de ellas y luego se enfrentó a Sidheag.

—Estoy lista.

—¡Holly! —siseó Graeme, enojado.

Ella se volvió hacia él, con lágrimas brillando una vez más en sus ojos preocupados.

—Gracias de nuevo por ser amable conmigo desde el principio. Dile a Duncan… dile que lo siento. No quise… solo dile que lo siento.

Graeme frunció el ceño, no convencido. Se movió, apoyando su peso en la pierna derecha.

Decidida a ignorarlo, lo que seguramente estaba arraigado en él, proteger y defender, Holly volvió a mirar a Sidheag, inhalando hondo.

—Estoy lista.

Era consciente de la tensión repentina en el gran salón, del leve movimiento de los guerreros medievales estabilizándose, levantando sus espadas. El mensaje era claro: advertir a Sidheag que ni pensara en llevarse a una de sus mujeres.

Sidheag, con su nueva apariencia de mujer atractiva de mediana edad, no les prestó atención, sino que miró a Holly y luego al aún furioso Graeme mientras levantaba la mano, girándola lentamente hasta que la palma quedó hacia arriba.

El aire dentro del salón cambió, volviéndose pesado y con un tenue dulzor. Aunque no se abrieron puertas, una luz centelleante brilló sobre ellos.

Luego Sidheag bajó la mano.

Nada pasó. Holly seguía allí. Habiéndose preparado, para el impacto por así decirlo, Holly relajó los puños y abrió la boca. Miró hacia donde estaban Cora, Gabby, Kayla y sus esposos esperaban. Todos miraban, pero no a ella.

Siguiendo las miradas sorprendidas de todos en la habitación, Holly se volvió hacia donde Graeme había estado a su lado…

Pero ya no estaba.

Giró bruscamente la cabeza hacia Sidheag, con la boca abierta y redonda.

—Ups —dijo la bruja, sin un ápice de remordimiento, justo antes de desplomarse al suelo.

—Oh… maldita sea —gruñó Samara, y ella también simplemente desapareció como Graeme, estuvo allí y luego se fue, su resplandor dorado lo último en desvanecerse.

Nadie dijo una palabra. Todos miraron, colectivamente atónitos, la figura caída de Sidheag durante mucho, mucho tiempo.

***

Él estaba aturdido y confundido, pero supo al instante en que abrió los ojos que algo no estaba bien.

En un instante, todo volvió a él: las improbables brujas, la absurda travesía a través del tiempo, las lágrimas de Holly, él suplicándole que esperara, Sidheag levantando la mano para mover a Holly a través del tiempo…

En el último momento, cuando ella había levantado la mano, la mirada de la bruja se había fijado en Graeme.

Lo había hecho a propósito.

—La mataré —juró mientras se sentaba—. Mataré a esa bruja con mis propias manos.

No estaba seguro de lo que esperaba ver al observar su entorno, pero esto no era lo que esperaba.

Aunque no esperaba seguir en el salón de Newburn, tampoco esperaba estar tan cerca de casa. Reconoció los picos de las Cinco Hermanas a lo lejos, aunque lo separaba cierta distancia. Tal vez la bruja no lo había movido en el tiempo sino a través de la región. Se sentó sobre tierra cubierta de agujas de pino, dentro de lo que parecía ser un fuerte destruido, un antiguo broch cuyo muro occidental había sido derribado. Esta parte del interior del broch estaba hundida, excavada en la tierra, medio metro por debajo del nivel del suelo.

Respiró más tranquilo. Estaba en el tiempo correcto, decidió, solo que no en el lugar correcto. Pero algo de tiempo había pasado, razonó, notando la posición del sol en el cielo. Tal vez varias horas, aunque no podía estar seguro.

—*Oh*, ¿pero cómo lo hizo? —Sidheag lo había enviado a leguas de Newburn, el fuerte de Lucas Thain. Tal vez no había sido lo suficientemente fuerte para hacerle más.

¿Estaría Holly todavía allí? ¡Por los huesos! ¡Holly!

Intentó ponerse de pie, solo para que sus piernas se negaran a obedecer. Se desplomó sobre sus codos y rodillas.

— ¿Holly? —llamó, atónito por su inexplicable debilidad. — ¿Dónde estás, lass? ¡Holly! —Rugió, tanto como su voz rasposa le permitió. Su garganta estaba inexplicablemente seca, sentía como si estuviera cubierta de arena. Por mucho que no quisiera que Holly se fuera, temía aún más haberla abandonado. Aunque confiaba en Lucas, Michael y Aedan, ellos tenían sus propias lasses a las que cuidar. Sin que Duncan conociera toda la tragedia de ese día, recaía en Graeme protegerla en lugar de su primo.

Apoyando ambos puños en el suelo, Graeme intentó nuevamente ponerse de pie. El proceso fue lento, su cerebro simplemente no trabajaba en conjunto con sus extremidades. Todo lo que debería haber sido sencillo, lo que debería haber salido de manera natural, no lo hacía. Se vio obligado a concebir e imaginar cada movimiento. *Levantar rodilla. Apoyar el talón en el suelo. Elevar cabeza y cuello. Enderezar la espalda.*

Juraría que habían pasado más de cinco minutos desde que intentó ponerse de pie por primera vez.

—¿Señor?

Graeme giró, extendiendo los brazos cuando un ataque de confusión lo asaltó. Maldita sea, se sentía como si hubiera bebido demasiado vino barato, tan mal estaba su estómago y tan nublada su cabeza.

—¿Señor?

Giró sobre su talón al escuchar la pequeña y cautelosa voz, casi perdiendo el equilibrio.

—¡Alto! —ordenó a la figura que se movía—. ¡Muéstrate! —dijo entre dientes, alcanzando su espada. No creía estar girando, ni siquiera que se estuviera moviendo, pero la figura de voz vacilante ondeaba y flotaba frente a él, la imagen borrosa—. ¡Fuera de aquí!

—Levantó la espada y la apuntó en la dirección general de lo único que no era verde, marrón o gris, sino rosa brillante.

—Señor, ¿está bien? ¿Debo llamar a… una ambulancia? ¿Aquí tienen nueve-uno-uno como en Estados Unidos?

Nunca en su vida se había sentido tan débil, tan malditamente vulnerable. No podía enfocar los ojos, no podía ponerle rostro a la voz cautelosa. Y entonces ya no pudo mantenerse más. Sus rodillas no se doblaron, pero cayó hacia atrás, aterrizando con fuerza sobre su trasero. Sin intención, sin control de su propio cuerpo, se echó de espaldas.

—¡Oh, mierda! ¿Estás bien? —preguntó con gran urgencia y lo que sonaba como preocupación genuina—. Y luego: —¡Santo cielo! ¿Por qué… por qué llevas una espada?

—¡Alto! —gruñó de nuevo, queriendo que el ruido cesara—. ¿Me das un maldito minuto, sí? Cerró los ojos, presumiendo que no había amenaza en una voz tan suave, y se concentró en su respiración. No abrió los ojos hasta que su corazón dejó de acelerarse. El cielo estaba claro y brillante, las finas nubes blancas perfectamente detalladas.

Graeme tragó saliva y exhaló un fuerte suspiro.

Por costumbre, apretó el puño alrededor del pomo de su espada. Siempre se sentía mejor con espada en mano.

Pero su mano apretaba el aire. Mirando al cielo como si estuviera ciego, palmeó repetidamente el suelo a su lado derecho, el movimiento se volvía más frenético con cada segundo que pasaba, habiendo buscado el suelo a su alrededor.

—Lo siento —dijo esa misma pequeña voz—. Tomé tu espada. Yo… no creo que estés lo suficientemente bien para tenerla.

Graeme se obligó a sentarse, cerrando los ojos para evitar que regresara la neblina anterior, incluso mientras adoptaba su expresión más aterradora de batalla.

—No se toma la espada de un hombre, lass—dijo con voz peligrosamente baja—, a menos que pretendas acabar atravesada por ella.

—Oh… está bien, voy a llamar al número de emergencia que tengan aquí.

—¿La bruja también te trajo? —preguntó, incapaz de escapar de la improbable conclusión, ya que su manera de hablar sonaba tanto a Holly, como esas otras lasses desplazadas en el tiempo, Cora, Kayla y Gabrielle.

No hubo respuesta.

Graeme sacudió la cabeza, decidiendo que la inestabilidad había disminuido. Movió los hombros, pudiendo hacerlo con facilidad, y luego intentó ponerse de pie. Esta vez, no tuvo que instruir cada parte del movimiento. Todo estaba bien. Su cuerpo había alcanzado a su cerebro, o viceversa. Miró alrededor, sin encontrar figura alguna a quien perteneciera la voz.

—¿Qué es esto, Sidheag? —gruñó—. ¿Malditos trucos mentales, bruja descarada?

—¿Señor?

Graeme giró de nuevo, la voz aún detrás de él.

Esta vez la vio, su figura clara. Sorprendentemente clara. Estaba fuera del broch, por lo que se encontraba elevada casi dos metros, mirándolo desde unos seis metros de distancia. No era particularmente alta, pero se veía bien proporcionada, deliciosamente según los pantalones negros ceñidos que llevaba. El rosa que había llamado su atención hacía un momento era lo que cubría su cuerpo desde el cuello hasta la cintura, la tela gruesa y… peluda, parecía. Su cabello castaño caía en suaves ondas sobre los hombros, y poseía unos ojos azules impactantes y mejillas sonrosadas. Mientras Graeme la observaba, la encantadora joven también lo examinaba, su mirada inquisitiva.

Considerando nuevamente sus piernas en los pantalones ajustados, material desconocido, Graeme comenzó a creer que se había equivocado. Solo la esperanza y el paisaje familiar lo habían hecho creer que no había viajado fuera del siglo XIV. Pero no, Sidheag realmente lo había enviado a través de las capas del tiempo. No eran así en el lugar y época de donde él venía.

—Maldita sea —susurró con furia.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Necesito mi espada, lass—dijo, decidiendo que esa debía ser su primera tarea.

—Sí —dijo ella—, pero dime primero: ¿estás bien? ¿O debo llamar a una ambulancia?

—Estaré bien, lass, en cuanto me devuelvas mi espada.

—Está bien. La puse allí, detrás de esa parte del muro —dijo.

Sintiendo que se volvía más fuerte, más él mismo, con cada segundo que pasaba, Graeme giró y trepó fácilmente fuera del broch hundido, saltando y plantando ambas manos en el suelo nivelado, levantándose por completo. Caminó rápidamente alrededor del muro curvado y efectivamente encontró su espada, tendida en la hierba. Recuperó su arma, vaina en mano mientras continuaba rodeando la casa circular, con la intención de interrogar a la joven sobre el tiempo y el lugar real.

Al llegar al lugar donde ella había estado, pero sin encontrarla, giró, buscando en todas direcciones, corriendo nuevamente alrededor del broch.

Un chirrido llamó su atención, girándolo justo a tiempo para quedarse boquiabierto al verla escabullirse en algún aparato de dos ruedas. Sus piernas se movían en círculos arriba y abajo, impulsando su vehículo y alejándola de él. Atónito y estupefacto, Graeme la persiguió, sin querer dejarla escapar, imaginando que podría necesitar su ayuda. Para su disgusto, se movió con bastante rapidez y él se vio obligado a correr para alcanzarla. Varias veces ella giró la cabeza, emitiendo pequeños chillidos de miedo mientras él la alcanzaba. No queriendo lanzarse sobre ella y derribarla de su objeto con ruedas, Graeme se esforzó aún más hasta que estuvo lo suficientemente cerca para rodearla con su brazo y bajarla del aparato rodante. Pero se movía a buena velocidad, y ella pateó y forcejeó tan pronto la tocó, sin soltar la barra transversal, y la captura fue desordenada. Graeme tropezó con una de las ruedas, y luego él y ella y la máquina cayeron al suelo. Intentó moverse en el aire para que ella no quedara debajo, logrando solo algo de éxito. Su hombro golpeó primero el suelo, seguido de su muslo contra el asiento donde ella había estado. Rodaron y se detuvieron, y Graeme quedó encima de ella, haciendo muecas por los dolores rápidamente adquiridos.

Debajo de él, la joven retorció sus brazos entre ambos y empezó a golpearlo con los puños, logrando varios golpes en su mentón antes de que él lograra atrapar sus brazos y levantarlos por encima de su cabeza, empujándolos con fuerza hacia la hierba seca del verano.

—¡Basta! —gruñó—. No te golpearé.

—¡Pero me acabas de derribar de mi bicicleta!

—No podía dejar que escaparas —dijo, con el pecho agitado.

—¿Escapar? —gimió, y luego quedó completamente quieta, cerrando los ojos.

—¿Lass? —llamó Graeme, creyendo que había desmayado.

No lo había hecho, como evidenció al segundo siguiente, cuando abrió los ojos y dejó escapar un grito estremecedor, su linda boca abierta de par en par.

Graeme soltó una de sus manos para cubrir su boca con la suya. Ella torció el rostro de izquierda a derecha, pero él logró mantenerla cubierta.

—Maldita zorra. Te dije que no te haría daño. No grites otra vez o te llenaré la boca con… ¡no grites! —terminó con dureza, incapaz de amenazar lo que era natural, lo que habría prometido si hubiera sido un hombre quien se atreviera... a meter su puño en la boca.

Un par de ojos grandes y azul vívido lo miraban, llenos de miedo.

—¿Gritarás? —presionó.

El rostro bajo su mano se movió de un lado a otro.

—¿Me vas a matar? —preguntó de inmediato cuando él retiró la mano.

Antes de pensarlo mejor, de usar su miedo como impulso para conseguir su ayuda, Graeme frunció el ceño, casi ofendido por la pregunta.

—No te mataré. Mantendré la espada enfundada.

Ella negó con la cabeza frenéticamente, el labio temblándole.

—Podrías romperme el cuello con tus propias manos. Podrías violarme...

Graeme se ofendió particularmente por eso.

—No soy un MacHeth. —Con eso, se apartó bruscamente de ella y se puso de pie. Extendió la mano hacia ella.

Ella la ignoró, sentándose sin ayuda, pero no llegó a ponerse de pie.

—Eres… no sé qué eres, pero creo que necesitas atención médica.

—Necesito regresar a mi tiempo.

—¿Qué? No sé qué significa eso. No puedo ayudarte, amigo —levantó ambas manos, mostrándole las palmas.

—Me temo, lass, que tú y yo no tenemos elección. Requeriré tu ayuda.

Su ceño se frunció. Ahora parecía más incrédula que asustada.

—No puedes obligarme a ayudarte.

No, realmente no podía. Pero ella no lo sabía.

—¿Qué temes más, la muerte o la violación?

Ella jadeó, el miedo regresó.

—Eres un monstruo.

—Elige —le espetó.

—Cualquiera. Ambas —respondió de golpe.

—Muy bien. Entonces cualquiera o ambas será, si no me das tu ayuda.

Ahora se levantó de un salto, frotándose el trasero, llamando la atención de Graeme sobre la delgada silueta de sus piernas en los pantalones negros.

—¿Ayudarte con qué? —preguntó.

—A regresar a mi tiempo —gruñó, volviendo su mirada a la de ella—. Como ya dije una vez.

—No entiendo. ¿Qué significa eso… tu tiempo?

No podía hacer que lo entendiera, no sin la ayuda de otros, como él había comprendido en compañía de todos los que habían vivido esto, maldita sea, viajes en el tiempo.

—¿Me viste llegar? —se preguntó.

—¿Qué? No. Solo llegué en mi bicicleta, que ahora has roto, y estabas allí tendido. Pensé que estabas muerto. Pero no pude

conseguir señal y tú… lo siento, no puedo ayudarte. Por favor, no me mates. —Retrocedió un paso.

Graeme dio un paso adelante.

—Puedes, lass. Mis disculpas por asustarte. Pero temo que no tengo otra opción que insistir en que puedes y vas a ayudarme.

—¿Sabes qué? —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Mátame ahora mismo. Soy muy consciente de todas las chicas desaparecidas de las Highlands en los últimos años. Eres tú, ¿verdad? Eres un asesino en serie. ¿Las has tomado, las tienes prisioneras en algún lugar? ¿Están todas muertas ahora? ¿Y yo soy la siguiente? Bueno, no voy a ser metida en un sótano sin ventilación para tu enferma gratificación sexual...

—¿De qué estás hablando?

—¿Cora Bennett? —dijo con desdén, con los ojos abiertos—. ¿Kayla Forbes? ¿Eloise? ¿Gabrielle… eh, Noble, creo que era su apellido? Oh, fuiste tú. Puedo decirlo por la expresión de tu rostro.

Graeme dio un paso adelante, dominándola con su presencia.

—¿Cómo sabes de ellas? —preguntó.

—¿Cómo sabes *tú*? —le devolvió, levantando la barbilla y golpeando con el dedo índice su pecho—. No las conozco. Solo he oído hablar de ellas en las noticias. ¿Qué les hiciste, monstruo?

—¿Acaso parezco un asesino de mujeres? ¿Para qué? ¿Qué dijiste sobre… por placer carnal?

—Bueno… bueno, Ted Bundy también era bastante apuesto. Así que sí, un poco lo pareces.

—¿No estás en tu sano juicio?

—¿Yo? ¡Yo! —chilló—. Tú eres quien secuestra y asesina mujeres, corriendo vestido así… —sus hombros cayeron, y su rostro se llenó de tristeza—. ¿Pero por qué? ¿Por qué las matas? ¡Por favor! Busca ayuda por lo que te pasa. Solo detente.

—No las maté. Están vivas y bien, y muy felices.

—Eso es completamente creíble —dijo con sarcasmo—. Claro que sí.

—Te juro que no les hice daño.

—Está bien. Y te prometo que irás a prisión por lo que has hecho.

—Te estás volviendo cansina —decidió. Rodeó firmemente su brazo con la mano—. Llévame a tu fortaleza. Exijo hablar con tu laird.

Ella se cubrió la boca con la mano, ocultando el final de su jadeo.

—Oh —dijo. Bajó la mano y apuntó con el dedo tembloroso hacia él—. ¡Gritabas por Holly! Eso es lo que escuché cuando llegué. ¿Holly Wright? ¡Que ha estado desaparecida el último año! ¡Ay! Se escapó, ¿verdad? Escapó y tú la estás persiguiendo.

Intentó zafarse, pero él no aflojó el agarre, así que simplemente se desplomó al suelo, abrumada por lo que ahora creía. Se vio obligado a soltarla cuando cayó más, de espaldas, seguro de que su juicio la había abandonado. Comenzó a reír, y pronto no pudo controlarlo. Reía y lloraba al mismo tiempo, sollozando entre respiraciones mientras las lágrimas corrían por sus brillantes ojos.

—Se escapó —gritó con tanto alivio, tanta alegría inexplicable que Graeme no pudo entenderla—. Y ahora estoy atrapada.

—Por los dientes, lass, deja de aullar —dijo. Entendiendo que necesitaba otro enfoque, Graeme se agachó a su lado.

—Tu nombre, lass—pidió, esforzándose por un tono más amable.

—M...Megan —respondió.

—Soy Graeme MacQuillan y te juro que no te haré daño. No mentí sobre esas chicas desaparecidas; solo las conocí ayer y estaban vivas cuando me vi… obligado a irme hoy. ¿Dónde está el burgo más cercano? ¿Asentamiento? —aclaró al ver que ella aún parecía aprensiva y un poco confundida.

Ella tragó saliva.

—Está bien, déjame pensar. Donde me estoy quedando es lo más cercano, supongo. No pasé por ningún otro lugar en mi camino hasta aquí. Es… estoy en Dornie, cerca del castillo Eilean Donan.

—¿Donnán? —repitió—. ¿La isla MacKenzie?

—N...No lo sé.

—¿Conoces Thallane, la fortaleza MacQuillan?

Ella negó con la cabeza, mirándolo con desconfianza.

—Megan —comenzó, sosteniendo su mirada—, ¿serías tan amable de escoltarme hasta la posada de Dornie?

—¿Realmente me das opción? —preguntó.

—No, lass, me temo que no. Pero te ofrezco paz, llegando a una posada pública, y ¿crees que querría ir allí si tuviera planes nefastos contigo?

—No sé… nada —dijo, lamentándose.

Graeme se puso de pie nuevamente y esta vez, cuando extendió la mano hacia ella, Megan la tomó y le permitió ayudarla a ponerse de pie. Se giró y consideró el estado de su vehículo, bicicleta la llamó, mostrándole inadvertidamente que su cabello ahora contenía bastante suciedad del suelo.

—Bueno, eso está arruinado, supongo —dijo, volviéndose hacia Graeme—. Pero como es alquilada, no puedo dejarla… ¿qué estás haciendo?

—Tienes una ramita en el cabello —dijo él, aun moviendo la mano hacia adelante—. También hojas.

Estaba bastante seguro de que contenía la respiración mientras él desenredaba primero una ramita y luego dos hojas de sus brillantes cabellos, las hebras casi alarmantemente suaves.

Con propósito, le mostró cada cosa que retiraba de su cabello antes de desecharla, para que no pensara que tenía otras intenciones.

—Eres —comenzó a decir, con voz vacilante—, eres un poco contradictorio: me amenazas con una espada, me tiras de la bicicleta y ahora muy educadamente me quitas hojas del cabello. No te entiendo.

Graeme sintió que debía advertirla:

—No me complace decirlo, lass, pero eso no va a mejorar pronto.

—Eso suena como lo primero que dices de verdad.

—Y aun así no he mentido en absoluto —le dijo Graeme. Podía ver claramente en sus ojos azules que ella quería creerle con todas sus fuerzas—. ¿Por dónde a Dornie?

Megan señaló por encima de su hombro.

—Ven, lass.

Ella miró a su alrededor, mordiéndose el labio. Estaban completamente solos allí arriba, solo colinas y bosques a su alrededor. Sabía que no tenía elección. Cuando lo enfrentó, metió las manos en los agujeros a los costados de su túnica de piel y dijo muy secamente:

—Te juro, si eres un asesino en serie y me matas, te perseguiré sin piedad todos los días de tu vida.

—Sí, no dudo que lo harás, Megan.

CAPÍTULO VEINTIUNO

—¿Y ahora qué, Duncan? —se irritó Doirin, persiguiéndolo fuera del salón—. No puedes irte hoy. Ronan y su familia vienen. La boda…

—No es hasta dentro de quince días, Doirin —gruñó él, todavía caminando fuera del castillo y a través del patio, con las alforjas en la mano—. Volveré con tiempo de sobra.

—¿Y qué piensas hacer? —insistió Doirin—. Vas a verla, ¿verdad? ¡Duncan, no!

Porque no había cesado de chillar cuando él salió, sino que lo siguió por el patio, Duncan se detuvo de golpe, girando hacia ella, decidido a terminar con esto, lo que fuera, antes de subirse a la silla.

Doirin entrecerró los ojos contra la luz del sol, un lunar expuesto a la claridad, y palideció un poco cuando él se volvió, pero no se detuvo.

—¡Ella no es tu esposa, nunca lo fue! Te mintió. No pertenece aquí. Quería que lo vieras. Por eso guardé su misiva. Por eso la atra... —se interrumpió de repente, con los labios apretados y las mejillas sin maquillar enrojecidas.

El rostro de Duncan se endureció.

—¿Por eso la atrapaste en la cripta?

—¡Lo hice por ti! —insistió ella—. ¡Por Thallane! No podemos permitir un MacHeth aquí. ¡Oh! ¡Un MacHeth! ¡En Thallane! ¡Tu padre se revolvería en su tumba! ¿Cómo puedes ser tan obtuso?

—¿Contrataste a esos hombres? —preguntó él, con voz peligrosamente fría—. ¿Lo de la matanza en el valle fue cosa tuya? Pero no salió como querías...

—¡No tuve nada que ver con eso! —gritó con tal vehemencia que casi lo convenció de creerla.

—Doirin —dijo él cortante—, ¿por qué? Estás obligada a ir, a Haddo o a cualquier otro lugar.

—No lo haré. Nunca dejaré Thallane.

—Tu mandato terminó. ¿Por qué?

—¿Mandato? —lloró, el enrojecimiento de sus mejillas regresando con la indignación—. ¿Mandato? ¡Thallane es mío! Lo vivo, lo respiro y siempre lo he hecho. Desde que era niña, viviendo a su sombra. Pasé la mitad de mi vida esforzándome por ascender al castillo, planeando mi...

—Entonces no era amor por mi padre, ni orgullo por ningún MacQuillan, solo y siempre por el castillo —interrumpió él, riéndose de su propia ignorancia al comprender la verdad completa—. No es Thallane en absoluto, ni la casa, ni mi padre, ni los MacQuillan. Es el título. Ya no eres la lechera, sino la dama del castillo en tu pequeño rincón del mundo. Eso era lo que buscabas.

—Yo soy... —comenzó ella.

—He terminado contigo —dijo él—. Escribiré al prometido de tu hija, la boda se celebrará en Haddo. Quiero que te vayas de Thallane.

Y con eso, desanduvo sus pasos. Antes de irse a Newburn, necesitaría comunicar esta orden a Roland y al alguacil de Thallane, Uarraig.

Treinta minutos después, Duncan finalmente estaba en camino. Doirin había continuado con sus protestas y él se vio obligado a convocar a dos soldados para sacarla de su presencia. No cedió a la tentación de encerrarla en la cripta, sino que la confinó a su habitación.

Ahora cabalgaba hacia Newburn, siguiendo el mismo camino que Graeme había tomado con Holly dos días antes. Se decía a sí mismo que solo perseguía a Holly con cierto temor de que pudiera estar embarazada, y no soportaba la idea de que algún inútil desesperado criara a su hijo, el heredero de Thallane.

Había más, por supuesto, otras razones que luchaban por ser escuchadas y reconocidas, pero que él se negaba a considerar. No la necesitaba ni la quería; no se preocuparía por ella ni la extrañaría. Para nada.

Y aun así, el viaje estaba cargado de una ira virulenta, dirigida hacia sí mismo, revelando toda su debilidad por perseguirla. Y sin embargo no dio la vuelta, no abandonó la búsqueda de su esposa.

Era avanzada la tarde cuando llegó sin previo aviso a Newburn y cabalgó con un propósito contenido hacia el patio. El cuerno que anunció su llegada apresuró a Lucas Thain desde la puerta. Nada debía interpretarse de su semblante, tan severo como siempre. Los MacClellan y el Cameron lo siguieron desde el castillo, sus rostros graves tensando un poco el estómago de Duncan.

—¿Dónde está mi esposa? —se vio obligado a preguntar.

Lucas señaló por encima de su hombro.

—Dentro. Está bien.

Una mujer apareció en la puerta abierta, una belleza de cabello negro y ojos azules. La esposa de Cameron, creyó Duncan. Ella jadeó y huyó, desapareciendo de la puerta.

—Deberíamos llevar esto lejos —dijo Aedan, crípticamente, mientras Duncan desmontaba.

—Primero tendrá que verla por sí mismo, supongo —aventuró Michael.

Esto hizo que Duncan dudara. Contaba a esos hombres como amigos, como aliados. Puso la mano en la empuñadura de su espada, su extraño comportamiento despertando su preocupación.

Lucas levantó las manos a la altura de los hombros, mostrando a Duncan sus palmas.

—La lass está a salvo, Dunc. Pero hay… hay un asunto que discutir.

Su sangre se heló, poco calmada por las palabras del Thain.

Con el labio curvado, avanzó furioso hacia el castillo, gritando por Holly mientras lo hacía.

—*Oh*, es peor que tú, Thain —gruñó Aedan.

Los tres hombres se pusieron detrás de él, pero no intentaron detenerlo.

Dentro del salón, y antes de que sus ojos se adaptaran a la luz tenue, gritó nuevamente:

—¡Holly!

Dos mujeres se asomaban ansiosas en la parte superior de las escaleras. La de cabello negro no dejaba de mirar a su derecha.

—¿Dónde está mi maldita esposa? —gruñó, pisando con fuerza hacia las escaleras.

Varias manos lo sujetaron por detrás.

—Detente —gruñó Michael—. Viene.

Dejó de forcejear cuando, efectivamente, apareció Holly.

Se quedó quieto, apenas consciente de algo más que ella. Había estado llorando, con frecuencia, recientemente, fue lo primero que notó. *Oh*, ¿qué había hecho? No bajó las escaleras, sino que permaneció en el rellano con ahora tres mujeres, incluida la esposa de Lucas. Aunque solo la había visto una vez, Cora Thain era reconocible al instante por su corte de pelo brusco y ese extraño aparato de cristales que descansaba sobre su nariz. Y también estaba la esposa de Michael, la bonita joven de cabello rojo dorado, descendiendo por las escaleras.

Pero su atención estaba en Holly, cuya expresión obstinada ofrecía poca esperanza de que se interesara en lo que él venía a decir.

—Ahí está —dijo Lucas—. Tal como dije. Pero antes de que hables con ella, deberíamos...

Duncan se lanzó hacia adelante de nuevo. Lo sujetaron las manos.

—Maldita sea, ¿qué es esto?

—Un cuarto de hora —susurró Michael—. Eso es todo lo que necesitamos.

—Caballeros, por favor —dijo la esposa de Michael, deteniéndose frente a Duncan.

Michael se apartó de inmediato, soltando su agarre, y se colocó frente a Duncan, levantando una mano en señal de advertencia cerca de su hombro. La otra mano se fue a la cintura y a la espada, el mensaje claro.

—Duncan —dijo la mujer, encontrando su mirada confusa con sus ojos verdes oscuros—. Tu prometida está bien y hablará contigo *después* de que hayas conversado con tus amigos.

Sus fosas nasales se dilataron mientras la observaba. Su portavoz. Ella, todos ellos, sabían que no desafiaría su suave mandato, ciertamente que no pasaría por encima de ella.

Holly dijo desde el rellano, con su voz pequeña.

—No te creerá. Solo te odiará también.

¡Maldita sea! ¿Qué demonios estaba pasando aquí?

—Mejor nosotros que tú, lass—respondió Michael, sin apartar la mirada de Duncan.

Eso fue lo que calmó a Duncan: Michael se ofrecía a asumir ese rol en lugar de dejar que Holly absorbiera el odio esperado de Duncan. Su protección manifiesta de su esposa lo tranquilizó. Relajó la postura y asintió con un gesto breve, lanzando un último vistazo a Holly, que todavía no había encontrado su mirada.

Su túnica, que había sido torcida en manos de alguien, fue liberada.

—Vamos —dijo Lucas detrás de él—. Saquemos esto del castillo.

Una chispa más de sospecha picoteó a Duncan.

—Holly, mírame —dijo él. Estaba completamente desconcertado por el comportamiento casi alarmante de sus amigos de toda la vida. Su repentina urgencia por sacarlo al exterior podría interpretarse como parte de una conspiración. Confiaba en ellos, pero en ese momento se dio cuenta de que había demasiadas cosas extrañas y empezó a cuestionar su fidelidad. Pero Holly, sabía con todo su corazón, no le mentiría. —Holly —llamó de nuevo y finalmente ella levantó sus perfectos ojos marrones hacia él—. ¿Está todo bien?

Ella comprendió.

—No hay peligro aquí, no de estos amigos.

Duncan asintió, en su mayor parte calmado, y permitió que lo condujeran afuera.

—Solo camina —dijo Lucas, tal vez sin querer esperar a que ensillaran los caballos—. Más allá de la puerta.

—¿Tus hombres regresaron a Thallane? —preguntó Aedan—. ¿Así supiste que ella estaba aquí?

—Sí —respondió Duncan—. *Oh*, ¿dónde está Graeme? —Se sintió culpable por recordar a su primo solo ahora.

—Y a eso llegaremos —dijo Lucas, provocando otro ceño fruncido en Duncan.

Caminaron por el sendero, entre un matorral de árboles, hasta la aldea Thain. Duncan se sintió terrible por tener la sensación de que se tramaba alguna traición, por creer que alguno de estos hombres, todos ellos a la vez, podría ser capaz del engaño que empezaba a sospechar.

Lucas los llevó hasta la puerta de una de las cabañas, deteniéndose con la mano en el picaporte mientras contemplaba a Duncan.

—¿Tu esposa te dijo de dónde venía? —preguntó Lucas—. ¿Cuándo llegó?

—Och. Mierda. —Se sintió inmediatamente humillado, que su esposa hubiera parloteado sobre este asunto amargo. Ahora sabrían que ella estaba loca, que a él no le importaba, que él...

—Es todo cierto, Duncan —dijo Michael.

Duncan frunció los labios con desdén y contempló el suelo un momento. *¿Qué diablos?*

—Sí —intervino Aedan—. Inconcebible. Ridículo. Malditamente absurdo, ¿no?

—Y aun así es verdad —dijo Lucas.

Se le escapó una risa sin alegría. Consideró a sus amigos de toda la vida.

—Entonces ustedes también están locos. Que sean bendecidos.

Lucas asintió, sus ojos grises llenos brevemente de una inexplicable tristeza antes de empujar la puerta.

Con un empujón suave de Aedan, Duncan siguió a Lucas dentro de la cabaña. Los cuatro hombres llenaron el diminuto y estrecho espacio. Duncan vio de inmediato a una anciana en cuclillas cerca del brasero en el centro de la habitación.

—Dijo que él vendría —dijo la mujer, con voz áspera por la edad. No se levantó para recibirlos, ni siquiera giró la cabeza, sino que miraba algo en el rincón oscuro y lejano.

Lucas caminó alrededor de la anciana, haciendo un gesto para que Duncan lo siguiera. Vio que una figura yacía en el catre allí, demasiado pequeña para ser Graeme, aumentando su confusión, y más aún cuando reconoció los ojos que lo miraban desde el catre.

—Maldita sea —bufó, mirando los ojos brillantes de la bruja que había estado en su boda, que se había presentado como tía de Holly.

—*Nigheanan sgàil* —dijo la anciana junto al fuego.

Hijas de la sombra.

Un recuerdo vago regresó a Duncan, su madre hablando de las *nigheanan sgàil*, las brujas de las Highlands, que se decía se habían refugiado en los bosques, aunque aún mantenían una presencia formidable en suelo escocés. Pero, ¿qué tenía esto que ver con...?

—Empezamos aquí —dijo Lucas, señalando a la figura adormilada en el catre—, y te la mostramos solo para que sepas que todo lo que digamos después tiene potencial de ser cierto.

Su mente estaba confusa, y no mejoró, solo empeoró cuando Lucas instruyó a la frágil mujer:

—Muéstraselo.

—Eso le quitará la poca fuerza que le queda —canturreó la anciana desde el otro lado de la habitación.

La que estaba en el catre levantó la vista hacia Duncan.

—Por decreto del destino, ella es tuya —su voz apenas se escuchaba, y su declaración no era tan desconcertante, hablaba de Holly presumía él, como exasperante.

—Muéstraselo —insistió Lucas, con un tono implacable.

Duncan dio un salto hacia atrás al instante siguiente, sorprendido por una luz dorada que surgió de la bruja. Al darse cuenta de que Lucas no se había movido, sino que la miraba con gran severidad, como si detestara lo que le había ordenado hacer, se calmó un poco. Delante de sus ojos, la luz envolvió completamente su figura antes de disminuir, revelando a una mujer mucho más joven, cercana a su propia edad. Vestía túnicas blancas y suaves, su cabello oscuro abundante, y todavía brillaba con un poco de luz.

Duró solo un momento antes de que la luz brillara nuevamente y ella volviera al cuerpo de la vieja bruja, con los ojos cerrados ahora, con su cuerpo inerte.

—No volverá a despertar hasta dentro de un día —predijo la mujer en el centro de la choza—. No podrá traer de vuelta a tu hombre desde donde lo movió.

Los ojos de Duncan se abrieron de par en par. Pasó la mirada de la anciana encorvada a la bruja en el jergón y luego a Lucas.

Lucas levantó la mano, indicando que debían irse. Dijo brevemente:

—Gracias, Goldie — a la anciana junto al brasero mientras salían.

Fuera de la pequeña cabaña, mientras la cabeza de Duncan giraba, Aedan dijo:

—Y ahora quizá escuches con los oídos abiertos la historia que te traemos.

—Una que empezó tu lass.

Duncan estaba sin habla y sin pensamiento, con su cerebro hecho puré, incapaz de concebir o procesar lo que acababa de presenciar, y menos aun lo que podían contarle.

***

La espera no le molestaba tanto. Sabía que contar todo llevaría tiempo, que comprender lo imposible requeriría aún más tiempo, y que después Duncan necesitaría un poco de soledad para procesarlo todo.

Cora, Kayla y Gabby intentaban mantenerla ocupada. Eran absolutamente encantadoras, y estaba tan agradecida de haberlas encontrado. Si iba a quedarse atascada aquí… ¡Oh! Qué alivio saber que no estaba sola.

Habían pasado un buen rato intentando distraerla de lo que podría estar ocurriendo con sus maridos y con Duncan. Habían regresado al acogedor solar de Cora y habían empezado a hablar de todas las cosas que extrañaban del siglo XXI.

Kayla enumeró con los dedos:

—Pasemos de lo obvio: agua corriente, autos, calefacción interior, sanidad moderna.

—Oh, pero los lujos —dijo Cora—, eso es lo que extraño. Un buen cappuccino espumoso. Mi boutique favorita en Búfalo. ¡Pizza! El teatro.

—¿Pizza? —preguntó Gabby, sonriendo—. La pizza no es un lujo. La pizza es una necesidad.

Cora asintió.

—Una necesidad divina.

—Pensé que extrañaría mi teléfono —comentó Kayla—, pero no.

—Oh, para nada —dijo Cora—. Ni un minuto. Pero me gustaría un buen libro. He releído los pocos que tengo como diez veces ya.

—A mis padres… —lamentó Gabby.

—No —dijo Gabby rápidamente—. No. Dijimos que no haríamos eso. Solo les romperíamos el corazón.

Gabby asintió.

—Lo sé. Perdón. —Puso una cara cómicamente triste, lo que hizo que Kayla la abrazara—. Un día encontraremos la manera de decírselo.

Luego la charla pasó a cosas que las mujeres modernas no deberían estar discutiendo: cosechas, urdimbres del telar, la guerra en su propio patio. Hablaron largo rato de recetas; Gabby compartió su nueva favorita, que francamente no sonaba apetecible: una pierna de cordero rellena de arenques blancos y hierbas dulces.

En uno de los sillones, frente al fuego acogedor, Holly sonreía, divertida pero solo medio presente.

¿Por qué había venido Duncan? Ellos, la gente de Newburn, aún no habían decidido cómo contarle lo de Graeme, o si siquiera se lo dirían. Habían estado esperando que Sidheag pudiera traerlo de vuelta, que Duncan nunca tuviera que saberlo. Pero los maridos de sus nuevas amigas no eran del tipo turbio; ninguno se sentía cómodo ocultando la noticia a Duncan, regresara Graeme o no. Ellos trataban con verdades y hechos; el engaño no era algo que les saliera fácilmente.

Ayer, después de que la debilitada Sidheag fuera atendida y trasladada a la cabaña de una anciana del pueblo, Cora le había

sugerido tímidamente a Holly:

—Quizá ella no se llevó a Graeme a propósito. Tal vez de verdad quiso moverte a ti, pero… quizá estás enamorada de Duncan y por eso no pudo.

Imposible, había sido la reacción inicial de Holly, pero después comprendió que eso era solo orgullo y dolor hablando. Pero… acababa de conocerlo, no hacía más de dos semanas. Ciertamente no era tiempo suficiente para desarrollar sentimientos por alguien. O eso creía. La verdad era que su corazón había latido con emoción y sí, esperanza, dentro de su pecho cuando Gabby había irrumpido en la habitación horas antes para decirle que Duncan había llegado.

Justo cuando la espera empezaba a agobiarla, cuando comenzaba a inquietarse en el cómodo sillón, después de varias horas, la puerta por fin se abrió. Aedan había llegado; su mirada fue primero a Gabby, el intercambio cálido y sincero, antes de dirigirse a Holly.

—¿Prefieres que la conversación sea en compañía mixta? —preguntó educadamente—. ¿O… a solas?

Ella no temía a Duncan. Pero:

—¿Él sabe… todo? —Lo que debería haber preguntado era si *él lo creía*.

—Sí, lass—dijo Aedan—, y lo está asimilando bien, para lo que vale.

Una risa se escapó de ella ante su forma de expresarlo.

—Asimilando, seguro.

—Lo normal, ¿no?

Ella asintió y miró a Cora.

—¿Podríamos hablar aquí? En privado.

—Por supuesto —aceptó Cora de inmediato, levantándose—. Absolutamente. Vamos, chicas. Holly, toma el tiempo que necesites y recuerda que estamos contigo para lo que necesites.

Aedan sostuvo la puerta mientras las tres mujeres salían del cuarto. Con un gesto hacia Holly, dejó la puerta entornada y se alejó, presumiblemente para avisar a Duncan del lugar del encuentro. Invadida por una ansiedad renovada, Holly se levantó y

fue a la estrecha ventana, apartando las cortinas endebles pero muy bonitas. Su corazón latía fuerte y constante dentro del pecho. No sabía qué diría Duncan, pero estaba preparada para decir lo que sabía que debía.

Esperó solo un momento y se preguntó si Duncan había estado cerca, justo afuera.

—Holly —llegó su voz, haciéndola girar desde la ventana.

Estaba serio, casi pálido, parecía… en realidad se veía terrible.

—¿Duncan? —Corrió hacia él, alarmada por su semblante sombrío.

Él levantó la mano.

—Estoy bien. Se me pasará —predijo, quizá hablando de las cosas tan fantásticas que había aprendido ese día. Sus ojos verdes la taladraron hasta que parpadeó y entró del todo en la habitación, cerrando la puerta tras él. Entonces le mostró una sonrisa tímida—. Sentémonos. Siento que todavía me tiemblan las rodillas.

Sin decir palabra, tragando un nudo de ansiedad, Holly volvió al sillón que había ocupado hacía un momento. Duncan se sentó en el otro sillón, a un metro de distancia. Se acomodó en los reposabrazos y en el respaldo y soltó un largo suspiro.

—¿Ellos…? —empezó ella, deteniéndose cuando él comenzó a asentir.

—Sí, según Michael, sé todo lo que ellos saben.

—Duncan, lo siento tanto por Graeme —soltó de golpe—. Siento que todo es mi culpa. No puedo dejar de pensar en él, en lo que debe estar pasando, dónde podría estar, qué… —se detuvo cuando él levantó la mano del reposabrazos.

—Como me han explicado, no hay nada que hacer al respecto, no, a menos que la… la bruja recupere las fuerzas suficientes para traerlo de vuelta.

—Sí —dijo Holly—. Por lo visto, transportar personas a través del tiempo les quita toda la energía.

—Lo cual debería —dijo Duncan entre dientes— enseñarles de alguna forma que no debe hacerse en absoluto.

—Eso parecería.

Duncan suspiró otra vez.

—No puedo comprenderlo todo, lass. Ni siquiera sé por dónde empezar. Y la verdad es que no quiero. No quiero este tipo de… brujería en mi vida. Mi objetivo es vivir de manera sencilla, cuidar de mi gente, defender Thallane, luchar por la libertad, eso es todo. Solo quiero paz.

Habiéndose convencido de que no estaba enamorada de él, no estaba preparada para el dolor que le apretó el pecho y le retorció el estómago al oír sus palabras. No podía decir que lo culpaba. Aun así, horrorizada por su confesión, se quedó mirando fijamente la chimenea.

—Ya veo —dijo, con la voz rota, apenas capaz de ocultar el dolor de esa revelación—. Lo entiendo. Si los papeles se invirtieran, me sentiría igual. Es demasiado.

De pronto se sintió poco importante y terriblemente insegura. Una oleada blanca de desdicha la envolvió.

—Ahora pregúntame qué hago aquí si ese es el caso.

Mecánicamente, sin pensar, respondió:

—¿Qué haces aquí? —Su mirada permaneció en las llamas parpadeantes del hogar. Con todas sus fuerzas, se obligó a no llorar.

—Estoy aquí porque, a pesar de todo, del engaño de nuestro comienzo y de la verdad sobre ti tal como la sé ahora, no imagino que quiera vivir sin ti.

Holly estaba tan sorprendida que ni siquiera pudo dejar escapar un suspiro. Volvió la mirada hacia él, pero no pudo decir lo que veía, lo que su expresión pudiera estar diciéndole. Las palabras se repetían en su cabeza, pero no terminaban de calar, al menos no de inmediato.

Sin moverse en el sillón, él dijo, con voz muy suave, casi como si estuviera perdido en sus pensamientos:

—Es nuevo, lo sé. Hay mucho por aprender y comprender. Puede que descubramos que en realidad no estamos hechos el uno para el otro, pero yo… Holly, nunca fui feliz, nunca conocí la verdadera felicidad, no hasta que te conocí. Ni siquiera sabía que me faltaba. Buscaba gratificación, en cuerpo y espíritu, pero nunca me

llenaba, nunca por mucho tiempo. Estaba persiguiendo cosas equivocadas, Holly. Pero ahora sé lo que es más importante.

Hizo una pausa y la visión de Holly se aclaró. Pudo ver claramente sus amados ojos verdes, severos como siempre, fijos en ella.

—Fui feliz contigo todos esos días. Quiero más de eso. Tú eres la única que puede darme eso.

Aún atónita por este giro, Holly no dijo nada.

—Sé que incluso mientras daba la orden a Graeme de llevarte lejos, era un error —dijo—. Me dije a mí mismo que te superaría, que lo sobreviviría. Pero Holly, no quiero. No quiero superarte. Quiero estar contigo.

Abrazar la esperanza, como parecía querer que hiciera, todavía era peligroso, con su crueldad aún reciente, y él sentado allí, sin tocarla. Eligió la resiliencia en su lugar, protegiendo su corazón.

—Aún tenemos el pequeño asunto de mi situación, que espero resolver pronto. Tan pronto como Sidheag esté lo suficientemente bien, quiero ir a casa —dijo.

—Ven a casa conmigo.

Con rigidez, ella respondió:

—Solo me pregunto si dices esto porque…

—Te necesito, lass. Ven a casa conmigo.

Holly ahora sí dejó escapar un suspiro. El azar, o la magia, ¿o el destino?, era difícil de ignorar en este caso, no cuando él acababa de usar exactamente las mismas palabras que había dicho en el broch el mismo día en que ella había sido arrojada al pasado. Su corazón se agitó y su mente corrió. ¿Podría ser real?

A medida que sus sentidos comenzaban a volver, lo miró, realmente lo miró. Él era, como siempre, el hombre de sus sueños.

—Dilo otra vez —invitó, su voz clara por la esperanza que permitió surgir—, para saber que no estoy soñando.

Él no lo hizo, al menos no de inmediato. Se levantó del sillón y acortó la distancia entre ellos, tomando su mano y levantándola. Holly permaneció muda frente a él, mirando la ternura líquida de sus ojos verdes mientras las lágrimas se asomaban en los suyos. Cuando

él apoyó la mano en su mejilla, cerró los ojos y se apoyó en su toque, burbujeando la alegría dentro de ella.

—Ven a casa conmigo, Holly —pidió de nuevo—. Dame una oportunidad.

Ella asintió y levantó el rostro para recibir su beso.

***

Duncan y Holly aún no habían salido de Newburn tres días después. Habían permanecido con la esperanza de que la debilidad de Sidheag mejorara, que ella estaría lo suficientemente fuerte para traer de vuelta a Graeme de donde lo había enviado.

No parecía muy prometedor. La mujer con la que Holly se alojaba, Goldie, había expresado cierta preocupación sobre si la antigua bruja tenía la fuerza para vivir, y mucho menos para realizar magia.

Él sentía un pequeño remordimiento por disfrutar de tanta felicidad con Holly mientras el destino de Graeme permanecía desconocido, y luego se encontraba aliviando la culpa de Holly sobre todo el asunto, ya que ella todavía consideraba la situación de Graeme como su propia culpa.

—Pero Duncan, ¿y si él nunca…?

—Basta. Por favor —rogó mientras entraban al salón de Newburn, preparándose para la cena—. Mira lo que has hecho —le recordó, sosteniéndole la mano—. Lo que Cora, Gabby y Kayla han hecho. Sobrevivieron, lass. Graeme no es un hombre débil, y como dijiste, viaja al futuro, tal vez al pasado, ya con el conocimiento de que su viaje es posible. Sobrevivirá. Si alguien…

Su discurso fue interrumpido, al igual que una docena de conversaciones más en el salón, por la puerta que se abrió de golpe, dejando entrar un torrente de lluvia que había caído toda la tarde, y una pareja empapada vestida con ropa curiosa.

Lucas y Michael, ya en la planta baja y más cerca de la puerta, desenvainaron sus espadas al instante, colocándose entre la pareja y los habitantes de Newburn.

Aún a medio bajar por las escaleras, Holly jadeó y se cubrió la boca, justo cuando el hombre alzó la mirada verde y echó un vistazo alrededor del salón.

—Por los huesos, lad—gritó Lucas, corriendo a abrazar al Graeme vivo y bien, mientras la mujer que lo acompañaba se quedaba congelada a su lado.

Aun sosteniendo la mano de Holly, Duncan bajó corriendo los escalones, arrastrándola consigo.

Pasó entre todos los curiosos, casi lanzándose sobre su primo, su alivio y alegría sinceros.

—Bastardo —raspó a Graeme mientras se abrazaban—. Me diste un susto de muerte.

Cuando soltó a su primo con una sonrisa ridículamente grande, Holly se lanzó sobre él.

—Oh, qué bueno —clamó—. Oh, estaba tan preocupada.

—Todo está bien, lass. Me alegra mucho encontrarte aquí —dijo Graeme—. Pensé que seguramente habrías sido arrojada a otro lugar.

—No, Graeme —le explicó Holly—. Solo a ti te movieron.

—Está bien —reconoció Graeme, sonando un poco sin aliento.

Duncan bajó la mirada. A pesar de todos los abrazos, Graeme había mantenido su mano sobre la de su acompañante. La mujer seguía con los ojos muy abiertos a su lado. Duncan no tuvo más remedio que creer, basándose en su mirada incrédula y su extraña vestimenta, que allí había otra *viajera del tiempo*, como ahora llamaban comúnmente a esas personas los pocos que estaban al tanto en Newburn.

Aliviada por la alegría, Holly comprendió entonces la presencia de la mujer. Parecía que ella entendió rápidamente lo que Duncan había supuesto.

¡Oh, pero vaya historia!

Aun sonriendo, después de saludar a Michael, Aedan y a todas las esposas, Graeme volvió su atención a Duncan.

—¿Qué haces todavía aquí?

—¿Todavía aquí? —repitió Duncan, confundido—. Solo llegué uno o dos días después de que tú… te fueras.

Graeme frunció el ceño, también evidentemente confundido.

—He estado fuera casi dos semanas.

—Graeme —dijo Holly, con un tono cargado de tristeza—. Solo han pasado unos días.

—No —replicó Graeme, atónito—. Al menos diez días completos.

Duncan volvió su atención a la mujer que había venido con su primo, que aún mantenía su expresión estupefacta. Finalmente, ella tiró de la mano de Graeme, recordándole su presencia.

—¡Hijo de puta! —le gritó—. ¡Tú solo… sin siquiera… cómo pudiste?

Y entonces levantó su mano libre y la dejó volar, su pequeño puño conectó con fuerza con la mandíbula de Graeme.

Graeme absorbió el golpe, sacudiendo bien la cabeza para despejarla. Se frotó ligeramente la mandíbula, aun sosteniendo la mano de la mujer. Luego sonrió a Duncan y Holly, con una mueca a la vez tímida y orgullosa.

—Esta es Megan.

Fin